

CARLOS TERAN ZENTENO

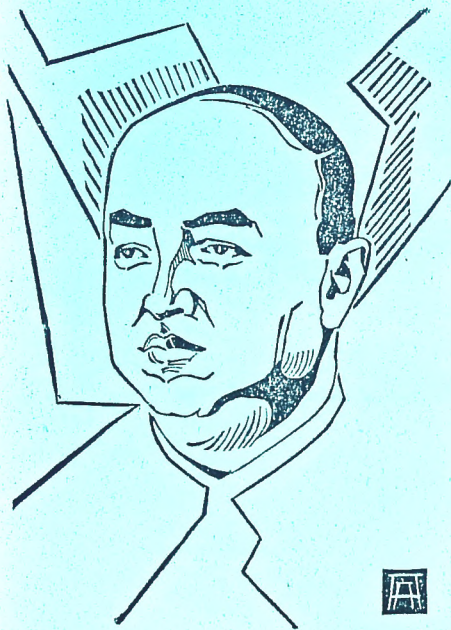
JUDASLANDIA

0000088 - D

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº 1302	AÑO 1988
PRECIO	DONACION

hace XIX siglos

Este libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es p 1.942



JUDASLANDIA

la escatología, entendida en el sentido del vulgo, de catástrofe final, no es precisamente el argumento de uno y de otro, sino es, en el Apocalipsis, el canto supremo de la Victoria de Jesucristo Señor Nuestro y sus elegidos, y en la Divina Comedia, el canto de Beatriz, su glorificación en el paraíso. La catástrofe para San Juan, el infierno para Dante, son las partes secundarias del drama épico. Y es curioso subrayar: el Apocalipsis solamente al fin, en los capítulos que cierran el libro, es el epinicio del Vencedor. En gran parte es la gesta de la derrota, digo, la gesta de Satanás en el mundo y a través de largos períodos de la historia.

Por tanto, no se ve la venganza de que nos hablan los Zoilos de la exégesis heterodoxa o los de la crítica a la mente de Voltaire, que con toda sinceridad y aplomo denominó a Dante el Bárbaro, y con artículo determinado, y con mayúscula, según exige el concepto del patriarca de la cultura, por la exactitud del apelativo inventado por ese muñeco de bazar para el Cíclope. Estos dos épicos enormes del amor hecho persona, San Juan y Dante, no atendieron en sus poemas sino al ideal que les encendía las entrañas. El Profeta ansía tan sólo llegar a la glorificación del Protagonista: de aquí, el precipitado sucederse de los cuadros, el apuro que informa el estilo, hasta que en el horizonte estalla el resplandor de Aquel que vendrá, como explosión de la aurora, de una conjunción de auroras, para los que no tuvieron otra esperanza que El. El Poeta, por su parte, solamente descansa cuando en la altura azul, en la gran rosa de claridad, ve el alma de Beatriz, temblorosa como una lágrima de di-

cha. La bienaventuranza dantesca es el cielo contemplado a través del diamante de esta lágrima.

Aún más. El símbolo por excelencia apocalíptico coincide con el símbolo por excelencia dantesco. Dante, con toda su barbarie, cual dijera Voltaire, está en aquella breve frase horrible: *DA INDI IN QUA MI FUR LE SERPI AMICHE*.—Vanno de Fucci de Pistoya levantó las manos haciendo higos y exclamó “¡Tómalas, Dios, las hago para Tí!” Pero, entonces una serpiente se arrolló en torno del cuello del blasfemo, como diciéndole: “No quiero que hables”. Y el poeta apunta: “Desde entonces se me volvieron amables las serpientes”. El geroglífico “princeps” del Mensaje de Patmos es también una serpiente, la Serpiente antigua, el Dragón. El Profeta no le llama serpiente amiga. Pero, en cambio, cuando el Dragón ha ejecutado el plan permitido por la Providencia, cuando Roma se derrumba, se escucha en el Apocalipsis el aplauso dantesco. Nada más bárbaro en el Libro del Hijo del Trueno —recuérdese este otro nombre en hebreo de San Juan, Boanerges— que esas estrofas de tempestad sobre la caída de la Gran Cortesana.

Para reducir a epítetos la cuestión. San Juan es dantesco y Dante es apocalíptico. Sobre todo, en lo que acabo de señalar, en los símbolos, en el arte pictórico de las imágenes que se han grabado para siempre en la imaginación de los hombres de todos los siglos y de todas las latitudes. La Trilogía de Dante, infierno, purgatorio y cielo, es la trilogía de la Justicia de Dios en estampas. La Trilogía de San Juan, pasado, presente y futuro, es la Divinidad de Jesucristo, Señor Nuestro, igualmente en estampas.

Y ¿no son ambos historiadores? San Juan es ante todo profeta. Dante es el profeta del pasado, para emplear la hermosa y célebre paradoja de Schlégel. Además, profeta e historiador vienen a ser sinónimos en el idioma de estos vocablos. Profeta es el que habla de lo que sabe por anticipado: historiador es el que sabe; por ello, habla. Únicamente el punto de vista es distinto: el profeta habla del futuro en función del pretérito, y el historiador, del pasado en función del futuro.

Fuera de duda, la Comedia es una historia. Su estribillo podría ser: el que tenga ojos para ver, que vea. Basta abrirlos. Huelga cualquier especialización en dantología. El poema más claro, aún en esto, se parece al evangelio claro, tan claro como el cuarto Evangelio del mismo autor inspirado: una Revelación oscurecida de enigmas y comentarios por la noche profunda de una exégesis que comienza por contradecir el título. Apocalipsis: Revelación, acción de descorrer el velo. Si el Apocalipsis no tiene clave, ¿cómo pudo llamarle así el Desterrado?

¡Cuán formidable de sencillez el estatuario de los nueve círculos concéntricos, que a medida que descienden se estrechan! De Miguel Angel refieren: cuando concluyó su Moisés, le preguntó por qué no hablaba. Dante, él, se dijera que arranca con su diestra el bloque, de un golpe de maza lo modela en efigie, no le pregunta por qué no habla: se retira, y el símbolo queda resonando a voz de eternidad.

Así, Luzbel, Emperador del Reino Doloroso. Como un inmenso vampiro, está hundido en el hielo hasta el pecho. Tiene tres caras: roja, negra

y amarilla. De cada barba cuelga un par de alas que levantan huracanes como para congelar todo el Cocito. Y a las tres caras corresponden sendas fauces, que trituran otros tantos réprobos, "como la agramadera el cáñamo": en la primera está Judas, con la cabeza adentro y afuera las piernas que agita en espasmos de desesperación; en las otras dos, Bruto y Casio, con la cabeza hacia abajo. ¡Un grupo escultórico sonoro y de... última actualidad!

Es la situación del mundo en nuestros días. Más de cuatro siglos de apostasía, de traición a Jesucristo Señor Nuestro, han estrechado de tal modo el infierno en la tierra, que nos encontramos al extremo del embudo dantesco bajo el soplo de Satanás. En efecto, nunca se ha hablado de caridad y filantropía como ahora: huracanes de palabrería como el cierzo de los tres pares de alas de Lucifer, aun los filántropos de la dinamita se enternecen, hay que darles crédito, de sobreamor a la humanidad, al hombre en concreto, y, por ello, lanzan el Mensaje del Odio. Mas en esta atmósfera de azufre y de gases cáusticos ¿las almas no se sienten ateridas como en las márgenes del Cocito?

Del tricolor de las caras comentaban y comentan los exégetas oficiales de la dantología. El rojo, el negro y el amarillo significan las tres razas principales de la población del orbe en tiempo del poeta. Menos oficial, pero quizás no menos cierta sería esta otra interpretación. Se podría asegurar que en lo moderno tres razas pueblan el globo: la roja del marxismo, la negra del totalitarismo, la gualda del judaísmo o mercanti-

lismo. que también a su manera es satanismo.

Aunque esos son pormenores que pueden o no aplicarse y explicarse en esta forma. El escalofrío sacude a los lectores de la Comedia cuando de aquel canto trigésimo cuarto, final del Infierno, pasan la vista a 'la realidad contemporánea y se encuentran con una... "coincidencia" como la siguiente. El emperador-trifáucico, "hace tres desgraciados a un tiempo": Judas, personero del anticristianismo en sus diversos estilos, que en el fondo es uno solo, el protestantismo llamado en léxico actual democratismo; Bruto y Casio, los libertadores de dos grandes pueblos en marcha a la liberación de la especie entera, o nazismo y bolshevismo. El Democratismo —no empeoraré el término—, la Democracia ha caído en la boca de Lucifer: esta... desesperación no tiene cabeza, solamente se ven las extremidades agitadas en la epilepsia de convulsiones que se pregonan como la libertad del mundo. Bruto y Casio —tampoco hay motivo para cambiarles su honesto apelativo—, Tor el Fuerte e Iván el Terrible muestran las cabezas fuera de las fauces; pero —no lo dice el Poeta, ve el espectador— se contorsionan de tal modo al sentirse "tritutados por la agramadera", que las frentes chocan entre sí y se pelean rabiosamente los dos precitos gemelos. ¡Aun la diferencia entre el uno y el otro señaló Dante!... De Casio notó que era más membrudo que Bruto. Como el bolshevismo, más... membrudo que el nacional—socialismo.

En el Apocalipsis, Satanás sale del Infierno. Su sombra cubre la tierra. Las gentes, las cabezas, los pueblos caen a las plantas del Emperador del



Reino Doloroso. La Ciudad humana es la Ciudad de Satanás, la Ciudad Doliente, para traducir la terminología apocalíptica en dantesco. El Emperador, como un "presidiario suelto", se pasea vencedor y majestuoso de uno a otro confín. Quien quiera dirá que esta presencia de Satanás es la guerra, la actual. Esta guerra está anunciada, me atrevo a añadir, hasta con la estadística de los combatientes, según la profecía de Ezequiel repetida por el mensaje de Patmos. Pero, la presencia del Emperador en el mundo de la actualidad es mucho más triste y desoladora, como quiera que es la angustia del hombre de nuestro siglo, que no encuentra salida de este fin de embudo, fin del mundo, como se apresuran a decir los lectores superficiales del Apocalipsis.



Però, es hora de pedir benevolencia para las páginas que siguen. Con perdón de la ingrata impresión de los párrafos anteriores, no se trata de un requisitorio político, ni siquiera de los países—guías. El autor, si es lícito nombrar así a quien es el último lector del admirable Mensaje de la Divinidad del Señor, es un convertido, en este sentido: ha tiempo que se evadió de los campos de la publicidad periodística a la dulce ribera de la soledad y del silencio. Sometido a este suave régimen de la sigueterapia —cura por la serenidad y el mutismo,— ha olvidado fácilmente de la llamada política. Como todo convertido, soy el más encendi-

do defensor de mi nueva posición en la vida.

Mucho menos asomará el erudito. La literatura desconcertante y el género fastidioso están demasiado en boga, para añadir una pieza más a las innúmeras que ofrece la prensa seria y guardan las bibliotecas del mismo mote. Allí, en esos artículos y en esos libros, los eruditos a la violeta hablarán de sobra aquello que buscan sobre el fin del mundo, la evolución contemporánea y hasta los remedios de la presente crisis, con la palabra sacramental para que aclare el día, me equivoco, la Gran Tarde de la liquidación universal a beneficio de la humanidad seleccionada, o más bien, "depurada", para emplear el vocablo técnico del sistema y de los planes que a ello tienden. Soy suficientemente orgulloso de la poca o ninguna importancia que representa un sacerdote oscuro de un rincón tan modesto de América, para juzgar en lo que valen estas páginas: documento de la consolación de quien meditó por dos veces, en el confinamiento, el Libro del Desterrado de Patmos. No digo, a guisa de pedante, que he vivido el Apocalipsis: desterrado, lo he entendido mejor, cual ocurre en las cárceles, según he tenido ocasión de experimentarlo personalmente, donde se pierde el tamaño y las víctimas se confunden en el nivel de la tribulación. Cuántas veces sabereé aquel principio de la Carta: **Juan, el hermano vuestro y compartíple en la tribulación**. . . . Saboreé, con perdón del atrevimiento, el compañerismo del Vidente y de su trato nació este libro,—el más indigno de tan excelso tema.

Repetiré: páginas de emocionada convicción, no de erudición. Sin duda, el motivo se presta

para la erudición. La exégesis escrituraria ha progresado tanto, que en verdad es audacia de las mayores haber abordado este argumento. Excúsame tan sólo la buena voluntad, como quiera que uno de mis propósitos ha sido deducir una demostración de la Divinidad de Jesucristo Señor Nuestro de los hechos y del proceso histórico informados por las ideas denominadas modernas. Bien me sé que en Cuenca del Ecuador es casi imposible la erudición que fuera necesaria para "estar al día" en el asunto: la bibliografía al alcance se reduce a uno y otro manual elemental y faltan los autores de consulta, que sobran en cualquier biblioteca de mediana especialización en Europa. Aún más, en las actuales circunstancias de bloqueo por la colisión de las Democracias y de los Totalitarismos, y en hablando de esta clase de obras, quizá no sería muy exagerado aplicarnos el verídico caso de los felices insulares de la isla de Pascua: recibieron la primera noticia de la anterior conflagración, una semana después de firmado el armisticio entre las potencias beligerantes.

Por supuesto, si no he escrito un Comentario del Apocalipsis, uno como modelo clásico de la exégesis más erudita, la menor de mis afirmaciones está respaldada por las autoridades que me han ofrecido este primer motivo de confianza, no solamente de respeto: la más pura y tradicional ortodoxia. Tómelo en cuenta el bondadoso lector, porque desde este instante le advierto que le sorprenderá más de una glosa por su carácter aparente de original. No he buscado la erudición; pero, sí la seguridad de mis asertos.

La erudición no era indispensable para mi in-

tento. No he pretendido una demostración de la Divinidad de Jesús, como las que se acostumbran en las escuelas de Apologética. Si acabo de decir que estableceré el análisis de los acontecimientos o de las ideas que los han organizado y regulan en el mundo contemporáneo, fué por expresar el deseo ardiente que me anima de lanzar mi voz —¡tan exigua, tan débil, pero al fin voz de angustia hecha alma y hecha carne!— a los vientos que pasan llevando el eco del más grande grito que se ha proferido en la tierra, desde un peñón ensordecido por las olas del mar, remedo apenas del estrépito salvaje de los hombres y los tiempos: **Ven, Señor, Jesús!**

Apologistas hay demás. Y en los tiempos actuales, la mejor apología es el testimonio de la sangre o de las obras, dialéctica más concluyente que la letra o el discurso. No es hora de la discusión, sino de la ejecución. Tal vez, haya católicos —según Claudel, casi nadie de entre los católicos lee el Evangelio— a quienes interese la cuestión: por ellos es este intento de vulgarización del Evangelio de la actualidad, como es el Apocalipsis —Buena Nueva de la Redención, promulgada con profusión de luz en medio de la tiniebla densa que cubre el orbe, escupida por la boca del Dragón.

Ni catastrofismo, ni milenarismo. La Religión Divina no es, como calumnian los portavoces y corifeos de la impiedad sutil conocida y condenada por la Silla Romana con el nombre de Modernismo, una catástrofe, el anuncio de la ruina y de la desolación como contestación última de la Justicia de Dios en la tierra. Las catástrofes, la catástrofe actual es obra demasiado visible de los

misimos hombres abandonados a su arbitrio, como causas dueñas de su voluntad. En cuanto al milenarismo, el Reinado Social de Jesucristo Señor Nuestro no puede ser ese mesianismo a la judía en que sueña hasta el noventa por ciento de católicos: teocracia a beneficio de la economía de los particulares, en fin de cuentas. Sino que será la Redención, el desarrollo de ella, previsto por el Apocalipsis, que regenerando los espíritus invadirá lo social y llegará a constituir el régimen futuro, cuyo nombre ignoramos, pero cuya realidad sabemos a ciencia cierta que será el Evangelio, para resumir, las postreras líneas del Capítulo penúltimo de la Biografía del Salvador redactada por el mismo autor del Apocalipsis: Pero, esto háse escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

La vida del porvenir será en nombre y por obra de Jesucristo Señor Nuestro, en cambio de esta muerte del presente, de esta tanatocracia o imperio de la destrucción, en que se debaten los individuos y los pueblos. Para entonces, la letra del himno comenzará así: ¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria?...

o "o

Conque, me encomiendo a la gentileza del benévolo por antonomasia y por abuso de autores. Por abuso... Pero, Cervantes patrocinó a todos, aun al borroneador de estas páginas, con aquélla su sentencia: no hay libro por malo que sea, que no

contenga algo de bueno.

Desde el título reclama disimulo. Neologismo híbrido, que trasciende a snobismo. Aunque la norma del habla es el uso, y en la toponimia de la geografía actual no se acabarían de contar los ejemplos: Stalinlandia, Hitlerlandia, Saxolandia... Por lo demás, he manifestado, siquiera someramente, el paralelo que se puede establecer entre el Apocalipsis y la Divina Comedia: en la Comedia, lo que en el Apocalipsis corresponde a la ciudad de Satanás o Satanápolis, el recinto del noveno círculo, el de Lucifer y los "tres desgraciados a un tiempo", se llamó **Judesca**, como quien traduce, el infierno de Judas. En dantesco, **JUDESCA**: en moderno, **JUDASLANDIA**.

Tarqui, Noviembre de 1941-Enero de 1942.

El Evangelio de la Actualidad

El Apocalipsis encierra, en suma un sistema de las más sobrias y racionales profecías. Quiero decir que no se inquieta por revelarnos hechos como para satisfacer la vana curiosidad, sino principios que enriquecen los datos de la razón y permiten construir la filosofía de la historia. San Juan no suprime los siglos que necesitan normalmente las ideas para conquistar las masas: no desconoca el progreso y el retroceso en los destinos sociales de estas ideas, no supone una intervención violenta y visible de Jesucristo para aplastar materialmente los poderes enemigos La coalición se reorganizará contra la Iglesia, quizás, con ayuda de una nueva invasión oriental, y descenderá del cielo fuego, que devorará al adversario: tan sólo esto dice del último período de la sociedad humana.....

MARC DAL MEDICO—Les Prédications
de l' Apocalypse—Pag. 44.

Capítulo Primero

LA NOSTALGIA DEL SEÑOR,



HACIA el año 94 o 95, más de sesenta años después de la muerte del Señor y un cuarto de siglo de la caída de Jerusalén, un día que ignoramos, fué la gran sorpresa para las comunidades cristianas del Asia Menor. Se conversaba de la novedad allí donde se reunía un grupo de creyentes.

El desterrado ha escrito. Su carta a las siete iglesias es una verdadera revolución de todos nuestros conceptos y sentires de última fecha. Habla sí, de catástrofes y de la liquidación del mundo que nos hostiliza; pero, sus anuncios son a largo plazo. Sobre todo, ése no es el imperio en el que soñamos, sino más bien una sucesión apenas interrumpida de derrotas. Y la cuestión principal, de la que hemos vivido pendientes, que día y noche ha sido la angustia de nuestro espíritu; la cuestión de la vuelta del Señor está resuelta en la Carta; pero.... vendrá al fin de las edades, no ahora, cuando más necesario era y Le esperábamos tanto.

En éste o parecido sentido debieron manifestarse las primeras impresiones de los primeros lectores del Apocalipsis. El libro ofrecía tanto interés como los Evangelios que le habían precedido; como las Cartas de aquel Co-

responsal de Jesucristo con los hombres, del Ausente que vivía, más actual que durante su vida, en la memoria de tantos —del apóstol San Pablo. Tal vez, superaba en interés, pues era una respuesta, y oficial, y que venía después de acontecimientos que habían añadido nuevas interrogaciones a la conciencia de la época: las primeras persecuciones que acababan de probar a la naciente Iglesia, la persecución de la Sinagoga y la primera del imperio bajo el régimen de Nerón. Además, la ruina del Templo y la destrucción de la metrópoli judía habían ocurrido ya, y esa ilustración objetiva de las Profecías del Señor en el Monte de los Olivos, se dijera que reclamaba su segunda edición, la anunciada por el mismo Jesús: el fin del mundo.

En efecto, el Apocalipsis traía la respuesta al mesianismo de los unos como a la escatología de los otros. Venía a ser el Cuarto Evangelio, comoquiera que el de este número en el canon de los libros inspirados no se publicaba aún en ese entonces. Evangelio: por el mensaje de la divinidad del Señor y por la buena nueva —esto significa EVANGELIO, en griego— que importaba a los mártires, a los sobresaltados de inquietud por la redención o victoria de hostilidades tantas y de adversarios sin número.

Solamente que no era la respuesta esperada. A confesar la verdad, las víctimas de la Sinagoga y del Paganismo aguardaban del Desterrado la confirmación de sus ansias y el cumplimiento de una expectativa que les torturaba el alma. La historia de la época, investigada por autores católicos o no, lo dice: el cristiano de la generación apostólica vivía en la zozobra de este interrogante: ¿Cuándo retornará el Señor?

El retorno del Señor significaba para él el establecimiento de su Reino. Y el Reino, el solo anuncio de su nombre, dibujaba en la mente del convertido del judaísmo o del politeísmo, el levantarse de un tribunal tan alto como la majestad de la Justicia hecha Cólera. Debía ser la limpieza de la tierra a catástrofes y huracanes de fuego. Los que vieron ¿no referían cómo el Señor, látigo en la diestra, había expulsado a los vendedores del atrio? ¡El látigo que agitaría ahora en sus manos! ..

Aunque el Reino estaba inaugurado. ¿No era su ger-

men el de la mostaza—polvo de simiente echada al sureo, regada con la lluvia de la sangre, humillada bajo el soplo de los vientos y maltratada por la canícula, pero desarrollada al fin hasta alzarse en el arbusto enhiesto y frondoso para albergue de las aves del cielo? La parábola del Maestro tenía una claridad que reventaba los ojos. El mismo lo había subrayado al lanzarla: EL QUE TENGA OJOS PARA VER, QUE VEA. Los ojos no veían, cual sucede en momentos de distracción: las cosas más cercanas y brillantes se ocultan a las vista.

El cristiano de la generación apostólica solamente veía, quería ver el cuadro que llevaba en su mente. Cual si dijera que su imaginación no había sido conquistada aún al Evangelio, y sí, solamente su inteligencia y voluntad. En otros términos, en aquel fin de siglos y en las comunidades más fervorosas, educadas de manera especial por aquellas dos almas de fuego, Pablo y Juan, predominaban ciertos prejuicios fácilmente explicables, como quiera que atañían directamente al Símbolo y representaban las huellas de la enfermedad que la salud de la fe iba eliminando poco a poco. Lo propio acontece con el convaleciente: tan sólo a la postre recobra toda la salud.

El Cristianismo no fué el milagro que dan a entender muchos apologistas y se figura la mayoría de los católicos. Una conversión repentina y fulminante. Aparte de las conversiones colectivas o personales que refiere el Libro sagrado de los Hechos, la penetración del Evangelio, su difusión en lo individual y en lo social, se realizó de manera lenta y progresiva, hasta transformar pueblos y razas. De nuevo hay que recordar la parábola del grano de mostaza y la paralela de la levadura. Quiere decir que el cristianismo respetó ciertas ideas y estados de alma, mientras la masa se compenetraba del fermento y de su verdad íntegra y original.

Así, las ideas entonces vulgares acerca del fin del mundo y de un reinado demasiado político del Señor. En los días de la aparición del Apocalipsis, el judío menos ilustrado, si es lícito expresarse de este modo, se olvidaba de la Ley, para acordarse únicamente de los Profetas. Y los Profetas de Israel no eran leídos, es decir, enten-

didos en su texto oficial, sino en los comentarios que abundaron desde un siglo antes de Jesucristo Señor Nuestro hasta dos o tres siglos después. Con permiso de la comparación: como los libros de caballería hasta los tiempos del Quijote, o como las novelas en nuestra edad enferma de esta peste, la literatura apocalíptica dominaba la afición y sostenía el entretenimiento de los contemporáneos del Vidente de Patmos. El entretenimiento: eufemismo quizás impropio, cuando la apocalíptica era el sentido mismo de una vida humana en aquellos días.

Por su parte, el pagano, latino, asiático o africano, no había traído a la fe menos sueños y quimeras. Su naturaleza estaba trabajada por ansias legítimas, no cabe duda, las más de ellas por lo menos; pero, esa sed de transformación y de regeneraciones bruscas era a modo de la sed que atormenta a los viajeros del desierto en la travesía interminable de los arenales caldeados como un horno: pintaba a su imaginación espejismos y visiones puramente subjetivas. También el pagano, el convertido de Eleusis, de Mitra y otras religiones de misterios, abrigaba las ilusiones judías de una apocalíptica que, si no se llamaba con este nombre, comprendía en suma su mismo programa e idénticas aspiraciones.

Las sectas, que luego arrancaron de la unidad católica, precisamente porque la enfermedad del error y de errores como éste pudo en ellas más que la salud de la verdad sencilla del Evangelio, constituyen una demostración ilustrativa de lo que acabo de observar. En la época de una de las persecuciones más violentas los cristianos fueron acusados con una acusación sobremanera curiosa: de ser demasiado catastrofistas para no maquinar la ruina del imperio. Por cierto, fué una calumnia a la par de todas las demás. Los catastrofistas eran ciertos herejes y sectarios, que, según apunta graciosamente un historiador, habían extremado tanto la escatología judía, que adjudicaban a Dios, como cifra de sus atributos, una admirable liberalidad de terremotos y cataclismos.

Sin duda, la apocalíptica de unos y de otros, del ex—judío como del ex—politeísta, resumía una sola ansia confusa, en fin de cuentas, el solo anhelo de la vuelta del Señor. El modo y el sentido eran desviados, mas el

fondo de aquel alarido —como que la cristiandad de aquel tiempo era una muchedumbre con los brazos levantados al cielo, con las miradas fijas en él, y la lengua desatada, ensordeciendo los espacios con el estampido de una sola voz—, era tan conmovedor como el alma más profunda del más auténtico Cristianismo. Porque el Cristianismo es la espera de Jesucristo: para el individuo, inmediatamente después de la muerte: para la colectividad humana.... ¿cuándo?..... El lo había advertido: en el instante menos previsto, como el zigzag del relámpago en el horizonte.

Esta ansia, este estado de una como sola alma hecha multitud incontable, en el idioma de los primeros lectores del Apocalipsis debió denominarse NOSTALGIA: en español, AÑORANZA; en portugués, SAUDADES. Comoquiera que el vocablo griego se compone de *nostos*, vuelta, regreso, y de *algos*, solicitud, dolor, tortura. Es el estado de alma característico del que se desespera por retornar a la patria. Como la nostalgia que sentían los discípulos del Señor: dolor de su ausencia, inquietud del corazón que le busca, la expectativa del que cuenta por minutos los años y los siglos que tarda su advenimiento.

El Apocalipsis recogió esa Voz. Por boca de San Juan habla la cristiandad de la última década del primer siglo de nuestra era. El Apocalipsis rectificó las apocalípticas erradas de ese entonces y de todos los tiempos. Tomó ésta o la otra expresión en boga, las respetó de la manera divina de respetar lo humano, según la misma Iglesia que hubo de respetar algunos ritos de la liturgia judía y aun de ciertas solemnidades paganas. Corrigió las ilusiones. Encauzó la esperanza del retorno del Señor —fundamento de la fe, me atrevería a decir, cual dijo San Pablo de la Resurrección. Definió el drama: el conflicto de la Iglesia con sus adversarios. Y señaló la hora de Jahvé, la segunda venida del Hijo del hombre, contra el sentimiento de la época que la creía inminente.

Inminente: era por cierto el regreso del Señor. Solamente que no cabía llamarse a engaño. Había que colocarse en el mismo punto de vista del Profeta, o sea, en el futuro. Desde aquí se le veía llegar a Jesucristo, con la celeridad que reclamaba el cristiano de la generación apostólica. Por supuesto, el lenguaje se contradice. No

así el lenguaje del Vidente. Ni pretérito, ni futuro, propiamente: el Vidente no conjuga los verbos sino en presente.

El título del Apocalipsis es aquella primera palabra del versículo séptimo del capítulo primero: V—E—D. En un vocablo todo el Libro. Pues los fieles habían exigido una respuesta terminante a la Gran Cuestión, les daba el Desterrado, invitándoles a limpiar de llanto las pupilas y descubrir el espectáculo que tenían al frente, en el horizonte: VED, VIENE EN MEDIO DE LA NUBES, Y LE VERA TODO OJO, Y LOS QUE LE ALANCLARON, Y SE GOLPEARAN LOS PECHOS POR CAUSA DE EL TODAS LAS TRIBUS DE LA TIERRA: ASI ES: AMEN.

Luégo, enternecido también él con la nostalgia de su edad, como temblándole la diestra por inquietud igual a la de sus coetáneos, el Desterrado firma la Carta, como entonces era estilo de firmar, al principio:

YO, JUAN, EL HERMANO VUESTRO, Y COMPARTICIPE DE LA TRIBULACION Y REINO Y PACIENCIA EN CRISTO JESUS.

Capítulo Segundo

EL DRAMA EPICO



QUE género de la literatura, o más bien, de las literaturas hasta ahora conocidas y estudiadas, pertenece el Apocalipsis? No es impropio la pregunta, así sea tratándose de un libro que no pertenece a ningún género literario y los comprende todos en una forma maravillosa de superación de todos ellos. A principios del siglo, cuando estuvo de moda el pambabilonismo —o panconfusionismo, como quiera que el sistema hizo mucho honor al apelativo—, hubo quienes descubrieran en el claro Mensaje de la Divinidad de Jesucristo un eco de la epopeya caldea intitulada ENUMA ELIS, epopeya astral, antropomórfica del sol.

También en este concepto, el Apocalipsis es la época de su composición. Su clima es la inquietud y la expectativa del segundo advenimiento del Señor. Su argumento es el que vivía la cristiandad de aquellos días: la lucha con el Adversario, que cambiaba de apellido y de personificación, pero no cambiaba procedimientos, mucho menos la razón única de su guerra a muerte a la Iglesia, a la Asamblea, cual decía el léxico contemporáneo.

Por su argumento el Apocalipsis es un drama. Apre-

súrome a especificar: un drama épico. Ni epopeya solamente, ni drama tan sólo. Los dos elementos, el relato grandioso de lo grandioso, que constituye la epopeya, y la acción que se desarrolla de modo emocionante y espectacular, cual significa la voz drama, se compaginan, así en el diálogo y la manera de presentar los acontecimientos, como en la escenificación de los mismos y de los personajes. Aun en el sentido clásico que puso en boga el insigne homerizante Victor Bérard, cabría aplicar al Apocalipsis esta definición de drama épico. O si se prefiere, epopeya dramatizada, en su mismo estilo, desde luego, heredero, de aquel de los divinos Bárbaros, los Profetas de Israel.

Equivale a empequeñecer lo que no tiene medida humana, como que su medida es su propio autor, Dios, en último término, verdadero autor del Libro inconmensurable. Aunque Dios, para expresarse, se ha expresado en humano, y en lo humano, estas páginas admiten apenas comparación. Un drama en que la tesis tiene todo el movimiento de la vida y el calor de la pasión más ardiente. Se lo ha llamado Manual de la Filosofía de la Historia: lo es, no hay duda, como pudiera ser la historia animada en figuras sin sombra de teatralidad, hablando por boca de los acontecimientos, a través de los siglos, en una sucesión, me equivoco, en una batalla que hace del Libro un vastísimo campo ensordecido por el fragor y sacudido por uno como solo temblor: el campo de la teomaquia o combate de los hombres con Dios, con el Hijo de Dios, Jesucristo Señor Nuestro.

El carácter apocalíptico de Jesucristo es el de Protagonista: Primer Combatiente, cual dice el vocablo hebreo. Y el carácter, también apocalíptico, de Satanás es el de Adversario, disfrazado o con la faz descubierta.—Satanás en hebreo vale tanto como adversario: en griego, Antagonista.

El duelo entre el Protagonista y el Adversario comienza el primer día de la edades. Y ese día comienza el Apocalipsis, que no es sino las Memorias o Comentarios, para emplear la terminología militar, pues de cosa bélica se trata, de la Divinidad del Señor probada por la victoria sobre el Adversario. Por no haberlo entendido en

este sentido obvio, tantos han cubierto de tinieblas el Mensaje diáfano, sobrio, luminoso de sencillez.

Israel es el depositario de la promesa del Redento: Si fuera lícita la expresión, en el pueblo judío se adelantaba Jesucristo, aun antes de la encarnación. Por ello Satanás Le perseguirá ahí, en el pueblo de Israel: contra Israel desplegará sus batallones en los imperios asirio, babilonio, medopersa, griegomacedónico.... Esa conjuración, en suma, contra el Mesías, es aventada como polvo de planicie, en forma apocalíptica, lo que no quiere decir, según se imagina el vulgo, con huracanes de fuego y al soplo de la catástrofe, sino al soplo de los tiempos y al empuje de los hombres, que se encargan ellos mismos de castigarse y deshacer esas coaliciones del Adversario. Los imperios enemigos de Israel desaparecen por sus propios vicios y corrupción.

Amanece la claridad de Jesucristo en la cumbre de la edades. Para el Desterrado, no es la aurora del idilio de Isafas. El sol de la nueva era alumbra el nuevo campo de la lid. No cabe duda, este capítulo del Apocalipsis supera con mucho en grandeza épica a los anteriores, como quiera que el Protagonista viste la carne nuestra y el Adversario, también él, es una figura tangible: el Dragón que echa espumarajos de cólera contra la Mujer Luz y contra el Hijo que va a nacer de las entrañas de Ella —que nació ya: Cuadro a colores del conflicto de Jesucristo con la Sinagoga, es decir, con el Judaísmo o Farisismo, en quien se encarnó el Dragón escarlata, la Serpiente antigua, Satanás, en castellano, el Adversario.

En el léxico de San Juan, el judaísmo es el farisismo. En verdad, los fariseos ejercían el monopolio de los destinos y de la religión de Israel, para que no monopolizaran el simple nombre de la raza y del pueblo. Su nombre era la etiqueta de su conducta. Apodo, quizás; pero, es cosa sabida que los apodos dicen más que el cognomento propio, como que responden más a la persona y a sus realidades. Vienen a ser una psicobiografía en epítome y con retrato. Del hebreo *Perushin*, los SEPARADOS se aislaban sistemáticamente del vulgo, para no contaminarse con su trato: castellanos de las torres de marfil, insensadas por los paranoicos de la in-



telelectualidad contemporánea, como quiera que solamente el apellido de las pestes cambia con el correr de los años.... Fueron los enemigos oficiales de Jesucristo Señor Nuestro durante los tres años de su ministerio público. Y no obstante que en muchos puntos de su predicación el Maestro favorecía las tesis de ellos, los «Santos» por título y por casta, Le odiaron hasta cegarse y hacer caso omiso de las propias conclusiones de sus escuelas, donde se enseñaba que quien hacía milagros, era un profeta de Dios. Sin duda, el Señor no ejecutaba el milagro que le exigían: un eclipse repentino del sol, o más bien, arrancar el astro en pleno medio día y arrojarlo como carbón apagado a las plantas de su Importancia los Doctores de Jerusalén. ... Pero, la curación del popular ciego de nacimiento, para no citar la resurrección del amigo y conocido de tantos fariseos; la curación aquella, comprobada, autenticada, diríase, en la propia oficina de Censura, Propaganda e Informaciones del Sanedrín, ¿no valía por cualquier otro milagro para certificar por lo menos el carácter de profeta de Jesucristo?

Un judío de nuestra época, José Klausner —JESUS OF NAZARETH, HIS LIFE, TIMES AND TEACHING— ha planteado la cuestión. Parece que los heterodoxos no le tacharán de parcial. Sin duda, destaca los «motivos» del farisaísmo contra Jesucristo: el poco aprecio del Señor para ciertas fórmulas puramente exteriores de la Ley; el trato con los pecadores y más contaminados, mientras ellos, los fariseos, que por su «santidad» se merecían las preferencias, eran a lo sumo objeto de cierta cultura y diplomacia, no en toda ocasión, como aquella vez cuando el Maestro les vapuleó con las frases y los epítetos más irrespetuosos y aun mordaces. Pero, tácitamente, juez de tanta autoridad, se dijera que confiesa que éstas no son razones suficientes para.... la muerte de Jesucristo Señor Nuestro en la cruz.

No hay que averiguar tanto la razón. El odio suele ser franco como el amor. Nadie mejor que el Pontífice de aquel año señaló la principal acusación del farisaísmo contra el Señor: Jesucristo era un peligro para el pueblo judío: daría ocasión a los romanos para tomar Jerusalén y reducirla a colonia. La razón de Estado. Guardianes

del pueblo, los fariseos no podían menos que invocarla. Aun en el caso de comprobar el mesianismo de Jesús, debía procederse con sumo tino, para no despertar la suspicacia del gobernador. Ellos no eran revolucionarios. Si años después, uno de los más ilustres, el máximo rabino Aquiba, saludó al Mesías en la persona del Hijo de la Estrella, Bar-Cokebas, fué una excepción asaz escandalosa. No faltaban quienes, a lo menos en el secreto de sus almas, admiraban el orden romano, no solamente lo acataban. Jesús era un innovador, y lo peor, no había consultado con ellos para las novedades que introducía en la religión de Israel, al extremo de universalizarla admitiendo en sus cuadros, no sólo ciertos prosélitos de gentilidad, que el suave decir de un talmudista llamó la lepra en la epidermis sana del judaísmo, sino en general a los paganos, esos sacrificadores a los ídolos, comensales de los banquetes de la formación, como decía el vocabulario judío. Entre el innovador y los conservadores de la Ley, medió una distancia que el título de la ejecución, mandado a colocar por Poncio, no hizo sino reducir a cifra que atravesaría los siglos como provocación de El a ellos: JESUS DE NAZARET, REY DE LOS JUDIOS.....

Muerto el Señor, restablecida la tranquilidad pública, pese a tantos que aseguraban en calles, plazas y caminos, que había resucitado, y personas libres de cualquier sospecha de ilusionismo se contaban entre los testigos, parece que la Sinagoga y el Fariseísmo no se inquietaron por de pronto, como era de esperar, con la reacción del pueblo a favor del Crucificado. A lo menos, en Jerusalén los discípulos frecuentaban cada día el templo; enseñaban con admirable calma en el pórtico de Salomón; sacerdotes y levitas, para ingresar a la nueva comunidad, no necesitaban abdicar sus funciones. En suma, si consideramos la actitud y mente de los fieles para con los incircuncisos, los primeros días del Cristianismo jerosolimitano, podríamos hablar de superjudaísmo —expresión tan jugosa del mismo judío ya citado, José Klausner— para designar la nueva fe como una superación de la religión de Israel, que podían apadrinar, muy engeñados, los Separados o Fariseos, añadido yo de mi parte.

Esa *en'tente*, desde luego, tácita y puramente exterior; esa calma momentánea de la Serpiente, para volver a la terminología apocalíptica, duró apenas el tiempo necesario para que el farisismo confesara paladinamente su convicción de la Resurrección de Jesucristo, como confesó persiguiendo a los discípulos. La Sinagoga decretó el exterminio de los cristianos ¿Qué razón invocaba? El delito de que se les acusaba, lo precisó el Consejo a los apóstoles citados ante él, era el nombre del Señor: la razón de este delito (pues, la misma que invocaron para entregar al Maestro a la potestad civil del gobernador de Judea) Tal o cual término recibía una pequeña modificación: la incipiente Iglesia era condenada, como que era una innovación importada al judaísmo por la doctrina aquella de la redención universal, y cuya expresión era la audacia, ingenua si, pero declaradamente sacrílego, de esos galileos, los más de ellos de una rusticidad y de un analfabetismo chillantes, frente a los Doctores por estudio y por apellido. ¡La audacia del grupo directivo de galileos no significaba otra cosa sino el alzarse de una Sinagoga llamada Iglesia contra la Sinagoga oficial de Israel!

Y el Dragón embistió otra vez a Jesucristo en la persona de su Iglesia. Tan sólo la primera persecución sangrienta del César pudo hacer olvidar un tanto esta persecución desarrollada en Jerusalén por la Sinagoga, digo, por la Serpiente, por el gran Adversario. No le cedió en ferocidad. Aparte del salvajismo de las lapidaciones, bastaría recordar el horror que representaba para un judío el anatema pronunciado por el Gran Consejo: expulsado de la Sinagoga, la víctima se convertía en blanco de la abominación pública, para la propia familia, no solamente para la comunidad y el vecindario. El Apocalipsis ha precisado. Así para las persecuciones desatadas por el Paganismo como para ésta del Farisismo doblado de crueldad por su hipocresía, el Drama épico no tiene sino un nombre suficientemente sugestivo: LA GRAN TRIBULACIÓN. Y se palpa el ánimo del testigo, quizás presencial, de escenas de sangre y de vileza, allí donde el Desterrado subraya este apodo de la Sinagoga o conspiración de fariseos: SINAGOGA DE SATANAS. Para un escri-

tor judío, era la expresión más fuerte que se podía emplear. ¿Por ventura son judíos?— parece preguntar y les niega el cognomento gentilicio, al decirles casi en esta forma: SE LLAMAN JUDIOS, MAS NO LO SON, LOS MUY MENTIROsos.

Luégo el Adversario a la judía se retira. Cambia el decorado y la escena se amplifica. La lucha se agigantará, esta vez, entre Jesucristo y la Bestia. El jeroglífico del Imperio Romano en su guerra desapiadada y secular a los servidores del Señor. Se dijera que este nombre de la Bestia alude de modo profético y estupendo al que retumbó de uno a otro extremo de la tierra habitada, en aquella grito: *Christiannos ad Bestias!*.... Tal vez, mas el sentido apocalíptico directo de la Bestia es más cabal acierto: el Adversario, la figura de él, como previamente fué el Dragón, por la Fuerza, última Razón del Imperio contra la Idea.

La Bestia sale del abismo. El Cesarismo romano irrumpió del fondo de los abismos de la tiranía y del despotismo, se creyera, tan sólo para postrar a la Iglesia y ahogarla en su propia sangre. La Sinagoga o el Farisaismo había invocado la razón de la seguridad popular: estilo de la serpiente es la hipocresía: en la acusación contra Jesucristo y los primeros fieles hubo algún disimulo de la verdadera causa de la sentencia. Estilo de la Bestia será la claridad: *Non licet esse vos*. Tal como suena: no es posible exigir más énfasis: al cristiano por el hecho de serlo, no le era permitida la existencia en el imperio. Ciertamente, el César de presidio, o más bien, de manicomio, adujo como motivo el carácter racial de una porción de los cristianos de la Capital. En verdad, aparte de los orígenes de la predicación evangélica, los judíos nutrían los cuadros de la nueva Iglesia y su personal directivo. Además, según estadísticas muy calculadas, la población judía comprendía el catorce por ciento de los habitantes del imperio: en Egipto, era el ocho por ciento, y en Roma, formaba una muchedumbre de diez mil personas. Pero, el motivo aducido por Nerón fué demasiado digno de él, cual no deja de reconocer el historiador Tácito, convencido antisemita, por supuesto, antes de que se usara el epíteto, pero cuando se agitaba ya la cues-

tión: un pretexto cobarde de quien se vió estrecho para apaciguar de otro modo la cólera popular por el incendio de la cosmópolis. Para Nerón y para todos sus continuadores en la persecución a los Cristianos, no hubo más causa que la seguridad de la *gens romana*, es decir, del *genus humanum*, para copiar la fórmula consagrada de todas las sentencias de martirio. No se trataba de una medida de administración policial, como opinó erróneamente Mommsen, ni siquiera del crimen de lesa majestad, sino de algo más sustantivo, de leyes penales de excepción.

En prueba, los romanos, tan amigos y observantes de los fueros y de las fórmulas de juicio, en tratándose de los cristianos, hicieron caso omiso de las inmunidades y de la más elemental jurisprudencia, llegaron a despojar de su carácter a los tribunales, suprimiendo los procesos legales y aun los testigos y los abogados. Con añadir que el derecho de apelación no se concedía a los mártires, se ha señalado el índice más claro de una excepción de escándalo para esta nueva categoría de criminales, los prosélitos de la fe, que en el concepto de los señores del mundo había venido de esta guisa a dividir la especie en el *genus humanum*, que decían defender los Césares, y en la conjuración de los enemigos por constitución y por sistema, como se aseguraba de los cristianos.

Al llegar a esta jornada del Dracón, la jornada de las persecuciones de Roma encarnada en la Bestia, o más bien, de la Bestia, del Adversario encarnado en Roma, inusitada vivacidad anima al Desterrado. Es el caso personal de él, que nos refiere. Víctima de la Tribulación, la Profecía ha principiado en su persona: los períodos que seguirán de la Lucha, abundarán hasta lo incontable en tragedias como la de él. En Efezo, sin duda, se promulgó un bando del nuevo impuesto creado contra la colonia judía. Los recaudadores latinos extremaron su voracidad y eleptomanía. Los esquilados apelaron al motín. Como azuzador fué señalado el jefe de la comunidad cristiana, que ante los cobradores pasaba como judía, y fué conducido San Juan a Roma, y arrojado allí a un caldero de aceite hirviente. Salió ileso, y como para la policía del César de ese entonces, Domiciano —*inopia ra-*

pax, metu saevus, como le definieron los contemporáneos—, el condenado resultaba al fin una persona oscura, creyeron satisfecha la vindicta pública —léase: la seguridad del imperio— con desterrarlo a un campo de concentración en el archipiélago de las Espórades, entre el populacho de mineros. Con perdón de la expresión apocalíptica para un lector de nuestra edad cultísima, aquella medida policial bien reflejaba la fisonomía de la Bestia.

Y continúa el Poeta de la Teomaquia. La Bestia sirve de montura a la Gran Cortesana, jeroglífico final de la metrópoli del Imperio. Se derrumba el trono de los Césares. Un ciclón de cascós levanta polvaredas que oscurecen el horizonte: son los Bárbaros que llegan, muchos de ellos a reemplazar a la Bestia en la persecución al Cristianismo, hasta que en persona se adelanta el Verbo, en el corcel blanco de la victoria: el Verbo, comoquiera que la Palabra de los evangelizadores de la paz someterá a la barbarie de las invasiones.

La Bestia reaparece en el Dragón, para ser arrojada al estanque de azufre. El Ángel de la hegemonía espiritual del Evangelio desciende del cielo y encadena al Adversario en el abismo: los diez siglos de la paz y de la influencia incontestada de la Iglesia. Hasta que el Presidiario es excarcelado, y fuera del abismo, se pasea victorioso por la tierra, engañando y seduciendo a las naciones. Esta vez el Adversario no ha tomado la figura del Dragón o de la Bestia: es él en persona, actuando con su nombre propio, sin antifaz ni máscara, encarnado en el satanismo tangible de nuestros tiempos actuales.

El Drama épico del Apocalipsis concluye al modo de las epopeyas clásicas: con la toma de la Ciudad del Adversario y con el establecimiento de la Metrópoli del Protagonista. Porque no es ótro el fin, para hablar con el tecnicismo propio, la escatología del Apocalipsis: la caída de Satanápolis y el levantarse de la Jerusalén omnífulgente del triunfo, Capital de Jesucristo Vencedor.

Así como el Mensaje de la expectativa del Segundo Advenimiento del Señor resume en un solo vocablo el ansia de la edad en que fué escrito, así el Mensaje de la Divinidad de Jesucristo, por lo que al drama de su siglo y de los siglos se refiere, o sea al conflicto de la Iglesia

con el Adversario, podría resumirse en el aleluya del triunfo a la caída de Roma:

¡ALELUYA! ¡SALUD, GLORIA Y PODER A NUESTRO DIOS, PORQUE HA JUZGADO A LA GRAN CORTESANA!

Capítulo Tercero

LA CALUMNIA



JESUCRISTO se equivocó. Por supuesto, a fe de Loisy y más fautores del modernismo. Anunció como inminente el fin de los tiempos, y para alistar a la humanidad, predicó el Reino, mas aquel fin no acaeció, ni se estableció el Reino, sino que se constituyó en su lugar la Iglesia. Como resume la fórmula célebre: anunciaba el Reino, y fué la Iglesia la que vino. La Iglesia, creación de los Discípulos, que corrigieron el plan del Maestro, reinterpretaron sus palabras para acomodar a la condición de un mundo que duraba lo que había dicho para un mundo considerado como próximo a desaparecer.— (LOISY, L' EVANGILE ET L' EGLISE, PAG. 26).

Calumnia vieja de diecinueve siglos. Y antes de que la exégesis ortodoxa la refutara con logrado éxito, fué refutada, se pudiera decir, apenas proferida. Comoquiera que no es ótro uno de los principales propósitos del Mensaje de Patmos: demostrar de manera apodíctica, como se dice en las escuelas, la veracidad de la Profecía del Segundo Advenimiento del Señor por la ejecución de las otras profecías que contiene el Libro. En cuanto al Reino, no sé si los anales de cualquier imperio humano

posean un documento más explícito que esta Carta Magna de la Monarquía universal de Jesucristo, como es la Carta del Desterrado.

El tono del Apocalipsis es de réplica. Entre los primeros destinatarios no debían faltar espíritus apasionados y proclives al pesimismo y a la duda. De aquellos inconformes que viven corrigiendo los programas de Dios, o más bien, trazándolos según su mente. El Maestro se había referido con tanto lujo de pormenores a los acontecimientos del año Setenta. ¿Por qué tardaba la ejecución en lo relativo a la consumación de las edades? ¿Acaso los signos o pródromos de su venida no estaban a la vista —hambres, terremotos, guerras, pseudoprofetías, como esos Nicolaitas que fustigaba la Carta de Patmos? Sin duda, no se oscurecía el sol, la luna y las estrellas; pero, el color de la atmósfera, cual diría siglos después un comentarista ¿no daba para pensar que esta señal también se vería presto?

San Juan hubo de contestarles. La Revelación vino a ser como la continuación de la Segunda Carta de San Pablo a los fieles de Tesalónica. Esta comunidad se había persuadido, no tan sólo de la proximidad del advenimiento del Señor, sino de la necesidad inaplazable de él. A lo menos era la opinión de moda para la mayoría. Consecuentes con ella, «los tesalonicenses se desinteresaban de las cosas de la tierra, tanto que, a la par de los condenados a muerte, que tienen contados los días que vivirán, pasaban el tiempo en la ociosidad, en la desocupación, en conversaciones y disputas de comadres». — (F. PRAT, SAINT PAUL, PAG. 85).

La contestación se redujo en suma a la explicación de las Profecías de Jesucristo Señor Nuestro, que los cristianos de la última década del primer siglo sabían de memoria: las habían escuchado tantas veces en la Catequesis Apostólica y les habían leído, las podían leer en los tres Evangelios Sinópticos, hasta la fecha publicados. El Apocalipsis no era sino el desarrollo del Capítulo Vigésimo Cuarto del Evangelio de San Mateo y de los capítulos paralelos de San Marcos y de San Lucas.

El celeberrimo Capítulo del fin de Jerusalén y del fin del mundo. Cabalmente en esta carta los argumentos de la



Calumnia Antigua de nuestros días. Solamente que en el terreno de la crítica, no ya en el de la inspiración de los Autores Evangélicos, no se sostiene la acusación. Para sostenerla, sería necesario reducir a una sola pregunta de los Apóstoles y a una sola respuesta del Señor la doble pregunta y la doble respuesta del diálogo del Huerto de los Olivos.

Los Apóstoles interrogan a Jesús: DINOS ¿CUANDO SERAN ESTAS COSAS, Y CUAL SERA LA SEÑAL DE TU ADVENIMIENTO Y DEL ACABAMIENTO DE LOS TIEMPOS?. Distíngase bien: PRIMERA PREGUNTA: ¿CUANDO SERAN ESTAS COSAS?: es decir ¿cuándo será lo que acababa de anunciar el Maestro, que del templo «no sería dejada piedra sobre piedra que no sea demolida»?—SEGUNDA PREGUNTA: ¿Y CUAL ES LA SEÑAL DE TU ADVENIMIENTO Y DEL ACABAMIENTO DE LOS TIEMPOS?

RESPUESTA A LA PRIMERA PREGUNTA: El fin de Jerusalén está cercano; sus señales serán los falsos messías, las guerras, las hambres, las pestes, los terremotos, las persecuciones, los prodigios, en suma, cuanto acaeció con precisión matemática, según narra el historiador judío Flavio Josefo. Versículos más adelante, Jesucristo insiste en las señales de la destrucción de Jerusalén: entre otras, la abominación de la desolación, o sea, el cerco de la Ciudad, como interpreta en forma inapelable un exégeta de la talla del Padre H. Pinard de la Boullaye. Aconseja la fuga, pinta el horror del sitio y de la caída y pronostica la dispersión de Israel. Luego torna a precisar la proximidad del acontecimiento: se lo podrá prever; lo presenciara la generación contemporánea de Jesucristo; y El, el Hijo del hombre, conoce a ciencia cierta la fecha del suceso, lo cual no ocurre con el fin del mundo.

RESPUESTA A LA SEGUNDA PREGUNTA: El fin del mundo está lejos, como quiera que antes será evangelizado el universo entero. En cuanto a las señales, propiamente, fuera de la aparición de los seudocristos y de los seudoprofetis y fuera de la conmoción cósmica, por cierto, descrita en el lenguaje de los Profetas clásicos, no habrá señales que determinen el advenimiento del Señor, como sucedió para la ruina de Jerusalén, puesto que es-

te advenimiento será fulminante y repentino. La comparación no puede ser más explícita: PORQUE COMO EL RELAMPAGO SALE DE ORIENTE Y PARECE HASTA OCCIDENTE, TAL SERA EL ADVENIMIENTO DEL HIJO DEL HOMBRE. Particularmente, la contestación a la segunda parte de la segunda pregunta: ¿CUANDO SERA EL ACABAMIENTO DE LOS TIEMPOS?—no da a nadie lugar a confundirse: la fecha del fin del mundo, NO LA SABE JESUCRISTO, se subentendiendo, para comunicarla. MAS CUANTO AL DIA Y LA HORA, NADIE LOS SABE, NI LOS ANGELES DEL CIELO, SINO EL PADRE SOLO.

Hay que recomendar las palabras del Señor. Y no en cualquier glosa o exégesis, sino en los mismos textos discutidos. Por ley elemental de criteriología parece que se ha de explicar lo oscuro por lo claro, y no viceversa, cual se ha hecho con las profecías del mencionado Monte. Dos frases hay allí fulgurantes como una descarga de luz: EL ADVENIMIENTO DEL HIJO DEL HOMBRE SERA COMO UN RALAMPAGO. Y la otra: EL DIA Y LA HORA, NADIE LOS SABE. La exégesis heterodoxa, quizás profunda, pero como la noche, para reeriminar de equivocación a Jesueristo, comienza por enredarle en contradicciones pueriles e indignas de la seriedad que los más de los mismos librepensadores reconocen como característica fisonómica del Maestro Divino.

Por lo demás, estas Profecías no ofrecían a sus primeros lectores la oscuridad que ofrecen ahora, sobre todo en algunos de sus pormenores. Los cristianos de esa centuria poseían datos que no poseemos, para deslindar los términos de la PERSPECTIVA UNICA en la que comprendió Jesueristo los DOS acontecimientos, perfectamente distintos, separados por siglos y siglos de distancia, y cuyo punto de unión era, primeramente, el carácter de ambos, el futuro, que para la eternidad de Dios es instantáneo, y en segundo lugar, la relación del primer suceso con el segundo, pues la ruina de Jerusalén, en la mente y en la frase del incomparable Profeta, venía a ser la imagen de la ruina del mundo: al hablar Jesueristo del fin DE UN MUNDO, habló del fin DEL MUNDO. Por otra parte, los contemporáneos de los Sinópticos y de la

Revelación de Patmos estaban más acostumbrados al estilo profético que empleó el Señor, y lo que constituye una diferencia capital relativamente a cualesquiera otros lectores, leían las Profecías en el propio idioma de ellos.

Para reforzar lo anterior, me permitiré una breve digresión erudita. Dos eminentes filólogos, H. Pernot y Burkitt, han resuelto uno de los más crueles rompecabezas de los tratadistas de la escatología. En el texto de la Vulgata del Evangelio de San Mateo, en el versículo vigésimo del Capítulo que nos ocupa, léese: *Statim post*, que los traductores vierten por INMEDIATAMENTE DESPUES. Y el adverbio ha servido de no pequeño argumento a la calumnia de la equivocación del Señor sobre la proximidad del mundo. Pero, el *Statim* de la Vulgata corresponde en griego a *euthys* o *eutheos*, cuyo valor en la lengua de los Evangelios es llana y sencillamente, en romance: Y ENTONCES. Es decir, como el griego del Nuevo Testamento viene a ser la lengua común, según se llamaba en la época el griego que hablaba el mundo de occidente, pero la lengua común con no pocos hebraísmos, aquel INMEDIATAMENTE o LUEGO no es sino el «vaw consecutivo» del hebreo, en una palabra, nuestra conjunción castellana Y.

La cuestión es de aquellas a las que se refiere el proverbio turco: los pies van adonde les lleva la cabeza. La pertinacia modernista en embrollar los datos más concretos y distintos del problema conocido con el nombre de la Parusia —en griego, *Parusia*: en español, ADVENIMIENTO— se comprende fácilmente por el prurito de explicar las ideas antiguas con las de nuestros días. Que los Apóstoles y sus coetáneos estuvieron crónicamente convencidos de la inminencia del Fin, o sea, de la Parusia del Señor. Que, si los Apóstoles no abrigaron esta convicción, por lo menos toleraron explícitamente el error de los fieles, aun más, lo fomentaron, por cierto, con fines morales, para mantenerlos alerta por medio del pavor de la catástrofe. Para los católicos concluyó la litis por decisión de la Comisión Bíblica: los Apóstoles de ninguna manera abrigaron la convicción de la proximidad del Segundo Advenimiento del Señor, ni siquiera como opinión privada y personal: tampoco fomentaron la equivocación entre los

fieles, más bien les llamaron la atención, y si algunos de ellos creían cercano el fin del mundo, ésta fué una fe que no tuvo nada de oficial, de enseñada por la Iglesia y sus personeros, tal como en nuestros tiempos se dan católicos convencidos de una escatología que la Silla Romana no auspicia, mucho menos refrenda.

La Carta del Desterrado, menos aún que los Evangelios Sinópticos, debía dar ocasión a la calumnia. Es el Evangelio de la Parusia, más sencillo y claro que los anteriores, me atrevería a añadir, si por ventura puede darse grados de claridad en el mismo foco de luz: Jesucristo, cuyo resplandor inefable iluminó el Monte de las Profecías, el de los Olivos, y el islote de Patmos. Aunque aquí, en Patmos, el resplandor fué para los humildes, para los predilectos de Aquel que por prueba de su misión divina dió esta cifra de descorcorante sencillez: **A EVANGELIZAR A LOS POBRES FUI ENVIADO.**

Para este Evangelio de los pobres, San Juan hizo hablar en su idioma de él a los maestros de la profecía, Ezequiel y Daniel, sobre todo a este último. No digo que haya rebajado la grandeza de ellos, sino que los tradujo en el Apocalipsis, popularizándolos, colocándolos al alcance de los menos educados en esa escuela de escogidos, como es la escuela de los jeroglíficos. Tome quienquiera por paradoja; pero, no hay libro más fácil de entender que el Apocalipsis como compendio de estas dos verdades que son la esencia del más auténtico Cristianismo: la Divinidad de Jesucristo Señor Nuestro y el triunfo final de su Doctrina y de su Justicia, de ésta más allá del teatro de lo transitorio, del mundo.

No se le ha perdonado al Evangelista de la Divinidad uno de los pasajes más emocionantes del Mensaje. Le tratan de tristísimo equivocando, porque aquello que oyó ante el Gran Consejo, lo repite en la Carta, como que lo vió con sus ojos tornado espectáculo, allí en el destierro. Fué en esa hora del proceso del amigo, más que del Maestro: el Inocente guardaba una calma y una serenidad imperturbables: los jueces se mostraban sobresaltados, quizás de temor a uno de aquellos repentinosismos del gran Taumaturgo: callaban todos, y sólo la voz del

presidente del tribunal resonaba hasta a'uera, donde hallábase el discípulo, esperando el desarrollo de los sucesos. La atmósfera de la sala se caldeaba, como quiera que a los más ecuanímenes del Consejo se les sublevaba el ánimo al contemplar la nueva forma de protesta, más hiriente, si bien más fina: el Procesado no replicaba una palabra a cuantas acusaciones se le hacían. Pero, llegó el momento: el presidente interroga: **POR EL DIOS VIVO TE CONJURO, QUE NOS DIGAS SI TU ERES EL MESIAS, EL HIJO DE DIOS.** Con cuanta paz, pero con cuanto énfasis también, contestó Jesucristo: **TU LO HAS DICHO: EMPERO YO OS DIGO: DE AQUI A POCO VEREIS AL HIJO DEL HOMBRE SENTADO A LA DIESTRA DEL PODER DE DIOS Y VINIENDO EN LAS NUBES DEL CIELO.** Caifás y toda la sala, una sola conspiración de hipócritas, gritaron: ¡Blasfemo!... No olvidaba Juan la impresión que le produjeron aquellas palabras del Maestro. Rara vez le vio tan majestuoso. En medio de tanta humillación, pasó por su mente el relámpago del recuerdo de la transfiguración, y a los oídos del discípulo se perdieron los gritos de Caifás y del Consejo, como el rugido de las fieras en la selva mientras retumbaba el trueno en los espacios, porque le parecía escuchar ese instante la ratificación del Tabor: **ESTE ES MI HIJO MUY AMADO.**.... Y ahora, en la isla lejana, dominando el estrépito de las olas, una voz, «una grande voz como de trompeta» —así leemos en el Apocalipsis— le grita: **LÒ QUE VES—ESCRIBELO EN UN LIBRO.** ¿Qué es lo que ve el Desterrado? Pues, la gloria del Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo.

El Apocalipsis es la visión deslumbrante de este espectáculo solo, se diría: el Segundo Advenimiento de Jesucristo Señor Nuestro. Y porque el Vidente da testimonio de lo que vio, su obra es un delirio confuso y disparatado, propio para aturdir a los lectores y desequilibrar el cerebro que tome en serio esa continuada sucesión de cataclismos. Cual si un ciego sumido en la tiniebla más honda de su desgracia, se enfureciera contra quien le refiere el prodigio de la aurora que él sí, está contemplando....

Pero ¿no hay allí una indicación precisa de tiempo? ¿No es ésta la equivocación mejor confesada del Apocalipsis?: DICE EL QUE ESTAS COSAS ATESTIGUA: SI, VOY PRESTO. AMEN: VEN SEÑOR JESUS. No se equivoca, ni miente el Desterrado: esta su postrer afirmación es de él, como es de él el grito vibrante: para quien acaba de contemplar el último día de los tiempos, en aquel lienzo final del triunfo del Señor, los siglos y siglos que faltan ¡cómo parecen breves minutos, tan escasos y rápidos, que bien caben en el adverbio PRESTO! ¡Y el ansia del Vidente, de quien ve aquel último día, por cierto, cabe apenas en el ruego que sigue!

Traducción fiel de la plegaria oficial y litúrgica de la Iglesia en ese entonces. ¿Fué tomada del Apocalipsis, o San Juan la recogió de labios de los fieles? Los historiadores más autorizados han descubierto. La oración en uso de las comunidades cristianas de fin del siglo, era en arameo: *Marana tha: Veni. Domine noster!*: exactamente, en castellano: ¡VEN, SEÑOR NUESTRO!

Me anticipo a los eruditos. Sería ésta una explicación tan poco plausible del gran Libro enigmático: reducirlo en cierta manera a eucologio de la primitiva Iglesia. Sin embargo, lo más difícil, una vez explicado, desconcierta por su sencillez. Para mí, el último de los lectores de la Revolución —¿y por qué no también destinatario?— a lo menos el postrer Capítulo es la oración del Desterrado, dicha de rodillas, ante la visión de Jesucristo triunfante.

Oración: de aquí, la atmósfera y el ritmo del Mensaje.

Capítulo Cuarto

PROHIBIDO PARA INTELLECTUALES



EL Desterrado vió. El Sentado en el trono tenía en la diestra un libro escrito por dentro y al respaldo, sellado con siete sellos. Un ángel robusto, símbolo del pensamiento de San Juan, pregonaba: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar los sellos de él? Y ninguno podía en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, abrir el libro ni leer en él. Y el Vidente lloraba mucho, porque ninguno fué hallado digno de abrir el libro ni leer en él. Y díjole uno de los Ancianos —figuraciones de la divina sabiduría en cuanto se manifiesta a un corto número de privilegiados—: No llores: mira, venció el león de la tribu de Judá, el vástago de David, para abrir el libro y los siete sellos de él.

Para hablar del Apocalipsis en apocalíptico, este Libro de los siete sellos es de la Revelación de Patmos. ¿Quién es digno de abrirlo y desatar los siete sellos de él? Se diría que nadie en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra: cuantos se han atrevido nos han dado sus propios apocalipsis o revelaciones. El Profeta ha debido llorar la elegía de la incomprensión al mirar su libro convertido en cartilla de gramáticos y en ejercicio de pedantes. Sólo Uno es digno de abrir el libro y

leemos en él. Solamente una clave hay para descifrar los jeroglíficos, o sea desatar los sellos del Apocalipsis, y esta Clave es Jesucristo Señor Nuestro.

No dejó de advertirnoslo el autor. Y para impedir lo que ha ocurrido a través de los siglos, de modo singular en el nuestro, multiplicó las amenazas: **TESTIGO SOY YO A TODO EL QUE OYE LAS PALABRAS DE LA PROFECIA DE ESTE LIBRO: SI ALGUIEN AÑADE A ESTAS COSAS, AÑADIRA DIOS SOBRE EL LAS PLAGAS ESCRITAS EN ESTE LIBRO, Y SI ALGUIEN QUITA DE LAS PALABRAS DEL LIBRO DE ESTA PROFECIA, QUITARALE DIOS SU PARTE DEL ARBOL DE LA VIDA Y DE LA CIUDAD SANTA, DE LAS COSAS ESCRITAS EN ESTE LIBRO.** Porque abundan los continuadores de la Revelación, así como los mutiladores. A los unos y a los otros les mostró el Profeta adonde les llevaría el camino de la aberración: traduciendo este lenguaje figurado, a la compañía del Adversario, a la tortura eterna.

Los que añaden profecías a la Profecía, descubriendo en ella visiones que no se leen ahí, son los heterodoxos y también ciertos ortodoxos, que descubren en el Apocalipsis más bien un tratado de sismología. Para los primeros, San Juan se inspiró en las mitologías contemporáneas, por ejemplo, de los iraníes, de modo que, aparte de uno o dos capítulos del Mensaje, que se refieren a la historia de su edad en un simbolismo quizás de mal gusto, lo restante de esa apocalíptica trasciende a superchería: entre otros opinan de esta guisa Pfeleiderer, Beyschlag, Spitta, Vischer, Renán.... Para los segundos, la Carta del Hijo del hombre vale por el reto de Jahvé a las edades, mejor dicho, a la sola última edad del mundo, porque estos escatólogos no hallan otro período en el Apocalipsis. Sería la Carta de la Catástrofe, y no de la Redención de los hombres, como lo es de verdad este documento de la consolación, que en suma recoge las ocho Bienaventuranzas de la predicación del Divino Maestro y lanzalas para regocijo de los infelices que han sido y serán: **BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN.... BIENAVENTURADOS LOS QUE HAN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA....** parece resonar de la primera a

la última línea del Apocalipsis.

Y a los fabulistas se suman los mutiladores. Caterva tan perniciosa como la anterior. Como ésta digna de la execración del Vidente. El Mensaje habría olvidado las victorias de Jesueristo en los siglos premesiánicos, y propiamente, por lo que mira a la era cristiana, se limitaría al exclusivismo de una escatología como la que sueñan los colegas del catastrofismo aquel, del que cree más digno del Señor de la majestad una revolución cósmica, y no lo que anuncia San Juan, talvez, para nuestra edad: el fuego del cielo, que descenderá a devorar los ejércitos de Gog y Magog, o sea un nuevo fervor de la caridad evangélica, cual comentó de manera inapelable San Agustín.

No entraré en disputas inútiles. El lector está sobre aviso: no escribo un comentario crítico, sino que copio los apuntes de mi diario de emociones sobre la lectura del Evangelio de la Divinidad de Jesueristo Señor Nuestro. Solamente subrayaré de paso: no hay libro menos judío en el Nuevo Testamento que el Apocalipsis de San Juan. Es cosa sabida entre teólogos y apologistas: la inspiración de las Sagradas Escrituras no comprende la anulación de la personalidad de los autores: el autor—hombre conserva su psicología propia, no tan sólo su estilo. Ahora bien; nadie se atreverá a sostener que el Destruido, al redactar la Revelación, se despojó de tal modo de sus condiciones de judío, que en realidad dejó de serlo. San Juan es tan judío como sus maestros, Isaías, Ezequiel y Daniel, para citar los principales. Sin embargo de ser judío en el mismo grado, en el Apocalipsis se descubre una huella palpable e incontrovertible, iba a atreverme a decir, de antijudaísmo. La ha señalado autoridad tan competente como el Padre Lagrange: «La visita de Dios, la Parusía, para los judíos, era más temida que deseada». Y el Apocalipsis es la visita de Dios, Y la visita de Dios es el gozo que estremece al Profeta de Patmos. No es hora aún de ella, y San Juan salta de júbilo a la sola idea de que algún día vendrá el Señor.

Alguien podría objetarme que en esto no se trata de psicología o de personalidad judía. El cristianismo había cambiado radicalmente la mentalidad del insigne Após-

tol. No cabe de ello la menor duda; pero, aquí habría cambiado el hombre, si se me permite lo radical de la expresión: repetiré, habría cambiado el judío, educado en la escuela del antropomorfismo de Jahvé, el Señor de los Ejércitos. Desde luego, Jesucristo en el Apocalipsis también puede ser considerado como Dios bélico: ahí está, entre otras, la estampa del Verbo en el corcel nívco —de la Eucaristía y del Evangelio predicado a los invasores, comento yo—, en marcha a desbaratar los escuadrones de los Bárbaros. Pero, es el símbolo: el fondo dice del pacifismo del Señor, cuya palabra de guerra es aquella que suena en las repetidísimas doxologías del Libro: REDENCION. De modo que, el Mensaje no es propiamente de la Victoria de Jesucristo como Juez, sino como Redentor, como Cordero inmolado, para volver a la fiel terminología apocalíptica. El Cordero bañado en la sangre del degüello es el epígrafe de color de aurora del Libro todo blancura.

He medido serenamente lo inusitado de la tesis. Entre las profecías del Antiguo y del Nuevo Testamento no hay profecía menos apocalíptica que el Apocalipsis. Apocalíptica: en el sentido contrario a la etimología del vocablo, que el noventa y nueve por ciento de los lectores de la Revelación da al epíteto, al extremo de que apocalíptico —en el idioma de origen: RELATIVO A UNA REVELACION— ha venido a ser en todos los léxicos de occidente sinónimo de oscuro y de terrible. No hay profecía menos oscura ni menos terrible que la Profecía de Patmos. Siempre que para descifrarla y comentarla no se prescinda de la Clave sencilla y luminosa, de esta llave de oro que abre las puertas del Porvenir, como las de un horizonte fantástico. JESUCRISTO.

Es el índice de los Capítulos que preceden al duodécimo. Precisamente, de los capítulos que han servido para el decorado de la cólera de Jahvé al fin de las edades. Los Cuatro Jinetes de la desolación, los Siete Angeles y las Siete Trompetas de la conmoción y del estrépito que revuelven el mundo, aun aquella pareja de los Testigos, tan imposible de explicar de otro modo, son páginas de la historia de Israel, me equivoco, del Mesianismo, cuya cronología se divide muy sencilla, pero cierta-

mente, en dos períodos, que conoce hasta un alumno de instrucción primaria: ANTES DE JESUCRISTO—DES-PUES DE JESUCRISTO.

No se diga los capítulos siguientes: También en esta parte del Mensaje, no es la clave en uso en las escuelas la escatología tantas veces citada, de cataclismos y ruinas, sino llanamente la más sobria filosofía de los acontecimientos, la que nos da el secreto del Libro. Se comprende allí la vida de la humanidad en las tres grandes edades de la división vulgar; edad antigua, media y moderna. En otros términos, a partir del Capítulo Duodécimo hasta el antepenúltimo, del primer advenimiento del Señor hasta el segundo, por más que se busque y averigüe, no se hallará la colección de oráculos que Luis Veuillot llamó con tanta gracia «noticias del año próximo», sino algo más digno de la divinidad: la historia como un programa a grandes líneas de la gesta de Dios por el Hijo del hombre.

Y no incurrir en contradicción. He observado que el Apocalipsis no ofrece de terrorismo sino el comentario de la gran mayoría de sus pseudoglosadores. En cualquiera de las «cargas» de los Profetas antiguos—*carga: onus*, como se nombran en el sagrado texto esos pronósticos de fieros males—, se encuentran más amenazas y despliegue de la ira de Jahvé. En la Profecía de Patmos, por los Siete Sellos, por las Siete Trompetas, que pertenecen a la remota edad precristiana, y por las Siete Copas vaciadas sobre la Gran Cortesana, se han olvidado los más esplendrosos episodios de la epopeya, esas playas bañadas en luz por los resplandores de Aquel que vendrá.— ¡Miserable lenguaje humano, a cada paso traiciona el futuro, para hablar de esa actualidad siempre presente en el Apocalipsis, como es el Señor Jesús, aun desde la ribera de su final imperio, la eternidad!...

Para resumir la cuestión de lo cabalístico de la Revelación de Patmos, toda la dificultad está en la subrogación de los destinatarios. Y no es culpa de nuestros tiempos de cultura y de intelectualismo, sino el error viene de muy lejos. No se podría precisar la fecha, pero es lo cierto que los críticos han oscurecido una obra que no era para ellos. Al pie del título de ese Evangelio, sería de grabar la advertencia que se lee entre líneas en el

sagrado texto, y que debió ser más indubitante para los lectores de la primera edición: PROHIBIDO PARA INTELECTUALES. Los Evangelios no fueron escritos para las bibliotecas y los gabinetes de estudio, mas para las asambleas de los fieles, para aquellos lectores con cuya comprensión se vanagloriaba el máximo Doctor de semejante clase de alumnos. El Apocalipsis de San Juan es Evangelio. Luego, no fué escrito para quienes se consideran y apellidan sabios, para los que han hecho de él una enciclopedia de acertijos.

Carta de la victoria para los irredentos. Revelación: no hay para qué cambiar el nombre. Revelación como aquella que conmovió el corazón del Maestro, quizás hasta hacerle derramar lágrimas de ternura, la ocasión en que, al volver de la misión los discípulos, levantó la mirada al cielo y exclamó: TE ALABO, OH PADRE, SEÑOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA, PORQUE ENCUBRISTE ESTAS COSAS A LOS SABIOS Y PRUDENTES, Y LAS DESCUBRISTE A LOS INFANTES. El verbo descubrir, que emplea aquí Jesucristo es *apocalypso*, de donde viene Apocalipsis.— Y encarándose con los discípulos en privado, dijo: BIENAVENTURADOS LOS OJOS QUE MIRAN LO QUE MIRAS. PORQUE OS DIGO QUE MUCHOS REYES Y PROFETAS QUISIERON VER LO QUE VOSOTROS VEIS, Y NO LO VIERON, Y OIR LO QUE OIS, Y NO LO OYERON.

Con razón ningún pasaje, como éste del Evangelio de San Lucas, enfurecía tanto a ese anticristo de hospital, a Federico Nietzsche. Nada más humillante para el orgullo de la razón humana, de la que se cree superior a Dios, que el desprecio del inefable Amigo de los ignorantes. Superiores díqué a Dios, tantos seudocomentadores del Apocalipsis lo han sorprendido y lo sorprenden como fábula insípida. En cambio, se diría que la sonrisa del Señor ilumina esas páginas para los humildes, y se siente en ellas estallar el gozo de Quien se complace en el fracaso de la inútil sabiduría humana.

Conque, vayan los sabios a descifrar los jeroglíficos de Egipto y a averiguar el secreto de la Esfinge. Los jeroglíficos de Patmos no han menester esta laya de descifradores. Como quiera que para abrir una puerta, sola-

mento se necesita que la llave dé en la cerradura. Tal es la llave de oro aquí propuesta.

El sistema de interpretación seguido en estas páginas, pertenece a una autoridad, si se quiere, «desconocida», como él dice con tanta delicadeza y humildad, pero respaldada, por lo que a su principal mérito se refiere, o sea, a la ortodoxia, por esta garantía incontestable: *Imprimatur: 25 Mar. 1922—Mgr Barlassina, Patriarche de Jerusalem*. Comentario corto de páginas, apenas cuarenta y ocho en octavo, pero inmenso de conclusiones, *Les Prédications de l'Apocalypse*, Marc Dal Medico, se limitan a dar esta prueba de su brillante hipótesis: aplicarla. Como quiera que el mejor modo de demostrar lo legítimo de una llave es probar si da a la cerradura.

La observación es del autor citado. Hagamos también nosotros la prueba.

Capítulo Quinto

EL PRIMERO Y EL ULTIMO



A división del Apocalipsis en cuatro edades, períodos o partes, fuera del prólogo y del epílogo, fluye del texto. Y de tal manera está en él marcada, que, si aquí o allá el Profeta pasa de una edad a ótra, el tránsito es demasiado evidente para que no se note una de las características del estilo profético, cual es la de ofrecer como imagen de un acontecimiento futuro el acontecimiento que se está narrando.

La Carta comienza por la dirección de los principales destinatarios: mensaje a la iglesia de Efeso; a la de Esmirna; a la de Pérgamo; a la de Tiatira; a la de Sardes; a la de Filadelfia; a la de Laodicea. No es indiferente el número septenario de la dirección del Apocalipsis: siete es número declaradamente apocalíptico, que significa la plenitud. Por consiguiente, en estas siete cristianidades del Asia Menor estuvo comprendida para el Apóstol la cristiandad entera. Sin duda, la tesis de Ramsay, que ha agotado la cuestión, es muy fundada: el Profeta escogió las siete Iglesias nombradas, porque el asiento de ellas quedaba en los puntos más estratégicos de la gran vía imperial —estratégicos para la más fácil y rápida di-

vulgación del Mensaje, por ser dichas ciudades emporios del comercio; luego, poblaciones nutridas de nativos y de extranjeros.

Los referidos mensajes se extienden hasta el capítulo quinto. Después de una visión de introducción general, de describirnos la eterna juventud de Dios y la disposición de las leyes de la Providencia, con símbolos como aquel de la gerontocracia o senado de los Veinticuatro Asistentes al trono y como el de los Cuatro Animales, a contar del capítulo sexto, el Vidente contempla el pasado y lo traza en jeroglíficos. Es la Edad precrisiana o premesiánica: Jesucristo toma en sus manos el Libro de los Siete Sellos los abre de uno en uno; van pasando los siglos a medida que se abren los sellos; al romper el Séptimo Sello, Siete Angeles tocan Siete Trompetas y se ejecutan los diversos sucesos de la historia universal que en su relación con el pueblo de Israel ocurrieron hasta la venida de Jesucristo Señor Nuestro.

Con el capítulo duodécimo se inicia la Edad Antigua: el siglo de la Sinagoga y los siglos del Imperio Romano en la lucha sucesiva de estos dos poderes contra Jesucristo y la Iglesia. Concluye con la invasión de los Bárbaros y la cristianización del mundo de occidente. Es la parte más extensa del Apocalipsis. Como quiera que el propósito de la Revelación, al menos entre los principales, era el que exigían las circunstancias en que fué publicada: alentar a los mártires de la Gran Tribulación a sostener el combate que había principiado con tanta fiereza, y para ello, nada más al caso que mostrarles el fin de la lid, la caída de la Gran Cortesana, de Roma, encarnación del Imperio, mejor dicho, del Adversario del Señor y de los discípulos.

La Edad Media será relatada en siete versículos del capítulo vigésimo. Pero, el epítome es magistral, se podría añadir, completo. Una sinopsis que debería constar de epígrafe en la historia de aquellos tiempos, diez siglos, por supuesto, contados según la aritmética del Apocalipsis, del vasto presidio del Adversario. Todas las calumnias que se han lanzado contra la edad cristianísima no valen cuanto esas pocas frases de San Juan para referirnos la prisión de Satanás y el triunfo de Jesucristo y

de su Iglesia.

Concluye con la Edad Moderna en los cuatro versículos subsiguientes del mismo capítulo. Un esbozo tan magnífico como el anterior: la Reforma, la Revolución, nuestra actualidad de....la excarcelación del Adversario, están allí descritas en apocalíptico, quiero decir, con una claridad que deslumbra.

No adelantaré la demostración de cada una de estas épocas. Por de pronto urge aplicar la clave a la primera, o sea a la edad prescristiana. Del Capítulo Sexto al Duodécimo. —¿No equivale a despojar el Apocalipsis de su carácter profético, trasladando al pretérito una media docena de capítulos entendidos por la gran mayoría como los cuadros más clásicos del futuro— clásicos por aquello de las catástrofes cósmicas, de las guerras y de los cataclismos? Sin embargo, tal es la verdad desnuda. No existe el despojo. Líbreme Dios de tamaña aberración: la índole profética del Mensaje de Patmos, no sólo ha sido aceptada por el consentimiento unánime y la más antigua tradición, sino que consta del mismo título del libro: textualmente, en griego, *Biblión tes profeteias*: PEQUEÑO LIBRO DE LA PROFECIA. Pero ¿las profecías más clásicas del mesianismo de Jesucristo Señor Nuestro, para recordar solamente las de Isaías, de Ezequiel y de Daniel, no principian por donde debían principiar, por donde principia también la Profecía de Patmos? No se refieren al pasado, a ese pasado que no les interesa ciertamente a los catastrofistas de la escatología?

La cuestión es muy sencilla, como quiera que es de fe. Ni la observación peca de original, porque consta de un documento tan inapelable como es el mismo Libro de San Juan. Los mencionados Capítulos se refieren a los tiempos idos, a los siglos anteriores al Profeta, porque el Apocalipsis versa sobre Jesucristo, y Jesucristo, cronológicamente, es EL PRIMERO Y EL ULTIMO, el Primogénito, como le llamó San Pablo, este enorme estilista, que, no obstante sus reiteradas declaraciones de vulgar y descuidado, es uno de los que mejor han manejado la lengua—prodigio. Parece que la gran porción de los comentaristas del Apocalipsis no ha leído el versículo décimotercero del Capítulo vigésimo segundo. Es Jesucristo el

que habla: YO, YO SOY EL ALFA Y LA OMEGA, EL PRIMERO Y EL ULTIMO, EL PRINCIPIO Y EL FIN. Conque, no solamente es el Ultimo Ciudadano de la historia universal. Es el Primer Ciudadano, como quiera que con El principió la historia. No es tan sólo de mañana, del futuro, del porvenir: es de ayer, es de hoy. Y no en el sentido figurado, porque en esto el dogma no reconoce ni emplea figuras. Jesucristo es Dios, y como Dios ha existido siempre. De Jesucristo, en tratando de cronología, o sea de la sucesión de las edades, hay que repetir la definición del apocalíptico Pascal: es un círculo cuyo centro está en todas partes, y la circunferencia en ninguna.

Oigo la risa de quienes me responden: «Aquesto es Catecismo, pero no Apocalipsis». Sin embargo, el Apocalipsis es el Evangelio de la Divinidad de Jesucristo: luego, debía de comenzar como el Cuarto Evangelio, por la generación del Verbo; aquí, por su aparición en la historia. El Apocalipsis es el canto de la victoria del Protagonista Jesucristo sobre el gran Antagonista: luego, debía principiar por el primer día de la batalla, puesto que la victoria no es solamente el fin de la lid, sino arranca desde el instante en que los ejércitos enemigos se disponen en orden de pelea y ocupan el campo.

Los Capítulos tantas veces citados contienen en suma los anales de Israel, el pueblo elegido para conservar la fe en un solo Dios, pero igualmente para guardar la Gran Promesa, aquella que constituye el primer acontecimiento de la historia universal: la Promesa de Jesucristo Redentor. Entender de otro modo la Profecía de Patmos vale tanto como truncar el Drama. Un Apocalipsis sin esa parte premesianica, propiamente, no fuera Apocalipsis, sino el absurdo integral, como quiera que, transferidos al futuro esos jeroglíficos, más de una media docena de milenios quedaría descristianizada, esto es, despojado el Libro de su carácter de tal.

En cualquier aspecto que se considere, la demostración del precristianismo de dicha sección del Apocalipsis es obvia. Lo difícil no está en demostrar: está en comprender cómo se pueda sostener lo contrario.

Huelga insistir. Con esta interpretación, no hay porqué negarlo, el Mensaje pierde en colorido terrorista, pe-

ro, gana en colorido cristiano. De una a otra exégesis, de la escatológica a la mesiánica, para señalar el matiz de la luz que les ilumina, media la diferencia del Sinaí al Tabor. La primera es la pompa de la teofanía de Jahvé—Omnipotencia entre los relámpagos y truenos: la segunda es también la pompa de la teofanía de Jahvé pero de Jahvé—Gracia, con aquel resplandor de nieve que brilló en las vestiduras de Jesús y aquella nube reluciente que coronó la cima del monte de la Transfiguración.

El jeroglífico de los Cuatro Jinetes de los Cuatro primeros Sellos fué tomado de la profecía de Daniel. Allí representa los vientos que soplan de los cuatro puntos cardinales de la tierra. Aquí significa otros tantos decretos concernientes a los justos, no como tales, mas como hombres: el Caballo blanco es la guerra triunfal con adalides como Josué, Gedeón, Saúl, David: el Caballo rojo es la guerra, pero la guerra como hecatombe y carnicería, como ocasión de paciencia para los buenos: el Caballo negro es el hambre, cuyo signo es la voz que sale de en medio de los Cuatro Animales junto al trono: LAS DOS LIBRAS DE TRIGO, A DENARIO, Y LAS SIETE LIBRAS DE CEBADA, A DENARIO: EL ACEITE Y EL VINO NO GASTES—: por el fin el Caballo jalde es la muerte, la espada, las epidemias, aquellas plagas que de tiempo en tiempo asuelan esta o la otra región del orbe.

Los tres Sellos restantes comprenden los decretos y leyes de la Providencia para los justos como mártires. El Quinto, la falange de los mártires aparece numerosa; clama venganza y exige que los malvados no posean el poder de victimar a los santos; para indicarles que deben contentarse con la justicia y esperar que el número de los que padecerán como ellos persecución en el Antiguo Testamento, se complete, se les ha revestido de la blanca túnica del triunfo, símbolo del derecho a la recompensa que con el martirio conquistaron. El Sexto Sello es escatológico: la justicia de Dios que juzgará esos tiempos pre-mesiánicos al fin de los tiempos, en el juicio universal: una anticipación de la teofanía de la consumación de las edades. De paso ¡cuán maravilloso el estilo del Profeta! ¡Cuán gráficas las comparaciones del sol ennegrecido co-

mo un saco de pelos de camello, de la luna enrojecida como una mancha de sangre, de las estrellas que caen como las frutas de la higuera sacudida por el huracán! ¡Y la maratón de los reyes, de los ricos, de los poderosos, manada de liebres que corren al empuje del pavor de su propia conciencia, a esconderse en las cavernas, antes que caer en las manos del Dios vivo! Se dijera que todos los profetas de Israel, Isaías, Ezequiel, Joel, Oseas, urgen a rayos y truenos esa carrera del susto de los grandes de la tierra ante la Majestad de Jahvé, pues San Juan se contenta con repetir aquellos textos.

El Séptimo Sello comienza por el misterio de la predestinación. El Vidente asiste a la orden del día que el Señor publica para los buenos, como el Adversario para los suyos. El Catálogo de los bienaventurados, pero de aquellos de Israel: de aquí, la nomenclatura de las tribus: Y OÍ, dice el Desterrado, QUE EL NUMERO DE SEÑALADOS SUBIA A CIENTO CUARENTA Y CUATRO MIL, SEÑALADOS DE LAS TRIBUS DE ISRAEL. Doce mil por tribu: predestinados a la preservación del contagio del siglo y a la participación de la Redención próxima. Los demás, los de la era de la salud, forman una muchedumbre que «nadie puede contar». Se abre el Séptimo Sello y un profundo silencio de media hora se extiende por los espacios. Es la expectativa del advenimiento de Jesucristo, que se acerca. El ansia de los justos que claman por la redención futura, con más vivacidad, multiplicando las plegarias. Hasta que aparecen los Siete Angeles y van a sonar las Siete Trompetas.

Las Seis Trompetas dan pregones de otras tantas leyes contra el imperio que tiranizaba en ese momento de la universal expectativa del Redentor a los justos. El imperio es doble: el griego y el griegomacedónico. Primer Angel—Primera Trompeta: cae granizo y fuego mezclado con sangre que quema la tercera parte de la tierra y los árboles y toda hierba: figura de la devastación llevada a cabo por la tiranía, con el servicio militar, los impuestos, el empobrecimiento general, en suma, todas aquellas consecuencias del mal, de los demonios, cual dice el jeroglífico al aludir a ellos con las calamidades que vienen del aire, pues esos espíritus, según la fe popular, ha-

bitan en los aires: la interpretación se confirma con el dato de la tercera parte de la tierra, referencia muy clara al imperio griego, considerado con relación al mundo entonces conocido, como el imperio romano en la misma Profeía, será todo el orbe poblado, sin que la expresión implique una precisión matemática. —Segundo Angel—Segunda Trompeta: la montaña de fuego que rueda al mar: la misma tiranía y sus devastaciones en los mares.—Tercer Angel—Tercera Trompeta: la estrella ardiente que cae en los ríos y en las fuentes y las convierte en la amargura del absintio: el demonio se apodera de la potestad humana y la corrompe: los ríos significan las autoridades subalternas de la tiranía mencionada por las trompetas anteriores, y las fuentes, las subdivisiones de dichas autoridades.—Cuarto Angel—Cuarta Trompeta: el sol, la luna y las estrellas se oscurecen, como los jefes espirituales y los conductores del pueblo, cuya luz se apaga en la negligencia de sus obligaciones, y acarrecan de este modo graves consecuencias para el país.—Momentos antes de sonar la quinta trompeta, un Angel vuela por medio cielo y lanza tres estrepitosos ayes, para indicar la gravedad excepcional que proclamarán las trompetas siguientes.

Quinto Angel—Quinta Trompeta: el Desterrado contempla la estrella que rodó del cielo. Satanás: el Adversario abre los pozos del abismo, y sale una espesa humareda como de horno: la nube de langostas que se expande sobre el haz de la tierra, de langostas como escorpiones: los vicios de toda clase que acometen a los pueblos y sus ciudadanos en las épocas de decadencia de las grandes tiranías: en verdad, a este flajelo, que no durará sino cinco meses, como quiera que los vicios de la laya precipitan rápidamente una sociedad a la ruina, la muerte misma es preferible. El admirable Pintor se detiene en ciertos pormenores del jeroglífico: las langostas—escorpiones llevan diadema, como los vicios que dominan el mundo con su majestad usurpada: tienen cara humana, como los vicios apariencia de racionalidad: peinan cabellos de mujer, como los vicios vienen a ser hembras por la molice: sus dientes son de león, para despedazar la presa al modo como despedazan su víctima los vicios: sus alas

levantan un ruido parecido al de los carros al entrar al combate, así como los vicios que atacan en tumulto, los cobardes: sus colas son como agujones punzantes, al igual de los vicios, cuyo aguijón se clava, más que como remordimiento, como deseo nunca satisfecho ni saciado. El Rey de las langostas se llama, en hebreo, Abaddon: en romance, Perdición.—A propósito, en el Evangelio, Satanás es nombrado con el mote de Belecubú, que quiere decir el Príncipe de las Moscas, por aquello de que este gran Señor domina en los estercoleros de las grandes corrupciones.

Sexto Angel—Sexta Trompeta: la guerra civil. San Juan oye una voz que grita: DESATA LOS CUATRO ANGELES AMARRADOS A LAS MARGENES DEL EUFRATES: los espíritus de la discordia que Dios desata cuando quiere castigar a los pueblos. Están presos a la orilla del Eufrates, porque este caudaloso río representa la potestad temporal, o porque de ahí saltaron ya para la sanción del imperio babilónico. Suetos, castigarán ahora el imperio griego—macedonio: les sigue una caballería de doscientos millones de jinetes: los jinetes llevan corazas de fuego y de jacinto y de azufre, tricolor que es uno solo, como el del odio y de la cólera de las discordias civiles: las monturas tienen cabeza de león, símbolo de la ferocidad de esta clase de disputas: de la boca de los caballos se escapa una humareda de azufre, y su poder está en las bocas y en las colas, como el poder de las contiendas civiles, en la palabra de los demagogos y en el veneno de las intrigas, caudas tan terribles como el áspid.—Luego la Profecía describe las vísperas de la intervención directa de Dios: la impaciencia de los santos, el consuelo que reciben, y cómo no concluye todo con el advenimiento de Aquel que llega. En vísperas de este advenimiento, aparece uno de los jeroglíficos de mayor plasticidad en el Apocalipsis, tan vívido, que aun los colores se dijera que hablan, y es el jeroglífico de la Ley y de los Profetas en la Pareja de los Testigos, célebre por la glosa de una cábala que se ha complicado más, mientras más ha procurado explicarse. Sin embargo, la explicación es sencilla: el Pueblo de la Gran Promesa ha quedado reducido a corto número de fieles por la

hegemonía de los paganos, que dominan la situación por el lapso de cuarenta y dos meses, término de una persecución violentísima: los tres años significan lo corto del período, y el medio año, su imprecisión. Los Dos Testigos profetizan: no son personajes del Antiguo, ni del Nuevo Testamento, sino figuras de la Ley y de los Profetas, que preparan la llegada de Aquel que viene. Los Testigos amenazan y sus amenazas no son vanas, pueden cambiar a su arbitrio el agua en sangre, como quiera que a la paganización de los judíos siguieron grandes calamidades públicas. Caen al fin vencidos por la Bestia, que sale del abismo: el poderío de los imperios al servicio de Satanás para contrarrestar al Pueblo de Dios y al Ungido. Los Testigos son condenados a muerte y sus cadáveres quedan expuestos en la plaza de la Gran Ciudad, donde fué crucificado el Señor: FUE por SERA, en estilo profético. Tres días y medio, para designar un tiempo asaz corto, pero impreciso, las gentes acuden a contemplar los dos cadáveres, cuya sepultura no se permite: no se consiente a los buenos israelitas deplorar la apostasía general, ni el desprecio de la Ley y los Profetas. Al cabo de los tres días y medio resucitan los Dos Testigos: fué esta resurrección el triunfo de los Macabeos. Un fuerte temblor sacude la tierra, la décima parte de la Ciudad cae y perecen siete mil hombres, en tanto los demás rinden gloria a Jahvé, tomados de pánico: la agitación de los combates de aquel entonces; los israelitas que hicieron causa común con los paganos y con éstos perecieron, mientras los convertidos y arrepentidos confesaron la victoria de Jahvé.

Séptimo Angel—Séptima Trompeta: el imperio del mundo, hasta la fecha en poder de Satanás y de su agente el paganismo, va a pasar a manos de Jesucristo: la Gerontocracia de los Veinticuatro Asistentes al trono, rompe a cantar la doxología de la acción de gracias al señor de la omnipotencia: vienen los días de la Cólera, vocablo que en apocalíptico es sinónimo de Justicia, de la que ejecutará Aquel que llega, al modo como señalará más adelante la Profecía.

Con todo el aparato de las teofanías, relámpagos, truenos y temblores, se cierra el Primer Acto del Drama:

do la creación del mundo hasta la venida de Jesucristo. El Vidente contempla el ocaso del mundo premesiánico y saluda el alba del mundo sobre el cual despunta el Sol de media noche en Belén. En los espacios siderales y sobre las cumbres y los valles flota la música de los Veinticuatro Ancianos, como una estrofa del himno de los Angeles sobre los cortijos de la Ciudad de David: Y LLEGO LA HORA DE DAR EL GALARDON A TUS SIERVOS, A LOS PROFETAS, Y A LOS SANTOS, Y A LOS QUE ACATAN TU NOMBRE, A LOS PEQUEÑOS Y A LOS GRANDES, Y DE ESTRAGAR A LOS QUE ESTRAGAN LA TIERRA.

Amanece Jesucristo, Sol del mundo nuevo: en apocalíptico, la Venganza de Jahvé: en evangélico, la Paz del Señor para los hombres de buena voluntad.

Capítulo Sexto

EL MONSTRUO SEPTICEFALO





CONCLUYE la primera edad apocalíptica y comienza la segunda: la Edad Antigua: de la venida de Jesucristo Señor Nuestro hasta la caída del Imperio Romano y la invasión de los Bárbaros. Ocho capítulos densos: del Duodécimo al Vigésimo, o sea desde la aparición de la Gran Señal hasta la encarcelación del Adversario en el abismo.

Aquí se demuestra mejor la legitimidad de la Clave propuesta. Con sólo desprender los Cinco Jeroglíficos principales, se obtiene una claridad en cierto modo desconcertante. Los jeroglíficos son: el Dragón escarlata; la Bestia de las siete cabezas y de los diez cuernos; la segunda Bestia de los dos cuernos; la tercera Bestia, también de diez cuernos y siete cabezas, pero de color rojo; y el Seudoprofeta. Al parecer son distintas estampas; pero, bien examinadas, delatan una sola fotografía: el Adversario o Satanás en sus diversas manifestaciones y según los recursos temporales y visibles de los que se vale.

El Dragón escarlata aparece en el cielo frente a la Mujer que da a luz. Es septicéfalo y diez veces cornudo; lleva sendas diademas en las siete cabezas. Estas sic-

te cabezas representan los siete imperios de que se sirvió el Adversario para combatir a Jesucristo en el Pueblo de Dios, después en su Iglesia. Los cinco primeros han pasado ya: el egipcio, el asirio, el babilonio, el medoperso y el griegomacedónico. El sexto entra en escena: el imperio romano. El séptimo vendrá, después: quizás, la coalición de los pueblos de la actualidad contra el Ungido del Señor. Cuerno en el léxico eserituario quiere decir fuerza: los diez cuernos representan aquellos poderes que se fundan en la ruina de los grandes imperios y continúan su acción nefasta. El Dragón mismo representa al Adversario, primero en su lucha personal con Jesucristo, verbigracia, en la tentación al cabo de los cuarenta días de ayuno; después en su lucha igualmente personal contra la Virgen Inmaculada; y por fin, en la lucha de la Sinagoga contra la primitiva Iglesia de Jerusalén.

La primera Bestia de las siete cabezas y de los diez cuernos no es sino una reproducción del monstruo anterior. Como éste, es Satanás en persona. Una figuración en abstracto de la potestad o recurso visible que emplea el Adversario en su empresa. Las siete cabezas y los diez cuernos significan lo mismo que las cabezas y los cuernos del Dragón. De modo general está personificada la acción satánica contra Jesucristo y su Iglesia en las diversas persecuciones suscitadas para aplastar al Evangelio y sus fieles. El creador de este símbolo eterno del Mal detalla las características principales de la Bestia: tiene facha de leopardo por su astucia; es tardigrada, pero pisa firme, como el oso, por su solidez; sus fauces son de león, por la ferocidad.

La segunda Bestia predica en favor de la primera. Es el Paganismo, otra de las encarnaciones del Adversario, que refuerza la potestad de la Bestia—Imperio. Lleva solamente dos cuernos, como que viene a ser el antitipo del Cordero.

La tercera Bestia de las siete cabezas y de los diez cuernos, exactamente como la primera, no es ya una abstracción del poder al servicio del Adversario, sino una concreción del poder por antonomasia en ese entonces, es decir, del Imperio Romano. Esta Bestia es escarlata como el Dragón; está cubierta de nombres de blasfemia;

sirve de montura a la Gran Cortesana, apelativo de Roma, la señora del imperio, cuya figura es la Bestia.

Por último, el Seudoprofeta viene a ser a la Bestia anterior lo que la segunda Bestia, o sea el Paganismo, a la primera: una potestad al servicio del Adversario, pero más espiritual e intelectual que civil y política. Tal vez, se trata del Paganismo, no en su forma de deificación del Imperio Romano, en apocalíptico, de la Bestia, mas en la preconización de los ideales paganos, cual ocurrió de manera sintomática en el régimen de Juliano el Apóstata, verbigracia. En cualquier caso, se habla explícitamente aquí del espíritu de la Bestia.

La razón del simbolismo apocalíptico pertenece al profeta Daniel. En las profecías del maestro, todo este aparato zooteratológico guarda la misma relación que en la Profecía del discípulo con el imperio tomado en sentido lato y con los poderes que se ejercen en la tierra. Sólo que la originalidad del Desterrado resalta a primera instancia: en Daniel no hay la correspondencia de la triple Bestia a la trinidad de las Divinas Personas. En efecto, San Juan alude, se pudiera decir, terminantemente, a una como trinidad del mal: Satán o el Dragón sería la primera persona; la Bestia de las siete cabezas y de los diez cuernos sería la segunda, a la cual el Dragón da su poder, como el Padre al Hijo de Dios; la Bestia de los dos cuernos, que después será llamada Seudoprofeta, sería la tercera persona, y como el Espíritu Santo predica en pro del Hijo, esta Bestia roja, en la que cabalga la Gran Cortesana, no es sino un símbolo doble de la Bestia—Imperio, como el Seudoprofeta lo es de la Bestia bicornuda.

De esta guisa los capítulos relativos a la segunda edad apocalíptica se leen como en un manifiesto de historia. Allá, en el horizonte, el Vidente contempla la explosión de un incendio sideral: una Mujer, de cuyos hombros cuelga como túnica el sol; sus pies descansan en la luna, y su frente se ilumina con las doce estrellas de la espléndida corona. Va a dar a luz: el jeroglífico nos la presenta acometida de los dolores del alumbramiento, no porque la Inmaculada pues es Ella, explícitamente, la Mujer, haya dado a luz con dolor a Jesucristo, sino porque es éste el ideogra-

ma para indicarnos el momento del cuadro: de la Mujer que da a luz. En frente salta el Dragón escarlata. Con la cauda arrastra una tercera parte de las estrellas: esto no ocurre el instante de la visión, sino ocurrió ya, cuando el Príncipe de los Rebeldes arrastró consigo el ejército de secuaces. El Dragón se detiene ante la Mujer en trance de dar a luz: como que el Adversario quisiera hacer fallar la obra divina de la Redención del mundo. Es Jesucristo el que nace: lo declara enfáticamente el Apocalipsis al afirmar que el Nacido de la Mujer vencerá y regirá las naciones. El recién nacido es arrebatado hacia Dios y hacia su templo, con lo cual se nos indica que Jesucristo es inmune por derecho de nacimiento contra cualquier ataque o tentación del Adversario. En cuanto a la Mujer, es creatura, pero Dios La protege por acción especial de su providencia: se retira al desierto, que ha sido preparado para Ella, como quiera que la Virgen Inmaculada, por gracia exclusiva concedida a la Madre del Señor, será inaccesible al demonio. El retiro en el desierto se prolonga por mil doscientos sesenta días, plazo corto, mas no determinado con precisión, durante el cual el Adversario tentará en vano atacar a la Inmaculada Virgen María. Con el nacimiento de Jesucristo Señor Nuestro, la gran batalla que se libraba en el cielo entre los escuadrones del arcángel Miguel y los de Satanás, toca a su fin, al menos, el instante de la visión. Se escucha una voz resonante que proclama el triunfo. El Dragón derrotado se ve precipitado a la tierra: esta vez, con más furia persigue a la Mujer que dió a luz: con insistencia repite el texto sagrado, que María Santísima es inaccesible a la tentación: recibió las dos alas del águila gigantesca, las alas de la más perfecta oración y contemplación, y con ellas huye al desierto, allá donde no le puede seguir el Adversario, a una soledad espiritual más inaccesible, si cabe, para el demonio. El Adversario, rabioso de no alcanzar a la Divina Mujer, lanza de la boca un río para sumergirla: desata una violenta persecución contra la Virgen Inmaculada: la tierra se traga aquel río y acorfe de esta manera a la Mujer, cual aconteció con la persecución judía, cuyo vivo empeño fué, sin duda, apoderarse de la divina Madre del Señor, mas no

logró, absorbida como fué por las catástrofes políticas de esos días.—Vencido en su campaña contra la Mujer, el Dragón se vuelve en porfiada acometida a los hijos de Ella, según llama expresamente el Apocalipsis a los cristianos: en otros términos, continúan las persecuciones del judaísmo a la nascente Iglesia.

Huelga subrayar que los ataques del demonio a la Virgen Inmaculada más bien confirman la impecabilidad de la celestial Emperatriz. Los versículos correspondientes, si bien en forma implícita, pero cierta, hacen la distinción teológica: Jesucristo fué inaccesible por naturaleza a la tentación, mas quiso someterse a la persecución: María Santísima fué inaccesible a una y ótra, mas por excepción gratuito: los fieles, ellos están sujetos a las dos clases de embestida del Adversario.

La Bestia septicéfala sale del mar. El Dragón le ha dado el poder de él y hace de ella su instrumento. No es creada ese momento, pues nuestra ya cortada una cabeza: esta cabeza herida de muerte es el imperio griego-macedonio: puede curarse, de hecho se ha sanado, como quiera que resurge más poderosa que nunca en el imperio romano. La tierra queda estupefacta; se postra de adoración a la Bestia: Roma y los emperadores recibían los honores de la divinidad. Aquí y allá las gentes se preguntan: «¿Quién podrá compararse a la Bestia? ¿Quién podrá combatirla?» El pánico del orbe ante la majestad del Coloso de la fuerza. Se le conceden a la Bestia cuarenta y dos meses: guarismo apocalíptico para designar los siglos que duró el imperio. La Bestia ruge blasfemias contra Dios, el cielo y sus habitantes: la grita ensordecedora de emperadores, procónsules, filósofos, vulgo y más verdugos de los Mártires. El Desterrado a su vez exclama: **EL QUE TENGA OIDOS PARA OIR, QUE ENTIENDA.** Por la misma voz la Bestia se delata: es el imperio romano. Que los cristianos no se hagan ilusión: prepárense a la muerte o al destierro, si han de confesar su fe.

De la tierra salta la segunda Bestia, la de los dos cuernos. Habla de religión como el Cordero, pero su lenguaje es feroz como el del Dragón: la elocuencia del Paganismo, que aseguraba defender el culto, pero defendía

solamente a los emperadores, esto es, el poder de la primera Bestia. Esta Bestia también obliga a los hombres a doblar la rodilla, como quiera que a los dioses sucedieron los amos del mundo para el reclamo de una adoración incontestada. Obra grandes prodigios: los seudomilagros del paganismo, si no reales, tan aceptados por la credulidad de las gentes de aquella época. Seduce pueblos y ciudades, hasta obtener le erigan estatuas en plazas públicas: los íconos que cubrieron la extensión del orbe romano. Marca con su sello a los que le adoran: exige que todo ser viviente sea pagano. Y la cifra de la Bestia es 666: el número 6 es el número abominable: repetido tres veces quiere decir la abominación suprema, la abominación por antonomasia, como que es la trilogía del demonio, del abismo y del infierno. San Juan añade que es una cifra humana, como quien advierte explícitamente que no se trata de una señal solamente comprensible para los seres espirituales, sino de un signo usado por los hombres, y que éstos pueden entenderlo fácilmente.

Sin embargo, esta cifra ha constituido uno de los más irresolubles problemas del Apocalipsis. Se ha apelado a un procedimiento que me permito llamar de almanaque, y que se denomina gematría. Como las cifras y los números se escribían con las mismas letras del alfabeto respectivo, entre los griegos, los romanos y también los hebreos, cuando se quería ocultar el nombre del personaje aludido, se empleaba este recurso de traducir su apelativo a guarismos. Según esto, en la cifra 666 estaría el nombre de Nerón con su título de César, escritas ambas palabras en hebreo, desde luego, solamente las consonantes, cual se acostumbra en ese idioma, de modo tal, que sumadas las cantidades representadas por los guarismos de siete consonantes —Nerón comprende cuatro en hebreo—, vendría a dar la cantidad que se busca, o sea 666. En verdad, en los tiempos de San Juan se conocían ya estas distracciones para niños, una equivalente de las palabras cruzadas, que necesita por cierto más ingenio para su resolución, puesto que los mismos inventores del recurso han ideado la siguiente clave: como el nombre del César podía comprometer al Desterrado, el portador de la carta o quien debía dar la lectura de ella

en las asambleas cristianas, habría tenido que advertir: «Se trata del nombre de César Nerón, escrito en hebreo: transmitid este secreto»..... Más sencillo, por tanto, más apocalíptico, es esto del número 6 considerado como abominable, quizás, por su relación con el número siete, número de la plenitud y la perfección.

El adversario, las dos Bestias se inquietan, porque el reino de Jesuero ha comenzado. El Cordero aparece en la cima del monte Sión. Le acompañan ciento cuarenta y cuatro mil elegidos: no hay duda, los predestinados de Israel en el Antiguo Testamento. Suena música de cítaras, música sonora y retumbante como estrépito de inmensa catarata: el cántico nuevo, que saben solamente ellos, los libertados de la tierra, los limpios de fornicación, los vírgenes de idolatría, como dice el texto sagrado, comúnmente mal traducido, pues aquí no se habla de la virginidad propiamente dicha, sino de la virginidad en el sentido de la fidelidad a Dios y a su doctrina, según es estilo de la Sagrada Escritura de comparar la infidelidad para con Jahvé con la fornicación y el adulterio. Al mismo tiempo el Evangelio se difunde en el mundo. Esta evangelización es descrita de este modo en apocalíptico. Un Ángel vuela a través del cielo; lleva en sus manos el Evangelio eterno para evangelizar a las naciones. Clama a grandes voces: **TEMED AL SEÑOR Y DADLE GLORIA, PORQUE LA HORA DE SU JUICIO HA LLEGADO. ADORAD A AQUEL QUE HIZO EL CIELO, LA TIERRA, Y EL MAR, Y LAS FUENTES DE LAS AGUAS.** Otro Ángel anuncia que ha caído ya Babilonia: Roma, por uno de sus apelativos apocalípticos, que no cae aún, ni siquiera en el momento de la visión, mas caerá luego, y por ello, el pretérito profético en vez del futuro. El tercer Ángel corre lista de las penas eternas que aguardan a los signados con el sello de la Bestia. Una voz le ordena que añada el estímulo para los justos: **BIENAVENTURADOS LOS QUE MUEREN EN EL SEÑOR: SUS OBRAS LES ACOMPAÑAN.**— Como se ve, sin forzar el texto de San Juan, aquí no se trata del juicio universal, según quisiera la mayoría de los comentadores, sino del juicio particular, que sigue inmediatamente a la muerte de cada individuo.

De aquí, a renglón seguido continúa el Vidente. El Hijo del hombre está sentado en una nube blanca: el color del triunfo y la majestad. Lleva en las sienes corona de oro y en la diestra una hoz. Un Angel sale del santuario y grita que es hora de echar la hoz y hacer la cosecha: pues la Redención se ha ejecutado, es tiempo de cosechar la mies de los santos para los graneros de la eternidad, a medida de la siega de la muerte. El Hijo del hombre arrojó la hoz: también otro Angel apareció con la hoz cortante. Otro sale del altar donde está el fuego de las teofanías: a grandes voces dice al Angel de la hoz, que es hora de arrojarla a un lado, pues es tiempo de la vendimia: se hace la vendimia y los racimos van cayendo en el lagar de la divina cólera: fuera de la ciudad es llevada la cuba, y la sangre rebasa de tal modo, que los caballos se hunden en ella hasta el freno: un cuadro jeroglífico de la justicia de Dios con los malvados.

Se intensifica el dramatismo. Grandes acontecimientos se preparan. Ocupa la escena el coro de los vencedores de la Bestia. Cantan el himno de la justicia, el de la Redención, la doxología de Moisés, en apocalíptico, la doxología al Cordero. Se adelantan siete Angeles, que acaban de salir del Tabernáculo. Uno de los cuatro Anímales les da sendas copas desbordantes de la ira de Jahvé. El templo se llena de humo por la Majestad de Dios, y nadie puede entrar mientras los siete Angeles no vacíen las siete copas: se trata, no hay duda, de una intervención directa de Dios en los castigos que se van a ejecutar.

Primer Angel—Primera Copa: derrámase en la tierra, y una úlcera maligna ataca a los que llevan el carácter de la Bestia: la úlcera de la corrupción administrativa del imperio.—Segundo Angel—Segunda Copa: se derrama en el mar y el mar se vuelve tinto en sangre como de cadáver: por los abusos del gobierno la inmensa masa de los hombres es un piélago de sangre cadavérica, la esclavitud a la que se reduce la sociedad.—Tercer Angel—Tercera Copa: el licor de la ira de Dios cae en los ríos y en las fuentes, que se convierten ensangre: las autoridades subalternas vuélvense causa de muerte para los pueblos, y el Angel de este castigo alaba y pondera la justicia del Señor, como quiera que los verdugos de los Mártires se

sirvieron de los gobernadores inferiores para la ejecución de su iniquidad.—Cuarto Angel—Cuarta Copa: es vaciada en el sol, y el fuego quemó a los hombres, quienes, atacados de horrible fiebre, blasfemaron el nombre del Señor: la tiranía de los códigos y de las leyes: en los últimos días del imperio griegomacedónico, las gentes sufrieron de la falta absoluta de justicia: ahora, en las postrimerías del imperio romano, la justicia legal, la injusticia práctica y atrocísima de los tribunales, castiga a los habitantes de la tierra entonces conocida, y les exaspera de tal modo, que en vez de arrepentirse, blasfeman contra la Justicia infinita.—Quinto Angel—Quinta Copa: el licor de la cólera divina se riega en el trono de la Bestia, y las tinieblas cubren el imperio; los servidores de la Bestia se muerden la lengua de desesperación, blasfeman contra el Dios del cielo, acosados de úlceras purulentas: las intrigas, las conspiraciones, los asesinatos están al orden del día en el palacio de los Césares: el imperio ha perdido su brillo, la situación de los súbditos se torna intolerable; pero, lejos de convertirse, blasfeman.—Sexto Angel—Sexta Copa: derrámase sobre el Eufrates, y se seca el río caudaloso, dejando paso franco a los Reyes que vienen de levante: es la señal de las invasiones al imperio, porque el Eufrates se toma en apocalíptico por el dique que Dios puso a las hordas de los Bárbaros. Y las bocas del Dragón, de la Bestia y del Seudoprofeta vomitan tres espíritus impuros como ranas: se dijera que un impulso infernal concita a los invasores. En medio de desorden tanto, será demasiado difícil mantenerse cristiano, y por el ello, Jesucristo en persona advierte: BIENAVENTURADO EL QUE ESTA EN VELA Y GUARDA SUS VESTIDOS, PARA NO ANDAR DESNUDO, Y QUE VEAN SU VERGUENZA. Los bárbaros se reunirán en Armagedon—en hebreo, ciudad de Magedon: una coalición como aquella que se congregó cerca de Magedon contra Israel en los días de Débora y Barac, y fué milagrosamente desbaratada.—Séptimo Angel—Séptima Copa: fué vertida en el aire, y salió del santuario desde el trono una voz grande que dijo: HECHO ES. Y hubo relámpagos y voces y truenos y un gran terremoto: prueba manifiesta de lo extraordinario de la in-

tervención divina. En apocalíptico se dice textualmente que un terremoto de la laya no había ocurrido «desde que fueron hombres sobre la tierra»: tal fué la caída del Imperio Romano. La gran Ciudad fué hendida en tres partes y las ciudades de las gentes se arruinaron: Roma sufrió, la primera, con la caída del imperio; pero, a la par las demás ciudades que perdieron su brillo por la ruina de la capital, las más de ellas también invadidas por los bárbaros. Y toda isla huyó y las montañas no fueron halladas: la invasión se extenderá no menos a las regiones marítimas y a las interiores del imperio. Y granizo grande como de a talento cayó del cielo sobre los hombres: figura, quizás, de las grandes matanzas que entonces acaecieron.

El Desterrado va a contemplar más detalladamente aún la caída del imperio. Uno de los siete Angeles se acerca y le dice: VEN, YO TE ENSEÑARE EL JUICIO DE LA GRAN CORTESANA QUE ESTA SENTADA SOBRE MUCHAS AGUAS, CON QUIEN FORNICARON LOS REYES DE LA TIERRA, Y LOS HABITANTES DE LA TIERRA SE EMBRIAGARON CON EL VINO DE SU PROSTITUCION. El Angel conduce al Vidente a un desierto: le invita a una profunda meditación. El Vidente encuentra allí una mujer montada en una Bestia escairlata, llena de nombres de blasfemia, y con siete cabezas y diez cuernos: la misma Bestia representativa del imperio, que aquí aparece roja, con un pormenor más, la púrpura de los emperadores. La gran Cortesana, Roma, llamada así por haber hecho servir para su poder, para su culto y para sus placeres infames a todos los pueblos del mundo, viste oro y piedras preciosas, índice de su riqueza; lleva en la diestra una copa llena de blasfemias y de las impurezas de su fornicación; en su frente se lee un nombre que se debe interpretar místicamente —es decir, una indicación del Desterrado para sus lectores, a fin de que no confundan el verdadero sentido del apelativo de Babilonia: BABILONIA LA GRANDE, MADRE DE LAS FORNICACIONES Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA. Parece ebria de tanta sangre de los Mártires del Señor. Juan se ve presa del estupor. El Angel ofrece sa-

carle de él, explicándole la visión. La Bestia que ha visto, era y no es, y ha de subir del abismo e ir en perdición: el poderío antieristiano era y no es, como que acaba de ser vencido en la visión, aunque en realidad subsiste todavía el momento en que el Apóstol. habla. Luego subirá del abismo, mas perecerá para siempre. Las siete cabezas son las siete montañas sobre las cuales se asienta la Cortesana: las siete colinas de Roma, que representan a su vez siete reyes o siete imperios al servicio de la Bestia: el egipcio, el asirio, el babilonio, el medopersa, el griegomacedónico, el romano y el que se formará, quizás, de una coalición de pueblos contra el Señor a modo de la coalición contemporánea. Los cinco cayeron ya: el sexto subsiste aún, el imperio romano, que acaba de derrumbarse solamente en la visión: el séptimo no ha venido todavía, y cuando venga, ha de durar poco. Por lo que mira a la Bestia, que en la visión dejó ya de existir, puede considerarse como el octavo imperio: no difiere de los siete imperios sino como una idea general difiere de las realizaciones particulares. Y desaparecerá también ella: a un momento dado no habrá potestad temporal enemiga de la Iglesia.— Los diez cuernos son diez reinos, las numerosas y pequeñas monarquías, por supuesto, en sentido lato, que no existen todavía; pero, surgirán sobre las ruinas del imperio romano y heredarán de él el poderío de la Bestia. Se pondrán de acuerdo para combatir al Cordero en persona de los Cristianos; pero, el Cordero les postrará, como que es el Señor de señores y el Rey de reyes.— El Angel añade que las fuentes que en gran número riegan el lugar de residencia de la Cortesana, significan otros tantos pueblos. Los diez cuernos, es decir, los diez reinos bárbaros detestarán a la Cortesana, la devastarán, la incendiarán, porque Dios les ordenó ejecutar sus designios, así como se coaligaron para servir de instrumento a la Bestia hasta que fuera llegada la hora de obedecer al Señor. **LA MUJER QUE VISTE, concluye el Angel, ES LA CIUDAD GRANDE, QUE TIENE REINO SOBRE LOS REYES DE LA TIERRA: más claro no podía nombrarse Roma.**

Los Siete Reyes de la explicación del Angel al Vidente constituyen otro de los enigmas insolubles del Apo-

calipsis para la gran Crítica, así a la izquierda como a la derecha. Y para colmo, el Angel habla de un octavo, que es la misma Bestia: los otros siete son las cabezas del monstruo. Los exégetas del racionalismo sostienen que el Desterrado se refirió a una lista personal de emperadores romanos, más la fábula aquella que nos han transmitido los historiadores de la época, la fábula de la resurrección de Nerón: este Nerón redivivo sería el octavo, o sea la misma Bestia. Por su parte, los exégetas de lo abstruso, como vienen a ser los ortodoxos que complican y oscurecen el Libro Claridad —ótro de los sinónimos del Apocalipsis— establecen la siguiente enumeración: 1º. Nerón, 2º. Galba, 3º. Otón o Vitelio, 4º. Vespasiano, 5º. Tito, 6º. Domiciano, 7º. el futuro sucesor de Domiciano, y 8º. una nueva serie de emperadores romanos enemigos del nombre cristiano, tanto que podrían apodarse Nerones redivivos.— Como se ve, este invento magnífico adolece de una sola falla, si se quiere, casi insignificante, pero suficiente para dar al traste con el sistema: es de un convencionalismo escandaloso, pues para el hecho de la aplicación se ha recurrido a la alta erudición de decirnos que ni Otón ni Vitelio fueron reconocidos oficialmente en todas las provincias, y que, por consiguiente, bien se puede hacer de ambos un.....solo emperador para el caso del tercer Rey de la tercera cabeza de la Bestia. De nuevo, un procedimiento de almanaque como la gematría, cuyo secreto tenía que comunicar el que llevó la Carta o quien presidía la asamblea de los fieles. La explicación propuesta por Marc dal Medico, no hay porqué negarlo, peca de llaneza, pero facilita aun la simple traducción literal del texto apocalíptico.

Y ahora, el Capítulo del Anarquista. El Décimotavo. No han faltado quienes han sostenido que el Desterrado, por el modo con el cual describe la caída de Roma, fué enemigo jurado de la autoridad constituida. Libro de la revancha, el Apocalipsis sería el grito de júbilo y venganza, grito expresado en dieterios y apóstrofes de anarquía sobre la ruina de la gran Cortesana, la señora del orbe, que bien se merecía la piedad de una víctima oscura de sus propias acciones, no de la majestad de la emperatriz de la tierra. Pablo de Tarso, él no

había callado su simpatía y admiración para el orden romano. Para Pablo, el poder no viene del diablo, viene de Dios: «aquel que resiste al poder, a Dios se opone y a los mandatos del Señor. . . . Tienen miedo y aversión a los magistrados, no los buenos ciudadanos, sino los malos. ¿No quieres tú sentir miedo al poder? Pórtate bien. . . . El poder es el ministro de Dios para todo bien».— Su colega, el Desterrado en Patmos, él halla demasiado suave el idioma de los Profetas de Israel, en sus anuncios contra Babilonia, para fustigar a la capital del mundo entonces conocido, o más bien, a la autoridad y al imperio.

Sin embargo, preséindase un instante del carácter inspirado del Mensaje. Parece que literatura alguna puede ufanarse de una elegía heroica como este capítulo. En sus estrofas o versículos se oye el derrumbarse del más sólido imperio que conocieron los siglos. Ciertamente que el poeta épico canta a lo bárbaro, a lo bárbaro de un Ezequiel, y el eco de su voz es ronco como el trueno, como la ira de Dios hecha estampido sobre Roma. Aquí del otro apelativo del hijo de Zebedeo: Boanerges, hijo del Trueno: Juan, que quiere decir la Gracia del Señor, es la Fuerza de Jahvé en esas proclamas contra Roma, en esas lamentaciones de los espectadores a su caída, en esos himnos de estentóreo regocijo que celebran la catástrofe. San Pablo hablaba de la conducta de la Iglesia y de los fieles para con la potestad. San Juan habla de la conducta de Dios para con un pueblo que vino a personificar la injusticia. El primero escribe de moral. El segundo, da la sentencia que pronuncia la infinita equidad para el equilibrio de la sociedad humana.

Con qué emoción leerían las víctimas de la Gran Ciudad «vuelta yerma en una hora». Los convertidos del judaísmo pudieron abrigar algún sentimiento de venganza para la assoladora de su tierra y de su raza. Los convertidos del mundo grecoromano, ellos no tenían porqué considerar las razones del patriotismo, cuando habían sido expulsados de una patria menguada, y ahora eran invitados a la fiesta de una patria superior, cuyo timbre de orgullo y cuya luz era el Vencedor, Jesucristo, el Hijo de Dios: ¡REGOCIJATE, CIELO! ¡Y VOSOTROS

LOS SANTOS, LOS APOSTOLES Y LOS PROFETAS,
PORQUE DIOS HA JUZGADO Y SENTENCIADO POR
VOSOTROS A ELLA, A LA GRAN CIUDAD!

Un Angel descendió del cielo: su resplandor cubrió la tierra. Anuncia que Babilonia ha caído, tal como lo pronosticaron los profetas: en lenguaje de ellos describe y narra cómo Roma no será ya sino un hacinamiento de ruinas, cita de los sátiros, de los espíritus inmundos y de las aves de rapiña, como corruptora de los pueblos y naciones. Desde la altura una voz advierte que nadie se deje seducir por semejante corruptora, porque recibirá dos veces el castigo de ella. Sigue el llanto por la desolación y ruina de la Cosmópolis. Hasta que otro Angel traza el jeroglífico más estupendo de la tragedia: levanta en sus manos una gran piedra de molino y la arroja al mar, gritando: ASI CON IMPETU SERA LANZADA BABILONIA LA CIUDAD GRANDE, Y EN ADELANTE NO SERA HALLADA.—Entre paréntesis, nótese el paralelismo del Apocalipsis con los Evangelios: el castigo que exigió Jesucristo para el escándalo.

Luégo es entonado un triple himno de acción de gracias. El tercero vale por el epitalamio de las bodas del Cordero con la Iglesia. El Vidente quiere arrodillarse ante el Angel, pero éste le rechaza, puesto que no es sino un siervo de Jesucristo, y solamente ha rendido testimonio a El.

No es hora aún de las bodas del Cordero con la Iglesia, aunque tras la caída del imperio romano, poco falta para celebrarlas. Los reinos bárbaros han sucedido a Roma. Como ella, se dedican a perseguir a los Cristianos. Pero, allá, en el horizonte aparece el Vencedor. Llega montado en corcel blanco: el color de la conquista victoriosa. Es el Verbo, porque el Evangelio como palabra de los predicadores y misioneros someterá las tribus salvajes que desataron la invasión a occidente. Le acompaña numerosísimo ejército, y es proclamado Señor de señores y Rey de reyes. Un angel invita a las aves de presa al banquete de la gran carnicería: jeroglífico tomado de Ezequiel, para designar la derrota total del enemigo. Se traba la lid entre los dos ejércitos: son aprehendidos la Bestia y el Seudoprofeta, y arrojados al es-

tanque de fuego y azufre: los cadáveres de sus soldados cubren la extensión y sirven de pasto a las aves de rapiña. Traduciendo del apocalíptico al romance, Satanás es precipitado al infierno y dejan de existir las fuerzas que estaban a su servicio.

Así concluye esta segunda parte o edad del Apocalipsis: en la primera cae el mundo de la remota antigüedad, y surge el alba de Jesucristo en la Encarnación; en ésta, se derrumba el mundo romano, y en los horizontes lejanos se levanta el Sol de la Edad Media: la luz del Evangelio en la paz del imperio del Señor.

Capítulo Séptimo

LA EDAD ENORME



A expresión es demasiado conocida para que sea menester citar al autor. Solamente que huelga el segundo epíteto de delicada. El primero de enorme, se podría afirmar sin hipérbole, es literalmente apocalíptico. Así por el contenido histórico de la época en cuestión, como por su duración larga de mil años, según la cifra textual que señala el Desterrado.

Los mil años del encarcelamiento de Satanás corresponden a la Edad Media. Y no tanto por la medida del tiempo, que coincide casi matemáticamente con el período así denominado en los manuales de historia universal, sino por la gráfica de que se valió el Mensaje, al menos para quien atiende a la unidad de la Profecía y sigue el desarrollo de su exposición, no en los comentarios y disquisiciones de la exégesis, sino en el Libro mismo, síntesis de los anales de la humanidad, compendiada en brevísimas frases, en este Capítulo Vigésimo, en seguida de la derrota de las Bestias por el Protagonista de la epopeya, el Verbo de Dios, que acaba de postrar a los Bárbaros.

Subrayé oportunamente. La Revelación contiene más

número de capítulos sobre la lucha del Cristianismo con el imperio romano hasta la liquidación catastrófica de éste, sin illamente por el motivo mismo de la Carta, que ante todo iba dirigida a los mártires de la Gran Tribulación: pasaba o había pasado la segunda persecución de Roma a los fieles de Jesucristo Señor Nuestro, y el Co-partípe de esta prueba de la sangre mostraba el curso del acontecimiento en el porvenir de más de dos siglos, y su fin, el castigo de la justicia de Dios a la bestialidad de los enemigos del nombre cristiano. Por ello, desde este Capítulo Vigésimo, el Apocalipsis se vuelve lacónico y se reduce al opítome en referencia: dos jeroglíficos sobre la Edad Media, para concluir con un esbozo más general todavía de la Edad Moderna.

Y el Desterrado vió un Angel que bajaba del cielo, teniendo en su mano la llave del abismo, y una gran cadena. Y asió al Dragón, la Serpiente Antigua, que es el Diablo y Satanás, y le amarró por mil años. Y le lanzó al abismo, y echó la llave, y puso el sello sobre él, para que no seduzca ya a las gentes, hasta que se hayan cumplido los mil años, después de los cuales conviene que sea desatado por poco tiempo.— Hasta aquí, en tres versículos traducidos fielmente del citado Capítulo, el primer jeroglífico: el Adversario en la figura del Dragón, encadenado por diez siglos.

El segundo es descriptivo del triunfo de Jesucristo y los-santos. Y el Desterrado vió sillars, y se sentaron en ellas, y se les dió juzgamiento: y vió las almas de los descabezados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y a los que no adoraron la Bestia ni la imagen de ella, ni recibieron la señal impresa en sus frentes ni en su mano: y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Los restantes de los muertos no vivieron hasta que se cumplieron los mil años. Esta es la resurrección primera. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la resurrección primera: en éstos no tiene potestad la muerte segunda, sino que serán sacerdotes de Dios y del Cristo, y reinarán con El mil años.

Luminoso de sencillez el Vidente. Sin embargo, las partes más claras de su Revelación han sido entenebrecidas por una hermenéutica, que parece partir del prin-

cipio de que el Apocalipsis es la biblia del Enigma, y allí donde no aparece el Enigma, hay que inventarlo. De otra manera no se explica el declarado empeño de la inmensa mayoría de los exégetas y de los críticos de una y de otra escuela. Se comprende que los comentadores anteriores a la época aludida se hayan disparado por los atajos de la más escandalosa incoherencia; pero, quienes contemplamos realizada ya la Profecía ¿dudaremos de la única relación de ella, de su ecuación más probable, tan sólo porque esta aplicación es la más llana y la más obvia, y por que da al traste con toda la falanga de plumaríos de un Apocalipsis, que ellos convierten en apócrifo?

Es ésta la celeberrima disputa del Milenarismo. Los Mil Años del Reinado de Jesucristo Señor Nuestro, reinado material y político para los herederos de la aberración mesiánica de los judíos, y reinado social, efectivo, pero espiritual, para los católicos y la exégesis tradicional. Sin duda, éstos se apresuran a sostener que si el Reinado Social de Jesucristo no es la Iglesia en su acción hegemónica a través de los siglos, quizás, en la edad inmediatamente precedente a la segunda venida del Señor, se cumplirá de modo más cabal e innegable esta parte del Mensaje. En cuanto al carácter del Reinado, no cabe discusión en el terreno de la ortodoxia: se trata de un imperio espiritual, y no de aquella crasitud desconcertante de los sistemas de interpretación propuestos por herejes y acatólicos. En lo relativo al tiempo en que se verificará o se ha verificado el anuncio de la sagrada Profecía, hay lugar para las opiniones, aun dentro de la más estricta ortodoxia.

El Mesianismo judío soñaba y sueña todavía con la supremacía del Pueblo Elegido, en todo el orbe, de modo que los destinos de la humanidad deben de ser dirigidos y manejados por Israel: Israel tiene que ser la encarnación del poderío de Jahvé, del Ungido de El, del Mesías. La duración del Reino Mesiánico de Israel se extiende de cuarenta a trescientos sesenta y cinco mil años, según la fantasía de los innumerables intérpretes que han escrito del asunto. Su constitución es tan fantástica como tamaño lapso de centurias: el que menos delira, dis-

curre todo un tratado de gastronomía novelada.

En los días precisos de San Juan, la idea mesiánica se hizo carne de inquietud en persona de incontables ilusos, aun entre los mismos cristianos. La idea en su falsificación judía de un Mesías, no Redentor de las almas y Rey de la Verdad, mas componedor de entuertos, primeramente, de los entuertos de su Pueblo. Y esa clase de febricitantes también se imaginaban un Quijote, con perdón del anacronismo, sanchopancizado en solo el capítulo de las Bodas de Camacho. Es el milenarismo de Cerinto, del heresiarca coetáneo del Desterrado, por ejemplo.

Insisto. El Milenarismo de los Padres y de los Doctores de la Iglesia, desde la más remota antigüedad, es de todo punto distinto. Difieren uno y otro, como el Evangelio difiere de los groseros apetitos de la Carne. Acordes a la letra del texto apocalíptico, los comentaristas ortodoxos convienen en estas tres notas del Reino descrito por la Profecía de Patmos. Y es la primera: el carácter del Reino Milenario es puramente espiritual. La segunda: el Reino no es universal en el sentido absoluto del término. Y la tercera: en parte, el Reino no es una época de conclusión de los flagelos y de la lucha de la sociedad humana, sino que coinciden con tales períodos, como que les es contemporáneo. Con otras palabras, son las notas más visibles de la Edad Media. La primera: la Edad enorme y delicada no fué un reinado material y solamente exterior de Jesucristo Señor Nuestro, mas fué la dominación del Evangelio en las manifestaciones de la vida social, de la vida pública informada por el espíritu, ante todo. Segunda: dilatadas regiones del globo permanecieron al margen del imperio; pero, la zona que podría llamarse apocalíptica, el occidente era el vasto teatro de la monarquía espiritual del Señor. Por fin, la tercera: desde la caída del imperio romano hasta la toma de Constantinopla por los Turcos, la Paz de Cristo definió, incontestable, esa época milenaria, que Cantú llamó con tanta propiedad edad orgánica de la civilización occidental, sin contar las interrupciones que la barbarie, las herejías y los cismas intercalaron en el cuadro refulgente con el color apocalíptico de la victoria: las nubes banderas de la Iglesia Romana desplegadas a los vientos de

Europa y de Asia, de la más remota lejanía, como la recorrida por los Misioneros en sus caminos hacia la inaccesible China.

El Adversario fué amarrado y arrojado al fondo del abismo, durante mil años: el Medio Evo, no obstante esa como demoniofobia que caracterizó hasta el arte, no se diga otras relaciones de la época, aparece como el inmenso y estrecho presidio de Satanás: el Señor del antiguo imperio está entonces encadenado como uno de esos saltadores de camino, que eran sorprendidos a las primeras luces del alba y sepultados en el rincón más tenebroso de los castillos. Durante mil años la Serpiente antigua no seduce a las gentes: los mismos errores filosóficos; los mismos errores dogmáticos de la época, trascienden a humano, no a satánico, como en la edad en que será suelto el Encarcelado. Mil años las cadenas estrechan a la Bestia: donde se predica el Evangelio, manda la Iglesia: no hay potestad que oficialmente se le oponga: el mundo musulmán, propiamente, no invadió los dominios católicos, y allí donde pretendió extenderse y arraigarse, la Bestia fué acorralada y luego expulsada, como en esa epopeya eminentemente apocalíptica de la Reconquista Española.

Se objetará que en la Edad Media no se descubre el triunfo de Jesucristo y los santos, se subentiende, a la manera como describe el Apocalipsis en ese epinicio resonante de los Descabezados por el testimonio de Jesús, cual dico textualmente. Pero ¿se ha de prescindir del más claro estilo del Profeta, para buscar una relación de espacio que no existe en el libro de la Revelación? En verdad, así como para el Desterrado no se da la sucesión del tiempo, sino presente, pretérito y futuro son un solo instante —recuérdese la etimología del vocablo—; o sea la eternidad, del mismo modo no hay esta división del espacio que se quiere encontrar entre la tierra y el cielo: tierra y cielo en el Apocalipsis son un solo palenque, el de la acción del Protagonista, Cristo Señor Nuestro. Así ocurre en este pasaje: Jesucristo y los santos asisten al triunfo de la Iglesia en la Edad Media, desde el cielo, que viene a constituir, si se me permite la expresión, el tablado sobre el anfiteatro en que se desarrolla

el drama.

El Vencedor y su ejército ocupan las sillas de un extenso y solo tribunal. El triunfo de la sangre les da derecho para residenciar a los que ayer les condenaron a muerte: este triunfo se llama en apocalíptico la resurrección primera, como que viven en la gloria; tras la muerte corporal aparecen redivivos en ella, los muertos que la Bestia mató: la resurrección segunda será la mencionada líneas más adelante, en el versículo décimotercero del mismo capítulo, donde se dice expresamente que también los cuerpos resucitarán. Y a las dos resurrecciones corresponden dos muertes: la primera, en sentido propio: la segunda es el castigo de los malvados por toda la eternidad. Los resucitados de la primera muerte a la gloria del Emperador en el reino de la luz, serán sacerdotes de Dios y de Jesucristo: apelativo para designar el carácter de príncipes de los Descabezados que formarán la corte del Rey. Y su reino será también de mil años: el gozo ilimitado de los bienaventurados al contemplar esa floración milenaria del Evangelio en la tierra: el suelo que ellos regaron con su sangre.— Valle del Absintio convertido en el Valle Claro del jardín inmenso y cerrado, como fué la Iglesia en esos diez siglos.—

En mi pobre concepto, San Juan es uno de los autores de más intención en el uso de las palabras. Descabezados: es el término que más colorido comunica al jeroglífico. Parece decir el Desterrado, dirigiéndose a los destinatarios de la Carta: «Muchos de vosotros daréis testimonio del Señor Jesús al golpe del hacha: sentiréis cercenada vuestra cabeza con el hacha del verdugo: seréis los Descabezados: os contemplo truncos, sangrante vuestro cuello, caídos en el polvo. Pero, no.... no sois los Descabezados, pues vuestra frente se yergue para recibir la diadema en el Reino del Señor Jesús, mientras vuestros verdugos, que alzaban con desaffo la cerviz en el tribunal que os juzgó, la han doblado: ved al primero de ellos, a Satanás, la Majestad de la Bestia con sus siete cabezas y diez cuernos doblados en esa postura de esclavo amarrado en el abismo».

El César Loco soñó. La humanidad debía tener una sola cabeza para cortarla de un solo tajo. Trató de ejecu-

tar el sueño. El signo de la potestad, el báculo fué pasando de mano en mano de los Césares y descargándose de cabeza en cabeza de los confesores de la fe de Jesucristo. La tarea era fatigante. Los Césares verdugos se cansaban. En verdad, dábanse cuenta de este detalle tan insignificante para su poderío de ellos: era necesario que la humanidad tuviera una sola cerviz, para coronar el propósito. Hasta que el báculo cayó de manos de ellos y fué blandida por el Ángel del Apocalipsis en uno de los más brillantes jeroglíficos del Libro. Los Descabezados, ellos aparecen con la cabeza sobre los hombros y con gesto de príncipes: los Descabezadores, ellos son los truncos, esa gigantesca Bestia mutilada en sus siete cabezas y diez cuernos, monstruo más monstruoso sin la testuz, del que se podría repetir el mal verso de Lucano sobre el cadáver de Pompeyo: cadáver al que le vino corta la tierra, tanto es más grande el caír que lo fué el cuerpo con vida: tal el Imperio Romano.

Los Descabezados que la Bestia descabezó gobiernan el mundo. En la Edad Media, no hubo legislación que no comenzara por el nombre de Jesucristo. ¿Qué es ese signo en la diadema de los emperadores y de los reyes? ¿No es la cruz de los Descabezados? Y el sello de la Bestia ¿por qué no se ve ya como el hierro de la servidumbre en la frente y en las manos de los innumeros adoradores de ella? El sello de los Descabezadores ha desaparecido por el sello del Cordero. El signo del Cordero, hay que levantarlo muy alto, allá donde se pierde la vista, adonde no alcanzaron la cúpula del Capitolio ni los obeliscos de cualquier César: para ello las basílicas y catedrales levantarán la cruz hasta las nubes y engazarán en ella el diamante de los luceros.

¿Se trata por ventura de una poetización del Medio Evo considerado por Voltaire y los discípulos de su «cultura» como la edad de la barbarie? Por cierto, mas la poesía de la Edad enorme y delicada no fué la falsificación de la vida, el charlatanismo de la pedantería, que hace de la literatura ejercicio y empresa de deshumanización, o más propiamente, de antihumanización, sino que fué el sentido íntegro y fecundo de un humanismo que creó el nuevo hombre, cabalmente, aquel que es la obra

del Cristianismo en su más auténtica esencia. El Cristianismo es la conciliación de la gracia con la naturaleza, el equilibrio de la debilidad y de la fuerza hasta armonizarlas en la unidad sorprendente de aquello que se ha denominado la cita de los opuestos: *complexio oppositorum*.

En términos más sencillos, el cristiano es el hombre de la Edad Media: una mezcla de infantilismo y virilidad, de alegría y austeridad, de optimismo y conciencia de lo triste y difícil de la vida hacia su término más allá de lo visible.

Para volver a lo apocalíptico por definición de la Edad Media, no hace falta refutar la socorrida calumnia del siglo pasado que despreció esta época por oscurantista y retrógrada. Historiadores y filósofos de izquierda se han encargado de demostrar todo lo contrario, tanto que ha pasado de moda la opinión de los pisaverdes del intelectualismo, que a la par de cualquier otro intelectualismo se contentaba con afirmar, pero ahorrábase la molestia de juzgar y de estudiar la pretendida barbarie de aquellos siglos feraces como tierra virgen en lo que el pigmeísmo llama bárbaro: el genio que rebasa la medida de lo humano. Sería fácil comparar el talento creador de los hombres medioevales con el de las celebridades de cualquier otra época de la historia.

No es ésta la cuestión directamente disputada. Los lectores de la Revelación preguntan si la Edad Media es el milenarismo apocalíptico por la influencia incontestable de la Iglesia en aquellos tiempos. Sin duda y por ese imperialismo espiritual del Evangelio de Jesucristo, que vino a establecer la sinonimia completa de lo cristiano con lo humano, para repetir una de las características principales del Siglo de oro del monaquismo y de las órdenes religiosas en sus fines y dedicaciones varios, tan varios, que no hubo problema, por más laico que fuera en apariencia, que no lo resolviera un fundador de una de aquellas colectividades, que en el campo propio de su acción, no se colocaban al margen de lo civil, mas lo impulsaban como cuerpo directivo de él.

Para citar siquiera poquísimos nombres, la Edad Media es de los Santos Apocalípticos. Apocalipsis quiere decir fuego de Caridad: San Francisco de Asís. Apocalip-

sis quiere decir la palabra de Dios hecha Espada de Conquistador: Santo Domingo de Guzmán. Apocalipsis quiere decir la Inteligencia que escruta lo arcano: Santo Tomás de Aquino. Y como epopeya bélica, el Apocalipsis son las Cruzadas y el alma de ellas, tan suave como la paz de Jesucristo, el Caballero del corcel blanco en la marcha contra los Bárbaros, el dulcísimo apocalíptico entre apocalípticos, San Bernardo.

Y la sociedad medioeval en masa estuvo informada de apocalíptico. Quiero decir: militarizada con aquel militarismo del Drama Epico de Patmos, como fué el militarismo de la Caballería. Aparte de las ideas y las inspiraciones del medio en que nació y desarrollóse la Caballería, se dijera que la trilogía grabada en sus estandartes, en sus escudos y en los cascos de sus guerreros era la misma del Apocalipsis: Dios Honor y Redención de los débiles. Aún, más, si acaso se me permite el atrevimiento, el espíritu de la Caballería andante, el culto a la Mujer, recordaba, siquiera en pálido reflejo, el resplendor del divino Libro iluminado matinalmente, como una cumbre coronada de aurora, por el misterio de la Inmaculada Concepción. El culto caballeresco a la mujer ¿no provino de la mentalidad que creó el Cristianismo, con el dogma inefable de María Santísima, la Mujer por excelencia, en los convertidos de la selva?

Bastaría esta institución tan expresiva de la Edad Media, para demostrar su ecuación con los mil años que asigna la Carta de la Monarquía universal del Señor a su imperio en un período bien determinado de la historia. Pero, la prueba que aquí he aducido, es puramente textual: No hay razón alguna para dislocar el Apocalipsis. Después de la caída del imperio romano y de la derrota de los Bárbaros por Jesucristo, siguen inmediatamente el encarcelamiento del Adversario y el reino de los mil años del Protagonista. Luego, este Reino es la Edad enorme y delicada, enorme por lo infinito cristiano y delicada como el ósculo que dijo el Salmista, ósculo de la Justicia y la Paz.

La Edad Media es el Cantar de los cantares traducido en segunda edición al Apocalipsis: el místico idilio de Jesucristo Redentor con la humanidad redimida.

Capítulo Octavo

EL EXPRESIDIARIO



UNA vez concluidos los diez siglos del Reinado incontestado de Jesucristo, Satanás rompió sus cadenas y se evadió de la cárcel del abismo por el mundo. Es la Edad apellidada Moderna en los manuales de historia. Dos palabras la resumen en apocalíptico: SEDUCCION Y GUERRA. El epígrafe de los tiempos a partir de la Reforma hasta nuestra última actualidad, cuando la Revolución se ha tornado guerra entre pueblos y razas aventados ahora por la vorágine del plomo y la dinamita.

Nuevamente, a los intérpretes del Seudoapocalipsis, la Revelación genuina desconcierta por su sobriedad. Y es ésta la única objeción, en suma, que aducen contra la aplicación más probable. Apenas, el título de los cuatro siglos de este período: Y CUANDO SE HAYAN CUMPLIDO LOS MIL AÑOS, SATANAS, EL ADVERSARIO SERA SOLTADO DE SU CARCEL. Más arriba había dicho que sería suelto por poco tiempo: no hay duda, para la medida del tiempo en la Profecía, un escaso lustro de siglos es asaz corto. Satanás se evade a seducir a las gentes que hay en los cuatro ángulos de la tierra. El Vidente no podía determinar con más claridad

y precisión el régimen de la Impostura, que comenzó con el Protestantismo y se ha universalizado con las distintas formas de él. Se dijera que solamente los nombres propios saltan —el principal, el de Lutero, Embaucador Máximo de las gentes que hay en los cuatros ángulos de la tierra, encarnación apocalíptica del Adversario, que no representa como el Dragón o la Bestia—Imperio, una semeblanza de Satanás, mas a éste mismo en persona. Y Lutero es el más ilustre, el primero de los Antepasados de la impostura como constitución de las sociedades, en una palabra, de la Ciudad Contemporánea— de la Gran Impostura ecuménica de la Revolución por antonomasia Francesa.

Y después de seducir a las gentes, Satanás saldrá a juntar al Gog y al Magog para la guerra. Traduzco lo más literalmente posible el texto griego. San Juan distingue dos empresas del Presidiario evadido: la seducción del orbe y la convocatoria del Gog y del Magog para la guerra. Estos dos apelativos tomados de la profecía paralela de Ezequiel parecen designar, como el radio geográfico de los cuatro ángulos de la tierra, el universo mundo con sus más destacados cabecillas. No viene al caso discutir el sentido y alcance de la profecía de Ezequiel. El Mensaje no la reproduce, la adapta. Y es la prueba no ser la primera vez que el Vidente de orillas del Quebar aparece citado por el Vidente de Patmos. Antes bien, la reiterada citación crea un paralelismo que es un foco de luz en este pasaje oscuro, a lo menos llamado así por los comentadores de todas las escuelas. San Juan se acordó de Ezequiel para describir el campo de combate del Verbo con la Bestia y el Seudoprofeta, al fin de la edad romana: ese recuerdo de Ezequiel, casi textual, fué la voz del Angel que de pie sobre la cima de sol —¡cuán excelso pedestal!— gritaba a las aves de rapiña: ¡VENID! ¡REUNIOS PARA LA GRAN MERIENDA DE DIOS!.... Vuelve a acordarse del inmenso precursor, para describir algo muy parecido, la coalición de la Bestia y del Seudoprofeta en esta compañía del Gog y Magog, al fin de la edad moderna, esto es, de la edad de la Seducción: lo cual significaría que el Gog y el Magog, antes que denominaciones singularizadas, son los moteles del Adversa-

rio en su campaña suprema a la Ciudad dilecta y a los Santos.

Porque es ésta la acción del jeroglífico. El número de los dos aliados sobrepasa la arena del mar. Ocupan el haz de la tierra. Cercan el campamento de la Iglesia del Señor: en apocalíptico, la Ciudad dilecta y de los Santos. Y baja del cielo de parte de Dios fuego, y devora a los combatientes: ¿el fuego de la caridad evangélica, como quiso la interpretación tan autorizada de San Agustín, en otros términos, la divina doctrina infundida por el Espíritu Santo en los corazones y en las inteligencias, que habrá de consumir esta edad del Evadido, para fundir el oro de la humanidad regenerada del porvenir? Quizás, • éste sea el sentido del fuego apocalíptico que descendió sobre los combatientes y los hizo desaparecer, puesto que, cuando el fuego es de castigo, no viene del cielo, sino brota del abismo y del infierno. Aunque, si se atiende a la Profecía aplicada, en Ezequiel también desciende fuego sobre Magog: **Y ENVIARE FUEGO SOBRE MAGOG, Y SOBRE LOS QUE MORAN SEGURAMENTE EN LAS ISLAS** —en la geografía semita: Europa—; **Y SABRAN QUE SOY JAHVÉ....** Y antes, Ezequiel explicó el carácter de este fuego: **Y YO LITIGARE CON EL CON PESTILENCIA Y CON SANGRE; Y HARE LLOVER SOBRE EL, Y SOBRE SUS COMPAÑIAS, Y SOBRE LOS MUCHOS PUEBLOS QUE ESTAN CON EL, IMPETUOSA LLUVIA, Y PIEDRAS DE GRANIZO, FUEGO Y AZUFRE.**—Para imitar a la incontable mayoría de los glosadores ¿no será este fuego apocalíptico el de los bombardeos aéreos? Tanto más, cuanto que se pueden conciliar las dos interpretaciones: Dios enviará este fuego de destrucción sobre el Gog y el Magog, y devorados por él los ejércitos de la lid descomunal, vendrá el fuego de la bendición, el Evangelio, a inflamar las almas.

Para tornar al rigor apocalíptico, la interpretación del fuego como la doctrina de Jesucristo está favorecida por el texto. Es cosa cierta que San Juan establece el paralelismo anotado: la semejanza de este pasaje del Capítulo Vigésimo, versículo octavo, con la derrota anterior de Satanás por el Verbo, que cabalgaba el caballo blanco

de la predicación del Evangelio. Ahora, el Evangelio no necesita ser predicado, pues es suficientemente conocido, aunque han renegado de él los hombres: por tanto, en esta colisión del Protagonista con el Adversario, descien- da el fuego del Evangelio y devore a los ejércitos del Excarcelado.

Y en seguida de devorados por el fuego los comba- tientes, el Diablo que los seducía fué lanzado al estan- que de fuego y azufre, allí mismo adonde la Bestia y el Seudoprofeta. Una prueba más del paralelismo entre los pasajes referidos: otra vez, Satanás es sepultado en la cárcel del abismo. Y ahora, para siempre: no volverá a evadirse el Presidiario: la Bestia, el Seudoprofeta, el Ad- versario, serán atormentados día y noche por los siglos e de los siglos. Con lo cual será la nueva victoria del Ven- cedor y su Iglesia. Aunque no será tan completa, que no queden malvados en la tierra: será la libertad de acción para el Catolicismo, la reforma de la sociedad humana, en suma, el desarrollo más amplio y más eficaz de la Redención. Ni será tan repentina y súbita, que no se libren todavía los combates de retaguardia de la Gran Coalición, del Gog y del Magog, contra la Ciudad dilec- ta y los Santos.

Es cuanto anuncia la Revelación para el postrer pe- ríodo de la sociedad humana. Les parece demasiado po- co a los escatólogos, como a los videntes de sus propias y menguadas ensoñaciones. A toda costa quieren impo- nernos el Seudoapocalipsis. Pues, desde los capítulos pre- cedentes venían tropezando a cada paso con el Antieris- to, aquí, al fin del Mensaje, urge descubrirlo de cuerpo entero. Según estos comentarios, el Antieristo sería el Gog y el Magog, por supuesto, no con estos dos nombres, si- no con solamente el primero, siendo el segundo el apela- tivo de las huestes del único jefe. Convincente la expli- cación: tar sólo le falta una razón primordial, el carác- ter de apocalíptica. Temo herir los sentimientos más pro- fundos del lector acerca de este asunto. Pero, no es el prurito de la originalidad, sino un modesto afán de guiar- me únicamente por la letra de la Escritura Santa, des- de luego, no según mi modo de leerla y entenderla, mas de acuerdo estricto con la más tradicional ortodoxia.—

El Antieristo del Apocalipsis no es aquel que se imagina el vulgo de los lectores, y aun el vulgo de los intérpretes.

Para San Juan, viene a ser algo tan determinado, tan concreto y tan definido como Satanás o el Adversario en el Apocalipsis, o como las Tinieblas o el Fariseísmo en el Cuarto Evangelio. Es el Antitipo por excelencia, que se presenta e insta, no por recurso de estilo, mas por la ley misma de las realidades. Y no hay porqué preguntar por él entre las líneas del texto, o apelar al procedimiento de las comparaciones y paralelos, pues está a la vista de quienquiera, con su nombre y personal figura. El mismo nombre de Antieristo es de San Juan. Niéguenlo los acatólicos, que dudan de la autenticidad de las Epístolas que llevan la misma firma de la Carta de Patmos: los católicos necesitamos apenas abrir esas páginas, para silenciar cualquier disputa.— En la primera Epístola de San Juan, capítulo cuarto y versículos segundo y tercero, se lee: EN ESTO CONOCERIS EL ESPIRITU DE DIOS: TODO ESPIRITU QUE CONFIESA A JESUS CRISTO VENIDO EN CARNE, ES DE DIOS; Y TODO ESPIRITU QUE NO CONFIESA A JESUS, NO ES DE DIOS: Y ESTE ES EL ESPIRITU DEL A—N—T—I—C—R—I—S—T—O, EL CUAL ESPIRITU HABEIS OIDO QUE VIENE, Y AHORA ESTA YA EN EL MUNDO. Y en la segunda Epístola, en el versículo séptimo del único capítulo, aún más clara o más apocalípticamente, se dijera, como que las palabras son las mismas que empleará el Apocalipsis: PORQUE HAN SALIDO AL MUNDO MUCHOS EMBAUCADORES QUE NO CONFIESAN A JESUS CRISTO VENIDO EN CARNE: ESTE ES EL EMBAUCADOR Y EL A—N—T—I—C—R—I—S—T—O.

San Juan anatematizaba la herejía contemporánea de Cerinto, herejía idéntica en sumo grado al protestantismo liberal de nuestros días: comenzaba por negar la Encarnación, para concluir diciendo que Jesucristo Señor Nuestro había sido un simple hombre hasta el momento de su bautismo en el Jordán, cuando se dió cuenta de su filiación divina, tuvo conciencia de ella, o mejor, para repetir literalmente a Cerinto, desde ese instante ba-

jó la Segunda Persona de Dios y habitó en el hombre—Jesucristo. No se da más distinción entre cristianos y quienes no lo son: la fe en la divinidad de Jesucristo, del Hijo de Dios en carne, o la negación de esta divinidad. Y la distinción resulta tan radical, tan sustancial, conviene añadir para la debida exactitud, que en los secuaces de la mencionada negación desapareció la razón de hombre y asoma una nueva entidad, la del embaucador, término consagrado para designar a Satanás, o sea la entidad del Adversario mismo, que se define y delata por su actuación de combatir al Señor Jesús, cual dice la partícula griega *anti*, ese prefijo del Anticristo, del Antagonista en carne del Hijo de Dios.

¡Cómo se ilumina el Libro Claridad, el Libro Oscuridad, según aquellos que lo hojean superficialmente! La cuestión es de léxico; pero, de las que no admiten réplica. En el léxico del autor de las Epístolas citadas, por consiguiente, en apocalíptico, seducción quiere decir la impostura de Cerinto: que Jesucristo Dios no se ha encarnado. Por tanto, si el Apocalipsis dice que Satanás saldrá a SEDUCIR a las gentes, no dice otra cosa: a embaucarlas con la impostura de que Jesucristo Dios no se ha encarnado. La impostura protestante, la que ha culminado en nuestra edad de oro del embaucamiento, con las blasfemias confesadamente diabólicas de la escuela de Tubinga y otras escuelas tan originales, como que han recogido la saliva de Cerinto y más herejes primitivos, para arrojarla al rostro del Señor del resplandor, Jesucristo.....

Para resumir, en concepto del Desterrado, el Anticristo no es persona singular: se debe hablar más propiamente de anticristos. Lo cual importa una verdadera revisión de tantas descripciones escatológicas muy del gusto de los predicadores, como observa D. Buzy. No se esclarecerá el misterio de las postrimerías de la humanidad en la tierra. Pero ¿no se ha ganado con haber relegado a segundo sitio, si no enteramente abolido, aquel sombrío espantajo de un Anticristo único, nacido de las leyendas judías y perpetuado en la creencia vulgar de tanto cristiano? Es de fe tan sólo aquello que enseña la santa Iglesia Romana, y en éste punto, como en el parale-

lo de la 'Parusia, la Iglesia no ha definido dogmáticamente más de lo que consta en los lugares sagrados respectivos.

El Anticristo fué identificado con el hombre del engaño, como es el hombre de nuestra actualidad desdichada, no solamente por San Juan, sino por San Pablo, en aquel célebre pasaje de la Carta segunda a los fieles de Tesalónica. Si acaso no provocara la risa del lector, que me imputaría falta de seriedad, dijera que en esa fotografía paulina, el sujeto de nuestra historia está identificado como se acostumbra en las oficinas de identificación para los efectos civiles y policiales, aun con sus.....huellas digitales. Pase como exageración esto último; pero, no la estupenda paridad de la etopeya que traza el Apóstol, del hombre del pecado, hijo de la perdición, con el hombre contemporáneo. Probaré brevemente.

San Pablo ruega a los tesalonicenses, no se presten a equivocación acerca de la segunda venida de Jesucristo. Para ello aduce esta prueba: **NADIE OS ENGAÑE EN NINGUNA MANERA: PORQUE SI NO VINIERE PRIMERO LA APOSTASIA, Y SE DESCUBRIERE EL HOMBRE DEL PECADO, EL HIJO DE LA PERDICION....** Antes de la venida de Jesús, tiene que ser la apostasía universal: San Pablo no dice más, con cuánto tiempo precederá esta señal, por otra parte dada ya por el mismo Señor en las Profecías del Monte de los Olivos, a su segundo advenimiento: ¿no es la apostasía de la edad moderna, sin que por ello, hay que repetirlo hasta la saciedad, se implique la inminencia de una escatología cuyo plazo nadie conoce, ni está en posibilidad de adivinar? **EL HOMBRE DEL PECADO, EL HIJO DE LA PERDICION:** hebraísmos para decir simple y llanamente el pecador, el perdido, como quiera que en el genio de la lengua hebrea estaba el multiplicar los sustantivos a falta de los adjetivos y epítetos. ¿Qué identidad más cabal que ésta —el Pecador, el Perdido, no es el hombre de la Reforma y de la Revolución, que comenzó por suprimir la razón de la responsabilidad, el libre albedrío, para concluir con la nueva moral del superhombre, la superioridad de la criatura humana sobre

el bien y el mal, el único canon de sus actos, el instinto? En verdad, este hombre no es solamente Pecador y Perdido, sino Pecado y Perdición: no los moralistas, esta gente anaerónica en el siglo del Anticristo, mas los estadistas y los políticos claman por lo intolerable de la atmósfera que se respira en el vasto charco de la corrupción actual.

Y la semblanza clarísima del tenebroso varón continúa: EL QUE HACE FRENTE Y SE ENSALZA CONTRA TODO QUIEN SE DICE DIOS O QUE RECI- BE ADORACION, HASTA ASENTARSE EL EN EL TEMPLO DE DIOS MOSTRANDOSE A SI MISMO COMO QUE ES DIOS. Es éste el sindiosismo ruso e internacional. Al pie de la letra, lo que anota San Pablo. En nombre del libre examen se rechazó la divinidad de los Evangelios por último, la divinidad de Jesucristo, aún más, su mera historicidad. Parece que tamaña furia debía para: aquí. Se combatía al Cristianismo, a su Fundador: ¿por qué rabiarse con la idea misma de lo divino en todos los cultos del orbe, sin distinción ni excepción posible? Había que barrer con los dioses, con todos ellos, grandes y pequeños, civilizados y primitivos, para dar lugar al nuevo, al que venía a asentarse en el templo de Dios mostrándose a sí mismo como que es Dios. No cabe duda ni discusión: el sindiosismo de los que rechazan hasta la noción de lo divino, para encarnarla oficial y públicamente en el Jefe del Kremlin, ha procedido con la dialéctica del Anticristo: «La divinidad somos nosotros».....

Y San Pablo concluía: Y ENTONCES SE DESCUBRIRÁ EL INICUO, A QUIEN EL SEÑOR JESUS QUITARÁ LA VIDA CON EL ALIENTO DE SU BOCA, Y LE DESHARÁ CON LA MANIFESTACION DE SU ADVENIMIENTO: EL ADVENIMIENTO DEL CUAL INICUO ES POR OPERACION DE SATANAS CON TODO PODER, Y CON SEÑALES Y PORTENTOS DE MENTIRA Y CON TODO ENGAÑO DE INIQUIDAD PARA LOS QUE SE PIERDEN, EN PAGO DE QUE NO ABRAZARON EL AMOR DE LA VERDAD PARA SER SALVOS. Quizás, no es posible hallar en el Doctor de las gentes otro pasaje más apoca-

Íptico. No es coincidencia, es descripción del mismo motivo. El Anticristo es muerto con el aliento de la boca del Señor Jesús: los ejércitos del Gog y del Magog, con el fuego del cielo, con el espíritu del Evangelio, que es el aliento de la boca de Jesucristo. Para morir, el Anticristo Paulino hace señales y portentos de mentira, de engaño, de iniquidad para los que se pierden: las señales y milagros del hombre contemporáneo fueron los prodigios de la ciencia, que ha servido solamente para crear el engaño de la iniquidad, la maravilla de un progreso que concluye al fin en esta suprema taumaturgia del siglo, la Guerra o sea el concurso de los inventos más increíbles al servicio de la destrucción colectiva. No hay por que denigrar los descubrimientos y adelanto admirables de la civilización, ni la apologética del Evangelio está en atribuir esas grandes realizaciones a pago de que no abrazaron el amor de la verdad para ser salvos; pero, en la tragedia inmensurable que envuelve el mundo, tal vez, sea hora de proclamar: «¡Más nos valiera no haber inventado tales prodigios!». . . . Obsérvese la ecuación de una y otra profecía, del Corresponsal de la iglesia de Tesalónica y del Corresponsal de las Siete Iglesias: San Pablo dice expresamente que los milagros del Anticristo servirán a la postre para la propia pérdida del autor: en el Apocalipsis, las hazañas del Seductor y los seducidos vienen a dar en la liga del Gog y del Magog, en la guerra: la Guerra en apocalíptico, la Pérdida en paulino, he ahí el final del Gran Taumaturgo de la impostura y de la iniquidad.

Conque, éste es el Anticristo para los dos teólogos insuperables de la divinidad de Jesucristo y del drama de los tiempos y de la eternidad, cual es la Redención: el Hombre que renegó del Hijo de Dios hecho carne de sacrificio, y que buscó la salud en la seducción del Adversario. En otros términos, el Hombre satanizado. Se objeta aquel versículo intraducible, el sexto del pasaje de la Epístola de San Pablo en cuestión: Y AHORA LO QUE RETIENE LO SABEIS, PARA QUE SEA EL DESCUBIERTO EN EL TIEMPO SUYO PROPIO; y también el siguiente, el versículo séptimo: PORQUE EL MISTERIO DE LA INIQUIDAD YA SE ESTA OBRAN-

DO: SOLAMENTE EL QUE RETIENE AHORA, HASTA QUE SEA QUITADO DEL MEDIO. La exégesis tradicional ha traducido el imperio romano por el impedimento para que el hombre del pecado sea descubierto. Tal vez, porque mientras el imperio —en sentido muy lato sería de tomar el epíteto de romano— fué una como sola autoridad con la Iglesia, cosa que ocurrió hasta la edad moderna en los manuales de la historia, la Seducción fué una tentativa frustrada: Lutero hubo de principiar por separar el imperio de la Iglesia, divorciar radicalmente las dos autoridades, para lanzar el mundo a la apostasía y a la impostura, a la Revolución, y crear esta criatura del siglo presente: el hombre Anticristo. Aunque es más llano y no contraría a la tesis, subrayar con Santo Tomás de Aquino, que el enigma de aquellos versículos es insoluble. Una referencia personal del Apóstol a una enseñanza de viva voz a los fieles de Tesalónica, como lo apunta explícitamente la Carta.

La otra objeción no es propiamente tal. El Anticristo en el concepto paulino y en el de los Padres y Doctores de la Iglesia es una persona singular. Persona, y singularizada por sinécdoque, —lo es este Pecador, este Perdidó del hombre actual. No es una secta. No es un imperio, ni una dinastía. Es una generación, múltiple generación de hombres, cuyo tipo es el Ciudadano de Satanápolis, de la Ciudad del Adversario, nuestra civilización suprema y brillante de...satanismo, me equivoco, de impostura e iniquidad. No por el fervor de una interpretación tan modesta, por una prueba más de ella, sería de hacer jueces de su opinión a los que divagan buscando el nombre propio del Anticristo, y preguntarles si no es más conforme con los divinos textos este Anticristo, que se podría llamar literal, y no los otros Anticristos, la turbamulta de los Neronés, de los Mahomas, de los de última data, que señalan los comentadores a que aludo aquí. Porque en cada siglo, en menos tiempo aún, cada cincuenta años, aparece el Anticristo, a creer a los que escriben hasta su genealogía de él. No por vía de amenidad, por ilustración del problema, debe saber el lector que gran número de los creadores del Anticristo de novela ha llegado hasta precisar la tribu judía de la cual

tiene de nacer el célebre y eterno Nonato: esta tribu sería la de Dan.

Pero, huelga prolongar el debate. Concluyamos nuestra lectura del Apocalipsis. Arrojado el Diablo, que seducía a los combatientes, al estanque de fuego y azufre, la sociedad humana se desarrolla normalmente. El Desterrado no dice una palabra del aparato que describen los profetas de su propia profecía. Mucho menos da indicación alguna de tiempo. Se limita a trazar el poster jeroglífico, que es digno epílogo del Drama Epico. Ve alzarse un Gran Trono de color de nieve: el color eucarístico de la victoria, pues el Juicio es la victoria de Jesucristo. En el trono aparece sentado el Juez, y en su presencia huyen los cielos y la tierra: pálida imagen del terror universal delante del Juez de vivos y muertos. Todos los muertos —que no resucitan aún— están de pie ante el Trono. La multitud no tiene número: grandes y pequeños, nadie falta a la revista del Triunfador. Primero se abren los libros de los malvados, la biografía de cada uno; luego, el libro de la vida y de la predestinación. Entonces el mar vomita los cadáveres que tragó: un aspecto de la resurrección de los difuntos. La Muerte y el Infierno —dos sinónimos para una sola personificación, la Muerte— vomitan también los suyos. Cada uno es juzgado por sus obras: insistencia la del Vidente sobre la responsabilidad y la justicia, razones de la vida que trajo el Cristianismo! Concluye el juicio: la Muerte y el Infierno son lanzados al estanque del fuego: todos aquellos cuyo nombre no se leyó en el libro de la vida. Y el tiempo se dilata en la eternidad: cielo y tierra se unen en el solo vasto espacio de la ciudad del Vencedor, de la Jerusalén de las perlas preciosas, la metrópoli de Jesucristo, a cuyo brillo y gala concurre el más fastuoso de los poetas: oro, cristal, jaspé, zafiro, calcedonia, esmeralda, sardónice, cornalina, crisólito, berilo, topacio, crisopasa, jacinto, amatista, brillan en los muros y cimientos de la Capital: las doce puertas son doce margaritas, cada puerta de una sola margarita: las calles de la ciudad, de oro puro cual diáfano cristal. Príncipe alguno oriental ¿soñó siquiera con palacio semejante?

Así termina el Cántico de la Revancha del Desterra-

do. Patmos, el campo de concentración de los condenados del imperio, el subsuelo de los mineros, es una ventana abierta anchamente sobre el porvenir: en lotananza.....¿y por qué en lotananza?: tan cerca como la presencia de Aquel que viene, un incendio alumbra los espacios: la Lámpara que cuelga de la eternidad, el Cordero, ex-libris que cierra el Libro de la Revelación.

Capítulo Noveno

EL EVANGELIO DE LA INMACULADA



OTRO de los títulos del Apocalipsis sería éste. Mensaje de la Divinidad del Señor probada en la lucha con el Adversario, Buena Nueva de la victoria de los Descabezados de la Gran Tribulación, es igualmente, en primer término, el Resplandor de la Mujer Luz, o simplemente, de la Mujer, cual se llama la Inmaculada Virgen María en el léxico de San Juan.

La Mujer por excelencia: en el primer acontecimiento de los tiempos; para hablar en apocalíptico, el momento de la Gran Promesa del Redentor del mundo, Dios dice a la Serpiente, entonces viva encarnación del Seductor: **Y ENEMISTAD PONDRÉ ENTRE TI Y LA MUJER, Y ENTRE TU SIMIENTE Y LA SIMIENTE DE ELLA: ESTA TE APLASTARÁ LA CABEZA, Y TU LE ATACARÁS AL CALCAÑAR.** Es el Dogma de la Concepción sin mancha de la excelsa Madre del Señor: el dogma en la primera estampa de la Inmaculada, porque la segunda es el jeroglífico omnifulgente del Apocalipsis: **Y SE VIO EN EL CIELO UNA GRAN SEÑAL: UNA MUJER VESTIDA DEL SOL.....** Y como en el Génesis: **Y VIOSE OTRA SEÑAL EN EL CIE-**

LO: UN DRAGON GRANDE, BERMEJO....Es decir la Serpiente, la Serpiente antigua, como denomina textualmente el pasaje apocalíptico al Adversario, Satanás o Seductor.

Para copiar el libro nunca bien agradecido —esta clase de libros son para la gratitud universal, más que para el aplauso y admiración— de Francisco Miguel Willam, LA VIDA DE MARIA, MADRE DE JESUS, al leer aquella profecía inicial, quienquiera en las sinagogas la entendía como expresamente referente al Redentor. Estaba expresada con una imagen asaz familiar para los orientales, y cuya interpretación era tan obvia y tan fácil por la experiencia de muchísimos, desde que las serpientes constituían una plaga del país: arrastrándose se llegan hasta los pies del transeunte, y éste no tiene otro recurso sino levantar instantáneamente la planta y aplastar la víbora: después de semejante peligro, significa la libertad aplastar la serpiente. De este modo se comprendía también cómo el Redentor triunfaría del pecado: la simiente, la posteridad de la Mujer alcanzaría la victoria sobre la serpiente, una victoria en el momento más crítico, cuando todo parecería perdido.

Y el nombre apocalíptico de la Inmaculada: LA MUJER, se podría decir que es mesiánico, como que fué dado por Jesucristo Señor Nuestro a su Santísima Madre, para determinar la relación de Ella con la humanidad redimida. Predicadores y comentadores vulgares del Evangelio, en las bodas de Caná de Galilea y luego después en la despedida del Calvario, tropiezan con este apelativo de Mujer. Apelan a una exégesis rebuscada para explicar que el término aquel nada tenía de despectivo en los labios del Hijo amantísimo para la más tierna de las madres. El término es de solemnidad: repito, es el término que el Redentor debía de emplear para llamar a María Virgen, la Corredentora, como Dios la llamó al principio de la historia: LA MUJER QUEBRANTARA TU CABEZA.....En las bodas de Caná, fué la presentación del Mesías a los apóstoles y demás convidados: María Santísima anticipó esa hora de Jesucristo, con el milagro que Le exigió: fué Ella también presentada como la Madre del Mesías: de aquí, el apelativo con que Le re-

plica: MUJER, AUN NO HA VENIDO MI HORA..... Como Jesús para la revelación a sus discípulos, cambió su nombre por el de la profecía de Daniel, el Hijo del hombre; como sustituyó el de Simón por el de Pedro o Roca, así cambia el nombre de María por el de Mujer, la Mujer por excelencia, la Bendecida entre todas las mujeres.

En el Calvario, cuando muere Jesucristo, la emoción de los lectores de aquella escena la más trágica de la Pasión, se espera otro apelativo, que condense todo el dolor y el afecto del Hijo que se despide. Sin embargo, Jesús dice: MUJER, AHÍ TIENES A TU HIJO. Era el momento culminante de la Redención: luego, no había otra manera de nombrar a María Santísima, la Mujer por antonomasia, La que era constituida Madre de los hombres todos, que en Ella encontrarían la vida, la que trajo Jesucristo, como en el seno de la madre propia, cada uno.

Los fieles de la primitiva Iglesia, tal vez, no conocían a la Inmaculada y sùlgida Señora con otro nombre. La Mujer: veían en Ella la realización objetiva de la Profecía primera: recordaban cómo Jesucristo La designó en las bodas de Caná y en la Cruz. ¡Y quién más que el testigo presencial de ambas ocasiones, Juan, se acordaba de esta palabra oficial, la más apropiada, y que ahora, en la visión de Patmos, brillaba en la silueta que se alzaba allá, en la altura, en la inmensidad cerúlea! Limpióse de nubes el cielo: como en esos amaneceres sobre el mar, cuando las olas en calma extienden el terso cristal de un dilatado espejo, y el sol que nace parece levantarse de la superficie de ellas, una Mujer que lleva envuelto el talle en un manto de rosicler, y descansa sus plantas en la luna, yergue la frente coronada de doce estrellas. Es Ella: ¡La reconocieron los ojos del Vidente! La contempló tantas veces en esa misma actitud de grandeza y solemnidad, con esa sonrisa inefable, que era la luz de su rostro y mirada, en las veladas inolvidables de Jerusalén, después de la Gran Tragedia, cuando Ella y él quedaron a vivir el recuerdo del Ausente.

Este jeroglífico central del Apocalipsis, en el capítulo

lo duodécimo, todo él relativo a la Gran Señal de la Mujer vestida del sol, es demasiado apocalíptico, es decir, demasiado claro, para que en nombre de la exégesis católica sea perdonable la interpretación que dan ciertos oscurecedores de la Revelación de Patmos. Sostienen que no está representada allí la Virgen Inmaculada, sino la Iglesia, y aun otros, la Sinagoga. Valdría tanto como suprimir los dos pasajes ya citados de la Mujer en las bodas de Caná y en la cumbre del Ca'vario, porque, al fin, la terminología es la misma. A no ser que se niegue la identidad de autor del Cuarto Evangelio y de este Evangelio de la Profecía.

La Mujer del Apocalipsis, como quien lleva fruto en el vientre, daba voces, estando con los dolores del parto y trabajada en el dar a luz: es la Virgen del Protoevangelio de Isaias: HE AQUI QUE LA VIRGEN CONCEBIRA, Y DARA A LUZ HIJO, Y LLAMARA SU NOMBRE EMMANUEL. Y también Miqueas: BELEN EFRACTA, LA PEQUEÑA ENTRE MILLARES DE JUDA, DE TI ME SALDRA EL QUE SERA SEÑOR EN ISRAEL....HASTA EL TIEMPO DE AQUELLA QUE DARA A LUZ.....¿Que María Santísima no ha dado a luz con dolor? No lo dice tampoco el Apocalipsis: la expresión es solamente una exigencia del jeroglífico para pintar a la Mujer que da a luz: la actitud imponente, el esplendor de la Mujer, no se concilian con el dolor físico.

Y dió a luz un hijo varón, el cual ha de regir todas las gentes con cetro de hierro: una prueba más de que la Mujer es la Virgen María, y no la figura de la Iglesia, puesto que explícitamente es el nacimiento de Jesucristo, no en las almas por la acción de la gracia, o sea de la Iglesia: si se tratara de este nacimiento del Señor en las almas, seguiríase lógicamente que el Vidente toma este hecho como el punto de partida de los nuevos tiempos, de la era evangélica, y hablaría así de la consecuencia de la venida de Jesús, callando la causa misma de este advenimiento a las almas, esto es, el nacimiento del Verbo en el sentido propio e inmediato de él. Después relatará este suceso, en los capítulos que se refieren a la propagación del Evangelio, a la natividad

del Protagonista en las almas. Además, Jesucristo engendrado en las almas es el fiel engendrado a la gracia: en el Apocalipsis, nada puede el Adversario contra el Hijo que nace de la Mujer, en tanto que el Dragón bermejo les ataca y persigue a los fieles o cristianos. Por último, la Mujer apocalíptica no es la Iglesia, desde que el Vidente distingue explícitamente el Hijo que Ella acaba de dar a luz de los demás de su raza, los que guardan los mandamientos de Dios, tienen el testimonio de Jesús, cual subraya textualmente al fin del capítulo. Jesucristo engendrado en las almas no es un prodigio extraordinario, ocurrido en un momento preciso y determinado de la historia universal, y no explica de manera alguna las profecías que siguen, como explica tan gráficamente esta escena de la Navidad del Señor, pintada de modo reluciente por el Desterrado. No se diga de la hipótesis desesperada de la Sinagoga: la Sinagoga no ha engendrado a Jesucristo real, más bien deja de existir ella con el advenimiento del Señor, y mal podría la Sinagoga llamarse madre de los fieles.

Y fué arrebatado el Hijo de la Mujer a Dios y a su trono: declaración enfática del derecho de naturaleza de Jesús contra cualquier asechanza del Dragón, o sea su predestinación esencial. La Mujer huyó al desierto, allí donde tiene aparejado un lugar por Dios, para que allí La sustentan mil doscientos sesenta días: de esta guisa huyó María Inmaculada, con el Divino Niño en sus brazos maternales, a través de los arenales grises del desierto, hacia Egipto, para burlar la persecución de Herodes, la embestida del Dragón bermejo, y en Egipto permaneció el lapso de tiempo que señala la aritmética del jeroglífico en cuestión.

Aquí intercala el Mensaje un cuadro que altera cronológicamente el orden de los acontecimientos en referencia. Es el estilo de la profecía, como quiera que la cronología no cuenta, a lo menos cuenta después del rigor dialéctico del suceso. Esta campaña de la Serpiente Antigua a la Mujer, lógicamente, trae a la vista del Desterrado la primera escena del conflicto, o sea, allá, al principio de los tiempos, la lucha del arcángel Miguel con el Dragón grande y con sus escuadrones. Lo cual confirmaría

la sugerencia de los Padres y de la tradición católica: el motivo de la caída de los ángeles y de su rebeldía, que les repitió a los antros del averno, habría sido la Encarnación del Verbo, la resistencia de Lucifer y sus secuaces a reconocer y aceptar el inefable misterio del Hijo de Dios hecho hombre. Y es la interpretación más obvia del Apocalipsis. Y fué lanzado el Dragón grande, a Serpiente Antigua, el llamado Diablo y Satanás, el que seduce a todo el orbe, fué lanzado a la tierra, y con él fueron lanzados los ángeles suyos. El Desterrado oyó una gran voz en el Cielo que decía: AHORA HA SIDO HECHA LA SALVACION Y LA FORTALEZA Y EL REINO DE DIOS NUESTRO, Y LA POTESTAD DE SU CRISTO: PORQUE HA SIDO LANZADO EL ACUSADOR DE NUESTROS HERMANOS, QUE DIA Y NOCHE LOS ESTABA ACUSANDO DELANTE DE NUESTRO DIOS.— El himno resonante de la Redención, que en apocalíptico es la Revancha de la humanidad sobre el Seductor, sobre el Gran Adversario.

Y cuando vió el Dragón cómo había sido lanzado a la tierra, persiguió a la Mujer que dió a luz al Varón: nuevamente, la estampa magnífica de María Inmaculada, Madre de Jesucristo Señor Nuestro: alusión concreta y comentada, se dijera, al libro del Génesis, a la Gran Profecía de la Mujer, de su Posteridad de Ella, y del Dragón o Serpiente. Por Posteridad de la Mujer hay que entender el Varón, Jesucristo: desde los tiempos del nacimiento del Señor, al ser traducido el Antiguo Testamento a la lengua griega, prevaleció esta interpretación de la Posteridad de la Mujer, como que debía entenderse por un hombre individual y determinado, y prueba de ello es el documento inapelable del Diálogo entre San Justino y el judío Trifón, que ambos a dos reconocen que el Destructor de la Serpiente es el Mesías, o sea la Posteridad de la Mujer. En cuanto a la persecución de que es blanco la Mujer, otra vez, por parte del Dragón, no se encuentran las trazas en el Evangelio. Un secreto que guardó profundamente María Santísima, si acaso no participó a San Juan en aquellas conversaciones que no han llegado hasta nosotros, y no fueron para divulgadas, cier-

tamente. Quizás, esta segunda persecución fué algún ataque del Atrevido, que la excelsa Mujer eludió victoriosamente, y divinamente, refugiándose en la oración y en la meditación, en apocalíptico, con las dos alas del águila grande, que Le llevaron al desierto, al lugar suyo, donde es sustentada tiempo y tiempos y medio tiempo, un plazo más o menos corto, pero impreciso, fuera de la vista de la Serpiente.

Y lanzó la Serpiente de su boca detrás de la Mujer agua como un río, para hacer que se La llevase el río. Y socorrió la tierra a la Mujer, y abrió la tierra su boca, y tragó el río que lanzara de su boca el Dragón. Es el jeroglífico claro de la tercera persecución del Dragón a la Mujer: una página que se lee en la historia de la primitiva Iglesia. Solamente la fecha exacta no sería dable precisar, aunque se sabe que hasta el régimen de Agripa I los judíos no pudieron perseguir a los cristianos, porque los procuradores tuvieron cuidado de impedirselo en su afán de mantener el orden de la calle. Agripa I comenzó a reinar el año cuarenta y uno. Sin duda, a la caída de Poncio Pilato, el año treinta y seis, acusado de la carnicería de inofensivos Samaritanos, que guiados por un impostor buscaban, dizque, en el monte Garizim los vasos sagrados enterrados por Moisés, mientras se establecía el gobierno del nuevo procurador, la ocasión se presentó a la Sinagoga para el asesinato judicial del diácono San Esteban: reunido el tribunal supremo a conocer la acusación de ateísmo que lanzaban a Esteban los derrotados por la dialéctica del confesor de Jesucristo, como la autonomía romana se reservaba el derecho de ejecución de la pena capital, dejó a los acusadores que procedieran ellos a la lapidación que reclamaban. A este martirio se siguió un período de exacerbación de la Sinagoga contra la Iglesia. ¿Fué ésta la persecución de que habla el Apocalipsis, o más bien, veinte y cinco años después, a raíz de la muerte súbita del procurador Festo, cuando fué muerto el primo hermano del Señor, Santiago, con otros notables de la comunidad de Jerusalén? Solamente que entonces viviera aún la Inmaculada Virgen. Más probable parece que el Apocalipsis se refiera a una de las primeras persecuciones del Ju-

daísmo a la Iglesia, y en todo caso, el sentido del texto es incontrovertible: los enemigos del nombre cristiano, designados por el Dragón, pretendieron a todo trance victimar a La que era el corazón del Evangelio, su prueba más fehaciente, la Mujer augusta, María Santísima: esto significa el río que vomita de su boca la Serpiente. Aquí, la coincidencia de los métodos del Dragón: ese río debió de ser la inmundicia baba de la Serpiente, cuyas huellas nauseabundas se encuentran en las blasfemias de tres siglos después, del pagano Celso, el muy ilustre antepasado de Nietzsche y más saliva de Satanás contra el dogma de la virginidad de María Inmaculada. La persecución buscaba matar a la divina madre del Señor; pero, se acompañaba también de blasfemias, hasta que el río fué tragado por la tierra, es decir la persecución diabólica desapareció en fuerza de los acontecimientos políticos de aquellos días. Así quedó burlado el Dragón. Y la imperial Mujer levantó el vuelo a las estrellas en gloriosa ascensión.

Lo cual afirma la Carta, el Evangelio de la Inmaculada Concepción. Y se encolerizó el Dragón contra la Mujer, y fuese a hacer guerra con los restantes de la posteridad de Ella, los que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesús. ¡Cólera la del Dragón bermejo! escupió el río para ahogar a la Mujer, y ahora levanta las siete cabezas y los diez cuernos, mientras Ella ha traspuesto la última linde de los espacios y entra al empleo como la Emperatriz de los cielos y la tierra. No encontrándola, desfogará su rabia con la posteridad de Ella: apelativo apocalíptico de la cristiandad, que de este modo llama a la humanidad, la Gran Familia de la excelsa Mujer.— Séame permitido un comentario absolutamente personal: en el Evangelio de San Lucas, a la mujer aquella que alabó tan encendidamente las entrañas y senos virginales de María Santísima, Jesucristo le replicó: **MAS BIEN, BIENAVENTURADOS LOS QUE OYEN LA PALABRA DE DIOS, Y LA GUARDAN.** Parece que la dificultad, que importa aquel adverbio «más bien», está resuelta en el Apocalipsis: hijos de María, posteridad de Ella, son los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús, y como

hijos de la misma Madre del Señor, son tan felices como Jesucristo, cuya gloria de Redentor es para María la felicidad ponderada por aquella buena mujer....

Y no es ésta la sola relación entre el Evangelio de la Salvación universal, como cumpliría denominar el Evangelio del discípulo de San Pablo, y el Evangelio de la Redención, o sea el Mensaje del Desterrado. Los dos libros inspirados, así como el Cuarto Evangelio, reconocen la misma fuente de información, como que es cosa sabida en exégesis que San Lucas y San Juan se documentaron para sus escritos en la conversación personal con la divina Madre de Jesucristo Señor Nuestro. San Lucas parece aludir expresamente con aquel su refrán de los principales acaecidos de la infancia del Señor: Y SU MADRE GUARDABA TODAS ESTAS COSAS EN SU CORAZON. San Juan, él, por dos ocasiones solamente, nombra a la Virgen Inmaculada, en las bodas de Caná y en el Calvario, mas todo su Evangelio es el vívido reflejo de aquellas años de su intimidad con la Madre del Señor, cuando cuidaba de Ella como su propio hijo. El Cuarto Evangelio fué redactado después del Apocalipsis. Como quien añade que el Mensaje de Patmos debía conservar, y de hecho conservó, más fresca la memoria de esta dulcísima compañía de la divina Madre de Jesús.

El carácter de cada uno de los Evangelios demuestra la influencia respectiva de su redacción. Evangelio profético el de San Mateo, en el sentido de que fué destinado a probar a los judíos, a los convertidos de la Sinagoga, cómo en Jesús se habían cumplido exactamente las predicciones sobre el Mesías, respira una atmósfera más israelítica que los demás Sinópticos. El de San Marcos es un compendio catequístico para los fieles de Roma: la catequesis, en suma, de San Pedro a esa iglesia, y de aquí, su fisonomía histórica tan marcada. El Evangelio Tercero de San Lucas revela el uso y destino del libro, la estrecha relación con la predicación del Apóstol de las gentes, cuya teología podría resumirse en la doctrina de la salvación, no solamente para los circuncisos, sino también para cuantos han menester un Redentor, para la humanidad entera, sin distinción de griegos, de romanos o de judíos. El de San Juan es el Mensaje de la Divi-

nidad de Jesucristo, de la Divinidad del Cordero del holocausto por los pecados de los hombres. De modo que, para resumir en pocas palabras la cuestión, así como San Mateo refleja la mentalidad religiosa de Israel, y San Marcos la mentalidad de San Pedro, como San Lucas la de San Pablo, San Juan reproduce la mentalidad de la Virgen Inmaculada, las ideas que fueron la conversación cotidiana de los dos inmortales interlocutores.

El Cuarto Evangelio, como también el Apocalipsis, es la Revelación del Gran Secreto. ¿Cuál era este secreto en los días del ministerio público del Señor, como después de su ascensión a los cielos? En definitiva, era la razón de la Iglesia, su fe constitutiva, cuyo argumento de base era la Resurrección. Este secreto, esta razón última de la Iglesia, era la generación de Jesucristo Señor Nuestro, la generación del Verbo desde toda eternidad y la generación del Hijo del hombre en el tiempo, de las purísimas entrañas de María Santísima. Ahora bien; la evangelización o Catequesis apostólica no comenzaba por este principio de la doctrina inefable, mas procedía con la economía misma con que el Señor había procedido: primeramente, exponía la vida, los milagros y enseñanzas de Jesús, para concluir con la Gran Revelación, el carácter de Dios del Hijo de la humilde Sierva del Señor.

¿Que San Juan se muestra misteriosamente parco al hablar de Quien en suma le había dictado su Evangelio, de la incomparable Virgen María? Contesta Francisco Miguel Willam, que en gran parte es autor de las observaciones que preceden: el misterio de la vida de María Santísima era el misterio de la Encarnación del Hijo eterno de Dios en la persona de Jesucristo, el Hombre—Dios: los pensamientos de María Virgen no giraban en torno de su maternidad física, pues ello hubiera significado que María se consideraba como el centro de sus ideas y sentimientos, sino que sus miradas maternales, toda Ella, en suma, se concentraba en la filiación divina de Jesús, de la cual la filiación en el tiempo venía a ser como reflejo. Por consiguiente, el Evangelista de la Divinidad de Jesucristo, que en fin de cuentas se limitó a traducir las ideas y sentimientos de María Vir-

gen ¿podría distraer la atención de este solo motivo, la filiación divina de Jesús, el Hijo único del Padre? Además, la aureola de infinito, que rodea a la augusta Madre del Señor, es el silencio. La vida de María Inmaculada principia y concluye en el silencio. Como quiera que esta excelsa Criatura sobrepasa las cumbres más altas de la creación, es inaccesible, al modo de esas cimas nevadas, solitarias y enhiestas, que se hunden en la inmensidad callada de los espacios siderales. Es este silencio el que domina el Evangelio Cuarto, para estallar en esa claridad del Apocalipsis que vale por todas las reticencias de los Evangelios acerca de la Inmaculada Madre del Señor: UNA GRAN SENAL: UNA MUJER VESTIDA DEL SOL.

No cabe duda, el Apocalipsis es el Evangelio de María Virgen: para expresarme en humano, demasiado humano, es el desquite del silencio que guardó el Cristianismo primitivo, que en público no desató las lenguas, como en las asambleas de los fieles, para ensalzar a la Mujer Luz. Es el sentido mismo de la historia universal. Es el drama del universo, cuyo idioma no entendió Spengler, cuando preguntaba, vehemente: «¿En qué lengua está escrita, la historia? ¿cómo leerla?» En lengua de Dios está escrita, en el Libro del Desterrado, y para leerla, no hay sino que abrir los ojos y ver. Abrir los ojos y ver el Dragón septicéfalo y diez veces cornudo, que en las herejías que llevan la marca del Coliseo, las de Arrio y Nestorio, embiste a la Mujer Sol. La planta de Ella, al fin planta que al dar el primer paso, en la primera página del Génesis, lo dio sobre la cabeza de la Serpiente y la aplastó, pisa la testuz del monstruo, y en las calles de Efeso, allí donde ayer era aclamada la Gran Diana de los efesios, la Vencedora es paseada en triunfo y es saludada la Emperatriz por la muchedumbre que rueda como un océano de voces: «¡Santa María, Madre de Dios!».....Abrir los ojos y ver el Dragón bermejo que arrastra la cauda en las falanjes nihilistas de los valdenses y enfrenta las fauces como tragadero de la cristiandad con los albigenses, hasta que aparece la Mujer Sol, y rutilante de serenidad, acorrala a la fiera con los escuadrones de Domingo de Guzmán en los reductos

del fracaso....Abrir los ojos y ver el Dragón que desata sus anillos para envolver las poblaciones de Asia y de Africa y se arroja al mar Mediterráneo, para perecer en Lepanto bajo las plantas de la Mujer Luz, y ensangrentar las aguas del golfo, de manera tal, que las olas, cual cantó el poeta árabe, parecían una ancha herida profunda cuando comienza a chorrear la sangre....Abrir los ojos y ver el Dragón bermejo que en la Reforma de Lutero hasta nuestros días acosa a la Mujer celestial, la hace huir al desierto lejano, y barre la tierra con su vientre en los escuadrones de Satanás, de los teólogos de Tübinga y más universidades de la Alemania protestante. Y el Dragón se ha motorizado, como lo estamos contemplando en los superhombres que dejan pequeño a Tamerlán o Gengiskán. En el horizonte, casi imperceptible por los gaces de la batalla y el polvo de Europa en ruinas, se adivina, más que se divisa, una planta, cual en la visión de Elías en el Carmelo. La planta de la Mujer Sol, la que tantas veces ha pisado la cabeza de la Serpiente Antigua, y pisará la Nueva. El Signo del porvenir es la Inmaculada Concepción, desde su santuario ecuménico de Lourdes.

Decía que la Virgen María debió de sugerir a San Juan, en gran parte, el Apocalipsis. Ciertamente que la Revelación contiene la visión de Patmos. Pero, la Visión, si es permitido expresarme así, venía preparándose desde los días de la intimidad del Vidente con su compañera de soledad y meditación. El motivo mismo del Mensaje parece inspirado por María Santísima. Ante el espectáculo de un conflicto en el que la naciente Iglesia era la frágil canoa de los pescadores del Lago de Galilea, juguete de los vientos y la tempestad, Juan decansa, tal vez, de ánimo. Pero, su divina interlocutora, a quien el Apóstol participaba sus dudas y temores, debía recordarle las palabras que el Discípulo escuchó de Jesucristo, la última noche del Señor en la tierra; CONFIAD: YO VENCI EL MUNDO....Así fué, creándose en el futuro Desterrado, Copartícipe de la Gran Tribulación, el sentido de la Victoria, este sentido que informa la Carta de Patmos, de la primera a la última línea.

La Inmaculada es el ideal de San Juan. Con per-

dón de la comparación, el Poema principesco, por aquello de que San Juan es un príncipe oriental por su afición a las perlas y a la gala del colorido, se ilumina, como la Comedia de Dante con Beatriz, con el fulgor de un rostro de Mujer. El alma del panorama apocalíptico es María. María Virgen es la Beatriz del cantor épico de la Divinidad de Jesucristo Señor Nuestro.

Y el Evangelio de la Inmaculada, el Apocalipsis, fué ilustrado por los pintores, quizás, de aquella misma época. Autoridad tan competente como la de Rossi, sostiene que la imagen aludida, tal vez, fué pintada a la vista de los Apóstoles. Es la imagen que se ve en la catacumba de Santa Priscila. Representa la Virgen Madre y el profeta Isaias. La Virgen, sentada, sostiene en sus brazos al niño Jesús: a su lado, de pie, está el Profeta vestido con el palium: lleva en una mano un volumen enrollado, y con la otra enseña una estrella. Es un cuadro maravilloso de vida, de lozanía, de expresión. Los que lo han visto, confiesan el estupor que les tomó ante esa sorpresa de una pintura rafaelesca, tanto que hubiera sido de creer que el genio de Rafael se inspiró en ese anónimo, si por ventura esos frescos no estuvieran enterrados cuando el de Urbino ejecutaba sus obras magistrales.

En suma es el jeroglífico de la Revelación: la Mujer que da a luz, que dio a luz al varón, el Divino Infante. De la otra orilla del mar vino a Roma el modelo. Y cuando San Juan estuvo en la capital, acusado de la conmoción popular de Efeso, ¿no dictó en persona el trazado de la estupenda efígie de la Profecía de Isaias, es decir, la efígie que resumía la teología de la primitiva Iglesia acerca de María, la Virgen Madre del Señor?

Niéguenlo los entenebrecedores de la Luz de Patmos. La Inmaculada brilla como el alba en los versículos más apocalípticos de la Carta del Desterrado, si acaso cabe, cuando la Carta toda es igualmente apocalíptica: explosión de la claridad del Verbo que se hizo hombre en las entrañas de la Mujer Sol.

Capítulo Décimo

GEOGRAFIA CONTEMPORANEA



AN Juan es el más realista de los profetas, no se diga, por la sobriedad, mas también, y en primer término, por la correspondencia constante, aun de los pormenores del símbolo o símbolos que elige, con el sentido más obvio, llano y natural. Y es éste el principio que ha sido preciso desconocer en el Apocalipsis, para hacer de él un laberinto de fantasías y complicarlo en un tejido de visiones incoherentes, sin más unidad que el título, demasiado convencional para que cualquier lector no se haya creído con derecho a refutarlo, haciéndolo sinónimo de enigmático y abstruso. Sin duda, la Carta del Desterrado no es un diccionario de nombres propios, un léxico biográfico, como querrían otros contradictores de la Revelación. Sino que es una referencia a leyes y hechos de la historia, fáciles de discernir, teniendo en cuenta la Clave aquí propuesta. Es la línea general, la fisonomía del acontecimiento, la que traza el Apocalipsis.

Para demostrar el realismo del Mensaje de Patmos, entre varios ejemplos bastaría citar la alusión tan delicada y artística a las circunstancias geográficas de Laodicea. Esta era una ciudad importante por su industria

y por una escuela de medicina. Fundada por Antíoco II, en el valle de Lico, frente a Hierápolis, en sus alrededores poseía fuentes famosas de agua termal, que distribuidas en arroyos, a poca distancia, se entibiaban y no servían para beber. Creció rápidamente bajo la dominación romana, y su prosperidad despertó en ella aquel sentimiento de satisfacción de sí misma, propio de una ciudad de burgueses, a quienes poco debía importar la cuestión religiosa. Una de sus industrias principales era la preparación de lanas negras lustrosas, con las que se fabricaban vestidos muy apreciados de la gente elegante del mundo grecorromano. Producía también un colirio de una piedra especial, que reducida a polvo se aplicaba a la vista, y constituía un artículo de exportación muy buscado. Lo mismo que leemos en el Apocalipsis: SE TUS OBRAS, QUE NO ERES FRIO NI FERVIENTE. ASI, PORQUE ERES TIBIO, Y NI FRIO NI FERVIENTE, TE VOY A VOMITAR DE MI BOCA: alusión a las aguas termales de Laodicea.—ACONSEJOTE QUE COMPRES DE MI ORO ACRISOLADO AL FUEGO, PARA QUE TE ENRIQUEZCAS, Y VESTIDOS BLANCOS PARA QUE TE CUBRAS, Y NO SE PAREZCA LA VERGUENZA DE TU DESNUDEZ, Y COLIRIO PARA UNGIR TUS OJOS. PARA QUE COBRES VISTA: el oro de los banqueros de Laodicea no es ante Dios sino falsa moneda; en vez de las lanas negras lustrosas, deberían pensar en la indumentaria blanca de la pureza y del triunfo; y el colirio de renombre no será el que sane sus ojos cegados por la riqueza.

Por ello, se podría hablar de geografía contemporánea en el Apocalipsis, porque en los jeroglíficos del futuro, tal o cual mención, por cierto, sumamente lacónica, no solamente designa los actores del suceso, sino hasta señala el teatro. Como ocurre en el capítulo del Excarcelado, con la citación del Gog y del Magog, en la profecía de Ezequiel aplicada a los tiempos que parecen definitivamente los de nuestra trágica actualidad. Coincidencia, tal vez; pero, tampoco desafiando en otro sentido la interpretación que voy a permitirme en gracia de un comentario final sobre el Libro de la Divinidad del Señor, Libro de la postrema edad, porque esto esperamos los hombres del fin de

un mundo: la manifestación de Jesucristo Dios por su victoria sobre la suprema coalición del gran Adversario.

Dije en página anterior que no discutía la exégesis y alcance de la profecía de Ezequiel contra Gog y Magog, que el Desterrado reproduce en el versículo séptimo del Capítulo Vigésimo. De los sistemas propuestos, aquel que identifica a Gog con Cambises parecería el más probable. A lo menos, la Profecía coincide con los rasgos principales que la historia asigna al Persa. Por cierto, una de las diferencias está en el nombre: para los semitas, más aún para Ezequiel, Gog y Magog eran los gentilicios de los pueblos de la Gran Tartaria y del Cáucaso, o mejor, de los escitas tan famosos y conocidos en la antigüedad: por tanto, Gog es el Escita en la mencionada Profecía. ¿Por qué llamó así al Rey de los Persas? Sin forzar los términos, ni recurrir a la semblanza moral de Cambises en paralelo con los escitas, el mismo texto resuelve la dificultad: más adelante habla explícitamente de los Persas, y en la lista que corre de los dominios del Invasor y de sus huestes, constan los Escitas, lo cual bastaba para que el Profeta nombrara a Cambises por uno de sus pueblos más feroces. Las otras notas de la Profecía son más fáciles de verificar: el Gran Invasor invade la Judea por su avidez de pillaje y devastación, como también para satisfacer igual propósito de sus aliados: es herido y muere en las montañas del país de Israel, y se abre al oriente del mar Mediterráneo su sepulcro, tan célebre en toda aquella región: por último, su ejército se liquida en mutuas contiendas y es desbaratado y disperso por el fuego del cielo, en tanto los judíos se enriquecen con el botín y se dedican largos días a recoger los huesos de los derrotados y a quemar las armas de ellos. Aparte de los pormenores relativos al pueblo de Israel, el pueblo anónimo para los historiadores profanos, según declaración perentoria de Tácito: *Dum Assyrios penes, Medosque et Persas, Oriens fuit, despectissima pars servientium*: MIENTRAS EL ORIENTE FUE ASIRIA, LA MEDIA Y PERSIA, JUDEA ERA LA PORCIÓN MÁS DESPRECIABLE DE LAS NACIONES ESCLAVAS—, es en resumen lo que leemos en Heródoto: Cambises reunió contra Egipto un ejército formida-

ble, y para la invasión pasó por Judea, muriendo a consecuencia de una herida que se infirió en la pierna al montar a caballo, al regreso de la expedición, en Ecbatana, no en la ciudad de la Media, ni de la Siria, como equivocadamente asienta Heródoto, sino en la ciudad de este mismo nombre en Palestina, en las montañas del Carmelo: su ejército fué disuelto por las disensiones de los jefes y azotado también por el fuego del cielo, para hablar en histórico, por el simún, ese haracán de candelas de los desiertos de la Libia. El sepulcro de Cambises debió ser tan célebre como dice la Profecía, y el lugar de la derrota de los invasores había sido descrito con no menos claridad terrorífica, entre otros, por Joel: **MUCHOS PUEBLOS EN EL VALLE DE JOSAFAT, EN EL VALLE DEL JUICIO O DE LA DECISION, EN EL VALLE DE LA CARNICERIA.**... Y los judíos recogieron el botín del pavoroso ejército, según la tradición que trasmite Teodoreto, y que narraba cómo, poco tiempo después del regreso de la cautividad de Babilonia, los enemigos de Israel llamaron un ejército numeroso para expulsarlos de Jerusalén: estos enemigos fueron milagrosamente desbaratados por la división que cundió en su campamento, así como por las matanzas entre los soldados de la misma bandera, de modo tal, que desaparecieron por encanto, dejando enorme botín: lejos de sufrir con la invasión, los judíos se enriquecieron con sus despojos. Parece que no se puede desear más ecuación de la Profecía de Ezequiel con la historia: el Vidente se anticipó, inspirado, a referir la empresa desastrada de Cambises.

Ahora bien; el Profeta de Patmos emplea el léxico del Precursor y determina a Gog y a Magog con el artículo, no porque estos gentilicios correspondan, como en Ezequiel, a Cambises y a su ejército de varios pueblos y razas, sino para designar con ellos acontecimientos que no se han realizado todavía, pero se realizarán en el porvenir, guardando ciertas características de la profecía ya cumplida. Lo demuestran palmariamente otros casos del Apocalipsis: cuando el Sexto Angel riega la Sexta Copa de la ira de Dios sobre el Eufrates, para significar con ello la retirada del dique que la Providencia mantenía

contra los Bárbaros, la coalición de éstos se congrega en la ciudad de Magedón: una referencia explícita a parecida coalición, que en los viejos días de Débora y Barac, se reunió allí, en los alrededores de Magedón, en contra del Pueblo de Israel. Es decir, traduciendo fielmente el apocalíptico al romance, el versículo séptimo del Capítulo Vigésimo anuncia y precisa: el Gog y el Magog se congregarán para la guerra, como la invasión del Rey y pueblo de estos nombres en la Profecía de Ezequiel, capítulo trigésimo octavo y trigésimo nono.

La coincidencia geográfica del Mensaje, aludida más arriba, no está propiamente en este punto, mas en la identificación escalofriante de los gentilicios usados por San Juan con los pueblos que encabezan actualmente la conflagración del Continente Viejo, en suma, de la tierra habitada. Bajo el régimen del Expresidario, las gentes que hay en los cuatro ángulos de la tierra han sido seducidas, y el Gog y el Magog se han juntado para la guerra—el Gog y Magog, de los cuales el número es como la arena del mar: la estadística de los batallones del Escita y de las naciones de la Escitia, de Alemania y de Rusia, para adelantarme a la demostración que me he propuesto.

En efecto, estos apelativos de Gog y de Magog aparecen por primera vez en el reparto de la tierra entre los hijos de Noé. Magog es el segundo de los hijos de Jafet. Unánimemente, o con poquísimas excepciones, los geógrafos de la Sagrada Escritura añaden que Magog fué el padre de los Escitas: esto nombre de Escitas comprendía en la antigüedad la Gran Tartaria, y para los griegos y los romanos, la vastísima región de los pueblos del norte del Porto Euxino y también de lo largo del Danubio y del Dniester: aun a los Hiperbóreos o habitantes del último septentrión se extendía la denominación latísima. Algunos viajeros, entre otros, el veneciano Marco Polo, han llegado hasta encontrar los dobles de Gog y de Magog en la toponimia china y en los gentilicios del Tibet: verbigracia, Lug y Mungug, y sobre todo, el cognomento genérico de todo el pueblo de los Mongoles.... Por vía de ilustración esbozo estas disquisiciones filológicas, puesto que por honradez debo declarar lo

del principio de estas páginas: el medio en que escribo está al margen de la erudición lingüística, y nadie ignora que la filología es la ciencia que más rápidamente progresa, para que me atreva a sostener como inapelable una opinión que puede ser perfectamente trasnochada. Sin embargo, el argumento no cambia, como quiera que, en el léxico apocalíptico, el Gog y el Magog son los Escitas, o sea los Tártaros, los Moscovitas, las tribus del Cáucaso y del Danubio, como lo eran en los tiempos de la Revelación de Patmos.

El texto de Ezequiel dice: HIJO DEL HOMBRE, PON TU ROSTRO CONTRA GOG EN TIERRA DE MAGOG, PRINCIPE DE LA CABECERA DE MESEC-Y TUBAL..... Registramos la Geografía de la Biblia: Mesec o Mosoc, hijo de Jafet, que dió nombre a la región conocida con el nombre de Moscovia: Tubal, otro de los hijos de Jafet, que pobló la Iberia, una de las zonas no muy precisadas del Cáucaso..... Y se podría continuar identificando geográficamente al Gog y Magog apocalípticos con los tártaromoscovitas y los racistas del Danubio de la coalición contemporánea, hasta subrayar en la Profecía de Ezequiel un pormenor como aquel atribuido a Gog, y es de los Tártaros, magníficos equitadores y habilísimos arqueros.....¿Y la caballería rusa de los Cosacos?..... Pero, es necesario mantenerse dentro de los límites de la tesis propuesta a partir del primer capítulo de este ensayo: el Apocalipsis no es una enciclopedia de la historia y de la geografía profanas, sino que es la sinopsis de la marcha de la humanidad por la tierra, a la manera de un Ejército presidido por Jesucristo, el Hijo de Dios: a las veces este Ejército desaparece y se oculta, saltando a la publicidad el Ejército del Adversario, como se ve ahora en la coalición contemporánea, eso sí, característicamente oriental, por los batallones más destacados que se baten en ese vallo de Josafat, en el valle de la decisión y la carnicería, para apellidar así, con Joel, los campos de Rusia en el conflicto del Gog y del Magog.....

Con lo anterior, las Democracias, que ellas también constan entre las gentes que hay en los cuatro ángulos de la tierra, seducidas por el Expresidiario de la cárcel

de los mil años, no tienen para engrairse con una mención favorable del Apocalipsis, como colocadas al mar-gen de los ejércitos de los Escitas, en la guerra en la que envolvió el mundo el Impostor. Antes bien, es ésta la más admirable de las ecuaciones del Mensaje con la edad nuestra: la guerra del Gog y del Magog es la coronación de la impostura de Satanás suelto por el orbe, y a ella concurren, como divisiones de un solo Jefe, las falanjes del Embaucador, esta humanidad de los Anticristos, democracias y totalitarismos, unas y otros informados por el mismo espíritu, por el satanismo de la apostasía y de la negación de la Divinidad del Señor.

Y la etimología de los apodos gentilicios con que la Carta del Desterrado nombra los combatientes del supremo combate del Adversario, viene en apoyo de la hipótesis que me he permitido. GOG, en hebreo, quiere decir: TECHO; y MAGOG: DEL TECHO. La genealogía de una palabra, que ello significa etimología, que se ha confundido en la noche de los tiempos prehistóricos, como el origen de los pueblos y razas designados con tal denominación. Sin embargo, si la memoria no me es infiel, alguna vez, en mis lecturas de simple aficionado de la Filología, encontré que los habitantes del Tibet, según la geografía de la Sagrada Escritura, una parte de los Escitas, llamaban a las altísimas montañas de aquella región el Techo del Cielo: ¿no será esta la etimología de Gog y de Magog, el nombre mismo de las montañas del Tibet, de los habitantes de aquella elevadísima y glacial meseta? ... Pero, el estupendo intérprete como es San Jerónimo nos da, si se quiere, una cifra más apocalíptica todavía de estos nombres: negando la hermenéutica ambrosiana, que sostenía como un axioma: *Gog iste Gothus est*: GOG NO ES SINO EL GODO QUE ESTAMOS VIENDO EN LOS INVASORES DEL IMPERIO—el Contemplativo de Belén concluye: *Gog graeco sermone doma, latino TECTUM dicitur: porro Magog interpretatur DE TECTO. Omnis igitur superbia et falsi nominis scientia, quae erigit se contra notitiam veritatis, his nominibus demonstratur. Tectumque interpretabimur haereticorum principes: et de tecto, eos qui illorum suscepere doctrinas*: GOG QUIERE DECIR EN GRIEGO

DOMA, EN LATIN, TECHO: A SU VEZ MAGOG SE TRADUCE POR DEL TECHO. CON LO CUAL, TODA SOBERBIA Y CIENCIA DE FALSO NOMBRE, QUE SE SUBLÉVA CONTRA EL CONOCIMIENTO DE LA VERDAD, SON DESIGNADAS POR ESTOS NOMBRES....Y ASI, GOG O TECHO HAY QUE TRADUCIR POR LOS JEFES DE LA HEREJIA, Y MAGOG O DEL TECHO, POR LOS ADEPTOS DE SUS DOCTINAS.

Después de esta interpretación, los exégetas de la actualidad deberían enmudecer. El sentido moral de esos apelativos, más que la misma etimología, es tan apocalíptico, que sorprende y no admite otra explicación sino la católica: el Libro de Patmos no es de un hombre, es de Dios. Gog y Magog: el orgullo y la ciencia del siglo, que pospusieron la fe y la Verdad como tinieblas de la noche profunda del Catolicismo, y ahora se pelean en ese ciclón de la Gran Soberbia y de la Gran Ciencia: la Guerra científica del Hombre de la Herejía. No es la Decadencia de Occidente, como afirmará Spengler: es el Eurasismo, esta teoría de los pontífices de la unión de Europa y Asia en un solo bloque de cataclismo contra el Catolicismo, simplemente, contra la Verdad, contra la Iglesia de Jesucristo, a la que uno de los más típicos representantes del movimiento en mención, el eslavo Dostoiévsky, acusa de haber pervertido el mundo manteniendo y propagando la Idea Romana, en suma, el Imperio de los Césares. Los eurasiáticos son a la postre la Alemania del «luteranismo inconsecuente», para repetir al mismo Dostoiévsky, y de la constante protesta contra la civilización occidental a partir de la victoria de Hermann sobre las legiones de Varo, y la Rusia de la mística de una nueva revelación y de una humanidad superior. La Nueva Revelación: la dilatación de la selva germana primitiva y del desierto y la estepa orientales cuan largo y anejo es el mundo.

Es esto hablar en humano. Más sencillo y pavoroso es el idioma del Desterrado, el apocalíptico, no de las catástrofes y sismos materiales y cósmicos, sino de la Gran Catástrofe a la que condujo el Seductor las razas y los pueblos: la Catástrofe del hombre que perdió el

equilibrio y busca la razón de la existencia en el instinto, en la razón del Comunismo, que concluye allí donde principió su progenitor, el Transformismo: en la ecuación del hombre con la bestia. La Guerra no es sino la ilustración del evidente axioma.

Para tornar a Patmos, al islote del mar Egeo, desde donde se miran los siglos al alcance de los miopes, gracias a la Revelación del Evangelio de la Divinidad de Jesucristo Señor Nuestro, el lector se acordará que a la caída de la Gran Cortesana, después que se derrumbó la Ebria de la sangre de los Santos y Profetas, mientras los Veinticuatro Ancianos y los Cuatro Animales doblaban su frente ante el Dios sentado en el trono, diciendo: AMEN: ALELUYA; mientras como vocerío de numerosa muchedumbre, y como estruendo de muchas aguas, y como estampido de recios truenos, se oía: ALELUYA, PORQUE HA REINADO EL SEÑOR DIOS NUESTRO, EL TODOPODEROSO—, San Juan se arrojó para adorar al Angel heraldo de la caída de Roma, mas el Angel observó al Vidente: MIRA, QUE NO: CONSIERVO TUYO SOY, Y DE LOS HERMANOS TUYOS QUE TIENEN EL TESTIMONIO DE JESUS: ADORA A DIOS. PORQUE EL TESTIMONIO DE JESUS ES EL ESPIRITU DE LA PROFFECIA. En verdad, al acabar de leer el Apocalipsis, uno instintivamente va a caer, genuflexo, ante el Desterrado, cuando la voz de la fe le dice que solamente a Dios se adora. Pero cómo reprimir el calor de la emoción al contemplar al Corresponsal de las Siete Iglesias, confundido en el grupo de mineros, azotadas sus espaldas por el sol de la playa, bajo el látigo del capataz, más duro con el judío que con los demás, por ese antagonismo propio entre las dos razas! Se han alzado del trabajo los forzados del campo de concentración, colonia penal hasta de vulgares delincuentes. Salen del subterráneo de las excavaciones de hierro y otros minerales, y dirigen la vista al horizonte brumoso del mar. El recuerdo de la patria remota les escuece el alma. El Desterrado piensa en su comunidad, al fin su familia única, los pequeños dulces hijos, como les llamará en las Cartas: ¿No habrán claudicado muchos de ellos, los débiles, los de la palabra fá-

eil y de la lealtad difícil, ante el horror de la persecución que se desata contra los siervos del Señor Jesús? Tristeza humana, muy humana, la de San Juan, para estallar luego en el grito del júbilo inmortal: ALELUYA, PORQUE HA REINADO EL SEÑOR DIOS NUESTRO, EL TODOPODEROSO. La Redención es cierta: la venganza, en apocalíptico: mañana será el Día del Señor, el Día de Jahvé, para los condenados de la tierra, y Patmos es la luz tenue, sin duda, en medio del vasto presidio de la Justicia y del Derecho, como era el Mundo: la luz de un faro frente a la inmensidad oscura de los mares.

No es fantasía, sino realidad. El Desterrado robaba las horas al trabajo de la mina, para esconderse en algún secreto reducto y escribir allí la Carta de la Victoria. El pergamino le podía comprometer: al fin, requisitorio contra el Imperio, por tanto, contra sus carceleros, era suficientemente claro, para que no se descifraran sus jeroglíficos. Quién sabe si no tenía que evadirse del hacinamiento de los demás forzados, y en altas horas de la noche, al resplandor de una bujía que apagaba el viento, grabar el Gran Mensaje de la Redención y la Justicia. Fué esa luz pobre, la que se encendió en esta claridad de amanecer sobre los caminos de la humanidad, como es la Revelación de Patmos.

Patmos será un punto perdido en la geografía universal. Sin embargo, así como más tarde, desde una de las carabelas de Cristóbal Colón, un grito, el de Triana, completó la esfera, clamando: «¡Tierra, tierra!»—, desde esa isla de la polinesia de las Diseminadas, para decir en romance el nombre griego de las Espórades, desde Patmos, también un grito, el del Desterrado, completó el teatro de la humanidad: «¡Cielo, cielo!». El grito que es todo el Apocalipsis: ¡Ven, Señor Jesús!

San Juan descubrió —es éste el verbo del sustantivo Apocalipsis— el Nuevo Mundo de la Gloria y la Redención para los que han hambre y sed de Justicia.

Hasta aquí, el breve Comentario que me he atrevido a trazar de la Carta del Vidente a las siete Iglesias del Asia Menor, como epígrafe, si es lícita la expresión, de la exégesis que a continuación sigue, de las ideas y hechos que informan y traducen la civilización actual. Me queda por reiterar una vez más el carácter ortodoxo de mis afirmaciones, sin excepción de una sola, como quiera que no hay una, propiamente, que sea original mía. Para facilidad de un tratado de la índole, ante todo, de modestísima divulgación, no he multiplicado las citas de autoridades, las más de ellas, citas clásicas de la hermenéutica católica. Por lo demás, en parte que puede ser discutida, en la división de las Edades Apocalípticas, el lector bien lo sabe, me he guiado por el opúsculo escrito en francés por Mare dal Medico, y que lleva la necesaria aprobación eclesiástica para ser invocado como argumento garantizado en esta clase de estudios.

La hipótesis nada ofrece de nuevo sino la defensa de la sobriedad del Mensaje. Y por lo que respecta a su estilo, sería mejor decir, al idioma en que fué redactado, idioma de jeroglíficos, con la Clave propuesta, se ha guardado más escrupulosamente el genio mismo de la Revelación. Para repetir hasta el cansancio, el Evangelio o Demostración de la Divinidad de Jesucristo, no fué redactado en signos ideográficos, mas en imágenes y figuras, y no es otra cosa un jeroglífico: la representación del concepto, no pasando por la versión de la palabra mental a las letras del alfabeto, sino, directamente, de la figura interior a su equivalente gráfica. Y en este sistema de interpretación, el motivo mismo del Libro, la Manifestación de Jesucristo Dios en los combates con el Adversario, es la única razón de correspondencia entre el signo y la cosa significada. Que si alguien duda del motivo señalado, puede verificarlo en documentos más explícitos de la misma firma del Autor inspirado de la Revelación de Patmos, como son el Cuarto Evangelio y las tres Epístolas de San Juan.

El título de la parte inmediata es: SATANAPOLIS, o sea la Ciudad del Adversario. Título genuinamente apocalíptico. El mismo que al principio de éste como libro dice en moderno: JUDASLANDIA, porque la Tierra o

Ciudad del Impostor es, en términos sinónimos, la Tierra de Judas, del Traidor epónimo, del que anotó el Evangelista del Cuarto Evangelio, en la Cena: **Y TRAS EL BOCADO, ENTONCES ENTRO EN EL SATANAS.** Así comenzó la satanización de la Ciudad Contemporánea por Lutero, el régimen del Presidiario suelto, para hablar en apocalíptico: comenzó en la Cena, con la negación de la Eucaristía. Quiero decir, tal como, para la traición a Jesucristo, la noche de Getsemaní, entró en Judas de Cariot, de idéntico modo entró Satanás o el Adversario en el Fundador de Satanápolis o Judaslandia del mundo de última actualidad.

El Evangelio de la Actualidad —por ello, cumpliría así denominar el Apocalipsis— anticipó de manera cabal la definición de la Ciudad Moderna, en dos palabras: **IMPOSTURA Y REVOLUCION.** El Estatuto Constitucional, la Carta geográfica y política de la tierra habitada.

Es el **tema** de los capítulos que siguen.

Satanápolis
La Ciudad
Contemporánea

En la Cruz no hay más que dos direcciones secamente indicadas, la izquierda y la derecha, si o no, el bien o el mal, lo verdadero y lo falso. Esto les basta a los espíritus simples. Pero, al árbol que nosotros colonizamos nunca se acaba de darle la vuelta. Sus ramas, indefinidamente ramificadas, abren en todas direcciones las posibilidades más atrayentes: filosofía, filología, sociología, ¡... Y TU, TRISTE TEOLOGIA!, como canturrea ese sabio eclesiástico, el fraile apóstata Lutero, que con su cinturón en la mano, único resto que le queda de una solana colgada, estudia con la mirada el sitio que se propone ocupar incesantemente a mi derecha..... Gracias a ese vínculo casi ideal que me sostiene y me retiene, he adquirido autonomía e independencia por todos lados. A derecha, a izquierda, no hay más obstáculos, soy libre, todo me está abierto, he alcanzado íntegra esa posición altamente filosófica que es lo suspenso, estoy en equilibrio perfecto, soy accesible a todos los vientos.

PAUL CLAUDEL—Autodefensa de Judas y de Pilatos—Pág. 22 y 24.

Capítulo Primero

LOS ANTEPASADOS



ON más propiedad: el Antepasado. Porque en la genealogía espiritual de Lutero, si nos atenemos a la historia, no cabe hablar de antecedentes o precursores, fuera de un solo, de Aquel a quien vino a completar, en suma, a superar el Fundador de la ciudad Contemporánea como aplicación filosófica, social y política de distintos y múltiples sistemas. Lutero apareció como respuesta a sus propios problemas, para ser después la contestación del Gran Impostor a la apostasía y traición de tantos. Un fenómeno, más que una consecuencia de aquellos tiempos en que se inició la Reforma.

Sin duda, como acabo de apuntar, me refiero al Lutero de la historia y de los documentos, no al Lutero de la tesis de escuela o de literatura. El cual Lutero histórico es el único real y verdadero, con el realismo y la verdad de una tragedia y de un satanismo que aterrorizan, mucho más que aquellas pinturas recargadas de berme-llón y muy del gusto de ciertos polemistas, que no se han contentado con la sencilla, pero suficiente sentencia del Evangelio: MAS LE VALDRÍA NO HABER NACIDO. ...Este es Lutero: el Enorme Miserable, a quien,

aun por propia confesión, mejor le fuera no haber existido.

El superado por Lutero es el vecino de Cariot. Judas es el único antepasado del hijo del minero Hans Luther, de Eisleben, en Sajonia, Prusia. Los demás, señalados como tales, verbigracia, en el monumento erigido a la gloria del padre del Protestantismo, en Worms, el año de 1.868, coinciden, desde luego, en algunos puntos, mas distan de Lutero, aun por la fisonomía, no se diga, por el carácter racial de sus concepciones y doctrina, si es lícito expresarme de este modo, no refiriéndome a la nacionalidad de esos heresiarcas y heterodoxos, sino al tipo mismo de sus herejías. En el monumento de Worms constan como Prereformadores: Savonarola, Hus, Wiclef, Reuchlin y Pedro de Vaux.

Savonarola, el dominicano fogoso y excesivo de Florencia, ejecutado por su desdichada política y por su oposición a Alejandro VI, conforme han observado graciosamente los espectadores del monumento, con razón, está allí en actitud de violencia, como tratando de escaparse del grupo. Wiclef y Pedro de Vaux estuvieran en su puesto, si por ventura la intención del estatuario hubiérase limitado a ilustrar uno de los aspectos o consecuencias de la herejía luterana, y no las premisas de ella. Mucho menos es ése el sitio de Reuchlin, sabio iniciador de los estudios hebreos, católico fiel, condenado, es cierto por León X, a causa de su libro *Augenspiegel*, que suscitó violenta controversia por su interpretación del Talmud, y dió con ella ocasión a que la juventud humanista alemana y el luteranismo naciente se autorizaran con su nombre infortunado.

El mismo Juan Hus, esa figura soñadora y pensativa del monumento, reclama históricamente que le retiren de ahí. No hay por qué negar que Lutero le citaba como maestro. Pero, después de haber arrojado con indignación el libro del hereje checo, cuando cayó en manos del agustino, los primeros años de la vida religiosa de éste. Aún más, Lutero se comparaba con Juan Hus, aplicándose las palabras atribuidas sin fundamento al condenado por el Concilio de Constanza, el momento en que subía a la pira: «Hoy asan un ganso; aparecerá ya

el cisne al que nadie podrá echar mano».— Hus quiere decir en bohemio ganso.— La verdad es distinta: la herejía de Juan Hus revolucionaba la Iglesia y el Estado, en tanto que la de Lutero vino a revolver el Cristianismo simplemente tal. Si he de anticipar mi análisis, el luteranismo es la concepción de un nuevo Cristo, tan desmembrado, tan diferente del Fundador de nuestra Religión divina, que casi no es de admirar la invención satánica del Protestantismo liberal, última consecuencia del Protestantismo genuino de Lutero: el Cristo mítico.

Más bien hubiera podido constar en el grupo tantas veces mencionado, Guillermo de Occam, con perdón del Doctor invencible. Lutero aseguraba haber cursado en la escuela del franciscano inglés: se declaraba de la bandera —*factionis Occamicæ*— del cismático que con ardor tanto sostuvo el partido de Luis de Baviera en su campaña al Pontificado Romano. Occam es el creador del Nominalismo —filosofía en el nombre, como dice el apodo del sistema, puesto que los postulados fundamentales de la más elemental filosofía, la existencia de Dios, el libre albedrío, la espiritualidad del alma, para los nominalistas, son otras tantas verdades indemostrables, creíbles únicamente en fuerza de la fe. Con lo cual el occamismo se daba la mano con el luteranismo en dos de las principales cuestiones: si todo es asunto de palabras, el mérito de la buena obra desaparece y es sustituido con aquella imputación que dice Lutero, de los méritos de Jesucristo al pecador, pese a todos los crímenes que pueda cometer: la fe que prueba la existencia de Dios y más teoremas de la razón humana, en definitiva se confunde con la fe subjetiva del Reformador, con esa fe Sentimiento, y no fe Voluntad, Inteligencia y Gracia divina, cual es la fe ortodoxa. Aunque Lutero fue tan lejos, que el llamado por él maestro, se quedó a varias leguas de distancia, a la distancia que separa lo posible de lo actual. El agustino convirtió en el más crudo realismo el nominalismo del franciscano: Occam enseña tan sólo como posible la imputación exterior de que hablará Lutero: éste la establece como un hecho. ¿En virtud de qué argumento o causa? No le interesa de modo alguno; antes bien, Lutero rechaza por innecesaria la gracia san-

tificante.

No fatigaré al lector profano con estas disquisiciones filosófico—teológicas. El terreno de la presente vulgarización es el histórico. Históricamente hablando, Guillermo de Occam habrá contribuido con éste o con el otro elemento al sistema luterano; pero, el espíritu de éste, el plan, en suma, el propósito difiere tanto de la doctrina del franciscano inglés, que a título de ilustración cabe solamente descubrir una influencia meramente negativa del occamismo en la Reforma. Los heterodoxos citados, inclusive Occam, prepararon el campo, crearon la atmósfera, ese clima de la indisciplina contra la autoridad máxima de la razón, cual era la Escolástica en aquellos días, y contra la autoridad suprema de la fe, la Iglesia infalible. Y en semejante clima, es demasiado explicable que haya prosperado, y cuando el surco hallábase abonado de corrupción moral, la idea de Lutero, que principió por abolir la Razón, a la que el Seudopatriarca del racionalismo denominaba por antonomasia la Necia, y quiso ahogar la Iglesia en el charco de sus dieterios y de su saliva infecta de satanismo. En el Apóstata y Traidor hubo más que esa escasa media docena de herejes juntos: hubo toda la legión de heresiarcas del pasado y del futuro, como quiera que el propósito de Lutero fue sustituir el Redentor del Evangelio con una criatura de su pobre mente, para repetir lo que tengo dicho más arriba.

En el terreno histórico, sería más cierto el paralelo entre el Reformador y la pareja deicida de Arrio y Nestorio. Desde luego, habida cuenta de las consecuencias del luteranismo, no solamente de su fórmula primera, puesto que en ella hallaremos aun la confesión explícita de la divinidad de Jesucristo Señor Nuestro. Arrio y Nestorio no pretendieron otra cosa: el imposible de la deca-pitación del Hijo de Dios, truncándole en su personalidad consustancial al Padre, para dejar tan sólo el Hombre, semejante al Padre, mas de hecho figura convencional de Célebre y de Filósofo, tan parecida a los Seudocristos de Renán y más románticos del arrianismo contemporáneo, me equivoco, del luteranismo y sus conclusiones modernas. Por su parte, Lutero buscó la manera de rehabilitar ese par de charlatanes alejandrinos, germa-

nizándolos en la mística de la redención universal sin necesidad de Redentor, como quiera que, para el teólogo de la fe sin obras, huelga la encarnación de Jesueristo, pues cada cristiano, se subentiende, el predestinado, en fin de cuentas se basta a sí mismo, ora para el mérito, ora para el perdón de sus delitos. Me refiero al luteranismo en su quinta esencia.

A propósito, es asaz curioso subrayar aquello que podría llamarse el estilo de las herejías. Y aquí, la frase célebre: el estilo es el hombre: la herejía, no es tanto el error que lleva esta o la otra firma, cuanto el autor mismo de ella. Arrianismo y Nestorianismo fueron herejías de gramáticos, y si alguna diferencia habría que señalar, sería de la marca alejandrina con la siria. Libio de nacimiento, sacerdote de Alejandría, la metrópoli de la gramática y la retórica, Arrio subvertirá el universo con dos signos gramaticales, una letra y un acento, añadiendo la primera y cambiando de lugar el segundo. El Concilio de Nicea había definido a Jesueristo Hijo de Dios, CONSUSTANCIAL AL PADRE—en griego, *Omoúsios*: Arrio añadió la iota y dijo *Omoiusios*, SEMEJANTE AL PADRE, concluyendo así con el dogma católico de la divinidad del Señor revestido de carne mortal, pero de la misma sustancia de Dios Padre, hipostáticamente, en romance, personalmente, como estuvieron unidas en la sola persona del Verbo las dos naturalezas, la divina y la humana. El Símbolo de la fe apostólica proclamaba a Jesueristo ENGENDRADO POR EL PADRE: Arrio corregía por HECHO, por CREADO, y para ello hacía esdrújulo el término que lleva acentuación grave en griego: *Gueguenéménos* por *Guegueneménos*. Esa letra y este acento, como quiera que no importaban un simple litigio gramatical, más escondían y disimulaban el monstruoso empeño de barrer con el Cristianismo, removiendo sus cimientos, trastornaron el mundo de ese entonces, hasta contribuir en parte a la ruina de occidente con la invasión de los Bárbaros: el arrianismo había cundido entre ellos, como también en la corte y en la curia de los Césares, de modo que el huracán de las selvas vino a soplar en el polvo del palacio que se derruía, y fué el ciclón que aventó el imperio. Es conocida

la acotación aquella: *Ingenuit orbis et arianum se esse miratus est*: se propagó tanto el arrianismo, que de la noche a la mañana, cual si se dijera, se vio con dolor y espanto arrianizado.

Nestorio, oriundo de Siria, amplió la litis de la letra y del acento al vocabulario. Distinguió dos personas en Jesucristo, subrayando, se podría decir, el guión del doble apelativo: DIOS—HOMBRE, y no DIOS HECHO HOMBRE en la única persona divina del Salvador del mundo. La unión de las dos naturalezas de Jesucristo venía a ser puramente accidental. Y el matricida, el primero de los matricidas, puesto que mataba de este modo a la Madre más dulce de la humanidad entera, de cada uno de los hombres, desde que no siendo Madre de Dios, la Virgen Inmaculada tampoco era de los hombres regenerados, en romance, vueltos a crear en Jesucristo, concluía: María no es *Teotocos*, Madre de Dios, sino simplemente *Christotocos*, Madre del hombre Cristo. Quién sabe si esta controversia de léxico no era más fecunda de error que la gramatical de su gemelo Arrio, pues semejante alejandrino doblada su malignidad, negando la premisa y la conclusión del Dogma que es la esencia de nuestra fe: la divinidad de Jesucristo y la maternidad divina de la Madre incomparable del Señor y sus redimidos.

Lutero no se sublevará contra la Iglesia, con la gramática y el diccionario. Apelaré a la psicología, a la sensibilidad, a la fe subjetiva, a las voces de la sangre y de la raza, como observa Funck-Brentano, drámatico e interesantísimo biógrafo del Reformador, al analizar el Protestantismo como una reacción del atavismo germánico contra una religión impuesta a la fuerza. Por cierto, esta es la historia: tras la horrible matanza de Fersen, los caudillos sajones, comprendiendo imposible la revancha contra Carlomagno, doblaron la frente y recibieron solemnemente el bautismo en Attigny. En el fondo, la nación y el pueblo guardaron el odio y el rencor más concentrados para el Conquistador y su fe de él, hasta que Lutero, en pos de una solución de sus problemas individuales, habría hallado el modo de crear la Germania de la vindicta, con nuevo Evangelio y nuevo Redentor o Jesucristo germanizados en las conclusiones del Libro

Examen y de la Justificación, que habían de deducir los discípulos, más que el maestro de la Reforma.

Más bien, Iscariote Segundo —segundo: cronológicamente hablando— es la coronada empresa de la germanización del Satanismo, y también su universalización más cumplida. Satanismo en el sentido apocalíptico del vocablo: negación de Jesucristo Dios, o sea la suplantación de El con el Adversario o Satanás. Y en ello el vecino de Cariot resultó frustrado, si se compara con el vecino de Eisleben. Ambos a dos, el mismo espíritu. Discreparán tan sólo en el método, en la ocasión, en otros pormenores de la índole.

Judas se planteó el problema de Jesús, a la luterana: consultando en primer término su seguridad personal y arrojando la traición en fuerza de aquella teoría del misericordismo de un Dios que no haría caso alguno de la ofensa. Si el Maestro es el Mesías —se habrá dicho—, El sabrá como se liberta de sus enemigos, a cuyo poder le entrego yo. En cuanto a mí, estoy en la obligación de mirar antes por mí mismo: ¿hasta cuándo he de comprometerme con los poderosos del Sanedrín y de la Sinagoga, siguiendo el partido del odiado por ellos?: vale más pasarme a su bando, traicionar a una Víctima tan propicia a la piedad para el crimen, que su historia de un trienio no es sino de la compasión y de la misericordia para los más grandes delincuentes públicos. Casi literalmente, el raciocinio de Lutero: a lo Judas, concluyó en la traición, en la apostasía, en el deicidio, seguro de la justificación, del perdón de Dios burlado al pecador no arrepentido, pero santificado por la sugestión de una fe sin obras. Por supuesto, Judas, juzgando y obrando a la luterana, dio allí donde aparentemente no dió el Segundo, en el suicidio. Aparentemente, porque Lutero, conduciéndose como el Primero, recorrió el infierno de la desesperación, para sumirse en el letargo de su conciencia ahorcada, en esa actitud del fin de su vida, que bien podría parangonarse con el coma o prelude de la agonía de quien se ata la soga al cuello.

Más concretamente para el paralelo, Judas fué la traición hecha hombre, no por un acto de aquella noche de Getsemaní, ni siquiera desde el día en que cerró el con-

trato con el pontífice y los sacerdotes sino por la evolución de todo el tiempo que le acompañaba al Maestro. En el Evangelio se podría aun señalar las diversas fases de esta evolución. Como en Lutero, la doctrina no fué una tesis, mas fué toda una vida desenvuelta paulatinamente, de impostura en impostura, hasta culminar en la impostura suprema que es a modo de resumen de la Reforma: «No hay necesidad de la Iglesia, ni siquiera de Jesucristo: el Salvador, propiamente, es Lutero, que vino a dar con el secreto de la Salud universal». No fué ótro el criterio de Judas: el Maestro habla tantas veces del Reino; pero, el plazo de su inauguración no se cumple: ¿no será más prudente abandonarle y consultar el propio interés? Por ello, tomó la decisión suprema: puesto que Jesucristo no era el Salvador que se había figurado el Discípulo, los treinta sicles de plata, que le ofrecían por el Maestro, representaban una ganancia, más la garantía de su seguridad personal de él, de Judas de Carriot. Y pactó la venta por los treinta sicles, monedas que llevaban en el anverso un ramo de olivo, y en el reverso, un incensario, con la inscripción: LA SANTA JERUSALEN. Ese simbolismo numismático decía mucho para el vendedor y los compradores: la oliva de la paz como ironía al que se debatiría al día siguiente en las convulsiones de una angustia insospechada: el incensario, la cifra del Templo, como anuncio del pánico a los que iban a ver sacudido el santuario desde sus cimientos por el terremoto a la muerte del Crucificado por ellos: la santa Jerusalén, no cabe duda, el apelativo más apropiado para la Ciudad que los vociferadores frente al pretorio habían de convertir en la plaza estrecha para las aclamaciones estrepitosas al elegido por los «santos» de Israel, los Fariseos, al facineroso Barrabás.

Por último, Judas y Lutero se parecen en el postrer recurso de su apostasía, cual fué la cuerda que se anudaron ambos al cuello. Porque el Protestantismo, crisis de la inquietud que agitaba lo más hondo de la conciencia del Fundador, sacrificó algo al sentido de la perpendicular, para recordar la feliz expresión de Claudel, y es la viviente exclamación que parece escaparse de la boca del que inventó la doctrina que se mueve como péndu-

lo: CONTEMPLA A JUDAS EN LA HORCA.

Aunque a Lutero hay que contemplarle mejor en el suelo, a donde rodó y donde yace, eventrado, con los intestinos vaciados en las numerosas teorías del iscarismo de última actualidad.

Capítulo Segundo

EL DOCTOR TRAGEDIA



CL Lutero de la caricatura es mucho menos miserable que el de la biografía altamente imparcial y objetiva de analistas como el insuperable Jesuita Hartmann Grisar: *MARTIN LUTHER: Sa Vie et Son Oeuvre*. Miserable en la acepción latina: digno de compasión por su insondable desgracia. Una tragedia más trágica que cuantas tejió la fantasía desde los más remotos tiempos del teatro, aun entre quienes más descollaron en el arte, como Esquilo o como Sófocles. ¡Cuán pequeño miserable el Prometeo encadenado o el Edipo Rey, en comparación del Monje a palos o del Iluminado del episodio llamado de la Torre!

Es el Doctor graduado en Tragedia, y no en Teología, el 19 de octubre de 1512, en la iglesia del castillo de Wittenberg. Como quiera que su Teología de él fué la tragedia de su vida y destino. Con cierto dejo de engreimiento se llamaba Doctor y firmaba con el título sus escritos, mensajes y polémica. Y el mismo título adujo el Reformador como credencial de la misión de que se decía investido: Doctor en Teología, lo era para enseñar a las gentes el nuevo Evangelio de la salud, es de-

cir, de la fe en la fe sin obras. Uno a modo de San Pablo l ropiamente, más que el Apóstol de la Redención— en buenas cuentas, un segundo Jesucristo, que venía a reformar, no la Iglesia y la sociedad cristiana, sino el mismo Salvador en persona, puesto que con la doctrina de la justificación resultaba reformado Jesucristo Señor Nuestro, para medir todo el alcance de aquella tesis infinita de audacia y de blasfemia.

Aunque este Doctor estupendo, Protomédico de la salud universal, no pudo curarse así mismo, y quiso curar a los demás. Enfermo de exquisitos males, para expresarme como los enfermos de las tristes enfermedades, que en Lutero convergieron como en caso desahuciado y raro de hospital, inventó un remedio peor que la enfermedad. Desde la neurosis más caracterizada y virulenta hasta el mal de Francia, mal de otros doctores que han escrito en nuestros tiempos libros apestados de ese mismo morbo, como EL ANTICRISTO o LA LOCURA DE JESUS..... Con perdón de los lectores, porque en estas páginas del más modesto autor, pero, como el que más, respetuoso de los destinatarios de este pobre ensayo de exégesis de la actualidad, no cabe siquiera aludir a esas pullas de síllicomio.

El caso clínico y psiquiátrico del Fundador de la Ciudad Contemporánea ha sido diagnosticado, no por los testimonios de sus acusadores o enemigos, sino por las declaraciones del Enfermo, constantes en los prólogos de sus obras, en sus comentarios a la Sagrada Escritura, en sus cartas, en fin, en toda esa serie de documentos incontrovertibles, compulsados imparcialmente y de acuerdo con los documentos de la época y con la lectura establecida por los biógrafos y autores protestantes que se ocuparon con el asunto. Cederá en mengua de la gloria que vindica el Protestantismo como ideario de un pensador normal, colocado en la vía de una evolución conforme a las leyes de la psicología general; pero históricamente está demostrado que la Reforma principió en la patología de un neurópata, para propagarse luego como mensaje de la Religión Cristiana al mundo de los sanos, no solamente a los febricitantes en delirio como el agustino acosado de aquello que él mismo no puede describir y se limita

a denominar «noche del alma». Grosera la fórmula; pero, cierta: el Protestantismo es la tesis de un Enfermo, que no siquiera curó a él. ¡Reclamar que sanara Lutero, si su dolencia no era para tratada con esa pseudoterapéutica de la sugestión y del hipnotismo!

Su ingreso en los claustros de los Agustinos de Erfurt, donde hallábase de estudiante, se debió a un voto emitido en un accidente que le privó de la necesaria libertad. El 2 de julio de 1505, volvía de Mansfeld, de visitar a sus padres, cuando en el camino desatóse horrible tempestad. El rayo estalló muy cerca del joven, que fué derribado y quedó largo rato semimuerto. Al caer fulminado, presa del pánico, gritó: «¡Santa Ana, socórredme y me haré monje!» Quince días después, golpeaba las puertas del mencionado convento. El Monje a palos, años más tarde, juzgará por su caso todos los demás: el terrorismo puebla los monasterios de la muchedumbre de forzados que reniegan allí hasta de la existencia, como renegaba el novicio de Erfurt, arrepentido muy presto de una resolución que en la realidad del cenobio contrariaba profundamente su carácter. Por supuesto, a fe del informante, Lutero fué correctísimo religioso y superaba a sus más aventajados cohermanos en la mortificación y en las austeridades aun supererogatorias, de la regla.

La descarga eléctrica le produjo la neurosis. Neurosis traumática, como dirá el tecnicismo de la medicina moderna, y no psicosis circular, de que habla uno de los biógrafos protestantes, y atribuye la enfermedad del maestro al fervor y concentración del novicio, los primeros años de su monaquismo. Se agudizó con el transecurso de los años; pero, desde entonces comenzó la morbosidad que el mismo paciente confiesa en más de un pasaje de sus obras, de manera particular en el folleto titulado RESOLUCIONES O ESCLARECIMIENTOS, correspondiente a la controversia de las Indulgencias: «Torturas de breve plazo, tan intensas, tan infernales, que lengua alguna puede decir, ni pluma pintar, siendo necesario haberlas experimentado para tener alguna idea de ellas. Si duraran solamente la décima parte de una hora, los huesos se pulverizarían. En esos momentos Dios se presenta formidablemente encolerizado, y con El, la creación en-

tera. Adonde quiera que vuelve úno los ojos, no encuentra refugio ni consolación, ni adentro ni afuera. ¡Por doquiera, tan sólo acusaciones!... ¡Cuán diferente esta «noche» de la noche oscura de los Místicos, que rompe sus tinieblas de abismo en la claridad de la mañana y en la inefable paz de la conciencia!

Aun la hora más dulce para el religioso y el sacerdote, la hora de la serenidad y del sosiego, la hora de la Misa, era escalofriante de espanto para el agustino. En alguna parte de sus escritos, contradiciéndose como de costumbre, se excusará con que el Demonio le imputaba en esos instantes el peor de sus pecados, la celebración del Sacrificio, cuya santidad y esencia se empeñaba en negar de esta guisa. Pero su propia confesión dice todo lo contrario: se estremecía de pánico en el altar, por la presencia invisible del Dios tres veces augusto, escondido en el Sacramento, en las manos del obseso de la inquietante interrogación sobre su responsabilidad—interrogación que Lutero iba a contestar negando palmarmente cualquier responsabilidad con aquello de la imputación exterior de los méritos de Jesucristo al pecador contumaz.

Y ese estado de alma se repite periódicamente, hasta constituir la psicología de su señoría el Doctor. Acosado de angustias, estrechado dentro de un cerco pavoroso, su misma sombra le parece un índice de la persecución divina. Para Lutero, Dios no es la Justicia, sino la Cólera, de modo tal, que la esencia del Infinito, se diría que defínese y pruébase en atormentar a la criatura humana; ¡El Dios hecho Terror, al que el Teólogo de la Jústificación despojara de los truenos y relámpagos de la ira, para colocar frente a la creación y a la humanidad como uno de aquellos simulacros del fetichismo toseco, que en su faz borrada por el tiempo conservan las huellas de una severidad risible!

Volviendo a la patología del Reformador, no es para curada con recetas de Wolfgang Richard, que se leen en la carta de este facultativo al estudiante de medicina Magenbuch. El Señor Elías, el Profeta reservado para la última edad, se halla quizás atacado de «surmenage», y a ello se debe la falta de sueño: convendría aplicarle a

la cabeza una compresa de leche de mujer y de aceite de violetas. Y si el insomnio es ocasionado, cual parecen demostrar los demás síntomas indicados en la consulta, por el mal de Francia —*Malum Franciae: la sífilis*—, hay que combatirlo con emplastro de médula de ciervo y lombrices de tierra, cocida la mezcla con un poco de azafrán y vino sublimado. ¡Grotesco el remedio para el artesano de la nueva Iglesia reclamada por el orbe habitado; pero, la ciencia coetánea no había inventado otro contra esa peste ida de Francia y de Italia y propagada como epidemia, sin que fueran menester las relaciones sexuales, según enseña también la venereología en nuestra época!

No hay por qué ironizar. La enfermedad de Lutero no era tanto la sífilis del diagnóstico citado por el historiador protestante Teodoro Kolde. Más enfermedad era su doctrina, que le robaba la tranquilidad y el sueño, privándole del necesario descanso a sus fatigas intelectuales y morales, hasta las horas del amanecer, como quiera que la Nueva Teología adolecía de un mínimo defecto, pero capital, en concepto mismo del Doctor. La justificación gratuita aparecía tan escandalosa de gratuidad y subjetivismo, que el inventor andaba a caza de un pretexto siquiera para convencerse de ella y aquietar su espíritu atribulado por la dificultad del problema, suficiente para derribar el suntuoso y cómodo palacio de la seguridad personal, que con tanto empeño fabricaba. Si los méritos de Jesucristo justificaban al pecador sin necesidad de obra alguna de su parte, antes bien, mientras más los rechaza con sus delitos ¿cómo alcanzará la certidumbre de esta imputación? En otros términos ¿dónde encontrará el argumento de su convicción de estar en gracia de Dios? El Reformador se había preguntado, febrilmente ansioso, hasta fines de 1518, cuando en la Torre del Convento de Agustinos se le reveló el sentido—según él— del texto de San Pablo: **EL JUSTO VIVE DE LA FE....** ¿De qué fe? De la fe en la fe sin las obras, de aquella fe—confianza puramente subjetiva.... ¡Se sanó el neurópata, y con él, cuantos lo crean!

La Revelación de la Torre, o para repetir la expresión de los biógrafos alemanes, el Episodio de la Torre

o *Turmerlebnis*, es el Protestantismo luterano lo que al Catolicismo cualquiera de los dogmas del Evangelio, para que sea ocioso detenernos en él. Merece ser localizado escrupulosamente. La torre del convento quedaba en la esquina sudoeste, cerca del jardín. En el segundo piso estaban la sala de la estufa y los reservados. La sala o *hypocaustum* servía a Martín de gabinete de estudio. Pero, quizás, ese momento, el Iluminado no se encontraba en la sala, sino en el retrete, como quiera que en sus PALIQUES DE MESA habla de CLOACA como sitio donde le tomó el repentino fulgor y le ilustró con la estupenda revelación. Curioso el lugar, un tanto indigno para el argumento «princeps» de la Nueva Teología; pero, de él, de ese reservado de la Torre del Convento, arranca la exégesis de aquella cita de la Epístola de San Pablo a los Romanos....

La nueva Teología trasciende a respuesta íntima y personalísima de su Doctor. Sustituye el Dios terrorífico de las crisis nerviosas del Enfermo con un Dios fatalista, en suma, insensible al bien y al mal, más bien cómplice del mal como autor primero del pecado, y cómico, aun más que trágico, por su papel de bufón con máscara de Wotan o de cualquier ótro de los mitos de la Vieja Germania. Y es esta la tranquilidad que halló el obseso de la justicia de ultratumba: no sentirá el miedo a un Dios que es su propia criatura, y al que irá poco a poco tomando confianza —la fe en la fe sin las obras—, cual los niños asustados con el espantajo, cuando cayó finalmente en sus manos, y destripan el pobre muñeco de trapo, antes tan horroroso. Del Dios de Lutero ¿qué restó al fin de la vida del Reformador iluminado en el rincón higiénico del Convento? El Protestantismo es la duda morbosa de la salvación, para concluir en la certidumbre, o más bien, en el hinoptismo de cloroformo, como es la persuasión de la salud eterna sin el concurso del más pequeño mérito personal. Para tornar a la tesis que estoy demostrando históricamente por la biografía del Fundador, el Protestantismo es el Cristianismo enfermo de neurosis, que acaba en la mitomanía antigua del pueblo y de la raza de Lutero.

Huelga insistir. La patología de Lutero es la expli-

cación plausible de su doctrina. La corrupción del clero y las órdenes religiosas en aquella época, los diversos antecedentes de la Reforma, no sirvieron sino de causas ocasionales. La causa formal es la psicología del Reformador. Después afirmará que su propósito es corregir la Iglesia, componer la sociedad, retirarla del charco de la inmundicia que se revuelca, para traducir en romance menos craso el latín del padre de la Cultura moderna. Ahora, cuando inicia el movimiento de la apostasía y del más radical anticristianismo, su afán íntegro lo consagra a resolver la cuestión de cómo asegurar y garantizar su tranquilidad, pese al peligro de la responsabilidad. Porque es ésta la Cuestión para Lutero, se podría añadir, la única: la libertad humana frente a la Justicia de Dios. La resolvió al modo con que suelen los anormales resolver una dificultad: negando o aboliendo una parte del problema, la responsabilidad del hombre, o mejor dicho, ambas partes y el problema mismo, puesto que en el Sistema desaparece, no solamente el libre albedrío, sino en primer término la Justicia de Dios. Lo demás, el desconocimiento de la autoridad infalible de la Iglesia Romana y la interpretación de la Sagrada Escritura a gusto y sabor de cada uno de los lectores, fueron medios para llegar a este fin de los fines de Lutero, la creación del hombre según su mente mórbida y la creación también de un Redentor según esa misma mente. Había que echar por tierra el Pontificado excelso y pisar a su Representante con la saña con que lo hizo el furioso, para erigirse él como único árbitro de la doctrina en el mundo. Y hollado el Pontífice, quedaba por reemplazar el canon de la fe católica, la Biblia, pues en ella estaban las contradicciones más irrefutables a la Nueva Teología. Una Nueva Biblia para la Nueva Teología, necesitaba el Reformador, y la inventó con el Libre Examen.

No trato de argumentar en pro de mi tesis. Es la biografía imparcial de Lutero. Enfermo de miedo a la cólera de Dios, ante el terror de la predestinación, creó el hombre y el Seudoredentor que acabo de observar. El hombre, la más desdichada caricatura de hombre: el que nace a la vida por la voluntad fatal de un Creador, que le destina a su capricho, a la salvación o a la conde-

nación eterna: libre en apariencia, si está predestinado al infierno, es inútil que ejecute aún el heroísmo de todas las virtudes admirables: si está predestinado al cielo, los crímenes que acumulen no le cerrarán las puertas de la gloria. El Seudoredentor: un Dios mágico, que ha pagado todos los delitos que pueda cometer esa caricatura de hombre: el Wotan del mito, gran maestro de encantamientos y brujerías, que no es tanto rey, caudillo, divinidad, cuanto la fórmula que el fanático de la selva halló para comulgar con las fuerzas secretas de la naturaleza y confundirse panteísticamente con su ídolo, conforme lo notó Julio César, al referirse a la religión de los Germanos y describirnos su panteón. Jesucristo en el luteranismo es a modo de esa fórmula, la Palabra que en los labios del Libre Examen servirá para invocar la salud, como es costumbre en los ritos de la magia primitiva. Entre la Magia y la Religión se ha señalado esta diferencia: la Magia es la fórmula—que—cambia: la Religión es la regla—que—fija. ¿El Protestantismo no es la trayectoria interminable de una evolución que principió por reclamar su origen de Jesucristo, y hoy salva la meta del más crudo paganismo en las últimas teorías de la Nueva Alemania, tan antigua como Lutero, más antigua que él, y sí más nueva por la franqueza de sus conclusiones antieristianas?

Sin duda, quedará por discutir la sinceridad de Lutero acerca del Nuevo Evangelio de la salud universal. Aunque la objeción es más para el psicólogo que para el historiador. ¿Estuvo lealmente convencido el Reformador, de la misión de que se decía encargado por la Providencia —es el apelativo que cumple— para explicar a las gentes el error en que habían vivido, merced al engaño de la Iglesia Romana, al margen de la fe en la fe sin las obras? El historiador descubrirá fácilmente el proceso de tamaña mixtificación, habida cuenta del temperamento morbozo de Lutero, hasta el día en que el «Convencido» saltó la postrer valla, y fué el día en que se le notificó con la excomunión de la Iglesia Romana. Hasta esa fecha se puede hablar históricamente de la sinceridad de Lutero. Después, sobre todo el psicólogo, me permito repetir, tropieza con el Gran Enigma del Gran Miserable,

que aquí y allí en diversos períodos de su vida, se debate todavía en los estertores de una desesperación infernal, para añadir en seguida aquel como estribillo: «Estoy bajo la acción de Dios y su dirección». ...

Lutero solía compararse con un caballo desbocado. ¡Caballo desbocado en la pista de la heterodoxia más trascendental! Desde luego, la comparación servía para demostrar, en concepto de él, que obra alguna buena se hace por sabiduría, sino que las empresas del bien, como apodaba la Reforma, ocurren por impulso de vértigo o en el adormecimiento de su principal actor. ¡Con cuánta verdad trágica el Doctor Tragedia definía su aventura, que es Vértigo y es Hinopsis! Pero, las demás empresas o Reformas no se realizaron así, sino por métodos de prudencia, con el dinamismo de los varones ilustres que se llaman Francisco de Asís o Gregorio VII y cien jefes más de movimientos religiosos y sociales que partieron de la concepción ortodoxa del Evangelio, para remover la comunidad humana en esas grandes revoluciones de siembra, no de catástrofe como el Protestantismo, en el campo de la historia. Cabalmente, aterra en Lutero ese vértigo o impulso ciego, que él apodará sinceridad, como en acápite de la carta a su íntimo amigo Staupitz, los primeros días de su apostasía, y donde descarga la responsabilidad de la Reforma sobre.... Jesucristo en persona, al decir: «Jesucristo verá si mis palabras son de El o más: sin su acción y voluntad el mismo Papa no puede pronunciar un término»....

No hay porqué invadir el secreto de un alma, menos cuando ella está reservada exclusivamente al juicio de Dios, como el alma de Lutero, impenetrable a la vista humana. No hacen labor de Apologética, los católicos que nos pintan el Lutero poseído del demonio, presa de satanismo en carne viva, para espantar al vulgo. Ni siquiera aquellos otros que describen la muerte del Reformador en los brazos mismos de Lucifer, eructando los humores de una infernal orgía que habría celebrado la víspera. La muerte del Gran Miserable fué mucho más miserable: en la indiferencia para una lágrima siquiera de arrepentimiento, en medio de una serenidad que escalofría y que a un religioso e historiador profundamente cu-

tólico como el Padre Grisar, se dijera, arranca una breve plegaria de conmiseración por esa alma que del juicio de los hombres cayó para siempre en el fallo del Dios vivo!....

El satanismo en carne viva del Reformador fué su engaño, su tristísimo engaño. Por ello, es el Fundador de la Ciudad Contemporánea, que es la Tragedia de la Impostura. En el Evangelio, más aún en apocalíptico, Satanás o el Adversario es sinónimo de Embaucador: su obra y su oficio, la impostura. El Doctor en Teología fué engaño e impostura, principalmente para sí mismo. ¿Cómo el obsesionado de un Dios terrorífico llegó a convencerse de esa burla de un Dios justificador del criminal que más provoca su cólera? Misterio; pero, el Apocalipsis lo previó: el Presidiario saldría de la cárcel del abismo a engañar al mundo. En la persona de Lutero, la Impostura hecha hombre, el Adversario conquistó las gentes que hay en los cuatro ángulos de la tierra.

El Doctor Tragedia es la tragedia del Protestantismo, la epidemia universal de la negación del Evangelio en sus dos verdades primarias, la divinidad de Jesucristo y la redención de los hombres. Una peste como la otra, nuevamente con perdón de los lectores. Porque así como se ha dicho que civilización es sinónima de siivilización, la Civilización de la actualidad es el mal del Fundador alemán.

Capítulo Tercero

FRAY REVOLUCION



OTRO de los nombres históricos de Lutero. Porque el Fundador de Satanápolis no es solamente la Nueva Teología de la Religión Reformada, sino que ideó y promulgó los estatutos de la Revolución simplemente tal, o si se quiere, de la Revolución llamada Francesa, ejemplo y norma de las revoluciones que han agitado y agitan el mundo de la actualidad. Antecesor que no reconocen los del Ochenta y Nueve, sin duda, por la sotana que cuelga de los hombros de Fray Martín; pero, ilustre como Robespierre o cualquiera de los cabecillas del Terror. Y ¿acaso la Revolución Francesa no llevó a la vanguardia la sotana de los apóstatas, para que se escandalice de ésta su primer bandera, la sotana del agustino?

Lutero buscó un tiempo la etimología de su nombre en el griego: *Eleutheros*, que quiere decir LIBRE, o *Eleutherios*, LIBERTADOR—, como respuesta a los enemigos que jugaban con su apellido de él, convirtiendo *Luther*, *Luder* o *Lueder*, como firmaba indistintamente el Reformador, al principio de su entrada en escena, en *Lotter*, que en el vocablo compuesto *Lotterbube* significa OCIOSO o LIBERTINO Sin necesidad del griego, pudo

contentarse con la sinonimia de Lutero con *Lothar* o *Luthar*: EL PURO, EL SINCERO. ¡El apellido del Doctor como constante reclamo a la sinceridad y pureza de su doctrina!

Pero, su Eminencia el Doctor reclamaba más su título de Libertador de oprimidos, de excarcelador de infelices y redentor de cautivos. De oír a él, su Evangelio no tiene otro sentido, y la conmoción que ha suscitado en la Iglesia, en el Estado, en la sociedad, se explica por ello mismo, porque los tiranos tiemblan y las bastillas del despotismo se estremecen en sus cimientos ante la Libertad y la Justicia hechas hombre en él. ¿Anacrónica, tal vez, la terminología aquí empleada? Sin embargo, en la controversia de Lutero, en sus páginas religioso—políticas, en sus mensajes a los Príncipes, como a los campesinos de la revolución conocida con el nombre de la Guerra de los Campesinos, con sólo traducir al romance, se lee este vocabulario de libertad, odio a la tiranía, pueblo.... Como quiera que el Evangelio de la salud universal es la trilogía, tan antigua como moderna, de la Salud del Pueblo, Suprema Ley de la Revolución, que es Libertad, es Odio a la tiranía y es Pueblo.

La coincidencia del léxico luterano con el de la Revolución no sería de subrayar, si acaso en uno y en otro las palabras no tuvieran la misma acepción y empleo. Asístense los ingenuos, asaz fáciles para esta clase de impresiones; pero, el idioma es esencialmente convencional, y no hay motivo de sorpresa, mucho menos de queja, si un nuevo convencionalismo viene a cambiar el sentido de los vocablos. Sobre todo, la palabra Libertad no debe, no puede ser entendida sino como el hecho y el fenómeno de la Libertad en la tierra: en las épocas más libertarias, el liberticidio integral, la decapitación de las libertades, con excepción de una sola, de la libertad de morir, o sea la libertad del suicidio.

Al suicidio conduce la libertad de su Excelencia el Libertador Don Martín Lutero. Sin sombra de ironía. Por la propia declaración expresa y enfática del absolvente. De 1.520 a 1.525, iba paulatinamente arrojando como un vestido reducido a harapos el Cristianismo positivo de

sus primeras enseñanzas y predicaba un Cristianismo libre, sin dogmas obligatorios, sin ley alguna impuesta a la fe del creyente. La libertad más amplia y radical, como que este último canon, la fe individual, cedía la primacía al albedrío, por cierto, otro apodo de la fe subjetiva o fe—confianza. Hay que reconocer. Lutero es un eminente dialéctico. Y lo digo sin eufemismo. Porque en la lógica de su sistema tenía que concluir donde concluye textualmente: «Ni al papa, ni al obispo, ni a hombre alguno le asiste el derecho de imponer al cristiano una sola sílaba fuera de su consentimiento»..... Aplausos al Libertador de la conciencia humana, que de esta manera se adelantó al Siglo de las luces, más que a la Enciclopedia y al liberalismo russoniano y de cualquier otro epíteto, y fundó la libertad de pensamiento, suma y compendio de las conquistas de los Principios Inmortales!

Aunque sería de reservar el entusiasmo para otras declaraciones del Libertador. Tan libre es el Cristianismo que promulga, tanto ama la libertad de conciencia, su liberalismo es tan respetuoso de las garantías ajenas, que su mismo Cristianismo libre no es religión obligatoria. Quien quiera puede imaginar otra Reforma, otro Evangelio de la salud. El campesino más burdo podría alcanzar la verdadera inteligencia de la fe: ¿por qué no seguir a ese Doctor humilde?... La sirvienta del molinero, un niño de nueve años, adivinarán, quizás el nuevo sentido de la Escritura Sagrada: ¿por qué admirarnos de ello, si todos somos sacerdotes e intérpretes del Libro de los Libros?—Copio literalmente las proclamas del Gran Emancipador. No cabe duda, el Lutero de estos textos es la primavera rica de promesas, como dirá Adolfo Harnack; eximio heterodoxo de la ESENCIA DEL CRISTIANISMO, para añadir, con no poca desilusión: «Solamente que esa primavera no fué seguida de un estío completo, ni dió los frutos prometidos»....

En esos mismos pasajes se contradecía como un menor de edad. El cristiano no era libre, pues su fe en la fe sin las obras, en el Cristianismo anárquico, sin dogmas ni autoridad, provenía de su absoluta irresponsabilidad, como criatura puesta en el mundo para ejecutar fa-

talmente, a guisa de autómatas o con la precisión de una máquina, el destino que el Creador le había impuesto, sin consideración alguna de sus facultades racionales, dice. La Libertad que proclama el Libertador, es él: el Lutero Papa, de la observación del filósofo e historiador protestante Paulsen: el Pontífice Sumo, que no cede de la infalibilidad de su Evangelio, sino en teoría, para imponerla en la práctica con los métodos inquisitoriales más clásicos, pues Lutero, y no quien quiera de sus comentadores, llegó a exigir en documento firmado por él, de las autoridades civiles, que los herejes, los contradictores de su Doctrina, fueran quemados como cerdos o apaleados como perros furiosos. ¡Propias expresiones del Dulce, que aseguraba no prestarse al desempeño personal de esa comisión, por asco a los candidatos de tan misericordiosa eliminación!

La Libertad de su Excelencia el Libertador es la Libertad Esclava, para repetir a Erasmo en su celeberrima réplica a Lutero: *Delíbero arbitrio Diatribe*. El excelsa humanista holandés pasó algún tiempo por partidario del Reformador, hasta que éste publicó esa serie de panfletos en los cuales la libertad simplemente tal, antes que la libertad de la Teología, fué arrastrada de los cabellos, como el cuerpo de una virgen atada a la cola de un potro, y cosida a puñaladas, allí donde la bestia suspendía la carrera. En nombre del humanismo, Erasmo de Rotterdam no se resignó a contemplar, impasible, el espectáculo que trazaba Lutero en sus escritos: el hombre como montura de Dios o del Diablo, prácticamente, más del último, porque el Dios de Lutero se retiraba para dejar que el Demonio ocupara la silla sobre los lomos del pecador desbocado por la pista de la fe en la fe sin obras. Se resolvió al fin a acceder a las reiteradas insinuaciones de Roma, del Rey de Inglaterra, del Emperador de Alemania. Al saberlo, los primeros días del año 1524, Lutero escribió a su amigo Erasmo, suplicándole, en buenos términos, que no editara la pieza anunciada; y si acaso publicaba, tuviera muy en cuenta la respuesta, pues bien contestaría él, Lutero «a quien por desgracia no posee la gracia de lo alto para comprender las enseñanzas del Evangelio».....Horrible la amenaza, mas

no intimó al elegante controversista y atildado escritor, que sin necesidad de una argumentación estrictamente escolástica torció el cuello al Cisne de las contradicciones.— «Según Lutero —dice Erasmo— no solamente lo bueno, sino también todo lo malo debe atribuirse a Dios; lo cual contradice a la naturaleza de Dios y es incompatible con su santidad. Según Lutero, Dios castiga a los pecadores que, sin embargo, según él mismo, no pueden ser responsables de sus pecados. Según Lutero, las leyes y las sanciones de la leyes son superfluas aquí abajo, puesto que, sin libertad, nadie es responsable».

La respuesta de Lutero comenzó por confesar su derrota, desde el título, que no es una burla de la proposición de Erasmo, mas refuerza la tesis del humanista: *De servo arbitrio*. En frase rotunda del Libertador, la Libertad es esclava. La Señora del Doctor, Doña Catalina, le había obligado a la contestación, pues él prefería responder con el silencio al contradictor, al que había, sin embargo, pretendido asustar con el espantajo de una réplica contundente. Catalina, poco diestra en achaques de teología, pero celosa de la fama del marido, de cuyas filas desertaban los antiguos admiradores ante ese golpe de catapulta del holandés en los muros del sistema, mal podía consentir que el Reformador se condujera como un vencido, hasta doblar la frente, como en asentimiento. De modo que, para timbre de orgullo del Protestantismo, hay que contar este otro motivo: la Suma Teológica de Lutero, su Carta Magna, el Mensaje del Nuevo Evangelio de la Salud, débese a la mujer del Doctor Martín, como quiera que el Tratado de la Libertad Esclava fué escrito por mandato de ella, y es la obra capital de Lutero, por testimonio de él y de los historiadores de la Reforma.

Aunque mínima gloria, la inspiración de Doña Catalina, si se atiende al contenido del opúsculo. Julio Kostlin y Kattenbusch, jueces abonados en su calidad de partidarios, buscarán la forma de explicar el énfasis con que el Reformador presenta allí el más agrio determinismo, ese como furor con que rechaza la responsabilidad del hombre en sus acciones. La religión de Lutero, con semejantes máximas, entre otras, la del hombre—montura

de Dios o de Satanás ¿no debería ser juzgada más bien desde el aspecto patológico? Es la expresión textual del primero de los citados. El segundo, por su parte, descubre en el Libertador una disposición nada normal. Más explícito es el mismo Lutero: dice que su negación de la libertad conduce lógicamente a la predestinación de los condenados al infierno, razón por la cual él, Lutero, «ha deseado más de una vez no haber nacido». ¡El deseo del primer Iscariote, el momento de ahorzarse! ¡Como que, en el mencionado Tratado, el Doctor Miserable se ahorca, según puede notarse por las mismas acrobacias que hace en la cuerda de su doctrina, hasta consolarse con la negación de la libertad, que antes le aterraba, y ahora le tranquiliza, como debieron concluir los espasmos de Judas en la cuerda del suicidio, el instante en que, hinchado de asfixia, guardó la perpendicular, para rodar de la rama al suelo!

Suponrá el lector amable que he abandonado el terreno de la disquisición propuesta. No obstante, el Libertador de la libertad de conciencia puede ser juzgado también por la libertad política y social. La conducta de Lutero en la Guerra de los Campesinos vale por un tratado de la materia. Fray Revolución se había anticipado a ella con sus teorías del Nuevo Evangelio de la Liberación. Sin duda, esa conmoción popular, de carácter comunista, no fué obra del Reformador, para mantenernos dentro de los datos objetivos de la historia. Pero en la prédica del Doctor tomó auge, y con el ejemplo de la disciplina y de la apostasía, no solamente de Lutero, sino también del sinnúmero de reformados, estalló en la forma violenta que refieren los contemporáneos, saqueando conventos, incendiando iglesias, barriendo con poblaciones pacíficas, acometidas de sobresalto por la irrupción de hordas sin jefe, mixtificadas por charlatanes y demagogos. Cuando vio cómo la Revuelta se engrasaba con su simpatía y en suma aplicaba a la práctica el Nuevo Evangelio, Fray Revolución hizo lo que hacen los revolucionarios más vulgares a la proximidad del fracaso: desconocer su obra y apelar al terrorismo para aplastar la turba que desataron de la ley y de la autoridad.

Hacia agosto de 1524 prendióse la chispa del incen-

dio, que abrazó toda la Alemania del sur y la del centro. Lutero publicó entonces la EXHORTACION A LA PAZ, que quiso fuera la palabra de la reconciliación entre campesinos y príncipes, y fué invitación al motín y la demagogia, con aquel reconocimiento de los vejámenes que sufrían los trabajadores, y con las amenazas suficientemente explícitas contra la tiranía de los príncipes, «sobre cuyas cabezas estaba suspendida la espada de la Vindicta». El movimiento no era para analizado de este modo, mucho menos la ocasión se prestaba a la literatura del Reformador: movimiento justo y legítimo hasta cierto punto, por la reacción contra los abusos de un feudalismo que hacía caso omiso del código germano y de los preceptos evangélicos, para resucitar el Derecho Pagano de la explotación del siervo de la gleba y de la anulación de la persona humana; pero, movimiento inconjurable en esa guisa, exacerbando las pasiones de la masa, a la que se trataba de apaciguar, azuzándola contra los príncipes, a quienes, por otra parte, Lutero llamaba a la serenidad, despojándoles de su carácter de autoridades legales. El 15 de Mayo de 1525, los señores postraron a los sublevados en la carnicería de Frankenhauseu, y ejecutaron a trescientos prisioneros, entre ellos, al fogoso cabecilla Tomás Münzer, émulo de Lutero. Este, una semana antes, el 6 de mayo, se había asegurado, colocándose al lado de los vencedores, con aquel panfleto contra dictorio del anterior: CONTRA LAS HORDAS HOMICIDAS Y SALTEADORAS DE LOS CAMPESINOS.... Fray Revolución se declara contra la Revelación. No halla vocabulario apropiado para calificar a sus amigos del año precedente: perros rabiosos, cerdos sueltos del corral, y más epítetos de estilo del maestro de la Cultura, que vino a expulsar el beocismo de la civilización católica. Termina con su orden del día hasta que se extermine el último de esa fauna de rebeldes: «¡Quien quiera pueda, debe estrangularles sin conmiseración!» Es el texto literal del mandato del Gran Libertador de explotados y oprimidos.

Lutero hubiera debido ser menos explícito. Así le observaba su amigo Rühel: «Aun de entre los nuestros, hay quienes están escandalizados de que usted autorice sean estrangulados de este modo los campesinos, sin miseri-

cordia». El nuevo Consejero de los Príncipes contestó con el requisitorio: **SOBRE EL SEVERO LIBELO CONTRA LOS CAMPESINOS.** ...Que entiendan bien sus enemigos, los muy ingenuos que han pretendido enseñar al Doctor cómo debía escribir: el Diablo había tomado carne en Münzer y en su horda asesina, y pues «tal espíritu guiaba a los campesinos, era tiempo de estrangularles como perros rabiosos», conforme él, el Doctor Lutero, lo advirtiera. Añadirá luego: «Yo, Martín Lutero, en la insurrección de los campesinos, maté, como que ordené matar; su sangre recae en mí; pero, la hago yo recaer sobre Dios Nuestro Señor que me ordenó hablara como lo hice». ¡Siempre el obseso imputará a Dios sus delitos! Manera inútil de vindicarse ante sus víctimas, los infortunados trabajadores, que bien comprendieron la complicidad del Libertador ponderado por él mismo, y se retiraron de su causa, dejándole de rodillas ante los grandes y señores, en esa actitud que mereció a Lutero la investidura de Lacayo de los príncipes, según le llamó más de un contemporáneo.

Fray Martín poco oirrece de original. La Revolución, suele conducirse como él. Cuando no concluye en el más radical despotismo, en persona de sus principales conductores, dóblase hasta el polvo y besa las plantas de los tiranos ayer odiados por ella. Pero, no hay lugar a escándalo: Lutero defendió la libertad de conciencia, propia y ajena, volviéndola sinónima de anarquía, mas solamente hasta el momento de precisar, para que nadie se llamara a engaño, de qué libertad hablaba, y era únicamente de la Libertad hecha carne en él: de modo parecido, odia la autoridad y declama contra la tiranía, mientras no es él el Tirano, que ahora quiere serlo efectivamente, para acabar con los campesinos, esta «piara inmunda», «asnos», «imbéciles, dignos de que el rayo del cielo les parta, por su estupidez, porque no reconocen siquiera los beneficios que reciben de la tierra que les sustenta» ¡Como que el Gran Libertador de proletarios estudió muy poca diplomacia para hablar el lenguaje de sus continuadores en la actualidad contemporánea, que sienten del pueblo lo mismo que Lutero, pero tienen buen cuidado de decirlo!

El Pueblo, para Fray Revolución, era el Señor Omnes, señor muy nombrado, útil en ocasiones, mas en definitiva bueno para recomendar al «maestro Hans», como Lutero apodaba la horsa. ¡Ah! si el Señor Omnes tuviera un solo pescuezo, podría cumplir el consejo del Doctor Suave, de ahorcar a los revoltosos, de colgarlos del patíbulo, de quemarlos, de cortarles la cabeza, de despellosarlos en cuerpo vivo, en fin, de inspirarles de cualquier modo terror y acosarles como bestias salvajes, según otro de los mensajes de su Amabilidad contra los desdichados campesinos! Esta preocupación por la multiplicidad de las cabezas de la turba se delata en la definición que Lutero dió del Pueblo: «Animal de infinitas cabezas». De donde el paralelo que trazó un historiador protestante entre Maquiavelo y Lutero, que ambos a dos señalaron el paradigma del Príncipe en el político sin entrañas, sobre todo, sin la moral ni cualquier consideración de orden ético, mas buscador de su propia conveniencia como encarnación del Estado, y con los oídos cerrados al clamor de la muchedumbre, pedestal, y no trono de la monarquía, tanto más seguro, cuanto más sumido esté el pueblo en la servidumbre. La esclavitud, la reclamará el Libertador, en nombre de Jesucristo: «El Señor no vino a abolir la servidumbre»— les advierte a los campesinos. Y comentando el Libro de Moisés, llega a proferir sentencia como la siguiente: «Si el mundo debe durar más tiempo, fuerza es restablecer la servidumbre».... Los Libertadores de la actualidad han cumplido el consejo de su Excelencia: la esclavitud está restablecida en el mundo, a nombre de la Democracia o sin ella, como no se imaginó este ingenioso pormenor el Gran Adversario del Señor Omnes o Todos.

Observaba que Fray Revolución no es reconocido en su mérito de precursor de Marat, de Robespierre, de los jefes de la Revolución Rusa Judas tiene monumento en la plaza de Moscú. ¿Y Lutero? ¿Por ventura es suficiente a la gloria del Reformador el monumento de Worms o cualquier ótro de aquellos que se alzan como gratitud de la heterodoxia a quien puso en sus labios la Palabra que las demás herejías balbucearon apenas? El Segundo se merece como el Primero, un fcono en la calle Pública, más

en los parlamentos y recintos teatrales de una de las mejores conquistas de la Revolución, las curules del Sufragio Libre. Equivocación demasiado convencional, para que nos demos cuenta de ella: el voto democrático, no es tanto invención griega o romana, sino del Reformador alemán, que primeramente ensayó a sus adeptos en la elección de los curas y rectores de iglesia, enseñando que el último de los fieles era tan sacerdote como el párroco, tan obispo como el obispo, tan papa como el Pontífice de Roma, hasta que en lo civil aprendieran la lección de la igualdad del postrer súbdito con el emperador o jefe de estado. Por supuesto, callaba la segunda parte de la lección, como calló en tratando de la Libertad y del Odio a la tiranía, o sea, que el derecho de ese múltiple soberano, del Animal de las infinitas cabezas, concluía allí donde comenzaba el derecho del único Pontífice y Emperador único, de su Soberanía Martín Lutero. El Reformador ¿habrá soñado con la diadema o con la tiara? Históricamente, no hay un solo documento para probarlo: psicológicamente, sobran las entrelíneas de los textos de Lutero, cuya doctrina termina en rigor de lógica en su pontificado de él y en el imperio universal e incontestado del Hombre de la Autoridad, como denominan algunos exégetas del Protestantismo al Déspota, me equivoco, al Libertador de la conciencia y de otras servidumbres esclavizadas un poco más por él.

Se podría redactar todo un libro sobre Lutero y el voto libre. Pero, aquí no urge sino subrayar una de las conciencias —eufemismo por simetría— del sistema luterano con el más grande postulado de la Ciudad Contemporánea, cual es el sufragio. Más que correspondencia en el fondo, identidad de construcción de uno y otro edificio, del Protestantismo y la Civilización de la actualidad. Un argumento más de la unidad del binomio, si acaso pudo expresarme así. No Voltaire, mas Lutero habló el primero de «la bondad de la mentira» Como única condición para semejante bondad, exigió que sea «sólida». Parece sumamente extraña la máxima; sin embargo, como quiera que constituye el cimiento de la Nueva Teología, el Reformador defiende la Mentira Util y Necesaria, con el ardor con que acostumbra, apelando al

Evangelio y a la Escritura Santa, escupiendo dieterios a cuantos le pudieran contradecir. Y con igual apasionamiento practicó la mentira, mutilando los textos de su exégesis bíblica, calumniando a sus adversarios, para resumir, imponiendo la impostura como canon del Nuevo Evangelio. De la Libertad, del Pueblo, de la Doctrina misma de la fe en la fe sin obras, se diría que Lutero exclama: «¡Todo ello es mentira, mas mentira útil y necesaria!».....Como grita la voz de los hechos de la otra impostura del Voto, mentira útil e indispensable para la Revolución de la farsa de la soberanía popular y demás farsas.

Cuando el historiador llega a este punto de la vida y obra del Reformador, no siente compasión al Doctor de la miseria, sino asco al Doctor de la mentira sólida como suprema filosofía humana, dizque para gente honrada, recurso de salvación y dignificación en pugna con el Catolicismo, que es la Religión de la Verdad, humilde y sencillo secreto de la felicidad en la tierra y más allá, pues la criatura racional, lo afirma lo más íntimo de ella, no nació para el engaño. Y quien quiera se sienta racional, suscribirá el axioma de Nietzsche: DIFÍCILMENTE SE DARA ALGO MAS SUCIO QUE EL PROTESTANTISMO ALEMAN.....

Magister dixit..... ¡Quién más calificado que el Doctor en Filología y otras sabidurías del Superhombre, para definir al Doctor Tragedia o Infrahombre de Wittenberg!



Capítulo Cuarto

LA HISTORIA DEL TINTERO Y OTRAS MANCHAS



OR vía de ilustración del satanismo del Fundador de la ciudad del Adversario, recordaré una manía más de Lutero, su demoniomanía u obsesión del Diablo. Con lo cual quedará definitivamente trazado el retrato. Más propiamente, autoretrato, puesto que no hay necesidad alguna de recurrir a pincel ajeno, como aquel del sabio dominico Juan Dietenberger, que pintaba al Reformador como «mensajero a sueldo del diablo», y terminaba: «En Lutero todo es endiablado; cuanto escribe este hombre diabólico, mal puede ser sino del diablo, porque, indudablemente, el diablo está en todos sus escritos». El mismo Lutero se describe mejor. Cual si llevara un demonio montado en las narices, donde quiera le ve, donde quiera le encuentra, no siempre respetuoso de su señoría el Doctor, como en el incidente del tintero y en el ótro grotescamente cómico.

Se ha observado con verdad. No el Catolicismo, mas la superstición ha poblado el universo de aquella bandada de espíritus ultraterrenos, vestiglos y endriagos de la brujería, quirópteros de aquelarre y más fantasías de un vulgo enfermizo de sobrenaturalismo falsificado. También

en este punto, el Teólogo se separará de la fe tradicional y sus enseñanzas, para abrazar los dictados de un subjetivismo atávico por lo que a la demoniología se refiere. Lutero fué hijo del minero Hans Luther: así como su temperamento morboso se explica en parte por la herencia materna de una mujer a tal extremo violenta, que su mismo hijo nos cuenta cómo fué por ella castigado hasta la sangre, tan sólo por una falta de las ordinarias en la conducta de un niño, por el robo de una nuez; de igual manera, la manía del Diablo pudo tener su origen en la psicología del padre, como que los trabajadores del subsuelo han sido y son más proclives al visionarismo y a la sugestión de los espíritus infernales. No pocas «historias» de la índole se deben a gente de minería. Sobre todo, en el hogar recibió el chico una educación endiablada, digo, atacada de la manía. Como él mismo nos trasmite con aquel cuento, entre otros, del par de casados, de la hechicera y del Diablo: «Cuando era niño —es Lutero el que habla— me refirieron de qué modo una vieja maquinó la pérdida de dos esposos, que habían vivido hasta entonces en paz, y contra los que en vano el demonio había empleado sus ardides. La bruja logró colocar sendos cuchillos bajo las almohadas del matrimonio, y les convenció así que el marido trataba de victimar a su mujer, y ésta a aquél. El marido acabó por cortar el pescuezo a su esposa. Y el diablo se le apareció a la bruja, presentándole de lejos, en el extremo de una percha, un par de zapatos. —¿Por qué no te acercas?— preguntó al diablo la señora.— Porque eres más pícara que yo, le contestó el maligno, pues alcanzaste éxito donde yo fracasé».....Tragicomico el cuento. Pero, el Teólogo Martín sabe mejores, y ocurridos con su Excelencia. Los relatará con seriedad suma, tanto que la seriedad viene a ser lo más miedoso de estas medrosas historias.

El Diablo le perseguía como a Nuevo Redentor de la humanidad engañada por el Papismo. El Malo porfiaba por matar la Palabra de la Salud en persona de quien venía a hacer el mayor bien, el rescate de los ilusos para la fe en la fe sin obras. En su celda de Wartburgo, en esa soledad adonde se retirara el apóstata, en la primera época de su rompimiento con Roma, y donde

se dejó crecer los cabellos y la barba como émulo del Precursor de Jesucristo Señor Nuestro, Satanás le acomete en la figura de «perro inglés negro», y el momento en que va a acostarse el anacoreta, se interpone el bravo entre el lecho y él, y no cede sino al conjuro de un versículo de los Salmos. Y la pelea no termina aquí. Martín luchará por coger el perro de las patas y arrojarle por la ventana, como lo hizo, con relativa facilidad. Al día siguiente, indagaciones en el castillo, para descubrir si existe un perro de ese color y raza. Ni un solo indicio: no cabe duda, ha sido el Diablo, y su defensor encontrado el argumento que necesitaba para probarlo en la Crónica de esta clase de acaccidos, en los PALIQUES DE MESA.

Lutero es historiador crítico, como dirán sus compatriotas: examina el hecho, hasta el último pormenor, y solamente así delata a su Enemigo el Diablo cual enviado de Roma para frustrar con asechanzas y terrores su Evangelio de él. En el episodio del perro inglés, le busca y no pára en sus investigaciones mientras no dar con él, es decir, con el Diablo. Lo curioso es que el deponente, el historiador crítico, es el único testigo, como en el otro incidente del alboroto de las gradas del castillo, tan estrepitoso, que pareció causado por el rodar de varios toneles. Lutero estuvo seguro: la escalera estaba bien cerrada a cualquier intruso, esos instantes. Sin embargo, la bulla se produjo. Solamente que no escuchó ningún ótro. El alumno Matesio, que relata también el hecho, se limita a asegurarlo por la fe del maestro: éste solo lo oyó, y hasta su palabra para creerle.... Pero, en sana crítica, según el mismo historiador del evento ¿será suficiente su aserto para garantizar la objetividad de un testimonio viciado con aquello de la mentira útil y hasta necesaria? ¿No era útil y en cierto modo indispensable al maestro celebrizarse en esta forma, con las invenciones de estos repetidos encuentros diabólicos? ¿Y el temperamento ilusionista del desterrado en Patmos, como se denominaba el de las barbas crecidas en Wartburgo, no vuelve vehemente la sospecha de engaño, como que Lutero veía las visiones de su conciencia en sobresalto por la traición a su fe del claustro y a un preté-

rito religioso demasiado cercano?

Aunque, andando el tiempo, no cesó la persecución del Diablo. En veces sucesivas volvió a la carga contra la encarnación de la Palabra de la Salud universal. En Coburgo, una noche del mes de junio del año 1530, tres semanas después de su carta a Melanchton, en la que se quejaba de la picardía de Satanás, que esperaba encontrarle solo, sin la compañía de Dietrich y Kaufmann, para molestarle, tan rabioso, «más rabioso que la misma rabia», vió el perro inglés convertido en horrible serpiente. Pero, ese momento estaba a su lado Dietrich, y pudo comprobar el infernal espectáculo. Me equivoco, puesto que Lutero llamó a su compañero para que viera el espectro, que daba vueltas en la torre del castillo hasta arrojarle de allí al bosque contiguo, mas el compañero nada vió, sin duda porque ese preciso minuto, el Diabolo —¡no era ótro!— había cambiado de figura y aparecía en aquella llama como de estrella que aclaraba allá, en el campo, y se distinguía a pesar del cielo lluvioso. ¿El resplandor de alguna antorcha o de una linterna que, llevada por algún transeunte, semejava a los ojos del visionario y su alátere la culebra que bajó de la torre del castillo para convertirse en aquel fuego que asegura Dietrich? Un pretexto de sobra para que el neurópata aseverara con la mayor seriedad: «Yo ví mi diablo volar hacia Coburgo por sobre el bosque». Nótese la propiedad del posesivo mí: el Diabolo es del Reformador, pues por algo se le muestra con tanta frecuencia, no solamente en facha de animal doméstico, mas también de destinado a parque zoológico....

El Doctor Tragedia resulta un Doctor Comedia. La monótona comedia de dos viejos conocidos que se pelean como matrimonio mal avenido. En lo más fuerte de la controversia de los Dogmas del Evangelio, o más bien, cuando más empeñado estaba Lutero en descubrir las razones de su Teología, de los apéndices a ella, la abrogación de los votos monásticos, en los meses que pasó en Wartburgo, mucho antes de la visión de la culebra, ocurrió la más popular de las leyendas demoníacas del Reformador. Salía de su crisis neurótica, que le había dado a gustar el sabor de la muerte —*mortis horrorem exper-*

lus—, cuando el Diablo vino a interrumpir la labor del que en ese instante encontrábase escribiendo. Inoportuno el visitante. No contó con el humor y la reacción inmediata del autor, que tomó en sus manos el tintero y lo lanzó, la leyenda no dice a qué parte del intruso. El tintero fué a dar en la pared, y la mancha de tinta que allí dejó, sirvió para la veneración de los fieles como indeleble documento de la victoria del Gran Luchador. Por supuesto, trátase de una leyenda sin garantía alguna histórica, fantástica, como que las huellas del tintero del Doctor se muestran, no sólo en Wartburgo, sino también en la cámara del huésped de Wittenberg y en el castillo de Coburgo.

El Diablo supo vengarse de los tinterazos, con la burla que hizo de su Respetabilidad el Doctor en Eisleben, hacia fines de la vida del Reformador. Advierto al lector que no invento una coma. Por ocupaciones de su misión, Lutero tuvo que regresar a su ciudad natal. Iba de amigable componedor de cierta grave disputa. En llegando a Eisleben, recibió la noticia de que los diablos celebraban o estaban para celebrar una asamblea o cabildo, con el fin de ver la forma de oponerse a los planes del pacificador. Sin duda, en esta reunión determinaron enviar uno que representara a todos los asambleístas ante el Reformador, en el modo y facha con que se presentó el mal educado. De la ventana de la casa donde estaba, Lutero contemplaba el panorama vespertino, en una hora de la tarde que no determina. Devoto, rezaba una plegaria, momentos en que fijó la vista en una fuente vecina, situada en la calle de allí cerca, y vió al Diablo «colgado del chorro de agua» y en actitud amenazante, con la cara horrible vuelta a Lutero, y las fauces desmesuradamente abiertas, como diciéndole que a todo trance impediría su obra. Lutero se retiró, indignado, y fué adonde se hallaba el amigo Miguel Coelius, predicador de la corte de Mansfeld, huésped de la misma casa, a referirle, deshecho en llanto, lo que acababa de ver..... ¡El Atrevido hizo llorar a su Eminencia el Fuerte!.... Por las lágrimas se deduce que el Diablo, no solamente mostró a Lutero la boca, sino la parte más baja de las espaldas. El médico Ratzeberger así lo sostiene, y como

relatado por el mismo Lutero a Coelius y Jonás.

Hueleiga proseguir con estas diabluras. Lutero vio, no solamente diablos, sino diablus, pues del género femenino debía ser el diablo que en el jardín de Wittenberg tomó la figura de una puerca, para mostrarse al Reformador. Visionarismo del Enfermo, en mayor parte, porque, de ser cierto cuanto narra la autobiografía luterana, tendría pretexto, si así puede decirse, la blasfemia de Schopenhauer: «El diablo es la ociosidad de Dios» En verdad, Lutero no necesitaba de este aparato diabólico para que su obra se definiera como la satanización del mundo por el pecado, quitando al crimen su razón filosófica, desde que no depende de la voluntad humana. ¿Que los demonios más bien acosaban al que era su empresario, el de más cumplido éxito? Aquí está la superchería del diablómano: en el afán malogrado de presentarse en pelea con los espíritus infernales, cuando sus escritos y misión significaban la tácita, pero eficaz alianza del Apóstata con el Adversario o Satanás.

Para insistir en la poca veracidad de Lutero sobre este género de historias, la disputa con el Diablo acerca del Sacrificio de la misa es una prueba incontrovertible. Entre los católicos existe el error de que el padre del Protestantismo negó la Misa por revelación de Satanás, quien se le hubiera aparecido y dicho que era una farsa de la Iglesia Romana. Históricamente es de toda falsedad la aparición aquella. Ha dado origen a semejante leyenda el escrito de Lutero, por la forma de la redacción, pues presenta la negación del inefable Sacrificio en un diálogo entre él y el demonio. Recurso de retórica, tan del gusto y del estilo declamatorio del Reformador, que personifica un interlocutor imaginario, para hacerle decir lo que allí consta. El agustino se bastaba por sí solo para combatir aquello que consideraba como sostén del Pontificado y de la Iglesia Romana, la Eucaristía ofrecida en holocausto cotidianamente en los altares.

Esto es lo más triste, de una tristeza más grande, en cierto modo, que la tragedia íntima del Doctor. ¡El Diablo como recurso retórico para la blasfemia y aquel alzarse contra la santidad de Dios! Porque Lutero se burla de sí mismo y de su miseria con esta comedia insípida

de su diablomanía. Gran Trágico, pero pésimo Cómic. ¿Habría explicación de un Judas que se riera de sí mismo, el instante de ahorcarse? Para explicar, fuerza es apelar nuevamente a la patología del Fundador de la Ciudad Contemporánea, en cuyos estatutos también consta el autosarcasmo en el suicidio. ¿La risa de Voltaire, por ejemplo, no es la ironía afinada, si se quiere, de Lutero, que invirtió la aparición de la fuente de Eisleben, en suma, para mostrarse a sí mismo como el reverso de su doctrina, las fauces y las espaldas....bajas de un bufón grotesco?

No hay motivo para contradecir las dotes psíquicas de quien en horas de angustia, a las veces, se debatía como un gladiador avezado, manteniéndose firme en su puesto, sin ceder un palmo a su propio espíritu, porque éste fué el Gran Adversario de Lutero. En sus diablomaquias, el demonio es un hombre, una máscara: el Fuerte lucha consigo mismo y nos ofrece el espectáculo de un gigante desdoblado en dos monstruos que se pelean de manera espeluznante, hasta rodar envueltos en el polvo, ambos, Lutero y su Espíritu. No declamo: el duelo que se lee en la biografía del Reformador, parece el choque de Wotan y Tor, del dios de la magia con el dios de la fuerza bruta.

Pero, al levantarse Lutero de la tierra que midió con su cuerpo de vencido, se dijera que se levanta a reírse de sí mismo, esto es, de su Espíritu. Indigno sobre manera de un luchador de esta categoría. Acabo de observar: Satanás, en la terminología del obseso, vale por el mismo Lutero. Pues bien, ¡a esta monstruosidad llegó el Reformador en su lucha con el Diablo, a afirmar con toda seriedad, como si no hablara de sí mismo, que para tapar la boca a Satanás, ha tenido que....casarse con Catalina!....

Todo Lutero está en esta afirmación textual. Y con ella, el ensayista de una exégesis de la actualidad puede darse por relevado de la tarea de continuar demostrando cómo el mundo del presente arranca del Protestantismo—para hablar en apocalíptico, de la excarcelación de Satanás en persona de Martín Lutero.

Capítulo Quinto

EL REGIMEN DEL MAYOR DE LA INMENSIDAD



A Reforma vale por la fundación de la Ciudad actual. El estatuto político y social, la Constitución de la Magna Urbe, dictó y promulgó la Revolución apodada Francesa. Acontecimiento histórico que viene desarrollándose en el mundo desde hace más de centuria y media. Presentado por la mayoría de los historiadores profesionales como movimiento de la Razón en contra de sus adversarios, la tiranía, el fanatismo clerical, la sociedad a la antigua; pero, históricamente, movimiento del Seudoracionalismo en romance castellano, de la Razón falsificada contra la Razón sin epíteto.

Para los que se han dado la molestia de leer a Lutero en el original, es sabido que difícilmente hay escritor que le supere en erasitud de lenguaje. Sin duda, es de los más robustos autores en lengua alemana. Pero, su vocabulario choca a quienquiera cursó los elementos de la urbanidad en la escuela de la consideración a sí mismo. De aquí, por delicadeza para con los lectores y para conmigo mismo, mal podría aducir el texto del requisitorio, o más bien, de los requisitorios del Reformador contra esta facultad humana de la inteligencia o razón.

Suavizo los apodos: le llama Cortesana del demonio, cortesana cubierta de lepra, infecta de tiña, tan nauseabunda, que su puesto debe ser la alcantarrilla. Pues bien la Revolución Francesa no fué más que el cumplimiento y la ejecución porfiada del mandato del Legislador Supremo, que así quiso a la Razón, sucia con algo innumerable, y arrojada lejos, a los sumideros de lo in-mundo!

Sin duda, como acababa de decir, filósofos, enciclopedistas y más gentes que desataron esa tempestad de la anarquía y del cataclismo social, invocaron en sus escritos y discursos, en toda aquella literatura del género fastidioso, la defensa del intelectualismo, el predominio del pensamiento, la hegemonía de la Razón, y solamente de ella, con prescindencia absoluta de las tradiciones y de la fe ancestral de los pueblos, a quienes decían, estaban empuñados en Libertar. Y la Revolución en la calle no agitó otra bandera, febrilmente, con las manos crispadas de cólera, sino la bandera del Racionalismo como desafío de la nueva humanidad a la humanidad vieja, agobiada de supersticiones, encorbada por la pesadísima carga del Clericalismo. Sin embargo, el espíritu de la Revolución contradecía sus palabras: su idioma de insultos a la tiranía como autoridad, de ditirambos a la libertad como derecho de las masas oprimidas y explotadas, era demasiado convencional para que no significaran en su desnuda propiedad algo muy distinto de la reivindicación de los fueros de la racionalidad, un individualismo clamoroso, selvático y nihilista. Porque el individualismo de los Revolucionarios franceses y de las turbas sedientas de sangre, como que gritaba: «¡Nadie más que yo!».... En otros términos, la fórmula del Nihilismo.

La Revolución Francesa fué el frenesí de la inconciencia, de la sobreexcitación nerviosa y de una manía colectiva que tomó a la muchedumbre y la revolvió en una tromba gigantesca para barrer con cuanto se oponía a su paso desolador y huracanado. Un manicomio suelto hubiera procedido con más cordura y pausa. De esos antros del jacobinismo, de los clubes, de los pasillos de la Convención, de las secretarías de la policía, de los calabozos y antecámaras de los Ejecutores de la Voluntad Gene-

ral, como decía la terminología en boga, salen hombres energúmenos, enfermos de alcoholismo, que han pasado las horas largas de la noche en brindar a la salud del Pueblo, esa hueca palabrería de los diabólicos charlatanes. Han dormido el cansancio de la orgía, y se levantan a azuzar el populacho, a legislar y constituir, dizque, como Representantes de la soberanía nacional. La elocuencia de la Revolución en el parlamento trasciende también a retórica de orates. Aquellos alegatos que entusiasman auditores multitudinarios hasta el delirio, aquellos *impromptus* e improvisaciones que parecen inspirados en el numen superior de la Libertad, la misma oratoria de Mirabeau, de Dantón o de Vergniaud, con una que otra excepción ocasional, suena a la facundia de esos insuperables autodidactas, los inquilinos de sanatorio, que en la línea de su tema, en los paréntesis de la locura y hasta en las crisis de ella, hablan con calor contagioso de motivos como los grandes problemas y los inmortales principios. Aunque lo desfavorable de la comparación, quizás, es para los locos, pues, según observó el eminente paradjista británico, G. K. Chesterton, el loco no ha perdido la razón, mas es aquel que todo perdió, menos la razón. En cambio, los Ilustres Antecesores de la Democracia, nada habían perdido, sino la razón.

Me refiero al fenómeno revolucionario. La filosofía de la Revolución Francesa, a la par de sus hombres, fué la abdicación radical y sistemática de la razón como quiera que, entre otras causas que sería largo enumerar, se inspiró en el mimetismo y la admiración de la naturaleza y sus lecciones, desde luego, interpretadas según la mente de los pontífices de la exégesis, de Rousseau, la Enciclopedia y la turbamulta de secuaces. Filosofía ñoña del sentimiento, que creó el tipo del hombre Emoción ante el salvaje considerado como paradigma de la felicidad, para concluir en el hombre Jacobinismo, criatura que «nadie previó, cada cual reprobió, y todos prepararon», conforme dijo la célebre y exacta definición del jacobino socialista de 1.793. También en ello debían de coincidir los alienados de la Catástrofe y del Terror, con los reclusos de hospicio: en la manía imitativa, que se manifestó, desarrollada sobre manera, en el afán de la co-

pia de modelos como el paraíso de los Iroqueses, la Isla descubierta por Montesquieu y Voltaire, Inglaterra, la República de los Derechos del Hombre, la Unión Americana, y más idilios de la fantasía calenturienta de quienes se enternecían hasta las lágrimas a la vista de las flores húmedas de rocío; pero, miraban, impassibles, saltar a borbotones la sangre de los cuellos tronchados por el filo de la guillotina.

La Revolución tuvo su culto. La mascarada de una muchacha arrastrada de los rincones del burdel y levantada sobre el altar como simulacro de la nueva Religión. Blasfemia tosea a los ritos más sagrados del Catolicismo, y no menos, a la inteligencia humana, de este modo representada, cual fuera el deseo vivo del Gran Antepasado, el apóstata de Eisleben. la Diosa Razón personificó la saludada por Lutero como *die schone Melze, eine verfluchte Hure, eine schabige, aussatzige Hure*— para no manchar en castellano estas pobres páginas, con el himno del fango, bastante más sonoro que el entonado por los coros de la Opera, mientras Rosbepierre, vestido de frac azul, descendía de su trono, a poner el fuego en la estopa del Ateísmo, frente a la Sabiduría embadurnada de hollín, en medio del estampido de las salvas de artillería y las voces que clamaban: PADRE DEL UNIVERSO, SUPREMA INTELIGENCIA. ...Farsas de cantina, más propiamente, de un teatro de furiosos que exigen la camisa de fuerza. Sin duda, la atmósfera influye poderosamente en la escena y en los espectadores de esta clase de desafueros. Pero, la Pequeña Historia, como Lenotre tituló el género tan grande como la Gran Historia ¿no nos ha conservado la impresión de algunos testigos presenciales, que se horrorizaron ante tales espectáculos y se preguntaban si los actores y el público no habían enloquecido en todo el rigor del vocablo?

Los actores y su público fueron la minoría de Francia. La mayoría formaba en los cuarteles de la tolerancia para el crimen, de aquella reprobación cobarde que fácilmente degenera en complicidad. No saltaron espíritus sinceramente espantados con lo que sucedía. A ellos apela la dignidad humana, de esta guisa vilipendiada por la Revolución de los Derechos del Hombre en contra de su

primer Derecho, el Derecho al Honor. Lo lúgubre, lo irremediable está en la falta de vindicta de parte de la posteridad. Se escriben aún panegíricos a la Revolución Francesa. Mucho más, vergüenzas como la toma de la Bastilla, pasan por efemérides de gloria. La historia convencional tergiversa la Historia auténtica. ¿Qué importó, históricamente, la caída de esa fortaleza, sino la excarcelación de siete presidiarios que se encontraron allí, el momento del suceso, y que para su nombre y fama mejor hubieran quedado encerrados, para el secreto de sus delitos?

Uno de los más egregios compendiadores de la Revolución Francesa, cuya obra con mucha justicia se mereció en breves años más de sesenta ediciones, Pierre Gaxotte, a quien sigo en esta rapidísima sinopsis, refiere que entre los siete presos de la Bastilla, el 14 de Julio de 1789, se contaban cuatro estafadores, un sátiro, un loco y el Mayor de la inmensidad, como dijo llamarse Don Santiago Francisco Javier de White de Malleville, al ser libertado por el tumulto: YO SOY EL MAYOR DE LA INMENSIDAD. Apellido—cifra, que vale por la heráldica de la Gran Revolución, y traza de modo insuperable la fisonomía de los hombres y las ideas que actuaron en aquella vorágine apocalíptica—apocalíptica, en el sentido vulgar, mas como sinónima de la imposición del Presidiario suelto, según se lee en el Apocalipsis, en el versículo de la evasión de aquel primer Mayor de la inmensidad, su Majestad el Adversario o Satanás.

El Documento, que traduzco a continuación, podrá ser redactado por Alain Laubreaux, quien obsequió con él a los abonados de un hebdomadario de París, con ocasión del Sesquicentenario de la Revolución Francesa; pero, en el fondo será siempre tan auténtico como la historia más certificada. Es el Diario del fulano, tomado de su cartera de apuntes.

Mayo de 1789.—Intolerable, esta barbarie con que me persiguen sin cansarse: ayer cinco platos en el almuerzo, esta mañana dos ostras y una pava. No puedo soportar más esta clase de asaltos. He escrito al gobernador quejándome. Están muy engañados si creen ven-

cer de este modo la fe de que me hallo poseído.

Día siguiente.— Me encontré en el paseo con Tavernier. Me hizo la cuenta de lo que le han servido el mes anterior: tabaco a gusto, cuatro botellas de aguardiente, sesenta de vino, treinta de cerveza, dos libras de café, tres de azúcar, una pava, ostras, pollo, queso, castañas, papas y peras. Es descorazonador. Pero, Tavernier se muestra feliz. Es un hombre sin conciencia. Hace cuarenta años que vive de prisión en prisión. Se siente bien en la Bastilla. «Quisiera concluir aquí mis días»—, me dijo. ¡Desdichado! Me parece que está un tanto desequilibrado. Su materialismo grosero se encuentra muy bien pagado con las comodidades que le dan. Sólo que se queja de que al conde de Solages le tratan mejor que a él. Ha visto que el criado del conde le llevaba pollo relleno, «paté» de jamón y crema de chocolate.

27 de Mayo.— No obstante su epicureismo, me agrada el conde de Solages. Ejerce en mí influencia incontrastable, a causa de su fuerte personalidad.

Por la tarde del mismo día.— El gobernador de Launay ha venido a visitarme. Me reprochó la facha con que me presenté. Como es natural, me hallaba desnudo. «Si no le sirve el traje que le han dado hay que verle otro»— me dijo. Le respondí que para un hombre no hay mejor vestido que el confeccionado por la naturaleza. Le leí una página del CONTRATO SOCIAL; pero, no se convenció. Es un mediocre, de la estatura del déspota al que sirve. Al fin, por complacerle, tuve que ponerme el traje de piel de conejo que el comisario de provisiones me dió para el último invierno.

El Señor de Launay me preguntó si no quería libros fuera de los que me envió a principios del mes. ¿Para qué más libros, si tengo en mi mesa las obras de Juan Jacobo, que releo sin cansarme?

30 de Mayo.— Esta mañana, de aquel nuevo jardín donde me gusta dar mis paseos, he contemplado despacio la campiña de los alrededores. ¡Prisión horrible, me veo privado del placer de correr por esos campos, de rodar, desnudo, en la yerba, de beber a mi antojo de las fuentes! De regreso a mi pieza, volví a leer las DIVAGACIONES DE UN PASEANTE SOLITARIO. Delicias

que no tienen expresión y vuelven más cruel mi encierro. Escribiré al rey. ¿Continuará su abuso manteniendo en este calabozo infame al Mayor de la inmensidad?

Por la tarde.-- Mientras escribía al rey, vino el sastre, enviado por el comisario de provisiones, a tomarme las medidas para un pantalón, un saco forrado de peluche de seda y un terno de fantasía. De parte del Señor de Launay, me preguntó también si no quería que llamara al barbero. No le acepté.

15 de Junio.—Por medio de Tavernier he tenido noticias del conde de Solages. Las ha comunicado el criado del conde. No me engañó mi instinto. Ese joven es digno de mi amistad. Como yo, es víctima de la hipócrita sociedad del día. Se halla preso a petición de su tío, el conde de Carmeaux. ¿Qué crimen ha cometido? Nada más que ejecutar a la luz del sol el acto más sano, más puro, para el que han sido creadas y puestas en la tierra las criaturas humanas. Para evitar contactos impuros, buscaba tiernas doncellas, vírgenes, en quienes todo era blancura, inocencia, sencillez. Y por ello ha sido segregado del mundo y recluso por su bárbara familia, que le costea la pensión aquí.

16 de Junio.—En el jardín ví al joven conde de Solages, sumido en la lectura de un libro. No me atreví a hablarle; pero, me acerqué, y salté de júbilo. Lefá JUSTINA O LAS DESGRACIAS DE LA VIRTUD. Sade es el más estimable de los discípulos del inmortal Juan Jacobo.

28 de Junio.—Aniversario del nacimiento de Juan Jacobo. He vuelto a leer LA NUEVA HELOISA.

3 de Julio.—Aniversario de la muerte de Juan Jacobo. He vuelto a leer el VICARIO SABOYANO.

5 de Julio.—Encontré en mi mesa, al volver del paseo, un candelero de cuatro brazos con sendas bujías. Escribí al gobernador que no me era cómodo escribir y leer a la luz débil de las espermas. En menos de veinticuatro horas me ha dado ampliamente gusto. Nada me rehusa. ¡Desgraciado!

8 de Julio.—Nuestros cuatro compañeros de desgracia. Béchade, Laroche, La Corrège y Pujade, han sido informados por medio de sus abogados, que cada día vie-

nen a conferenciar con ellos, de que la tiranía se desarrolla en Francia, de día en día, en forma increíble. El pueblo está agobiado bajo un yugo que no se conoció en las épocas más crudas de nuestra historia. Se han producido incidentes en el Palais—Royal, donde cierto agente provocador, llamado Des Poulains o Des Moulins, arengó a los descontentos con el fin evidente de precipitarlos a algún exceso, para justificar cualquier represión inmisericorde. Así les dije a Pujade y a sus amigos. Temen mucho de un porvenir muy cercano. Su proceso, instaurado en Chatelet, será juzgado en esa atmósfera implacable del absolutismo. ¿Se les despachará a galeras por las letras de cambio, de cuya falsificación les acusan? Todo es posible en el actual Régimen.

9 de Julio.— Nos encontramos entre siete aquí, en la Bastilla: Tavernier, el conde de Solages, Béchade, Larroche, La Corrège, Pujade y yo. Para custodiarnos, el gobernador tiene a sus órdenes una guarnición de noventa y cinco inválidos y treinta Suizos. Hay quince cañones emplazados en las torres. Estos pormenores, si llegan a ser conocidos, estremecerán de vergüenza y horror a la raza futura.

11 de Julio.— El rey ha destituido del ministerio a Necker, según me cuenta el conde de Solages, con quien departí breves momentos. Según el conde, Necker es el único amigo que tenía el pueblo ante el rey. No es de admirar que le haya despachado. Quería saber más pormenores. Pero, el conde se separó bruscamente. La señorita de Monsigny, la linda hija del Capitán de los Inválidos, pasó ese momento por el patio con dirección al cuartel. A fuer de galante caballero, el conde de Solages fué, sin duda, a expresar a la hermosa muchacha los sentimientos que le inspiraba su gran belleza. Mas un centinela se interpuso y le rogó que renunciara su proyecto. Contrariado, el conde se fué a su pieza. ¡Así tratan en París, en pleno siglo dieciocho, a un hijo de noble familia!

12 de Julio.— ¿Qué ocurre? No he salido de mi pieza todo el día. No dí mi paseo de costumbre. Escribiré al gobernador.

13 de Julio.— El gobernador no me contesta. Continúa mi prisión. El muchacho que me trae la comida,

me pareció muy preocupado e inquieto. Le pregunté, pero no me respondió. Por la tarde, oí un rumor enorme, que parecía venir de lejos.

14 de Julio.— Espantoso. Afuera resuena una bulla infernal, y tiros, y gritería salvaje. Me da miedo de saber lo que ocurre. ¿Habrán sido ejecutados mis seis compañeros? ¡Son para ello, los tigres! ¿Y yo? ¿Llegará mi turno? ¿Se olvidarian de mí? No es posible. Bien sé el odio que me tiene el rey. Habrá dado órdenes para que a mí me asesinen al último. Querrá prolongar mi suplicio. No me han traído la comida. Señal manifiesta de que se acerca mi fin.

El mismo día.— No cesa el tumulto. De minuto en minuto crece mi ansiedad.

Por la tarde.— Súbitamente escucho un ruidazo tras la puerta de mi pieza. Asustado, fuera de mí por el pánico, corrí a acurrucarme junto a la cama. Luego sentí que una mano torpe porfiaba por abrir la puerta. Bruscamente se abrió la puerta. Un individuo sudoroso, con la cabeza cubierta de un gorro escalata, se presentó. Se lanzó hacia mí, me levantó y me estrechó contra su pecho: «¡Ciudadano, estás libre!»— me gritó. Tras él, otros mostraban caras encendidas y hoscas: «¿Quién eres tú, ciudadano?»— me preguntó uno de ellos. Le contesté: «Soy el Mayor de la inmensidad». Al oír, el primero de los que entraron se puso de rodillas y me abrazó las piernas. Y todos exclamaron entre sollozos: «¡Viva la libertad!»

15 de Julio.— Desde ayer me parece que estoy soñando. De la Bastilla, en compañía de Tavernier, nuestros resentadores nos llevaron a la cervecería HORTENSIA 9, en la calle de Reuilly, a la casa del ciudadano Santerre, donde bebimos cerveza rubia. No me daba cuenta de lo que ocurría. Me habían puesto una ancha blusa gris de mangas cerradas con un pasador. Después me hicieron subir a un hermoso coche, entre dos guardas franceses, que me mostraban a la multitud. Nos paseamos largo por los suburbios. A nuestro paso la gente gritaba, chillaba, me lanzaba besos. Mi corazón saltaba de emoción. Así me hacían justicia. El Pueblo de París se había sublevado y había tomado la Bastilla, para li-

bertarme. El Mayor de la inmensidad ocupaba, por fin, el puesto que le corresponde bajo el sol.

16 de Julio.— Estoy hospedado en casa de Santerre, en compañía de Tavernier. Aprovecharon de mi libertad, para salir también ellos, los cuatro estafadores y el conde de Solages. Me complazco de que la equidad triunfante conmigo haya asegurado asimismo la felicidad de esos pobres.

El mismo día.— El conde de Solages vino a beber en la HORTENSIA. Llegó de brazo con una muchacha de trece años, y no se cansaba de verla con ojos apasionados. Me acerqué a él: «Una pequeña aristócrata— me dijo. Mírela. Es guapa. Es la quinta que desde ayer he logrado rescatar a su condición miserable».— En torno nuestro bebían, cantaban. Santerre, gordo, jovial, de pie en una mesa, me señalaba con el dedo. Le dije al conde: «Para libertar al Mayor de la inmensidad, los Franceses han hecho la Revolución». Me replicó: «¡Viva la Revolución!». Yo añadí con la más grande sencillez: «Este es mi Régimen».

17 de Julio.— Todo se ha perdido. Esta mañana, Tavernier fué conducido a Charenton, y a mí me trajeron al hospicio de Menages, y estoy aquí recluso. Reconozco la mano del rey. Se ha vengado. Me ha hecho pasar por loco. La Contrarrevolución triunfa.

WHYTE DE MALLEVILLE

MAYOR DE LA INMENSIDAD

Tenía razón el Mayor de la inmensidad. La Revolución Francesa se hizo para sacar a la calle presidiarios y dementes, como quien añade, lectores de Juan Jacobo. La Contrarrevolución habría consistido en devolverlos a la cárcel o al hospicio. En persona del Mayor no regresaron todos a su sitio. Y si la Bastilla vació tan pocos huéspedes, se comprende, porque el gran número ocupaba las sillas de la Convención y más puestos de mando.

Revolución de la inmensidad, las fronteras del Ochenta y Nueve se extienden cuan vasto es el mundo. Con el derrumbarse de los muros de aquella fortaleza se ensancharon los horizontes, cual si la Bastilla se abriera sobre el haz de la tierra habitada.

Inmensa la Revolución; pero, la Libertad cabe apenas entre las hojas cortantes de la guillotina. ¿Quién se atreve a negar el progreso de la humanidad? Del cinturón de Judas ha adelantado a la cuchilla de Guillotin, reluciente blasón de la Ciudad Contemporánea.



Capítulo Sexto

LA REVOLUCION FRANCESA.... ¿FUE
FRANCESA?



EL símbolo de la Revolución, la toma de la fortaleza construida por Carlos V y Carlos VI, es el símbolo más adecuado de una Revolución que proclamaba las más sonoras y sublimes palabras, para ejecutar los actos que más denigran la naturaleza humana. Victoria sobre un centenar de soldados, de los cuales ochenta inválidos, bien vale la impostura del 14 de Julio por la Impostura íntegra que chorrea sangre, el paroxismo de la Francia falseada por la turba minoritaria en furor.

A raíz del primer «triunfo de la calle», la Asamblea destacó una comisión presidida por el Señor Arzobispo de París, a encarecer a Luis XVI, no procediera con rigor con los responsables del motín. El Rey contestó al Prelado, con fecha 2 de julio: «Estoy listo a ceder, siempre que se restablezca el orden; pero, confío en que no tendré que arrepentirme de mi clemencia. El espíritu de licencia y de insubordinación destruye todo bien, y si toma cuerpo, la felicidad de los ciudadanos queda comprometida». Melancólica clarividencia del soberano, víctima de este entreguismo de la lenidad, cabalmente. Entre tanto, los depósitos de armas fueron saqueados. Urgía armar

el populacho. Treinta mil fusiles y veinte cañones pasaron de este modo del cuartel de los Inválidos a los centros de la conjuración. Estaba armada la Revolución; pero hacíale falta lo principal, un objetivo en que emplear esos fusiles y cañones. Encontrólo el 14 de Julio de 1789, a la voz de un exaltado, uno de tantos del tumulto, que gritó estentóreamente: «¡A la Bastilla!». No necesitaba más que ese grito, la multitud. Se lanzó hacia la fortaleza. El Marqués de Launay, gobernador de la Bastilla, no cedió sino cuando vió que era inútil sacrificar más víctimas del populacho en delirio. Ofreció capitular, y los asaltantes aceptaron las condiciones, hasta que, tendido el puente levadizo, se precipitó la horda al interior de la fortaleza, desafortadamente, propiamente sin saber el propósito que le había llevado allá. Recorrieron las celdas libertando al Mayor y sus compañeros, y molestados por la sorpresa de no hallar las víctimas de la Tiranía en el sinnúmero de presos que se imaginaron, arremetieron contra el gobernador, los oficiales y la tropa. Les colgaron de los postes y redujeron a cecinas sus cadáveres.— El numisma de la Revolución Francesa presenta este anverso y este reverso: el Mayor de la inmensidad y una turba epiléptica cecinando los cadáveres de Launay y los defensores de la Bastilla.—

Pero ¿la Revolución Francesa fué realmente de Francia y de los genuinos franceses? Chesterton, o por lo menos, el que en esta forma sintetizó una de las curiosas opiniones de quien hizo gala de revisar las opiniones recibidas, decía que la Revolución Francesa es el más importante acaecido de la historia de Inglaterra, y que el suceso más importante de la historia de Inglaterra nunca llegó a producirse: una Revolución Inglesa según el modelo de la Revolución Francesa. La brillante paradoja no es del autor de LA ESFERA Y LA CRUZ, mas de los documentos y la mejor probada historia de los orígenes y fuentes de aquel Niágara de cieno y sangre. La doctrina revolucionaria fué el viaje de los Deseubridores de la Isla, Montesquieu y Voltaire. Para resumir, Anglo-sajonia y sus parientes de ultra Rin influyeron de manera decisiva en la mística de los Derechos del hombre, o más bien, de los hombres, subentendidos los intérpretes

y usufructuarios de esas utopías sarcásticas, que fueron realidad, y muy seria, tan sólo para los árbitros de la vida en las jornadas del Terror.

Para esos salvajes al revés, como son los creadores del nuevo hombre y de su paraíso en el mundo, la República de los Derechos sin obligaciones, Inglaterra sirve de ilustración viviente. Salvajes al revés: sus ídolos comenzaron donde los adoradores concluyen, en la ferocidad mal disimulada de imitación de los habitantes de la selva. Los turistas y asilados de allende el canal de la Mancha se hacían lenguas por desmentir la mala fama de la «isla sombría y turbulenta de los regicidas», de Cromwell y comparsa. La semblanza de Albión no era Isabel, la adusta, la implacable, que mejoró los métodos neronianos con la persecución religiosa en la forma más fría y calculada, la forma administrativa, sino que era esa sonrisa amable de un pueblo de sabios y pensadores, una escuela en suma de civismo y de virtud para el orbe. La estampa de los mencionados calcómanos, del patriarca de Ferney, aprendiz del deísmo y del «humour» de los rubios maestros, y del Corresponsal de las Cartas Persas, fué Inglaterra, lección de cosas de este infantilismo trotamundos, o más bien, trotaselvas, pues para los filósofos no bastará el modelo británico, ni siquiera el persa, sino que recorrerán desde Alaska al Misisipi en busca de los Iroqueses, para importarlos a París y presentarlos a la parisina. En verdad, el Hombre de los Derechos fué una importación de la selva, como esos indios de las Exposiciones europeas, y al importado el clima del transplante lo pervirtió hasta convertirle en jacobino. El clima de la Enciclopedia creó ese tipo híbrido del salvaje ingenuo, tan ingenuo, que se acordó de su antiquísima edad y la quiso implantar, como Democracia: la edad de la piedra.

Autoridades indiscutibles han coronado el aplaudido esfuerzo de demostrar de modo perentorio e irrefutable la función de la Masonería en el programa y los métodos de la Revolución Francesa— para sujetarme a la tesis, Revolución Sajona en Francia. Es cosa averiguada que los principios inmortales fueron masónicos. Más explícitamente, la Declaración que nunca acaba de decla-

rarse, de los Derechos del hombre y del ciudadano: igualdad política y social; respeto de la propiedad; soberanía de la nación; admisibilidad de todos los ciudadanos a los empleos públicos; obligatoriedad irrestricta de la Ley o Expresión de la Voluntad General; respeto a las opiniones y creencias, aun religiosas; libertad de la palabra y de la prensa; repartición de los impuestos consentidos y decretados libremente por los representantes del país. Más lacónica y sonoramente, la insustituible Trilogía: Libertad—Igualdad—Fraternidad, por supuesto, a la sombra benéfica y protectora de la unidad de esta tríade del laicismo, o sea, de la Soberanía del Pueblo. Hasta la fórmula delata el masonismo: el triángulo como signo del Gran Arquitecto, que en este caso es su Majestad el Señor Omnes, como diría Lutero, el Animal de las infinitas cabezas, el Pueblo. Ahora bien ¿dónde elaboró este elixir o droga admirable, la Francmasonería? Pues, al otro lado del Canal, en Inglaterra.

Montesquieu, Voltaire, Rousseau no pecaron de originales; diré en lengua de caballeros, en romance, no pecaron de escrupulosos y honrados. Su originalidad para el plagio es la cualidad que cumple reconocer. Las doctrinas que firmaron ellos y sus alumnos; las doctrinas de la Libertad, de la Igualdad, de la Fraternidad, no forman en sus obras un conjunto homogéneo, como pretenden sostener sus turiferarios, sino que aparecen dispersas en esos tratados de la Logomaquia Perfecta, como es el Contrato Social, verbigracia. Rousseau, el más ponderado del grupo por lo que a la cuestión se refiere, no soñó con la República, de los Derechos del Hombre, sino con una Republiquilla doméstica y religiosa, de la nueva religión de la naturaleza. Para hallar la República de la Revolución, fuerza es trasladarnos al año 1.717 y entrar a una sala masónica, de la Masonería Azul, a la Gran Logia de Londres. Bernardo Fay nos describe el ambiente y el espíritu del cuadrilátero: los miembros de dicha Logia se reunían con la expresa condición de la Igualdad absoluta; deliberaban en una atmósfera de plena Libertad, y se ejercitaban en la Fraternidad, para acelerar la «vuelta de la edad de oro», el «imperio universal de Rea o Cibele». Con estos términos saludaban los Hermanos, la

liberación de los pueblos, la apoteosis del Soberano Omnes, que rompería el yugo de todas las supersticiones y proclamaría el único dogmatismo de la Razón, de la «Hure» del Precursor de esos conciliábulos de la diablomanía, los antros del Mazonismo.

La Azul londinense— azul, como quiera que la propiedad de los colores no se había establecido en ese tiempo— pasó el Canal de la Mancha y se multiplicó en infinidad de logias, academias, comités y asociaciones, aun con el pretexto de la agricultura, del año 1.717 a 1.789. Comenzó de manera sumamente curiosa, por conquistar la nobleza al programa de la Igualdad. Curiosidad fácil de explicar, porque los Venerables buscaban prestigio y ascendiente, y ambas cosas les ofrecieron los nobles, Cándidos que hasta se inscribieron en los catastros de la Cofradía. Felipe de Orleans fué uno de Granmaestres. Y de modo tal cundió la epidemia, que en 1.789 hubo seiscientas veintinueve logias afiliadas al Gran Oriente, que comprendían en su seno las clases directoras, la nobleza, las academias, el periodismo, la alta burguesía, el parlamento. Fueron el taller y la usina de la Nueva Lógica Social, cuya especialización estuvo encomendada a logias como la de las Nueve Hermanas, de artistas y filósofos: Greuze, Vernet, Voltaire, Raynal, Franklin y los demás. Central Directiva, de ella se distribuían las órdenes por toda Francia, y a ella obedeció la primera campaña contra los fueros hereditarios y la nobleza, emprendida por el hermano de Mirabeau. Después, demasiado tarde, los Cándidos cayeron en la cuenta de que ellos mismos, representantes del conservatismo de la sangre y las tradiciones, habían fraguado la reacción de los demolidores de cuanto había en pie en el territorio galo. Historia de todas las revoluciones y países, para que sea necesario insistir en la candorositad de aquellos tristes, que vivieron como príncipes y murieron como ratas, según la expresión de un notable periodista colombiano.

No cabe discusión. La Declaración de los Derechos del Hombre fué obra de la Francmasonería. Aun el copista o amanuense fué de entre los Hermanos: La Fayette. Importación británica, como quiera que el mismo engaño a los nobles se inspiró en el ejemplo de la Re-

volución Inglesa del siglo anterior, 1.668, en la que los migrantes se apoyaron en principios análogos a los del liberalismo revolucionario, para derribar la monarquía y sustituirse ellos en el poder. Caso de aclimatación de ideas extranjeras, que germinaron y prosperaron como en tierra propia, en el suelo de Francia, merced al cultivo de los peritos en esta clase de trabajos y simbolistas del mandil, la escuadra y otros instrumentos de la albañilería como técnica de la destrucción del edificio social, no de su fábrica.

A esta influencia innegable de Inglaterra en la Revolución, hay que sumar la parte de Alemania. Primeramente, la Prerrevolución de los Derechos del Hombre por Lutero. Huelga reanudar la tesis de capítulos precedentes. En segundo lugar, la germanofilia desarrollada por una literatura de poco valor estético, pero de imponderable eficacia para la propaganda de las ideas por esos libros sustentadas, despertó el interés de los franceses para sus vecinos. Pierre Gaxotte reproduce el testimonio y las investigaciones inapelables de Luis Reynaud: la Alemania, que para el francés del siglo décimoséptimo fuera, ciertamente, digna de consideración por sus filósofos y sabios, mas no en el mismo grado por sus poetas y literatos, en el siglo de la Revolución, en los días previos, se cambió por la patria de la Antología de Grimm, descubridor de los méritos literarios teutónicos a los súbditos de Luis XV, y en la cuna de Gessner, cuya primer obra LA MUERTE DE ABEL, los lectores del París de 1.759 se quitaban de las manos. Esta literatura importó el genio esencialmente individualista de los germanos. Con justicia se ha observado: el alemán es el tipo de la emoción y de la impresionabilidad. Su filosofía no es reflexión, es intuición, por ende, el más sistemático subjetivismo. La idea clara, precisa, no comprende. De aquí, igualmente su destreza para las ciencias características de su ingenio, la crítica como negación de lo sencillo y obvio, para imponer lo abstruso, por lo menos, lo rebuscado. Los viejos castellanos bien conocieron esta gente: no solamente el idioma teutón era germanía, jerga incomprensible, mas también el fondo, el pensamiento mismo.—Y las demás traducciones que siguieron a la de Huber y Turgot, de

la pieza de Gessner, aportaron un impulso más al culto de la naturaleza, la Mística de los Revolucionarios. Estaba en el temperamento alemán. Dorat lo analizó en aquella etopeya del poeta de orillas del Rin: «Un poeta a las márgenes del Rin es en cierta manera el hombre de la naturaleza. No respira sino para estudiarla; no estudia sino para pintarla. No conoce la hiel, ni el odio, ni las maneras de la ambición, ni los furores de la envidia. Escribe, no solamente para perdurar en el recuerdo de los hombres; escribe para volverlos mejores, para penetrar su espíritu de la imagen de la virtud».

Calumnia de las más groseras: los Ilustres Antecesores de la Democracia no soñaron siquiera con la criatura que la Revolución dió a luz de sus entrañas desbordantes de maternidad. Quisieron hacer más hombre al hombre. Devolverle a su molde, la naturaleza deformada por los convencionalismos sociales y por las taras de la superstición y del fanatismo. Principiaron la empresa por usurpar viejos apelativos para nuevas virtudes. Dieron a balbucir al nuevo hombre estos grandes vocablos usados de Libertad, de Igualdad y de Fraternidad, y no fué culpa de los maestros —falso de toda falsedad: de los creadores de la elegante criatura— si profiriendo estas mismas palabras, la Criatura impuso por la Libertad la Nueva Tiranía, por la Igualdad la Geometría de que habló Robespierre, y por Fraternidad esa rabia exacerbada entre los más íntimos hermanos, los árbitros del Terror, que desfilaron uno tras otro, hacia la última hermandad de aquellos días, la confusión de las cabezas cercenadas, allí al fondo de los canastos en que eran recogidos los cadáveres de los guillotizados. Con la naturaleza, la Revolución trató de volver a los hombres mejores; pero la naturaleza traicionó a la Fábrica y a los Empresarios.

Inglaterra dió a la Revolución las ideas tantas veces citadas, y Alemania, la emoción, la impresión, la mística que acabo de decir. Y la Revolución se integró así, como obra de extranjería en Francia, pues a la multitud de la epilepsia, parece que los filósofos dijeron: «¡Conoce a Inglaterra, piensa su doctrina y organízate como ella en los clubes, copias de las Logias!». Literatos y editores añadieron: «¡Siente como Alemania el sentir del yo

y su íntima comunión con la naturaleza». Y por fin, todos a una vez, la misma sociedad despreocupada e inconsciente con la inconsciencia de las fiestas y saraos de los grandes salones, la sociedad que después llenó calabozos y cárceles, como que clamaba a la turba alumna de los filósofos y de los otros: «¡El salvaje, he ahí el hombre de la sociedad superior!».

No peco de simplista. El espíritu revolucionario es de todas las latitudes y está en la psicología de todas las razas, para que mi defensa a la latinidad, cuyo índice es Francia, pretenda vindicar en esta forma a la nación del Terrorismo y la Comuna. Me he limitado a discutir los orígenes de la Revolución, su ideología y los modelos, caracterizadamente extraños a la tierra que fué el teatro de la devastación de semejante epidemia. No por ser contagiada una enfermedad, es menos del paciente, a quien los gérmenes patógenos le duelen en lo más vivo de su organismo, con un dolor propio de toda propiedad, cuando, quizás, al contagiador no le hicieron tanto daño. Lo cual ocurrió con la Revolución en Francia: otro de los contagiadores, el Pueblo elegido, la República paradigma, como fué para los Revolucionarios el país de Franklin, resistió a la patología de la Libertad y de la Soberanía Popular. Estados Unidos con su representante diplomático, más propiamente, con su cumplida encarnación, cual consideraron a Benjamín Franklin los frenéticos de la devoción fetichista al Embajador yanqui— a quien un maestro de escuela consultó para una federación masónica de los soberanos de Europa, el Cardenal de Rohan, el del Collar, dedicó suntuosas fiestas, el médico Marat sometió experiencias físicas, y Robespierre consagró su primer alegato—; los Estados Unidos dieron el ejemplo que faltaba a la Revolución, como si añadiera dentro de mi comparación, desataron la peste. Sin embargo, la Unión Norteamericana, ella no había enfermado ni enfermó con el mortal virus.

Para tornar al símil del enfermo, serán, talvez, diferencias de constitución. Aunque la razón apocalíptica es más cierta y explica mejor: la Revolución de la Soberanía del Pueblo ofreció ese carácter de morbosidad virulenta por su sentido y alcance de aventura del Ex-

carcelado en el teatro más a propósito para sus planes, en la tierra de la Gesta de Dios por los Franceses. El Gran Plagiario de los métodos y aun de los pormenores que la Providencia observa en la ejecución de sus empresas ¿no debía de remedar aquella Gesta, organizando la Gesta de él por los Franceses? Es otra de las definiciones históricas de la Revolución: la Gesta de Satanás o del Adversario en el mundo.

El estilo revolucionario es delatador. En principio y por necesaria hipocresía, la Revolución se proclamará neutral en materia religiosa, hasta que alcanzado el fin de la propaganda, el engaño de los crédulos, se confundirán religión y patria, para nacionalizar el Clero y sus propiedades. Argumento digno de su Grandeza Monseñor Carlos Mauricio de Talleyrand—Périgord, obispo de Autun: «Pues la Revolución ha menester dinero, bien puede echar mano a los bienes de la Iglesia, porque el clero no es propietario a guisa de los demás propietarios: la nación ejerce su soberanía sobre el clero, no se diga, sobre las posesiones de él: sólo aquella parte de los beneficios eclesiásticos, que sirve para la manutención del beneficiario, es inalienable: lo demás se pertenece al país, y con reclamarla para el fisco, no se viola la justicia, ni siquiera el derecho de los beneficiarios». Monseñor había hecho la cuenta: con los cuatro mil millones de francos de la propiedad del clero se cubría de sobra el déficit presupuestario. Mirabeau remachaba este curioso acuerdo de la teología, la política y las finanzas: «El servicio del Altar es función pública.... ¿Qué sería de la Religión si el Estado sucumbe? La nación es la única y legítima propietaria del Clero». En vano, el abate Maury reclamaba contra esa manera poco caballerosa y menos elegante todavía de robar: «Parece que no está permitido heredar a quien se le acaba de matar.... ¿El talento de regenerar valdrá, en fin de cuentas, tanto como el arte de destruir? El peor despotismo es el que lleva el sello de la libertad». La Revolución salió, precipitada, a despojar. Pésima financiera, como el ladrón que realiza el botín de sus rapiñas en el sobresalto, por el entusiasmo de recibir el precio de lo que nada le costó: La abadía de Marmutier en Turena, para no citar sino este ejem-

plo, se vendió en suma tan irrisoria, que los compradores tuvieron para pagar dos veces con sólo la venta del plomo de la techumbre.

El latrocinio es un motivo, no el fin último de la Revolución. Mirabeau lo advirtiera oportunamente: «Antes de nada, hay que descatolizar a Francia». Tras el despojo del Clero, se pretenderá quitar a sus miembros el carácter sacerdotal. Para ello, la Constitución Civil del Clero. El 27 de Diciembre, la Asamblea propuso el juramento cismático, que se apresuraron a emitir tres renegados de mitra: Talleyrand, obispo de Autun; Gobel, de Lydda; y Lomenie de Brienne, cardenal—arzobispo de Sens. Frente a éstos juvén nutrida la falange del heroísmo de sotana, que en la guillotina y en el destierro redimió a Francia para la gloria y la inmortalidad, en la época más sombría y desaseada de la historia de la nación Luz!

La Revolución se manifestó cual era: guerra de religión en la forma cruda y salvaje que ignoró la Bestia—Imperio en sus embestidas al Cristianismo. Matar un sacerdote anciano y acreedor a la compasión de parte de las mismas fieras del circo, nada significaba. Reliere La Fayette: iba camino del municipio, cuando se encontró con una turba numerosa. Pregunta: «¿Qué es lo que ocurre?» Le contestan: «Nada: vamos a colgar un cura».... Para celebrar el tercer aniversario de la toma de la Bastilla, los republicanos del Gard acordaron el programa más de acuerdo con la conmemoración: la apertura de la Bastilla de la región, de la cárcel de Vans, de la que sacaron en grupos de tres los últimos nueve sacerdotes que allí habían quedado. Les invitaron a elegir entre la muerte o el juramento constitucional, y a ocho de entre ellos, que rechazaron con noble dignidad la propuesta, les derribaron a hachazos. El noveno, Novi, coadjutor de Aujac y de veintiocho años de edad, fué conducido frente a los cadáveres mutilados de sus cohermanos. Trajeron al padre y le dijeron: «Le perdonaremos la vida a tu hijo si jura como le pedimos». El padre entre sollozos rogaba al hijo que accediera, mas el mártir despidió buenamente a su padre y prefirió la muerte.... El mismo día y año de 1792, plantaron el árbol de la libertad en Bur-

deos, y para regarlo cual convenía, ejecutaron al Vicario General de la diócesis, Rmo. de Langoiran, y al abate Dupuis, al que un muchacho de quince años, cuando le vió en el suelo, le abrió un hueco en la mejilla para tirar de ahí, con más comodidad, la cabeza que los verdugos cortaban ese momento. Al Vicario arrancaron también la cabeza y la clavaron en la punta de una pica, vociferando: «¡Abajo el sombrero! ¡Viva la nación!».... En la misma fecha, en la ciudad de Limoges, el apóstol de la beneficencia para los pobres de la comarca, Rdo. Chabrol, fué ultimado a garrotazos. Por la tarde, llegaron unos campesinos con un par de estropeados, en busca de la ciencia y la caridad de su bienhechor, y se dieron con la ruda sorpresa de ver un cadáver despedazado y desnudo, y la sotana del bondadoso sacerdote reducida a jirones que flameaban en los fusiles de esos valientes de la nueva religión, del humanitarismo que principiaba por eliminar a los médicos de la clase desvalida....

El ánimo menos sensible retira, horrorizado, la vista de estos cuadros espeluznantes de canibalismo. Injuria a los caníbales: al exministro Foulon le hicieron cargar un fardo de heno y le halaron de una cuerda de cardos atada al cuello, y como resolvieran al fin ahorcarle, por dos veces se rompió la cuerda: el desdichado imploraba piedad; pero, a sus ayes contestaba la multitud con risotadas y voces de burla, hasta que a la tercera apretadura exhaló el postrer suspiro: le llenaron la boca de heno y pasearon la cabeza cortada por las calles de París en medio del mayor alborozo y al son de las canciones populares. Al Señor de Belzunce le mataron y comieron de la carne. El Marqués de Barras fué hecho cabina a la vista de su mujer, que se hallaba en cinta. Al Señor de Ambly le arrastraron a un estercolero, y allí se complacían con sádica delectación en martirizarle despacio, arrancándole de cabello en cabello y de ceja en ceja.

En el siglo de las checas de Barcelona y más torturas de la exquisitez rusa, el historiador que pára mientes en escenas como las anteriores provoca una sonrisa de desdén. Asaz pueril, escandalizarse del salvaje u hombre superior de la Revolución, cuando el sucedáneo, el animal perfecto de Spencer, el hombre de la Nueva Re-

volución, desmiente a los animales imperfectos —imperfectos, pues no alcanzaron la perfección de la crueldad, la civilización presente.

«Podéis ser perfectos como dioses», fué la tentación del Adversario. El Sarcástico suelta la carcajada —el estrépito que ensordece el mundo— al contemplar la perfección de las perfecciones, la Ciudad Modelo, su obra, la de la Revolución Francesa, con la cual se inauguró la Ciudad Contemporánea, estrecho corral de lobos, es decir, de suprahombres, para reformar a Hobbes: *Homo homini superlupus*— AQUEL ES VERDADERO HOMBRE, QUE ES SUPERLOBO PARA EL HOMBRE.

Capítulo Séptimo

LA LEGION



El año de 1.789, a principios de la Revolución, la estadística da a París al rededor de cuatrocientos mil habitantes. De éstos, solamente diez o quince mil formaron en los tumultos y motines, en suma, hicieron la Revolución que usurpó el apellido de todo un pueblo. La historia imparcial corrige de este modo matemático la frase hueca de los declamadores y del vulgo mixtificado por ellos: «Francia y los Derechos del hombre».... El país de la espiritualidad, pero reducido a esa ínfima porción, sobre la cual se podrían contar algunas decenas de mil más, con los sublevados de provincias, mientras el resto, sin hipérbole, toda la nación observó la actitud del atontado que no toma cuenta de lo que le sucede.

Aquella cantidad exigua fué la posesa del satanismo hiperestésico. Una posesión diabólica, parecida a la que se lee en el Evangelio de San Lucas, en el capítulo octavo. El poseído de los demonios de mucho tiempo atrás, ni se ponía vestidos, ni moraba en casa, sino en los sepulcros: como el espíritu rousseauniano de la Revolución que, entre los demás postulados, defendía el nudismo, la vivienda al aire libre, y para acabar con esas madrigueras

de los trogloditas urbanos, cual vienen a ser para el sistema las ciudades del civilizado, porfiaba por reducir el universo a cementerio y ruinas. Igualmente, el poseso de la tierra de los gerasenos rompía las cadenas y trabas con que le tenían en guarda, y huía a los desiertos: así al hombre de la Revolución en vano querrán atarle, romperá todas las leyes o cadenas, desde el vínculo doméstico del matrimonio, para escaparse al desierto, a la selva, a la jungla. Como vió a Jesús, alzando el grito, cayó a sus pies, y con grandes voces dijo: «¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo?» En verdad, si escuchamos a ella, la Revolución nada tiene que ver con Jesucristo: se declara absolutamente imparcial, para devastar la Iglesia y derribar altares. Y preguntóle Jesús: «¿Qué nombre es el tuyo?» Y él dijo: «L—E—G—I—O—N»; porque habían entrado en él muchos demonios.

La legión romana se componía de sesenta centurias, treinta manípulos y diez cohortes: Seis Mil soldados. Sin duda, el poseído habló de legión como sinónima de muchedumbre. Pero, en ambos sentidos, en el definido como en el indefinido, es el nombre del demonio que se apoderó del populacho de la Revolución. La Legión: la de los Inmortales Antepasados de la Democracia. La Legión de Robespierre, de Marat, de Danton, de Saint-Just, de Heber, de Couthon, de Billaud-Varenne, de Collot de Herbois, de Lebon, de Fouché, de las centurias, manípulos y cohortes de la Mediocridad y la Villanía encarnadas en todos aquellos individuos que parecen actuar en un certamen de criminales, tal es la porfía de superarse unos a otros. Y difieren entre sí, en crueldad, en degeneración, como los demonios difieren entre ellos. Según la teología tomista, cada diablo es una especie, en el sentido filosófico, y no como los hombres, que todos formamos una sola. ¿No sería ésta la razón para la especialización de los mencionados, pues cada uno parecía reproducir un demonio específicamente distinto?

Fueron la Mediocridad multitudinaria. El estudio objetivo de los cabeceillas de la Revolución desconcierta al ánimo más preparado a la sorpresa: nada de grande se encuentra en ellos, y sí solamente la capacidad para el

delito: para recordar al Jefe, en psicología, en fuerza de alma, en energía de carácter, ninguno de ellos llega a la rodilla de Lutero. Productos de la masa, de aquella de los quince mil parisienses, más los tumultuarios de provincia, el papel que desempeñaron, la importancia que les llevó al puesto que ocuparon, se explica, no por su personalidad tan escasa, sino por la personalidad de la turba, que en ellos se vió y reconoció hecha palabra de orden y acto de ejecución.

Hechuras de la moda y de aquel espíritu de lacayismo del hombre anónimo, para llamar por otro nombre al ciudadano de la calle, desde Juan Jacobo, el dogmático de la Voluntad General, pintura de cartel, celebridad de «affiche», creado como aparece, por las exigencias de la propaganda. Biográficamente, o mejor, autobiográficamente, puesto que no es necesario recurrir a las biografías, cuando basta la autobiografía de las CONFESIONES, el filósofo de Ginebra, admiración de la más alta sociedad de la época, entusiasmo para Madame de Luxemburgo, que escribía a Rousseau: «Le amo a usted con todo mi corazón. Mi esposo le abraza y le ama con toda el alma... No es usted quien se ha de poner a mis pies, sino a mí me cumple ponerme a los de usted», propiamente se puede decir que no existió. Existió sí, el criado despedido por robo, el amante de diez y seis años de una mujer de treinta, el despachado por segunda vez por quien le había comprometido para preceptor, y le sorprendió pillando en la nodega, el lascivo que no respetaba ni el hogar de su protectora, Madame de Epinay, para vivir con una empleada de la casa, Teresa Levasseur, en fin, el semiloco que concluyó por ser completamente, atacado de manía persecutoria, misántropo hasta el excenricismo del paseante solitario de los bosques, en cuya soledad recitaba los discursos de la Nueva Lógica Social al auditorio de las imágenes de su cerebro desequilibrado. El Rousseau de las estampas de la distribución gratuita entre los fanáticos, fué plasmado para la tumba de Ermenonville, cita de la peregrinación nacional, como observó un escritor de ese tiempo: «Media Francia se ha trasladado a Ermenonville, para visitar la isla, que le está consagrada. La reina y los príncipes

y princesas de la corte llegaron también allá, la última semana. Me han asegurado que la ilustre familia se detuvo más de una hora a la sombra de los álamos que rodean el sepulcro»....

Los mitólogos o forjadores de este género de hombres grandes, que no existieron sino en la mente sugestionada de los devotos, han forjado también el mito Marat. El hombre—historia es repugnante. Juan Pablo Marat, médico suizo, caudillo de la facción parlamentaria y callejera de la Montaña, pide y encarece, y el historiador está en la obligación de piedad de escuchar la súplica, que no le exhiban ante la posteridad, a que no se repita el sarcasmo trágico que ocurrió con su momia paseada por París, en una de las mascaradas a su memoria: la momia soltó el brazo, y hubo que reemplazarlo con el de un cadáver recientemente guillotinado. Podrido de sífilis hasta la medula, cubierto de chancros, el Doctor del rostro pálido y del andar agitado, paranoico caracterizado, se distinguía por ese sentido del demagogo profesional, por la habilidad para captarse la simpatía del populacho, o más bien, para magnetizarle. La acusación de sus enemigos, que desbarató fácilmente, es ilustrativa: los Girondinos le citaron ante el Tribunal Revolucionario por haber firmado, en calidad de presidente de los Jacobinos, una circular en la que pedía la proscripción de los diputados que habían votado por la apelación al Pueblo, en el proceso del Rey. Equiválle a citar a Marat ante él mismo. Por fórmula fué sometido al interrogatorio, y salió de la sala, en triunfo, a terminar la apoteosis en la Convención. Su aureola de mártir es asimismo discutible. La muchacha tiranicida se anticipó solamente a la cuchilla de Guillotin. El historiador puede, quizás, vindicar el puñal de Carlota Corday, en fuerza del cálculo de ella: «Maté un hombre, para salvar a cien mil»—, dijo la descendiente de Corneille a sus jueces. Pero el sacerdote reserva su fallo. Sin embargo, esa hoja afilada fué bien empleada y manejada, así sea por mano de mujer, según los dictados de la dialéctica revolucionaria. Fué el puñal de la Salud Pública, que la Voluntad General puso en la diestra de la vecina de Caen. Personificación de la reflexión y la sangre fría, educada por su tía, la aus-

tera y dulce Madame de Bretteville, realista de veras, cuando comprendió que toda la literatura inflamada de los proscritos contra los revolucionarios no era más que palabras y palabras, Carlota tomó el camino de París. Días antes, el 7 de Julio, en la revista de la Guardia Nacional de Caen, se había presentado a pedir voluntarios que le acompañaran en su marcha a la capital: tan sólo diez y siete salieron de las filas, en señal de aceptación. Se fué sola, con un libro de Plutarco bajo el brazo, y el 13 de julio de 1793, entraba a la casa de la Señorita Evrard, con quien vivía Marat, veinte años mayor que la alegre. Por su enfermedad venérea, Marat se daba diariamente baños de azufre, y en esos momentos estaba dedicado a esta terapéutica. Pero, el reclamo de la visitante era urgente: quería informar al jefe de la Montaña sobre la situación de Normandía y participarle secretos que solamente él debía saber. Le dejaron entrar hasta la pieza donde se hallaba Marat, bañándose en una tina, Marat pidió a Carlota Corday que le dictara los nombres de los diputados refugiados en Caen, y cuando se inclinó a escribirlos, recibió un formidable cuchillazo certero en el corazón. ...Corday fué guillotizada, sin que perdiera un minuto la calma, ni mucho menos, se arrepintiera del hecho; más bien, al pintor que fue a tomarle un retrato en la prisión, afirmó que se felicitaba de haber salvado a Francia de un monstruo. Este fué canonizado por la Convención, que asistió en corporación a las exequias y al sepelio en una gruta artificial en las Tullerías. El corazón de Marat fué guardado en un relicario, y «cincuenta mil imágenes del mártir fueron puestas en el pecho de la República», como dijo Garat.

Palpitaba aún otro corazón para relicario: Maximiliano María Isidoro de Robespierre. Grande entre los Grandes de la Revolución: el más grande de los Mediocres, y por ello mismo, superior a todos, porque, no obstante su mediocridad, llegó a dominar a todos ellos y fué el árbitro incontestable de Francia en medio de aquel erigirse de las múltiples y robustas cabezas de la Hidra. Nacido en Arrás, a seis días del mes de mayo de 1.758, cuatro meses después del matrimonio de sus padres, huérfano en temprana edad, educado por su abuelo materno,

alumno distinguido, por su talento y aptitudes designado para pronunciar el saludo al Rey que visitó el colegio donde Maximiliano se educaba, graduado en abogacía en el mismo plantel Luis el Grande, secretario de un presidente de tribunal, juez del tribunal eclesiástico de la diócesis, profesional en busca de clientela, en fin de cuentas, una medianía inédita hasta el día en que se le ofreció, por fin, la oportunidad de editarse, digo, de sobresalir: un vecino de Arrás colocó un pararrayos en el techo de la casa, que provocó los reclamos del público superstitioso, hasta que los policías municipales se vieron obligados a quitarlo. El vecino encomendó la demanda al Doctor Buissar, quien por dar ocupación a su colega Robespierre, le cedió. El Doctor Maximiliano halló su tema: la burla de la Razón, la injuria a la Ciencia, las luces del Progreso combatidas de ese modo por los oscurantistas. El tribunal resolvió la demanda a favor del defensor del pararrayos. Solamente que, tras la nueva instalación se produjo la nueva demanda: el pararrayos resultaba más peligroso que útil, como que había sido mal colocado. El juez ordenó que lo retiraran.— En estos triunfos a medias sorprendió a Robespierre la Voluntad General, se subentendiendo, la Voluntad de los clubes y demás comités electorales de los suplantadores de la verdadera Voluntad General. Fué elegido diputado a la Asamblea. Como quien añade, se le presentó la oportunidad para la edición definitiva, como fué la de Robespierre en París, en el Club de los Jacobinos.

En los alrededores de la plaza Vendôme, se levantaba un Convento de Dominicanos, a los que el vulgo de París designaba con el mote de Jacobinos, porque el principal convento de estos Religiosos en la Capital de Francia, quedaba en la calle de San Jacobo o Santiago. Allí, la Revolución instaló la sala de sesiones y más dependencias, como que, históricamente, el Jacobinismo, el Club de los exaltados que en ese lugar se reunía de todos los barrios, prácticamente, de todas las provincias de Francia, pues los clubes de ellas obedecían a este central, fué el que revoló el país en la catástrofe de la Libertad. Cada mañana desfilaban hacia ese convento, sujetos cuyo rostro delataba el oficio: espías a sueldo, que iban a re-

cibir las órdenes del día, para seguir los pasos de algún sospechoso, para proceder a una ejecución sumaria, o bien, para sumarse al tumulto y dirigirlo según los propósitos de los jefes. De noche, la multitud se congestionaba ante las puertas de la antigua capilla transformada en sala de sesiones, ávida de captar los ecos y rumores de las controversias que adentro se desarrollaban. Porque las sesiones no eran públicas. Los diputados afiliados al Club de los Jacobinos, en número de cuatrocientos, ocupaban la parte baja. Los demás se situaban en la alta, como quien dice, en las tribunas. Y la disputa comenzaba. Comentarios sobre los sucesos de la Asamblea, sobre la actitud de los diputados de la nobleza o del clero. Acusaciones entre camaradas. Duelos de oratoria. Amenazas de muerte y citaciones a la guillotina. Allí no se discutía, ni había programa, ni presidente, sino que el populacho imperaba con toda su majestad, en busca del sensacionalismo y las denuncias teatrales. Atmósfera la más propicia para las proscripciones y matanzas, para el Terrorismo y su Hombre: Maximiliano Robespierre. La sala no escuchaba a otro. El abogado de Arrás, flaco, de fisonomía severa y adusta, envuelto en traje verde aceituna, un tanto descolorido, hablaba del pueblo y para el pueblo. Fué ésta su habilidad. El secreto de su éxito. Sus paisanos motejaban la voz del orador como chillona: aquí, en el Club de los Jacobinos, no chilla, truena como el estampido de la masa hecha palabra. Por ello, es su orador; porque no solamente la voz, la misma personalidad de Robespierre se ha confundido con esa personalidad imprecisa, pero real de la turba. En la Asamblea provocará risas mal disimuladas: aquí, el recogimiento y el silencio aplauden sus frases, cuando la admiración no estalla en el frenesí de los palmo-teos. Intérprete de la sentimentalidad de pañuelo, del rousseauianismo de las lágrimas y suspiros fáciles, conmueve a las mujeres. Los hombres descubrieron en él la opinión que esperaban para lanzarse a la utopía de las transformaciones sociales.— Robespierre el Grande, producto del Club de los Jacobinos, es caso fuera de las leyes de la historia: se pertenece, más bien, a las investigaciones del mesmerismo.

Y como quiera que el Club de los Jacobinos era Robespierre, eliminado éste, fué fácil barrer con él. Los árbolitos de la vida ajena desfilaron en escuadrón cerrado de ciento veinte, en un solo día, hacia la guillotina. Los sobrevivientes de esta depuración se vieron perseguidos con el furor con que ellos desataban la víspera el torrente de la sangre de sus adversarios. La Convención decretó la suspensión de las sesiones del Club, el 12 de Noviembre de 1794. Intentaron restablecerlas, mas el momento en que iban a reabrir las puertas de la guarida maldita, aparecieron como lanzados de los cuatro puntos cardinales los representantes de tantas víctimas de su sadismo, padres, hermanos, primos, amigos, que llegaban a residenciar a los verdugos. Los Comités de la Salud Pública y de la Seguridad General se apresuraron a echar llave al fúnebre Convento de la plaza Vendôme. Se cerró con cal y piedra la entrada. Al pasar delante de ella, las mujeres se santiguaban como ante una boca del infierno. Los Jacobinos eran apenas un terror de ultratumba. Como que el Terror no fueron ellos, sino Maximiliano Robespierre. Sobre su sepulcro Francia respiró. ¿No es ésta la grandeza que subrayaba más arriba, la de haber puesto toda una nación bajo el filo de la guillotina como un solo condenado a muerte? Y la mediocridad más mediocre fué el fin de Robespierre: es: instante reapareció el abogado vulgar de Arrás. Pudo aplastar la conjuración, y la envalentonó con su cobardía. Inoportuno, acusa: «Necesito desahogar mi pecho, y vosotros necesitáis escuchar la verdad. Los negocios públicos toman un curso que alarma por la perfidia: el sistema combinado de los Hebert y de los Fabre d'Églantine se desarrolla con audacia inaudita. Los contrarrevolucionarios obtienen protección.... Están proseritos el patriotismo y la probidad....» La Convención le exige que precise las acusaciones: Vadier, Cambon, Billaud, Frenon, todos los aludidos corean el reto de Charlier, a una sola voz: «Para engrasarse del coraje de la virtud, hay que tener el de la verdad. ¡Corred la lista de los que acusáis!» Al día siguiente, después de cinco horas de invectivas y vociferaciones, mientras Maximiliano no dijo una palabra, la Convención vota por la acusación a Robes-

pierre, Sain—Just, Couthon, Robespierre el menor y Lebas. A las seis de la tarde, el Incorruptible y su Estado Mayor siguieron camino del Luxemburgo y de la Force. En vano se sublevó la Comuna y libertó a los presos. Robespierre era quien debía reaccionar: con sólo un gesto de entereza, la Convención estaba perdida. Prefirió hablar tres largas horas, como para dar tiempo a que la Convención colocara fuera de la ley a él, a sus compañeros y la Comuna. No le quedaba más recurso que morir con dignidad; pero, esto no saben los mediocres, así se llamen Maximiliani o Robespierre. Quiso imitar a Lebas, que a su lado acababa de destaparse los sesos, y no logró sino romperse la mandíbula con el tiro de pistola que se disparó. Así fue en la fúnebre carreta, entre el montón de veinte y un condenados a muerte, a las cinco de la tarde del 28 de Julio de 1.794, con la quijada sostenida con una venda, en medio de las turbas que se disputaban el sitio para contemplar más de cerca el paso del convoy, y saltaban de júbilo y poblaban el aire de voces tumultuarias como aquellas de la fiesta al Padre del Universo y Suprema Inteligencia, gritando: «¡Abajo el Máximo!» Por cierto, el «Máximo» era el precio señalado por la Convención a los artículos de primera necesidad; pero, era también el nombre de Robespierre el Máximo, cuyo tronco ensangrentado, instantes después, rodó al cesto de aserrín. ¡El Mediocre agigantado por ese mismo populacho que ahora le veía en su propia medida, había recuperado su estatura histórica en el cadáver trunco!

Maximiliano oscureció el brillo y tapó la figura de los demás Antepasados de la Democracia. Pues se trata de especialistas de la Revolución, solamente los especialistas de la historia conocen la talla de émulos del Maximo como José Lebon y Juan María Collot de Herbois. Sacerdote del Oratorio, el Robespierre de Arrás, por su empeño y fiereza parecía obsesionado del afán de desmentir sus antecedentes clericales. En su edificante epistolario al Comité de la Salud Pública se leen trozos escogidos de la hiperestesia revolucionaria como el siguiente: «Me juzgo digno de la misión que me han confiado. La tarea impuesta a mi energía, la sabré cumplir: las cabezas de los

aristócratas caerán como granizada. No dejaré libre un solo rico, un solo intelectual que no se haya pronunciado en pro de la República, en forma explícita, y no a última hora. Decís que desde hace días guardo silencio: es porque José Lebon trabaja mucho y no se da tiempo para escribir. Creedme, el trabajo adelanta de modo encantador: no pasan veinticuatro horas sin que expida material para la guillotina. Me pedís detalles: no dispongo de un minuto para daros. La guillotina no descansa. Sólo hoy, he despachado veinte y ocho entre machos y hembras (sic). Según su paisano y contemporáneo, Gufroy, el desenfadado corresponsal no exageraba: «Cada día, en Arrás, el vecino ve si la casa de su vecino está abierta; todos tiemblan hablar; todos se miran con inquietud.....» El pánico domina la ciudad. Nadie ignora que Lebon ha declarado, y no en son de broma, que de los veintidós o veintitrés mil deben quedar apenas tres o cuatro mil— población de sobra para Arrás, como añadía el monstruo nativo de ella.

Cierto día, le vino en ganas visitar su antigua parroquia, y fue allá en compañía de sus íntimos Galand y Caubrières. Celebró una misa «constitucional»: como varios campesinos no asistieran, les encerró en la cárcel. Le agradaban el aparato y la pompa y presidir las ejecuciones. Mandó colocar la guillotina frente al teatro de Arrás, y con su mujer, sus primas y el público de sus fieles, asistía desde un balcón al espectáculo. En un tablado contiguo, la orquesta tocaba piezas patrióticas, «a fin de que los aristócratas no se quejaran de no haber disfrutado del placer de la música en sus últimos momentos». Doble de Nerón, se reía de sus víctimas como de aquella cuya ejecución ordenó suspender, el momento preciso en que iba a recibir el golpe fatal. El infeliz creyó que era para perdonarle. Había sido para dar tiempo a un descamisado, a acercarse y arrojar a la cara del ejecutado un puñado de lodo. O bien, como ocurrió con otro, la orden de suspensión era para dirigirle todo un requiritorio de denuestos y diatribas y concluir a gritos: «¡Anda y dí a los parecidos a tí cómo tratamos a los de tu raza!».....Doble de Calígula, a un papagayo hizo decapitar con la mayor seriedad, «por sindicársele de haber lan-

zado vivas al rey». Como la más graciosa ocurrencia festejó la del verdugo que tomó la cabeza del que acababa de guillotinar para hacerla dar un beso en la boca del que, vivo aún, esperaba su turno.

No sólo él y sus familiares debían ver cómo «se purificaba el suelo de la Libertad», sino todo el mundo, sin excepción de aquellas tímidas mujeres que se escondían en el último rincón de la casa por no presenciar las ejecuciones: para que asistieran, les impuso pena de cárcel. Gustaba sentarse a la mesa con el verdugo y el ayudante. Redactaba en persona las actas de acusación. Y los jueces sabían la sentencia que debían pronunciar, porque de otro modo corrían la suerte que corrieron cuatro colegas, que del tribunal pasaron a la guillotina por haber absuelto a dos sobre veinticinco. Bien merecido el saludo con que le recibió la Convención, por boca de Andrés Dumont, el día en que citado ante ella, tuvo que comparecer: «¡Ahí tenéis al Sanguinario, monstruo de la criminalidad, ebrio de sangre!» Fué la música con que amenizaron la hora postrer de quien amenizara los instantes supremos de los aristócratas. Original para la severa, halló apenas una mala excusa para descargar la responsabilidad sobre sus jueces: «La verdadera criminal es la Convención. Yo solamente he acatado sus órdenes y cumplido sus instrucciones». No le valió: como él dijera, fué a contar a Maximiliano y los demás cómo seguían tratando a los de la casta....

Tal vez, el Robespierre de Lyon superó al de Arrás. La metrópoli del Ródano sublevóse contra el Terror: tanta audacia debía de pagar muy caro: con fecha 12 de octubre de 1793, la Convención votó el decreto redactado por Barère, cuyo artículo quinto decía: «Se levantará en las ruinas de Lyon una columna con esta inscripción: AQUÍ FUE LYON». Un tanto teatral. Pero, si la inscripción no llegó a grabarse, no le faltó la más decidida voluntad a la Convención, que mandó gente escogida para el propósito: Fouché, Sebastián Laporte y Juan María Collot de Herbois. Fouché se había recomendado a los maestros por su campaña en Nièvre y en Allier, donde saqueó las iglesias, profanó los vasos sagrados y obligó a los obispos a cambiar la mitra por el gorro fri-

gio y celebrar oficios republicanos. Laporte como el apóstata Fouché, que fué oratoriano, no era un desconocido en insania. Y con el jefe de la Comisión para la Columna aquella, con Juan María, la empresa estaba garantizada.

Juan María levantó el censo de la población que debía sobrevivir: sesenta mil serán suficientes para Lyon. Y no es una cifra más o menos aproximada, sino que debe ser matemática. Para ello, la guillotina anda despacio. Habrá que apelar a los cañones. En un solo día, son barridos de esta manera sesenta condenados. Al día siguiente, 5 de diciembre, doscientos ocho, conducidos a un prado de las inmediaciones y colocados bajo la descarga de la artillería, en presencia de la plebe y del inventor del sistema, Collot de Herbois, que escribirá, jubiloso, a Robespierre, ponderando ese homenaje a la República— el charco de lodo y sangre en que flotaban los cadáveres de los ejecutados y sus sesos y entrañas vaciados. El inventor había disfrutado los momentos más delicados al oír la desgarradora gritería de las víctimas y al contemplar cómo éste o aquel fugitivo que lograba desatarse del compañero con que fuera amarrado, era ultimado por el fuego de la fusilería, que ayudaba al cañoneo. Y como hay que volar las casas de la ciudad, y el trabajo no progresa con aquel modo de demoler de una en una o a lo sumo de dos en dos, el abreviador de la carnicería excogitará la forma de abreviar la demolición: desde el 26 de noviembre, a la cabeza de los zapadores, hará saltar de manzana en manzana.

No es historiador parcial, quien ha compilado estos datos y describe escenas por el estilo, sino Eduardo Herriot, jefe del Radicalismo Francés y uno de los representantes más destacados de izquierda, en un libro que lleva por título la inscripción acordada por la Convención: LYON NO EXISTE. Collot de Herbois disputa allí el timbre de Máximo, no a Lebon, al mismo Maximiliano Robespierre. En el cañoneo de la plaza Bellecour y de la plaza Terreaux, entre las diez, veinte y hasta treinta personas que eran barridas por día, desaparecieron sexagenarios como Juan Jacobo Ampère, padre del ilustre físico; paralíticos de setenta y cuatro años, mujeres encintas,

niños, obreros, gentes de toda edad y condición social, las más de las veces, sin fórmula alguna de proceso, tan sólo porque había que completar la lista de la eliminación con que restaran apenas los sesenta mil. Los sacerdotes pasaron en la vanguardia. Quizás, por sacerdote, no por la culpa atroz de ser hermano del ministro de este apellido, el canónigo Roland fué guillotinado. También era crimen el título de doctor en leyes, porque un abogado lo pagó con la vida. En otra sentencia se lee: «Condenado por acomodado». En otra, aunque parezca más increíble: «Sospechoso de ser cirujano». Tres hermanos de apellido Leviste recibieron la «salva republicana», el fuego de la artillería, por «no haber conocido a uno que fué recientemente ejecutado». Treinta y dos víctimas, por «la audacia incalificable de haber protestado que eran inocentes».

Por supuesto, la guillotina no descapataba. Si no con la rapidez del cañón, con ritmo de máquina clásica de la Revolución, levantaba montones de cadáveres, como aquel del barrio que no pudo soportar el mal olor de la putrefacción, y suscribió una petición para que se viera el modo de conjurar semejante incomodidad. Parece que el olor llegó hasta las narices de Dantón y otros convencionales. Collot de Herbois se dirigió en viaje intempestivo a París, a explicar su conducta desde las barras de la Convención. Estaba cumpliendo lo ordenado: si se ha propasado, debe ser por exceso de sentimentalismo republicano. Y la explicación tapó las narices de los del olfato de... aristócratas. Juan María regresó a continuar su empresa, hasta que los dantonistas despacharon al cadalso a los hebertistas, para seguir ellos, los dantonistas, su turno, enviados por los robespierristas, que a su hora dejaron las cabezas en los cestos de aserrín y de salvado. Las prisiones estaban vacías, cuando Lyon respiró, como que Juan María no cedió de la cifra propuesta. Deportado a Cayena, a raíz de la revuelta del 12 de germinal del año 4, murió en esta colonia de presidiarios, el que cañoneó Lyon. Sarcasmo de la Revolución— de Saturno que devora a sus hijos: en Cayena, Juan María Collot de Herbois pagó el único crimen que no cometió, porque en verdad no participó en aquel motín.

Imposible pasar revista a toda la Legión. Danton, Desmoulins, Saint-Just, Carrier... desfilan en apretada columna, como repitiendo el clamor de este último: «¡Mata, mata!».... En Nantes, el convencional Carrier desmintió la hipocresía de sus congéneres, que nunca llegaron a confesar que asesinaban para no ser asesinados. Y vivía tan obsesionado de la idea, que cierta ocasión, mientras estaba a la mesa y la conversación versaba sobre el exterminio de los sacerdotes, de los nobles y de los burgueses, para resolver el problema del hambre popular, se levantó intempestivamente y se puso a zapatear, gritando: «¡Mata, mata!» .. Matar para no morir. Pero, la táctica les falló. La voz de muerte que lanzaba la Legión, fué contra ella misma. El desfile organizado se dirigía a la guillotina.

Para concluir con Pierre Gaxotte, es evidente lo que afirma un historiador: Carrier no mató tantas víctimas cuantas el tifus y otras enfermedades que se desarrollaron en las prisiones de Nantes. Positivo consuelo para la Civilización de los Derechos: la Revolución y sus Legionarios abrieron menos tumbas que las epidemias en el mundo.

Capítulo Octavo

ALAMUT: LA ESCUELA DEL CRIMEN



O hay duda, la filosofía de la Revolución, que me he permitido sugerir, es escandalosa y desafiante de primitivismo: el Adversario o Satanás soplando en las pasiones del populacho y sus criaturas, cual fuelle gigantesco en inmensa fragua. Pero el Apocalipsis peca no menos de primitivo. No se merece la atención de la Gran Ciencia y su más grande clientela. Sin embargo, es la historia de nuestra edad: la presencia del Invisible visible, Supremo Director del mal en la tierra.

No interesa, ni propiamente viene al asunto de estas páginas, averiguar históricamente las apariciones personales del Excarcelado en los conciliábulos de la magia moderna y del secretismo de la misma época. Mucho más interesante y decisiva es la verdad —histórica como una fecha de la cronología universal, por ejemplo— de la Masonería como actualización del Demonio fuera de la cárcel del abismo. Porque la Masonería es la reacción de Aquel que se venga de Dios en los hombres, por el castigo que recibió su rebeldía. Y la Francmasonería es Poder, República, Democracia— a elección del nombre de esta Fuerza incontrastable, ayer con la Revolución de la

Seudofrancia, hoy con la Revolución de múltiple apellido, según el país donde domina, en los cuatro ángulos del mundo.

Hizo la Revolución de la Nobleza contra el Rey, para concluir siendo la Revolución de un partido y del populacho contra el verdadero y legítimo pueblo. Por lo que respecta a las ideas, todas ellas declaradamente masonónicas, sería ocioso volver a lo expuesto. El equipo revolucionario, casi en totalidad, también le pertenece. Así como los procedimientos empleados para sacar de los clubes y academias la Revolución a la calle, como en la campaña electoral de los Representantes ante la Asamblea del Ochenta y Nueve.

Al examinar superficialmente los sucesos revolucionarios, quienquiera sentirá, tal vez, la tentación de creer en una improvisación que se produjo sin más preparativo que el calor del momento, cual si la atmósfera caldeada necesitara solamente la chispa de un caso fortuito para estallar. Nada más equivocado. El movimiento venía gestándose desde comienzos del siglo, no sólo por la labor de las ideas, sino también de la política. Los Nobles, el Parlamento y los Pares de Francia planeaban una revolución y andaban a caza de la primera oportunidad para lanzarse a los hechos. Buscaban la forma de contrarrestar el poder del soberano y de debilitarlo a su provecho de ellos. La nobleza rural hallábase molestada del ascendiente que iban adquiriendo los campesinos. La nobleza de la corte, endeudada y rebajada a la condición de domésticos de palacio, veía en el rey, no la razón de sus fueros y garantías, mas un competidor, al que se podía, y aun debía desplazar. La nobleza militar juzgaba amanezados sus privilegios por la nueva burguesía ávida de gloria y ansiosa de escalar los grados de la jerarquía del ejército. En otros términos, en la aristocracia descontenta germinaba la simiente revolucionaria. De lo cual se dió cuenta la Francmasonería, desde el primer momento. Fomentó el malestar con el tino y la prudencia que le caracterizan como técnica del éxito. Se presentaba aun como católica: iba a misa y a las ceremonias religiosas. No se diga, era realista: alegre, bebía a la salud del monarca y cantaba en su honor. Sin per-

juicio de alistar a los grandes que formaban en la oposición: al conde de Clermont, sacerdote de costumbres que prestigiaban a la secta, y que gastó su vida en luchar contra Luis XV, así como al duque de Chartres, luego después de Orleans, conocidísimo enemigo de la familia real, les nombró Gran—Maestros. Y pues la Masonería se distingue por su tradicionalismo, a fuer de heredera de la Sinagoga y del Fariseísmo, sus antepasados en hipocresía y otras judiadas, desde entonces, su cartel de propaganda decía: «La Masonería no tiene nada que ver con la política». Para ejercer más a sus anchas la influencia que ejercía en el terreno de los negocios públicos y del régimen de la comunidad.

Por este motivo es difícil correr lista a los Hermanos que figuraron en la Revolución. Porque de entre los nobles constan muchísimos. La Academia Francesa, desde antes de 1780, con la mayoría de sus miembros, sesionaba en Logias. Las academias provinciales imitaron el ejemplo. La prensa, la prensa grande —que entonces era ya de este tamaño—, la censura, los ministerios, el ejército, estaban en manos de la Masonería. Por el número como por la localización de los inscritos se explica la actuación rápida y eficaz de esa Compañía de zapadores del orden social. En el ejército hubo veinte y cinco Logias. Y ocurrencia que no es para admirada: en una de esas Logias, el Venerable era un sargento, mientras el Coronel del regimiento de artillería, el marqués de Havrincourt, era simple delegado del Gran Oriente. Ni hay por qué escandalizarse de la conducta de Malesherbes: nombrado censor de impresos, favoreció grandemente a los filósofos y enciclopedistas, al extremo de permitir las publicaciones de Diderot, de Voltaire y de D' Alembert y corregir personalmente las pruebas tipográficas de las ediciones de Rousseau, mientras prohibía el periódico de Fréron y uno del P. Geoffroy, porque el primero se había atrevido a criticar a Voltaire y el segundo atacaba a Diderot. La ocurrencia aquella es el donaire más trivial de la secta, que para ello predica la igualdad, para invertir la posición de sus afiliados, colocando al superior bajo el subalterno. Y por lo que mira al proceder de Malesherbes, entonces como ahora, los hermanos de man-

del corto tienen de ser largos de condescendencia con los otros, para merecer la gratitud de una complicidad tan barata, como se mereció el de la vista gorda con LA ENCICLOPEDIA, la CARTA ACERCA DE LOS SORDOS, etc., que murió en el cadalso.

Y el equipo de la Revolución se puso en marcha a la voz de la Masonería. Por los años de 1783 a 1790, Felipe de Orleans, Gran—Maestre del Gran Oriente, reformó el estatuto aquel del apoliticismo y creó en las principales Logias células de marcada acción política. Como quiera que perseguía su propósito, que se frustró como el de otros: encauzar la Revolución a su favor. Se había figurado el ingenuo, que la Masonería trabajaba para él, y no él para la Masonería. No hay duda, le asistían motivos para figurarse. Solamente los otros ingenuos, los de la Democracia, creen que la Revolución corocida con el nombre de Francesa fué un limpio trabajo en pro de la Democracia, mas fué trabajo bastante sucio de monarquismo y otras ambiciones personales de los artesanos del desconcierto y de la oposición como Felipe Igualdad, a las órdenes de la Masonería.— Las referidas células estuvieron dotadas de un organismo central, compuesto al principio de doce miembros, luego después de treinta, que sesionaban en casa de Adriano Duport. El Comité reunía en su seno Delegados de la Masonería Francesa, de la Azul, de la Roja o Escocesa, de la Masonería Alemana, de la Masonería Egipcia y de otras. Los treinta organizaron las asonadas iniciales de la Revolución y también la del 14 de Julio. Como quien añade, dejaron la Revolución hecha, en la calle, y se retiraron, porque, en seguida de esa fecha, ocurrió la revolución entre ellos: el Duque de Orleans confesó su deseo de subir al trono con el apoyo de los financistas y la burguesía, y el grupo encabezado por La Fayette y La Rochefoucauld, de la Masonería Escocesa, le contestó que mejor era su sueño de un parlamentarismo a la inglesa. En represalia, la Masonería Azul y la Orleanista se dedicaron con admirable ardor a crear quienes las vengaran: el Club de los Jacobinos. No es agradable para el democratismo de la Revolución; pero, es absolutamente histórico: sin esta pelea de los grandes, no habría existido Maximiliano el

Grande. En el Club de la plaza Vendome desembocaron las Logias en persona de sus miembros. En el Jacobinismo la Masonería se popularizó, pero con las maneras del descastado. El pueblo descastado es el populacho.

Una de las autoridades en el asunto, Agustín Cochin, analiza este aspecto de la Revolución, y hasta la fecha nadie le desmiente. No fué la Revolución uno como complot masónico; pero, fué la suma y cuociente de las innúmeras sociedades de pensamiento, cual se llamaban: sociedades de agricultura, cámaras de lectura, sociedades de conferencias, academias locales y logias masónicas, que pulularon en toda Francia desde antes de la Regencia. La Revolución fueron esos pequeños clubes donde los concurrentes se ejercitaban al parlamentarismo, a la táctica de las asambleas y al manejo de la opinión. Tenían sus órganos de propaganda, y por medio de los secretarios mantenían entre sí correspondencia asidua. Obedecían, en fuerza de las circunstancias, por su misma constitución y finalidad, al impulso de tal o cual de sus miembros, elegido entre los más constantes y los más hábiles para la maniobra y la dirección del greguismo, que es como el espíritu de las asociaciones de la laya. Estos clubes, es decir, estas células de la Masonería hicieron las elecciones de 1.789.

La historia oficial, segura de pasar ante el vulgo como la historia simplemente tal, la de los documentos y las afirmaciones comprobadas, narra de tan distinta manera. Luis XVI resolvió convocar los Estados Generales: los franceses de todo el reino se reunieron como un solo comité, redactaron los pliegos de peticiones y enviaron a la capital los Representantes que debían imponer aquellos como acuerdos de la voluntad general. Las elecciones se verificaron espontánea, serena y libremente, sin presión ni solicitud. Y los pliegos aquellos, los «cuadernos» del Tercer Estado, traducen con fidelidad los sentimientos, los deseos y las quejas del pueblo. Mentiras fáciles de refutar: desde ésta de los pliegos de demandas y acusaciones, que con el simple examen de los textos delatan una mano ajena a los firmantes y establecen la tesis de un patrón o modelo, o de varios según las zonas del territorio francés, que fueron copiados con la adición de

ésta o la otra petición local, para disimular el servilismo de la copia. Sumamente gracioso, como observa Pierre Gaxotte: el «cuaderno» de una parroquia rural de última categoría está redactado en retórica ciceroniana, con latines y citas de Montesquieu.

La mano ajena era de los clubes, del Club Centralizador de todas esas sociedades y hombres de las sociedades: la Masonería. Unicamente la Masonería, con sus miembros adiestrados por largos años de deliberación, tenía un programa como el que allí aparece. La misma falta de un jefe, o por lo menos de jefes, comprueba el masonismo de esa campaña electoral, puesto que su característica de la Masonería, el procedimiento sin unidad absoluta aparente, aun respetando los cismas, las exclusiones y las rivalidades personales, con tal de que todos concurren en definitiva a la misma obra y al logro de un solo fin. Los hombres de las sociedades de la Masonería son de la manada; su poder está en mantenerse en el rebaño: si alguien quiere conducirlo, lo conducirá, mas a condición de no salir del rebaño. Una explicación más de la mediocridad de los «líderes» de la Revolución: los más individualizados pasan los primeros en el turno de la eliminación.

Pocos documentos hay del valor de la Memoria dirigida por un Hermano, el duque de Montmorency—Luxemburgo, al duque de Osuna, explicándole su conducta: «En casa del consejero del Parlamento, Duport, se reunía una asamblea cuyos miembros, casi todos, han comparecido en escena, con más o menos celebridad. Las sesiones se celebraban los domingos, los martes y los viernes, de cinco de la tarde a diez de la noche, y nadie era admitido sin el voto unánime de la sociedad, compuesta al principio solamente de diez miembros, entre los cuales me contaba. Los personajes más salientes eran el obispo de Autun, el duque de Biron, Mirabeau, La Fayette, Target, Lacretelle, el conde de Castellane, el abate Luis, consejero del Parlamento, Trudaine también consejero, el mariscal de Beauveu, el marqués autor de tantos folletos (Condorcet), el abate Siéyes, el vizconde de Noailles y otros que después metieron bulla. Se elegía un presidente, que se sentaba ante una mesa, proponía

la cuestión y ordenaba la discusión, tomaba los votos por orden de asientos, resumía lo tratado en la sesión y señalaba la próxima. Se abría la sesión dando cuenta de la situación de los espíritus, de cómo iban los notables y los ministros, del efecto de los panfletos distribuidos, y se determinaba el curso que había que imprimir a la asamblea, y sobre todo los medios de dirigir la opinión pública para obligar a los acontecimientos a seguir la línea de sus ideas. Se discutían todos esos medios y cada uno se encargaba de preparar una doctrina cuyo germen estuviera en los espíritus, y que haciéndolos fermentar, trajera la Revolución deseada.... Se le despreciaba a Necker y se le consideraba como manequí necesario para agitar al populacho.— El Duque creó el Gran Oriente, como administrador y reorganizador de la Masonería, mientras Felipe de Orleans se contentó con una autoridad nominal de Gran Maestre. Prototipo del noble quimérico, soñador en una revolución a la inglesa, de una monarquía, no del Rey, de un parlamento o asamblea de aristócratas, localizó de este modo la Revolución en una sala de sociedad secreta —la misma Revolución que luego pasó a perorar en la Asamblea, a vociferar en el Club de los Jacobinos, a enronquecerse con los Legionarios del santo y seña de la Doctrina— fermento: «¡Mata, mata!»

La Masonería es especialista en carnicería. La Sociedad de la Sangre. Para recordar la etimología del vocablo asesino— la Orden de los Asesinos y del Viejo de la Montaña. Se discute todavía el verdadero origen de la Masonería. Hay quienes aseguran que proviene de los Caballeros del Temple, que a los dos siglos de su fundación, el año de 1312, fueron suprimidos por el papa Clemente V. Falange de héroes de la reconquista de los Lugares Santos, durante la paz se consagraron a acumular riquezas, constituyéndose en Europa banqueros de los papas y de numerosos príncipes. En Francia, Felipe el Hermoso, para apoderarse de sus bienes, persiguió a los Templarios y los llevó al cadalso con el Gran Maestre Jacobo Molay. La Masonería habría nacido de esta Orden, aun antes de su extinción, con la relajación de la observancia religiosa y por el dinero contagioso de judaísmo,

no solamente en el sentido de la avaricia y la usura, sino principalmente en el sentido de la psicología de esa raza de soñadores en la monarquía universal y en un mesianismo falseado. Porque la Masonería desde sus comienzos eligió esta ambición, que es su espíritu más íntimo y el alcance de sus estatutos: dominar el mundo, monopolizando su economía. En todo caso, es visible el origen oriental de la internacional Cofradía. Por el simbolismo y las insignias, no se diga, por la técnica y la mística de su doctrina más pura. Por ello, podría hacerse esta encuesta. Los Templarios, o quienes sean los fundadores de la Masonería ¿no trajeron el modelo de las sociedades secretas, copia más conforme con el original, de aquella Masonería que conocieron tanto los Cruzados en Palestina y Levante, de la Masonería del Sire de los Asesinos, como dice la crónica del Conde Enrique de Champaña, en su viaje de Tarso a Jerusalén, hacia el año 1.194?

Los Asesinos o Ismailianos fueron llamados hashashin, por el hachich —en árabe, *haxir*: yerba seca—, narcótico que se creía, usaban esos formidables terroristas, para cometer toda clase de desafueros y sembrar el pánico en las poblaciones del Asia Menor y en Persia. Su fundador fue Hasan—ben—Sabá, asceta del crimen, uno de los más, prodigiosos mixtificadores de colectividad que la historia conoció a través de los tiempos y países. Fijó su residencia en la ribera oriental del Mar Caspio, en las montañas del noroeste de Kazvin, en el castillo de Alamut, que en su idioma, descompuesto en Alah—Amut, quiere decir: EL NIDO DEL AGUIA. La guarida del que extendió su diestra como una garra de ave de rapiña sobre Sultanes y visires, que temblaban al solo oír su nombre. Sin lenguaje figurado: la fortaleza de Aquel que descubrió la Mística del Puñal.

Alamut y la Escuela del Crimen en occidente, coinciden en el fin y en los procedimientos, más que en la técnica del terrorismo. Revolucionario subterráneo, Hasan lo fue desde estudiante de la universidad de Nishapur, a fines del siglo undécimo de nuestra era, en compañía de Nizam—el—Mulk y de Omar Khayyam. El gran visir de Alp Arslan y el poeta acabaron por olvi-

dar las lecciones de Imam Muaffik: el primero en el oportunismo del empleo, y el segundo en la vida fácil del epicúreo fatalista. Hasán, él, desde el más oscuro escepticismo, escaló la cumbre de su robusta personalidad, la Roca del Aguila, donde se alzó como nube de tempestad sobre las dilatadas regiones que llenaba el espanto de su fama. Y su religión fué de zapa. La Persia tradicionalista, que en lo íntimo de las conciencias maduraba la venganza contra el invasor semita, se había hecho carne en él. La carne vibraba como espíritu. Y el espíritu se quintesenciaba en el ismailianismo, que sobre ser a modo de contrarrevolución del mahometismo, ofrecía al persa la fórmula que pedía su alma: el ocultismo. El ocultismo era la voz misma de la sangre del Irán, como quiera que en las entrañas del país ario el musulmán no había ahogado el grito de la evocación a Zoroastro, a Mitra, a Brahma, a los viejos cultos de los entonces siervos del Sultán, que repetían en voz alta: «No hay más dios que Aká», para añadir en silencio: «sino el dios de nuestros padres».

El castellano de Alamut fué profeta doblado de filósofo. Durante los largos años que allí vivió, se le vió solamente dos veces en la terraza del castillo. Pasaba encerrado en su biblioteca, leyendo y redactando. El Profeta fué su propia inspiración y palabra: la Palabra hecha Fuerza. Al revés de la Masonería, que es palabra, sin duda, pero de oratoria: la oratoria tan elocuente y viscosa como la saliva que gasta en proclamar las grandes voces del Progreso y Fraternidad universal. No en la sinceridad, ni en la austeridad que se podría denominar republicana, para designar de alguna manera la conducta del que mixtificaba a la turba, mas no para explotarla, ha imitado la Compañía de Asesinos al Anacoreta del Terror. Hasán fué una garra limpia de águila: la Francmasonería es una zarpa manchada en la sangre de las mismas clases proletarias que asegura socorrer. Hasán fué nacionalista de veras: la Francmasonería apela a la soberanía del país donde trabaja y a la causa de la nación, para el internacionalismo de la peor especie, que no admite el concepto de patria, sino sostiene el de hato sin fronteras, cuan grande es el rebaño por trasqui-

lar.

Los viajeros han buscado en vano las huellas de los jardines descritos por Marco Polo y los autores orientales. Paraíso terrenal, adonde eran trasladados los fieles, adormecidos con la droga, para gustar el premio que les guardaba si obedecían ciegamente las órdenes del Jefe. Despertaban allí en brazos de mujeres estupendamente bellas, entre coros de música y bajo una lluvia de perfumes. Nada de semejantes parques y umbrías: las ruinas de un castillo en lo alto de una roca, al borde de un precipicio, en un parejo sumamente frío, fué cuanto vió uno de los investigadores de Alamut, Chardín. Tampoco en tiempo del Monje siniestro, que descendió a los infiernos la noche del viernes 12 de junio de 1.124, como diría un historiador árabe, debió existir más que la fortaleza agigantada por el pánico de cuantos volvían a ella la vista como para sorprender el vuelo de los agentes de Alamut, que salían en todas las direcciones y penetraban a lo más recóndito de los palacios, llevando mensajes como el que recibió Sandjar. En el suelo y junto al lecho un cuchillo y una esquila que decía con la firma de Hasán: «Respetado Sultán, si no te profesara el afecto que te profeso, este cuchillo clavado aquí, en la tierra dura, hubiera sido hundido con más facilidad en tu pecho tierno y delicado. Vivo en la cima de una roca, pero tus confidentes están de acuerdo conmigo».— Sin los jardines y más encantos ¿cómo se explica el misterio de la fascinación de Hasán? ¿el fanatismo de los devotos como aquella madre que se vistió de fiesta al saber que su hijo había perecido entre los defensores del Solitario, mas cuando le vió regresar, sano y bueno, no pudo reprimir su dolor, se arrancó los cabellos y entregóse a la desesperación?

Alamut tuvo de oriental el símbolo. El huerto florido de la leyenda, quioscos de delicias, voluptuosidad, placer, droga, todo era Hasán para los «fedawis» o fieles. El narcótico de la fe ismailiana en la reconquista de Persia y más aún, en la posesión del paraíso de ultratierra, les entontecía para que vieran la realidad y no fueran incondicionales para el delito. Lo cual confesaron dos Asesinos a Saladino, que les rogó le pidieran cuanto qui-

sieran, porque no sabía cómo agradecerles la muerte del jefe de los Cruzados: «¡Dios mande sus ángeles a proteger a su majestad! Vanidad es este mundo, y aquel que se deja por el mundo seducir, tendrá para arrepentirse, cuando para nada le valdrá su arrepentimiento. Hemos renunciado al mundo y lo hemos abandonado, y por ello, solamente os aceptaríamos dos sacos de harina, porque ambos tenemos familia». Profesión de fe. Los Asesinos conocen el valor del mundo: espectáculo de la seducción y la vanidad. Renunciaron la ilusión, para abrazarse con ella en la persona de Hasán Sabá. Es éste el misterio, y no el estupefaciente, ni la incondicionalidad hasta el suicidio: en presencia del conde de Champaña, el Viejo de la Montaña ordenó a dos de sus hombres que se arrojaran de la torre al suelo, y el par se arrojó inmediatamente. Como el estupefaciente de la Francmasonería o hachich de la filantropía y más yerbas secas de nuestros días. El misterio está de parte de Hasán. Logró hipnotizar de ese modo a sus legionarios, hasta darles por realidad tangible su propio sueño de él.

Aunque en la Francmasonería no hay este misterio. Porque la fortaleza de la Ciudad Contemporánea, castillo del Adversario es el Alamut de los Asesinos de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad. El narcótico es el espíritu mismo de Satanás: la Impostura. Y su sombra cubre la esfera, como dos alas abiertas sobre el nido.

La ecuación de la Francmasonería con el Nido del Águila es etimológica: Nido del Pajarraco que vió Dante en el centro de los abismos infernales.

Capítulo Noveno

EL LIBERTADOR APOCALIPTICO



S el título del Emancipador de América. Porque en Simón Bolívar, más grande que la popularidad de la admiración del vulgo, es la tragedia de la pasión y vida del Libertador por libertar.

¿Quién libertará al Genio de la independencia? ¿Quién le redimirá de academias y sociedades consagradas a su culto y memoria, pero también a mantener el mito del héroe gozoso y satisfecho, contra el Bolívar, el hombre y la obra, esa como supremacía de lo sofístico, para llamar con epíteto de literatura el drama que tuvo por escenario un teatro más vasto que el continente, el alma del Mártir, y por víctima, la flor más preciada de la raza, el epónimo Caraqueño? ¿Quién rescatará a Don Simón de las imágenes y estatuas con aire de triunfador, como si el Vencedor de las batallas hubiera vencido en la última, la más titánica, contra la Revolución y su espíritu de ella, y no se hubiera arrepentido, tal vez, de la emancipación?

¿Tal vez? Eufemismo indigno para el que confesó paladinamente que había arado en el mar. Que la libertad era la única conquista de sus armas victoriosas, a costa de todos los demás bienes. Y momentos antes de

expirar, en palabras del fin, como quien dispone su postrer voluntad, se le oyó repetir: «¡Vámonos! ¡Vámonos!... No nos quieren aquí....» En vano se procurará apagar este grito. Las salvas de las conmemoraciones aniversarias, la música y los panegíricos no suenan tanto como el estampido de aquellos ecos.... Y el Libertador sigue despidiéndose de América. Su tumba es el silencio que se hace lenguas de la Libertad en el mundo colombino.

¿Delirio del agonizante? Pero, en la época de su mejor optimismo, cuando el porvenir se abría delante como arco de triunfo, dijo a Santander: «O yo le fusilo a usted, o usted me fusilará a mí....» Marius André opinará que el dilema de este desafío expresaba el sentimiento íntimo de Bolívar, de lo frágil de su autoridad ante el Hombre de las Leyes: Más de acuerdo con la psicología del genio, que no vive solamente el instante en que habla, es el antecipo del futuro en esa frase: Bolívar presintió su destino, que había de morir en manos de su propia criatura, la Libertad. Porque Don Simón no murió de la enfermedad que refiere el Doctor Reverend, sino de tristeza. Para repetir la declaración del Libertador: murió de arrepentimiento de haber libertado América.

Y no blasfemo. La grandeza de Bolívar no es del tipo vulgar que aseguran los mitómanos del bolivarismo. La grandeza de su genio y de su empresa, la expresó él mismo: «La gloria consiste, ante todo, en ser útil». Luego, mal podía contentarse con el renombre de Libertador, si la gloria de la independencia servía para aquello a lo cual estaba sirviendo: al desenfreno de las pasiones de bandería y a un legalismo que en breve haría recordar, y con ventaja, la tiranía española. Había roto los hierros del coloniaje y la Revolución fraguaba las cadenas del peor despotismo, cual es el democrático.

El Bolívar liberal está bien para los que le insultan y calumnian, reclamándole como bandera de su causa de ellos. Para el patriotismo de los desfiles y más teatralidades, el Bolívar homérico de la gesta que fatigó a los clarines de la Victoria, será el más adecuado. El Bolívar histórico, el autobiográfico, es mucho más digno de la admiración y homenaje a su genio. Como quiera que

fué más grande que la Libertad que conquistaron sus armas y sus tercios: la Libertad de la que no fué digno el Continente Americano. Aquella Libertad a la que él se refirió en sentencias como ésta: «Sólo los ángeles, y no los hombres, podrían vivir libres, tranquilos y felices, ejerciendo toda la postestad soberana».— Aunque ni los ángeles, porque su sociedad también es la jerarquía de la obediencia bajo el poder absoluto de Aquel contra el cual se levantaron los Rebeldes con el primer grito de la Democracia, ejemplo y norma de las revoluciones, primera Revolución a la francesa y a la contemporánea, la que comenzó con la suma de la Declaración de los Derechos: «*Non serviam!*» En romance: Soberanía Popular.

A los adoradores del Seudobolívar cabría preguntar qué hubiera sido de América si el Libertador no se hubiera educado en la escuela de Juan Jacobo Rousseau y de la Revolución del Ochenta y Nueve. Parece que la respuesta que se impone es: América no se hubiera independizado. Porque la idea misma de la emancipación germinó con la idea revolucionaria de Francia. Sin embargo, de los discursos de Bolívar, de sus cartas, en suma, de la autobiografía que acabo de aludir se deduce también la otra respuesta: si el Libertador no se hubiera dejado influir de la Revolución Francesa, hubiera emancipado las cinco Repúblicas, con solo su genio, sin mixtificaciones ajenas, para una autoridad fuerte, al abrigo de la demagogia, sin los escrúpulos de ese liberalismo que constituyó la parte demasiado humana de quien tuvo una misión sobrehumana que cumplir: la redención política de los pueblos. En otros términos, para redimir el Continente, a Bolívar le bastó su propia idea de la libertad. Sin embargo, como que hasta el genio respira la atmósfera de su época, y la de entonces era de hospital, el Libertador mendicó ajenas ideas a libertadores de cartel.

Diffícil de perdonar este crimen a la Revolución de los Derechos. No sólo profanó uno de los más dulces vocablos que pronuncian labios de hombre, hasta hacerlo sinónimo de garantía para el delito, para recordar el apóstrofe de Madame de Roland: «¡Oh libertad! ¡cuán-

tos crímenes se cometen en tu nombre!», sino que a los americanos nos robó el mejor Bolívar, aquel que demasiado tarde comprendió toda la verdad del axioma que alguna vez él mismo enunció: «Entre las formas de gobierno la democrática es la más débil». La Revolución creó su Bolívar de ella, si no peca de audacia la expresión. Porque hubo propiamente dos Bolívares: el militar que no necesitó consultar a nadie, para escalar la más alta cima de la gloria; y el político que consultó a los filósofos y tratadistas de la Democracia como anarquía, para ascender a la cumbre, sin duda más elevada que aquella que coronó su genio guerrero—a la cumbre del calvario desde el cual contempló que aun el sacrificio de su vida era inútil para redimir América del tumulto de las ambiciones brotadas a la sombra de la Libertad.

No es afán de singularizarse a fuerza de paradojas, sino vivo sentimiento y emocionada convicción del verdadero significado del Héroe, a quien rindo el tributo exiguo de mi dolor entrañable. El Libertador libertó América, y no se libertó a sí mismo. Lo cual dijo en su agonía. Sintiéndose como en una cárcel —¡tan estrecha para la inmensidad de su alma!—, suplicábale al sirviente le llevara de ahí. Sensación de angustia que suele acometer a los presos, hasta obsesionarles con la idea de hallarse sujetos a una fuerza que les ata al reducido lugar donde están. La sensación de Bolívar moribundo. Su espada rompió pesadas cadenas en nombre de la Libertad: ahora, la Libertad, me equivoco, la Revolución parecía haber fundido todos esos grillos, para atarle al lecho de su dolor.

Los últimos años de la vida de Bolívar, sin necesidad de violentar los textos, fueron continua y porfiada lucha entre la Libertad y el Libertador. Al extremo de que la Libertad no siquiera usó las maneras y caballerosidad aconsejadas en esta clase de duelos. Decadido de fuerzas corporales, sumido en la melancolía, saboreando la hiel de todas las ingratitudes, Don Simón no era ya el hombre para sostener la feroz embestida de sus enemigos, digo, la embestida de la Libertad. La Revolución, la Libertad debía tratar con más consideración al adversario prostrado. Pero, el único deseo de ese entonces, ansia públi-

ca era la de deshacerse a cualquier costa de Bolívar, de desplazarle de Colombia, como se desplaza al que no sirve ya. Los documentos hablan. El Libertador pidió pasaporte, tal vez, con la idea de que le negarian. A vuelta de posta le llegó el pasaporte del Congreso, más la ratificación de los treinta mil pesos anuales que desde tiempo atrás se le habían concedido. Para repetir a un pensador colombiano: treinta mil pesos para despachar al huésped incómodo, insoportable por las inquietudes y desazones que cuesta.... El llanto acude a los ojos al leer la contestación del «agraciado» y descubrir entre líneas el mal reprimido corajo que debió esconder el ánimo de quien veíase de esta manera expulsado del país que rescató con sus hazañas. En carta al presidente Mosquera escribió desde Cartagena: «He recibido mi pasaporte para salir de Colombia, y luego al punto me vine con la mira de embarcarme en un paquete inglés que está fondeado aquí, pero ya la cámara estaba ocupada con una porción de señoras. Además, el tiempo era demasiado angustiado para arreglar todo, y no me pareció decente marchar en medio de una emigración de mujeres: sólo huyendo pudiera parecer esto natural. Por lo demás, los días que quede en Cartagena no pesarán al Gobierno, pues estoy muy lejos de conspirar contra mis mayores enemigos».

Sí, de modo alguno cumple a la decencia que Bolívar emigre en la compañía que fuere, y que huya del alcance de sus enemigos. ¡Que muera en el cadalso preparado por la incomprensión y la felonía, el único sitio a propósito para el fin del drama! Tiene de cumplirse otra de sus profecías: ¡pues no quiso ser «tirano», será Víctima del miedo a la opinión!... Aunque —como él mismo añadía— «todo este Continente está lleno de tontos conducidos por cuatro pícaros, y luego ¡hágase caso de la opinión de los más! No haría caso si no fuera sino opinión; pero, como esta opinión se arma no se puede despreciar sin estar pronto a dar batallas: las he dado cuando era joven; ahora estoy cansado». El lo dijo: esta batalla fué superior a sus fuerzas: la batalla contra la Libertad—Revolución.

La Libertad mató al Libertador. Y antes del 17 de

dieciembrebre: «Yo nada tengo qué hacer en los negocios públicos. Yo he muerto políticamente y para siempre»— decía a Fernández Madrid, el 6 de marzo. De modo que, sin mayor motivo, esperó todo ese tiempo el gobernador de Maracaibo, para estallar en el alborozo que se diría, quiere recoger el son de las dianas de Carabobo para saludar la noticia, que según él vale por una victoria: «No hay para que dudar. Todos los datos y noticias concuerdan. Me apresuro, pues, a comunicar al Gobierno este gran acontecimiento, que producirá un sinnúmero de bienes a la causa de la libertad y felicidad de los pueblos. Bolívar, el genio del mal, la teta de la discordia, o mejor dicho, el opresor de su patria, ha dejado de existir y no ocasionará ya los males que hacía pesar sobre sus compatriotas. Su muerte que, en otras circunstancias y en tiempo de la superchería, hubiera sido un duelo para los Colombianos y les hubiera impresionado dolorosamente, será hoy el motivo más poderoso de regocijo, porque significa la paz y la tranquilidad para todos. ¡Qué golpe para sus partidarios, y qué lección para todo el mundo! Este suceso manifiesta la protección con que nos asiste el Ser Supremo.... Me congratulo de tan grata nueva con el Gobierno».

En este sentido Bolívar es apocalíptico. Víctima la más excelsa de la Revolución, la más pura que pudo hallar la demagogia, la gloria como abnegación y servicio, el desinterés, la hidalguía, un quijotismo superior al Caballero encarnación y apellido de él, descendió a la tumba como Salomón en descripción de G. R. Tabouis: agobiado bajo el peso de la injusticia de su pueblo. Porque amenguan la vida y pasión de Bolívar, los que comparánle con Don Alonso Quijano. Por cierto, el Quijote no es la novela, ni siquiera la epopeya, mas la tragedia, conmovedora y profunda como la más humana tragedia, puesto que el Andante Caballero no personificó una psicología en un personaje de mito o de leyenda, cual en el teatro griego, verbigracia, sino que personificó su drama en un hombre de nuestra carne y nuestra raza, en un hombre realidad, y no imaginación. Pero la tristeza de Don Quijote fué tristeza en fin de cuentas optimista. La tristeza de Bolívar, por el contrario, fué amarga so-

bre toda amargura, a lo menos, el último año de su vida. Fué el *Eclesiastés* de Salomón, la suma de libro: *Labor et afflictio spiritus*.

Leemos en la «verídica historia» de Cervantes cómo Don Quijote, desesperado de la poca caridad y de la flojedad de Sancho, que «a lo que creía solos cinco azotes se había dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban» para desencantar a Dulcinea, resolvió azotarlo contra su voluntad. Al intentarlo, se opuso tenazmente el escudero, y como insistiera Don Quijote, «Sancho Panza se puso en pie, y arremetiendo a su amo, se abrazó con él a brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenía las manos de tal modo, que ni le dejaba rodear ni alentar». Don Quijote le decía: «¿Cómo, traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿Con quien te da su pan te atreves?» Y replicábase Sancho: «Ni quito rey ni pongo rey, sino ayúdome a mí, que soy mi señor».... Sobremanera trágico. De todas las aventuras la más infortunada.

Se comprende a Don Quijote bajo los pies de los animales soeces, pero no bajo la rodilla de Sancho. Sin embargo ¿su humillación y dolor se parecen acaso a la pasión del Quijote de la Libertad Americana? ¿La injuria es por ventura como la que acibaró los últimos días de Bolívar? Cual si a Don Quijote le hubiera traicionado Dulcinea, a Bolívar le traicionó la Libertad. El Emancipador rodó bajo los pies de la Democracia. Y allí está aún.

¿Quién libertará al Libertador? ¿Quién? ... Bolívar no es solamente la tribulación del pasado y de la actualidad, sino es el porvenir que será el régimen del Libertador Jesucristo: la gloria como Servicio. Esto es lo más apocalíptico del Libertador: su concepto de la gloria según la mente del Evangelio: **AQUEL QUE QUIERA ESTAR SOBRE LOS DEMAS, QUE SEA SU SIERVO**. Porque la gloria consiste, ante todo, en ser útil o servir, el futuro libertará a Don Simón Bolívar purificado del engaño de la Libertad—Revolución.

Capítulo Décimo

LA COMPAÑIA



SE dijera que el paralelismo no es solamente estilo de la Escritura Sagrada, de manera particular en los libros proféticos, sino estilo de la Providencia en el gobierno de los pueblos y en el plan de los acontecimientos, sea al dirigirlos cuando se trata del bien, sea al permitirlos cuando ocurre el mal por el libre concurso de la voluntad humana. Este paralelismo es como la ilustración de la filosofía de la historia.

Dos hombres, dos celebridades eternas como la Víctima, encontró y empleó la Sinagoga para dar muerte a Jesucristo Señor Nuestro: Judas y Barrabás. Para apresar al Maestro en el Huerto, Judas. Para retenerle en el pretorio, Barrabás. El momento en que la obra de Judas pareció malograrse, Barrabás principió su misión y coronó la empresa del Traidor. Al tenor de los cuatro Evangelios, si no hubiera sido por el ladrón y el homicida, Jesús hubiera sido puesto en libertad, como quiera que Poncio dió con la forma de descargarse el peso de la afirmación serena que ante él alzabase en silencio: la inocencia del Señor. El educado en el estoicismo de los agnósticos de aquel tiempo, pudo preguntar con aire de des-

preocupación: ¿Y QUE ES LA VERDAD? Pero, el juez, el romano receloso de una raza y de un país de los que se contaban extrañas historias de un sobrenaturalismo para intrigar al menos supersticioso —y Pilatos no era poco—, lanzó esa interrogación para derivar la atención a otro motivo, para librarse de esa mirada apacible, pero fija, del Sindicato por los fariseos. En efecto, hecha la pregunta, salió.

Después de vilipendiarle y escarnecerle con la soldadesca, habiéndole hecho vestir de un ropaje vistoso, Herodes remitió a Jesús a Poncio. Iba por la calle con este traje brillante, la Divina Seriedad, despertando las risas y la curiosidad de las gentes que se agrupaban en su derredor para contemplarle, mientras los príncipes de los sacerdotes y los magistrados, convocados hacia algunos instantes a la Torre Antonia para deliberar sobre la suerte del Preso, se distribuían en busca de votantes. ¡El muy cobarde —era el apelativo con que designaban al gobernador— había resuelto desbaratar la obra que si les había costado, sometiendo la sentencia al voto de la plaza!.... ¡El voto democrático, y no ótro!... ¡Que eligieran entre la libertad de Jesús o la de Barrabás! Por ventaja, desde entonces el voto de la turba era de los más listos. Hasta que llegó Jesús al pretorio, la opinión estaba ganada por los sacerdotes y magistrados. El momento que proclamó Poncio: ¿A QUIEN QUEREIS QUE OS SUELTE, A BARRABAS O A JESUS APELLIDADO EL CRISTO?, la votación fué automática y unánime: A BARRABAS.

Un manuscrito del Evangelio de San Mateo trae Jesús antes del apolativo Barrabás. Textualmente: JESUS BARRABAS. Pero, aún más pasmosa es la sinonimia etimológica de Barrabás con el nombre teológico de Jesucristo Señor Nuestro, que no pocas veces repitieron sus labios divinos en la enseñanza a los apóstoles y al pueblo y en las controversias con el Fariseísmo. Solía llamarse a sí mismo Hijo del Padre. Pues bien, el apellido de Barrabás, en arameo, quiere decir también el Hijo del Padre: BAR—ABBA, HIJO DEL PADRE. De este modo, dos suertes a votar: el Unigénito de la Santidad infinita y al Vástago de su Padre Sata-

nás, porque en esa hora este otro Hijo del Padre encarnaba y personificaba el propio contendor de Jesucristo, la Sinagoga. Dios y el Adversario se enfrentaban en sus Hijos: Jesús y Barrabás.

Poncio nombró primero a Barrabás. Le traicionaba su idea! Se imaginó que con sólo enunciar este nombre, la plaza lo rechazaría. Tal vez, no había para qué citar el de Jesús; al menos, bastaba decirlo en voz baja. Estaba engañado, y de aquí, sin duda, su atolondramiento hasta el extremo de añadir: JESUS APELLIDADO EL CRISTO, EL MESIAS O REY DE LOS JUDIOS. ¡Esperaban oír! ¡Una burla de la nación y del pueblo! Conque ellos pedían la muerte de su Rey! El sarcasmo era intolerable. Cien veces preferible el saltador y asesino, antes que Aquel presentado por Pilatos como Mesías, no había duda, para reírse de Israel en la persona de quien ese momento volvía al pretorio, cubierto con el manto lustruoso que de sus hombros colgara Herodes ... Y Poncio no ha oído bien el clamor de la turba. Vuelve a reclamarlo: ¿A QUIEN DECIS QUE OS SUELTE DE LOS DOS? Con este modo de insistir, buscaba el furor de la multitud. Contestáronle, como para taparle la boca con el estrépito: A BARRABAS. Pero, entre tanto repercutía la vociferación, por tercera vez, la voz de Pilatos rodaba sobre el tumulto, con la misma encuesta: ¿PUES, QUE HARE DE JESUS EL NOMBRADO MESIAS? La provocación propasa toda medida. La plaza rugo: SEA CRUCIFICADO. Y el presidente, todavía: ¿PUES, QUE MAL HA HECHO? La multitud se enronquece. No le dejarán hablar a Poncio. No sea que pregunte otra vez, le aturden con la gritería: SEA CRUCIFICADO. Hasta que Pilatos, viendo que nada adelantaba, antes se hacía más alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: INOCENTE SOY YO DE LA SANGRE DEL JUSTO ESTE: VOSOTROS VERFIS. Y todo el pueblo le respondió: LA SANGRE DE EL SOBRE NOSOTROS Y SOBRE NUESTROS HIJOS. Luégo, en tanto grupos de tumultuarios se dirigieron a la cárcel a libertar a Barrabás, los soldados de la cohorte le arrastraron adentro del pretorio a Jesús.

Le libertaron a Barrabás. Pueden pasarle en triunfo

como bandera de la Sinagoga y de Israel. Es la independencia del pueblo sojuzgado por Roma, puesto que no se ha cumplido la voluntad del gobernador del César, sino la voluntad de la plaza. ¿Cómo sentiría el presidiario su excarcelación? ¿Gratitud para sus libertadores? Pero, bien comprendía que su libertad la debía, no a sentimiento alguno de agradecer, sino al odio de los fariseos para su Contendor. ¿Reconocimiento para Jesús, que de ese modo le había ofrecido la ocasión de salir a la calle y volver a sus ocupaciones? Pero, no era Jesús propiamente, sino el Traidor, quien le había restituido al aire libre. Tal vez, Barrabás independizado por los sacerdotes y los magistrados, tornó desde lejos una mirada de compasión al que en esa hora, en el campo fuera de la ciudad, suspendido de las ramas del árbol, parecía retar a la Sinagoga por la traición a la cual le precipitó, para abandonarle así a la desesperación y al suicidio. No sólo mirada de compasión, sino de agradecimiento a su libertador. Lo fué en verdad Judas para Barrabás. Y en el secreto de su alma, quién sabe si el Hijo del Padre no juró vengar al Destripado de Hacedama. Recogería su memoria de él, para seguir el camino de su libertad y demostrar a la Sinagoga que era el bandido que ella había elegido como réplica a la encuesta de Poncio Pilatos. De esta manera se daban la mano el facineroso con el Traidor, unidos en el despecho contra la Sinagoga, pero también en la rabia contra Jesucristo, porque la vida de ellos y su destino cambiaron de curso por Jesús.

La leyenda ha tejido la historia de la venganza de Barrabás. Fué llevado del presidio a presencia de Pilatos, quien le despidió agriamente. Los soldados le echaron de allí a empellones. Presentándose en su casa, delante de los suyos, provocó una sorpresa rayana en disgusto. Resolvió luego regresar en busca de Anás y de Caifás, para agradecerles su libertad; pero, los sumos sacerdotes le recibieron con aseó, pues no necesitaban ya de él. Exasperado y madurando el rencor más siniestro, dió con un grupo de los apóstoles y discípulos, para ofrecerles su brazo con que cobraran la muerte del Maestro, y ellos rechazaron el ofrecimiento en nombre de la ley de caridad enseñada por Jesús. Supo de la resurrección de Lá-

zaro, y fué adonde él, a deliberar una alianza para vengar a Jesucristo. El amigo de Betania le despachó con las mismas razones de los apóstoles y discípulos. Cansado, en fin, de andar en pos de aliados, se decidió a demandar él solo satisfacción a Pilatos por la injuria que le hizo. Apostado para el efecto, junto a la Torre Antonia, fué sorprendido con el puñal a la diestra por los soldados del pretorio, y conducido ante Poncio, fué condenado a morir en cruz, en el Gólgota, cuarenta días después de la crucifixión y muerte del Pospuesto a él el día de la paraseve.

El Evangelio y la historia de esa alma le pintan mejor. Barrabás era un preso insigne, cual dice textualmente San Mateo. Y San Juan: BARRABAS ERA LADRÓN. Colega de profesión del vecino de Cariot, de quien el mismo Evangelista compendia la biografía: *fur erat*. Celebridades de la bolsa, los dos héroes de la independencia judía, que ambos fueron escogidos por el Farisismo para librar al pueblo de la amenaza que precisó el pontífice: SI DEJAMOS ASI A JESUS, TODOS CREERAN EN EL, Y VENDRAN LOS ROMANOS, Y NOS QUITARAN EL LUGAR Y LA NACION. Es decir en el plan de los enemigos del Señor, Judas y Barrabás fueron Mesías, porque el concepto mesiánico incluía el de Libertador, y el par representó la Compañía de los Libertadores del peligro inminente de que el pueblo y la tierra desaparecieran de la geografía, borrados por el invasor romano.— Además de saltador, Barrabás había encabezado una sedición. Así pues, el notable era completo: un bandido popular. ¡La bandera que necesitaban el Sanedrín y la Sinagoga!

La psicología rectifica, a su vez, el Barrabás de la novela. No debió concebir, como ésta quiere, gratitud, para Jesucristo. Los fieles de la primitiva Iglesia debieron conocer demasiado a Barrabás. Si hubiera agradecido al Señor, este sentimiento habría sido el principio de la conversión, del homicida. Ahora bien; no hay huella alguna de esta conversión, porque el Evangelio que narra el arrepentimiento del Buen Ladrón, no hubiese olvidado de referirnos este otro triunfo magnífico del Redentor. Se deduce que Barrabás volvió a su profesión. Como símbolo del

mesianismo de los fariseos, más bien encarnaría el odio a Jesús, después de odiarles a ellos por el poco favor que le hicieron de exhibirle como término de una comparación en la que él, Barrabás, fué presentado en toda su desnudez de malhechor asaz digno del presidio donde estaba. Y su colega Judas sirve de ilustración clara: Judas se arrepintió de haber entregado al Maestro. Parece que este arrepentimiento debía llevarle a las plantas de Jesús, a suplicar perdón a quien tan misericordioso conocía; sin embargo, Judas siguió camino de la horea, maldiciendo, por cierto, a los príncipes de los sacerdotes, pero maldiciendo, también la hora en que conoció a Jesucristo. De modo parecido, en el desprecio de los fariseos, Barrabás confundía una secreta antipatía al Señor. No será el vengador que ideó la leyenda, sino el vengador de sí mismo y de su vergüenza y fama. Impune, hará honor a su evasión poco honrosa.

Y los anales de la Ciudad Contemporánea confirman esta tesis. Los epónimos Libertadores de Israel se sobrevivieron en la Compañía de la traición y del Presidiarismo, que es el régimen del Adversario suelto por el mundo. Judas y Barrabás se disputan la hegemonía de la ajosastía que hace guerra a Jesucristo. Judas: la Reforma de Lutero y su alcance, la Revolución llamada Francesa. Barrabás: la Revolución de última actualidad. Es el paralelismo que dije al principio. Para atar las manos del Maestro a las espaldas y conducirlo con la soldadesca a los tribunales, el vecino de Cariot: un fraile apóstata y su hombre, el de los Derechos del hombre. Para arrastrar al Divino Coronado de las espinas agudas, hasta la cima del suplicio entre dos ladrones, el Hijo del Padre, el Mesías de la Sinagoga: los Barrabás o Seudomesías que pospusieron la Santidad de Dios, Jesucristo, para sustituirse ellos como los redentores de la humanidad en los cuatro ángulos de la tierra, en este siglo de la universal conmoción y ensordecido, más que por el retumbar de los cañones y el estallido de las bombas, por el grito de Aquel que muere como en el Gólgota, encomendando a grandes voces su espíritu al Padre, mientras la tierra tiembla, sacudida en su ojo.

La Revolución de múltiple apellido, según el país,

la raza y las divergencias doctrinarias, o más bien, de vario método, se inspiró en la vida ardiente de Barrabás. Como en el modelo, su filosofía está en su profesión. Solamente que inventó el nombre muy decente de Comunismo para el derecho —¡otro de los Derechos del Hombre!— a la bolsa ajena. Y aquello de la sedición y del homicidio en que fué técnico el Fundador, se llama con no menos elegancia, Lucha de clases y Reconquista del trabajo para sus dueños los Proletarios. Como toda revolución, y más que otra alguna, el Comunismo encierra en primer término una cuestión religiosa. Mas no sólo en este aspecto, como quiera que se lo considere, el Comunismo es al Liberalismo del Ochenta y Nueve y de su escuela en el mundo, lo que Barrabás a Judas: el cornamiento indispensable de la empresa de los Deicidas.

El Discípulo al que más le valiera no haber nacido, Fray Revolución, entregó el Cristianismo en manos de Caifás y de Poncio. Del tribunal del Libre Examen, pontífico de la época, el Cristianismo pasó al tribunal de la Autoridad Civil. No se le juzgó: para condenarle, fueron suficientes los falsos testigos de las pasiones azuzadas por el Judaísmo internacional. Aunque la Autoridad estaba convencida de la inocencia del Acusado. Tanto más, cuanto que el Acusado despertaba ciertos escrúpulos en el ánimo de Pilatos, denominador común de la cobardía y de los gobernadores del Liberalismo. Como que el Liberalismo vacilaba entre la izquierda y la derecha. ¿Absolvería al inocente? Temió la Sinagoga, y la Francmasonería lanzó el dilema: Barrabás o Jesús: Comunismo o Catolicismo. Y la plaza y el populacho conquistados a la opinión de los príncipes de los sacerdotes y magistrados, se declararon estentóreamente contra Jesús el nombrado Mesías y levantaron sobre hombros al Mesías sacado de la cárcel. Se organizó el desfile, con los Libertadores, abriéndoles calle de honor entre montones de cadáveres, al son de las músicas guerreras y del estampido de la pólvora, que repite a los Triunfadores de la destrucción motorizada, al revés del heraldo en las apoteosis romanas: «¡Acuérdate que eres dios!».... Como que Barrabás fué divinizado: no sólo el de Libertadores, el

título de Redentores reclaman los Líderes— en romance: Hijos de su Padre el Impostor. Más explícitos los actuales que los judíos de ese entonces: pues la Revolución enfrentó a Barrabás con Jesucristo, el Elegido del pueblo será Dios como su Contendor propuesto.

La Sinagoga y el Sanedrín, su sucedánea la Francmasonería sacó a la calle la Revolución Rusa, la de la ex-carcelación y apoteosis del Hijo del Padre. Para probarlo, sobran los documentos. La banca judía suministraba fondos a discreción de los «empresarios de la tarea». Un mensaje telegráfico de Estokolmo, con fecha del 21 de setiembre de 1.917, avisaba al camarada Rafael Scholak, de parte de Y. Furstenberg: «Querido camarada: la dirección del banco M. Warburg comunica de acuerdo con el telegrama del sindicato renanowetsfaliano que está abierta una cuenta corriente para la empresa del camarada Trotsky». Y el Judío Jacobo Schiff participaba desde New York su alborozo al Ministro de Relaciones de Kerensky, Pablo Miliukoff: «Permítame en mi calidad de enemigo irreconciliable de la autoeracia tiránica que sin piedad perseguía a nuestros correligionarios, felicitar por su intermedio al pueblo ruso por la acción que acaba de coronar tan brillantemente, y desear a sus camaradas del gobierno y a usted el éxito más cumplido en la tarea que se han impuesto con tanto patriotismo».— Salutación cordial y parabienes efusivos a la Revolución de Israel, que para vindicar su participación en el nuevo régimen, en los primeros meses de 1.917, desembarcó de Alemania en Rusia ciento setenta judíos sobre un total de doscientos veinticuatro bolshevikues, de los cuales solamente había veintisiete rusos y treinta polacos, armenios y georgianos.

Régimen de expresidarios, no solamente por el Ex-carcelado del Apocalipsis, mas también en la persona de sus dobles los Emperadores de la Ciudad Doliente como la de Dite, en la que se constituyó el universo, la Revolución es la venganza que toma Barrabás de los compradores de Judas. ¿No será ésta una de causas de la persecución a los somitas en sus antiguos dominios de Rusia y de Alemania?...Y en el rencor contra Jesucristo se une más estrechamente la Compañía.

Mientras el Suspendido revienta en Hacéldama, el Suelto prosigue el camino de su libertad. Tal como hoy: aborrecido el Liberalismo, el Comunismo continúa adelante.

Capítulo Décimo Primero

LOS CARAS TORVAS



COMO el Soltado por el alboroto de Gabbathá, con desenvoltura y prosa, se evadió el Adversario de su cárcel, a desquitarse de su prisión larga de mil años, a juntar para la guerra al Gog y al Magog, cuyo número es como la arena del mar. En la historia como en el Apocalipsis, el Ex-presidiario se completa con los Bárbaros. Aparte del bandolerismo como régimen, la Civilización actual es la barbarie del Gog y del Magog: la Guerra.

Gog y Magog se merecieron de los griegos el nombre de Escitas, por su ferocidad. No era raro en la antigüedad designar a los pueblos por el rostro de la raza. FENICIOS: en romance, CARAS ROJAS, los RUBIOS, como los Púnicos de nuestra edad, que en el país de los Pielas Rojas establecieron el imperio de Cartago —mercantilismo y fe de la misma marca. ETIOPEs: CARAS TOS-TADAS, los quemados por el sol de Africa. ESCITAS: CARAS TORVAS, los de la fisonomía siniestra, como vió a los Bárbaros el mundo de occidente, a toda esa gente extraña que las invasiones arrojaban de más allá de las fronteras conocidas, a modo de una bandada de lémures dados a luz por las brujas en comercio con los

diablos, cual dijo de los Hunos la leyenda latina.

Y el apelativo de Bárbaros ¿de dónde vino a los invasores del territorio romano? La etimología ofrece sus curiosidades. Como el cognomento de los Escitas, el de Bárbaros es griego: voz onomatopéyica, con la que se imitó el sonido que producía el habla de esos desconocidos. Luego, el idioma dió el apellido a los Bárbaros. Pero, andando los tiempos, únicamente porque hablaban, en suma, por el idioma fueron reconocidos como hombres, los antepasados del Gog y del Magog contemporáneos, de nuestros Escitas, los soldados de Atila. Conclusión: el idioma fué la razón de la barbarie, y después, la última razón de su único parecido con la civilización.

Los Hunos aparecieron en los ejércitos de occidente, cuando Roma les enganchó a sueldo para combatir a Radagasio. Saltaron a la palestra de la historia, de sus posiciones a lo largo del inmenso espacio comprendido entre el extremo de la Siberia oriental y el Ural y las riberas del Mar Caspio. Los linderos de Gog y Magog en el Apocalipsis, más el territorio de los Nuevos Escitas, de la Europa Central hasta el Danubio y el Rin. Hacía tiempo, les conocían los Chinos, y en sus crónicas les citaban con el nombre de «Hiung—nu», índice de parentesco, fuera de su fisonomía mongólica. Después de la victoria de Estilicón en Florencia, la metrópoli del imperio recibió en triunfo a los vencedores de Radagasio. A la cabeza desfilaron las tropas del Huldin. No eran como los otros aliados hasta entonces conocidos. Los Hunos traían una facha para asustar. Envueltos en sacos de pieles, erizados de arcos, aljabas y lanzas, semejaban masas pegadas a las monturas, que trotaban, nerviosas, y caracoleaban en las calles de la imperial ciudad. Los espectadores no se cansaban de mirarlos, después de dominar el terror que les produjera su vista. La descripción de Jordanes y Sidonio Apolinar vale por una fotografía que ilustra el espanto de Roma ante aquella gente. Sobre todo, los versos de este último: «Terribles por el ánimo y la configuración corporal, de cuencas a modo de cavernas por ojos, que brillan con la fosforescencia de las pupilas de una fiera en su guarida oscura; de nari-

ces chatas, que se confunden con las mejillas; aunque masculinamente hermosos por los pechos amplios, los hombros alzados y la cintura bien ceñida». La cara, particularmente, daba para dudar. ¿Eran hombres? Cuando les preguntaron cómo se llamaban, contestaron con una voz como relincho: *Hiung*. Duro de pronunciar, y más de oír; pero, en fin, ligero indicio de que los apellidados así se pertenecían, siquiera remotamente, al género humano.

No ha cambiado notablemente el concepto de barbarie. También ahora, la barbarie es la facha, la presentación, la indumentaria y otros pormenores. O mejor, dominando los bárbaros, el concepto de civilización ha cambiado, y la Civilización es la barbarie bien trajecada, de buenas maneras y de melodioso lenguaje. El habitante de las casas lacustres se vistió de frac y puebla las ciudades de los rascacielos. El nómada aprendió los secretos del tocador y filosofa las teorías de su espíritu de inestabilidad y abandono. El hombre de la edad de la piedra tallada habla como orador y dedicóse a los inventos, de entre los cuales el supremo es aquel que decía el oriental de la disputa con un ciudadano de occidente: «¿La civilización es la que practican ustedes? No viven sino para el dinero y el maquinismo, inventando el mejor modo de matar a las mujeres y a los niños con los gases asfixiantes».... Dolorosa verdad. Por el vestido y los modales no somos bárbaros. Ni siquiera por el idioma. No porque el nuestro sea cadencioso y fácil y flúido, sino porque para todo sirve, menos para expresar una idea. Hemos perdido el resplandor, si bien exiguo, de la racionalidad en los Bárbaros. Para no citar sino la suma y compendio de la Civilización ¿Libertad, Igualdad, Fraternidad significan algo en el léxico contemporáneo?

Por cierto la civilización es demasiado convencional para no pagarse de las simples apariencias. Tampoco la antigua fué menos. El milagro griego y su imitación el romano, el primero con Temístocles sacrificaba víctimas humanas para volver propicios a los dioses de la victoria, y el segundo no cabía en el circo para aplaudir a los gladiadores y celebrar el sadismo de la sangre. La civiliza-

ción es como la pasta que usan las estrellas de Cinelandia. Las ótras del Congo no conocen: luego, son bárbaras. No importa que en unas y ótras las pasiones ardan y quemen al rojo vivo. No importa que Hollywood haga justicia a su nombre de Selva Sagrada por los ritos de la naturaleza en su explosión primitiva bajo el sol de la manigua. Africa habla allí, como en el continente de su apelativo.

Hay que precisar el sentido obvio de civilización. Disposición y manejo y conducta de la vida humana en sus distintos aspectos, a través de la historia y en el seno de una o varias ciudades, bajo la acción de una cultura intelectual y espiritual. La civilización es el espíritu de un pueblo. El espíritu de la actualidad es la impostura. Luego, su Civilización es apenas el nombre de la mentira integral en una época de gigantes, que porfían por escalar la altura, no como en la mitología, superponiendo las montañas, sino hacinando las osamentas de las bélicas carnicerías.

Pues la Civilización es barbarie, su expresión más cabal está en el bolshevismo. No era ótro el más puro pensamiento de Lenin: «Hacer volver a Rusia a sus fuentes» En romance paladino, quitarla de las manos de Pedro el Grande, europeizador de la Vieja Rusia, y devolverla a Iván el Terrible en persona de los Comisarios del Pueblo, para que éstos la deseuropeizaran, como Iván hacía con sus mujeres a garrotazos. Poco suave el método. Pero, el Zar de la reforma, considerado en su tiempo y por los de su país como el Anticristo, tuvo que cortar muchas cabezas, aun la de su hijo Alexis, para que las demás pensarán con la de él. Ulianov el Grande, también él se vió obligado a bajar cabezas de los hombros, para pasar el nivel de un vasto cementerio, sobre cuyo silencio extendiera la inmensidad rusa sus fronteras.

El bolshevismo es la barbarie como sentido de la inmensidad. La conquista de lo ilímite. La estepa tendida en las distancias que parecen dilatarse hasta más allá del mundo. El retirarse de los horizontes a medida que la vista avanza. El derecho de propiedad es una delimitación: lo abolirá. El concepto de personalidad es dema-

siado abstruso para el nómada que sigue su manada, lejos de conducirla él: hará de Rusia un solo rebaño. El campesino ruso, el de su más calificado intérprete, Máximo Gorki, con salir a la puerta de su cabaña y contemplar la planicie sin linde, con aldeas de casas de madera, cubiertas de paja y esparcidas aquí y allá, se descubre como el más pequeño de los seres, arrojado en medio de esa inmensidad, a modo de un forzado a ejecutar la más enojosa de las tareas. Concibe rabia y despecho, que la Doctrina Catástrofe vendrá a educar en la persona del incendiario o dinamitero.

No hay duda, el espíritu característico del pueblo ruso, el espíritu conocido con el nombre de «boisak», explica el espíritu de la Revolución, en cuyo programa y filosofía han convergido la sensación de vacío que produce la soledad de la estepa en el ánimo de su habitante, el ansia de caminar cada vez más allá, y el horror al trabajo y al esfuerzo en general. Porque el Comunismo no es la canción del trabajo, sino la logomaquia de la ociosidad. Y ese horror se vuelve instinto ciego de destrucción, el estado de alma que confesaba Herzen, uno de los intelectuales de la teoría empujados en el campo de las realizaciones por el erostratismo de quienes no soportan cuanto de estable o en pie hallan delante, desí: «Europa ha vivido demás. Sobre cada una de sus piedras pulidas y de sus opiniones hechas han pasado decenas de siglos. Se diría que cada europeo lleva a sus espaldas figuras imponentes al estilo de la procesión de las sombras en Macbeth. ... Los monumentos grises o negros ofrecen un aspecto aristocrático e hiriente para el que no ha tenido antepasados tan ilustres. A veces, nosotros los Escitas (sic) nos sentimos molestados en medio de tantas riquezas hereditarias y de tantas ruinas célebres»

A aventarlas se dedicaron los Caras Torvas. Aunque es calumniar al apellido y a sus primeros dueños. La dialéctica revolucionaria llega a sus postreras conclusiones. Ayer, invocaba los Derechos del Hombre, subentendiendo los del Salvaje. Hoy, invoca los Derechos del Salvaje o del Bárbaro, subentendiendo los del animal. Porque el Suprahombre es superanimal. La Revolución no es cues-

tión económica o política, sino antropológica en el sentido de encuesta sobre los orígenes del hombre. Y el Profeta del Marxismo fué aprendiz de alejandrinismo en la escuela de la Charlatanería, frente al filósofo más grande de la animalidad en marcha, el británico Charles Robert Darwin. ¡Otra vez, Inglaterra a la cabeza de una Revolución que lleva el gentilicio impropio de Rusia! Pues, si bien se examina, la estepa dió la razón de lo bárbaro, y el transformismo, la razón y el método al sistema bolshévique.

Lo bárbaro sirve tan sólo de etiqueta. El fondo es declaradamente animal. Y así como la Revolución apodada Francesa, con sus iroqueses y primitivos, concluyó por injuriar a los salvajes más rudimentarios, por su apetito de la sangre y por el canibalismo desaforado; la Revolución que recogió el mensaje de la anterior y lo corrigió y aumenta, insulta a sus modelos los irracionales, por la ferocidad, por el frenesí de una Civilización que acopió todos sus recursos y puso en juego toda su inventiva, para despojarse de hipocresía y proceder en la línea de sus ideas. La Civilización del darwinismo debía de terminar donde acaba: en la Guerra, choque de las especies para su selección, pues que las diferentes razas se disputan el planeta, como otras tantas especies de animales superiores, cual observara el eminente zoólogo.

Y la Guerra se desarrolla a la animal, no a la bárbara. Con perdón de los brutos más carnívoros. La técnica del puntapié y la bofetada cansó a los civilizados. Además, el estadio y el ring resultaban demasiado reducidos. Hubo que extender el palenque sobre el haz de la tierra. Proscribir el heroísmo y cuanto de humano ofrecían antes las batallas. Organizar las matanzas con la ayuda de las máquinas. Incendiar hospitales, asilos y más refugios del hombre aterrorizado como en la edad de las fieras monstruosas, cuando el llamado rey del universo era el miedo escondido y acurrucado en lo más recóndito de las cavernas, a guisa del rey de la ciencia, que huye bajo el suelo, para defenderse de los monstruos que vuelan por los aires vomitando obuses y bombas. La Guerra es el auge de la animalidad humana. Empequeñeció la fantasía más pujante de los cuentos y leyendas de

dragones que escupían fuego, de tigres y leones erizados de cuernos, de jabalíes del tamaño de una peña. La serpiente voladora del avión, el paquidermo del tanque ¿no parecen creaciones de la pesadilla de un Cíclope beodo de furor?

Visto y descrito por el Vidente de Patmos. El infierno ha vaciado sus alimañas. En los escuadrones del Gog y del Magog —había que dar un nombre geográfico que comprendieran los lectores de la Revelación— se moviliza la Ciudad Contemporánea, como los demonios saliendo del hombre poseído de ellos, a las orillas de Tiberíades. Pornópolis —otro nombre de Satanápolis— arremete por el despeñadero abajo hasta el lago de sangre que se extiende en el mundo, a ahogarse como los dos mil y más del relato evangélico. Porque el Evangelio se completa con el Apocalipsis, en la Escritura y también en la historia.

La guerra actual es la fisonomía del Cara Torva. El perfil del rostro del Adversario es la tristeza de esta hora la más siniestra de las edades. Tristeza del hombre transformado por la civilización, filtro al revés de aquel de Ciree, que cambiaba la figura, no el espíritu. El filtro de la Civilización, la filosofía del Transformismo, dejó la figura y sustituyó el espíritu con el de aquellos *quibus non est intellectus*.

Capítulo Décimo Segundo

SU EMINENCIA EL MEDIOCRE



El título con que pasará a la posteridad Jósé Visarionovitch Djugachvili, por seudónimo Stalín, que significa lo mismo que Atila, en húngaro: ACERO. Fué Trosky quien llamó a Stalín la más eminente mediocridad del Partido.

Sintetizando el juicio inapelable de Lenín: «Stalín es demasiado brutal, y este defecto soportable entre nosotros los comunistas, es incompatible con el cargo de Secretario General. De aquí, aconsejo a los camaradas que vean el modo de desplazar a Stalín de este puesto y de nombrar algún ótro que en todo aspecto se distinga del camarada Stalín por su superioridad, es decir, que sea más paciente, más leal, menos tosco, más atento con los camaradas, menos caprichoso». Fotografía de su Eminencia, un año antes de la muerte de Vladimiro Uliánov, el 4 de enero de 1.923.

Parce que no ha cambiado, pese al tenaz empeño de la daguerrotipia oficial, que cambia el original por un Stalín como éste: «Lenín fué, ciertamente, maestro del trabajo preparatorio. Con Marx y Engels se merece constar entre los fundadores. Pero, el héroe activo, el hermoso (sic), el adorado Prometeo de la Clase Obrera, no es

Lenín, sino El, el sabio, el incomparable cuyo nombre no ha menester que se lo pronuncie». Sin duda, cabría distinguir. Como tipo del revolucionario de Bakhunine, que solía decir: «Hay que unirnos a los bandidos, los únicos revolucionarios auténticos de Rusia»—, Stalin es bastante superior a Lenín.

Oriundo de la aldea georgiana de Gori, el año de 1879, tuvo por padre un zapatero y agricultor a medias. Lo cual ha servido al hijo para vanagloriarse de igualdad de oficio con los artesanos y con los trabajadores del campo. Pero, él nunca manejó la lezna, ni el azadón. Desde niño, calificóse como el profesional que debía ser: ensalzador del trabajo de los demás y dedicado él a la holgazanería, compañero de los pilluelos de Tiflis, los «kintós», diminutivos por el nombre, mas no por hechos, y admirador apasionado de los terribles bandidos de Georgia, que se burlaban de la policía zarista y mantenían la comarca en sobresalto. La madre amargábase por la índole de Sosso —diminutivo georgiano de José—, de ver cómo su autoridad era insuficiente para corregir al muchacho duro y mal inclinado. El padre había muerto ya. La buena mujer soñaba con hacer del chico un «señor», y para ello llevóle al seminario ortodoxo de Tiflis, donde en breve se distinguió por su indisciplina y pereza. En dicho seminario, Carlos Marx y sus teorías andaban en boca de cierto grupo de alumnos. José las oyó. Él no era para preocuparse con esas filosofías. Las entendió como debía entenderlas después, en su vida pública. Organizó una conspiración entre los pequeños popes, como quien jugaba a los bandidos y polizontes de su aldea natal. Fué descubierto y puesto en la calle. Al día siguiente, el Superior del colegio recibía la lista de los cómplices enviada por su jefe Sosso. Como quiera que desde entonces su Eminencia se ejercitaba en la delación, el gran secreto de su Mediocridad para el triunfo.

El ensayo de pope encontró el camino de su vocación. Se le ofreció el porvenir como la promesa fácil de su ensueño de emular a los bandidos de su tierra. Y comenzó la carrera brillantísima que en su carnet apuntará estos cortos guarismos: seis arrestos, seis confinamientos o destierros y cinco evasiones. Puntaje suficiente para el

Dictador futuro. Los nuevos amigos de Sosso podrían arrojar al canasto esos folletines de «gansters» y «kidnapers», pues tienen para satisfacer su afición a este género de lecturas con la vida en sumo grado dramática y no poco edificante del saltador de convoyes y maestro de otras habilidades en Tiflis.

Una de tantas. Pasan dos coches, el segundo ocupado por gendarmes vestidos de civiles, y ambos escoltados por un destacamento de cosacos. En el primero van el cajero y el contador, que llevan el objetivo de Stalin, héroe de la jornada: cosa de 341.000 rublos transferidos de Petersburgo a Tiflis por la Tesorería. Son las nueve y media de la mañana del 13 de junio de 1907, más o menos la hora señalada por sus socios a los «gansters» georgianos. Al llegar los coches frente a la casa del príncipe Sarbatov, cae del techo una bomba de dinamita, que estalla con tanta violencia, que en todo el barrio se rompen los vidrios de las ventanas. Al mismo tiempo, varios transeúntes descargan una verdadera lluvia de bombas y balas contra los cosacos. La calle es una pista del pánico de las gentes que corren en todas direcciones. Los cadáveres del cajero y del contador, lanzados fuera del coche con la fuerza de la explosión, yacen en el pavimento. En vano tratan de resistir los cosacos. El asalto se corona con la victoria. Los caballos que halan el coche se encabritan por soltarse del tranco, momento en que se acerea uno con una bomba y la arroja a las patas de los animales. En seguida, dos bombas más y los caballos ruedan en el suelo. De la esquina de la calle aparece un jinete con uniformes de oficial, se llega al coche, ceba mano a la plata, y disparando a los transeúntes y a los cosacos, huye al galope.— El dinamitador de los caballos había sido Stalin, y el jinete, cierto bandido llamado Kamo, contratado por los revolucionarios de la magnífica hazaña. El total de víctimas subió a treinta y dos muertos, la mayor parte transeúntes, y el botín a la suma arriba mencionada. Entre los que se lo repartieron estuvo también Wallach Meyer, el camarada Litvinov, que fué a disfrutar de su cuota en París.

Por esta clase de «recomendaciones» para su grado de Eminencia entre los del partido, iba a parar Stalin en la

prisión y en confinamiento, que en los tiempos de la Okraina o Policía del Zar, no debían de ser tan horribles e inquisitoriales, si quien no era prodigio de imaginación para excogitar recursos, ni de valor para llevarlos a la práctica, escapaba con relativa facilidad. La sexta vez que fué apresado, le despacharon, el mes de marzo de 1.913, a la aldea de Kuraika, en la región de Tuzakán, más allá del círculo polar. Y como las autoridades no se resignaron a dejarse burlar una vez más, adjuntaron al deportado un centinela de vista, que le cuidó allí sin mayor molestia, hasta el estallido de la Revolución en 1.917.

En las cárceles de Petersburgo y en los centros del confinamiento, no conocieron al filósofo gemelo de Sócrates y Aristóteles, al completador de Kant y de Hegel, ni siquiera al egregio poeta e inimitable estilista que han descubierto últimamente sus admiradores en la vulgaridad del inquilino del Kremlin. Conocían sí, al saltador, al desvergonzado e intrigante, pasmo de sus mismos compañeros de prisión, que se molestaban al ver exhibido el programa de la Revolución como robo y como audacia. Aun, en 1.909, concluyeron por expulsarle del Partido Revolucionario del Cáucaso. Quedó dentro del Partido Bolshévique, que esta clase de sujetos buscaba. Porque Stalin no era un intelectual. No perdía su tiempo en las charlas de los ótros. Los intelectuales de la emigración roja se iban a las veces a las manos por cuestiones de exégesis y vivían de continuo en escisión, «desviados» los unos a la derecha y los ótros a la izquierda. Koba —ótro de los apelativos cariñosos de José— no discutía: escuchaba al orador de la tesis, y el instante en que no le agradaban los argumentos propuestos, se levantaban de su puesto y colocaba en la forma más dialéctica su formidable mano abierta en la boca del hablador. Debió prolongarse más de una ocasión la pelea fuera de sala; pero, José tampoco se dejaba vencer allí. Acudía a la Policía del Zar a denunciar al contendor, del que se desembarazaba de esta manera tan poco laudable entro camaradas.

Stalin nos cuenta que Lenin le ganó al bolshevismo con su fuerte personalidad. ¡Triunfo grande de Vladimiro!

Aunque la verdad histórica parece algo diferente. Lenin no paró mientes en su Eminencia hasta 1917. En los diez primeros tomos de las Obras completas del Profeta, su doble no es citado una sola vez, no obstante que allí se habla de hechos, de ideas y de hombres de esa época, al pormenor. En los diez restantes, aparece sí pero confundido en la comparsa. Lenin mal podía preocuparse con los revolucionarios de Tiflis, colocado como vivía al margen de esos brotes del bandolerismo. Y en la metrópoli georgiana más se le conocía por la fama al articulista incendiario de *Iskra*, periódico que tan sólo de contrabando llegaba a los círculos políticos de allá. Y a decir verdad, Stalin no necesitaba de Lenin: podía pasarse sin la doctrina del maestro. Únicamente los métodos leninistas le llenaban el alma.

Su Medioeridad se hizo Eminencia por obra y gracia de la Revolución. Entre los varios aspectos de semejanza con Maximiliano Robespierre, no es éste el menos sugestivo. La Revolución estaba hecha, habían pasado las jornadas de octubre de 1917, y si aún Stalin, que con toda premura había ido de su destierro en Siberia a Petrogrado, no era personaje visible, por lo menos, estaba en camino de serlo. Por su propia autoridad entra a la redacción de la *Pravda* y se nombra director del órgano del Partido Bolshevique. Sin duda, cual dijera la anécdota de Luis XIV, puesto que nada le era imposible al genio, escribía en ese diario en el ruso más detestable. Kalinín debió leerlo para exclamar como exclamó a todo pulmón en uno de sus discursos: «Si alguien me pregunta cuál es el que conoce y escribe mejor la lengua rusa, yo le contestaría sin titubear: Stalin». Pero, estas son cuestiones de grámatica. Su Eminencia entiende más la práctica, cabría añadir, del ruso. Robando al tedio de la cárcel y del confinamiento, Stalin había empleado algunas horas en redactar uno como memorial del Derecho de los pueblos a disponer de su suerte. El cual estudio le constituyó sin más en especialista de las «Nacionalidades» y dió ocasión a que Lenin, una vez adueñado del poder, le designara para el cargo de impedir a los pueblos minoritarios que se escaparan del yugo soviético. Su jurisdicción comprendía Georgia, y en

su tierra natal Sosso escarmentó a sus antiguos camaradas, que saludaron en Lenín al Libertador de la tiranía zarista.

De allí seguirá la marcha al trono. Lenín descubrió en José el hombre que necesitaba para las funciones que los demás rehusaban, y le encomendó ciertas «comisiones de guerra», como para que Djugachvili confirmara el apellido que acababa de conquistar en Georgia, por el temple de acero de su mano, Stalín, «el de la mano que no tiembla», cual se denominará él mismo con un dejo de ingenuidad tan comprensible. Depura el ejército rojo, diezma regimientos enteros, restablece de este modo la moral en las tropas que juzga él, pueden ceder a los Rusos Blancos. Y fué con esta ocasión su primer choque con Trotsky. Comisario político del Ejército de Voroshilov, en Tsaritzine, presionada entonces por el enemigo, Stalín se ejercita en su técnica: tacha los telegramas que envía el Ministro de la Guerra Trotsky, calificándolos de «sin importancia». Trotsky se ve obligado a remitir a un general blanco, un tráfuga, como consejero del Comisario y del Generalísimo. El Comisario hace fusilar al enviado, «en guarda de los principios revolucionarios». Y Trotsky tiene que ir en persona a inspeccionar el frente, para comprobar la incapacidad de Stalín y la ineptitud de Voroshilov—de quien escribe a Lenín: «Voroshilov valdría a lo sumo para comandar una compañía, no un ejército». Desde entonces el georgiano no perdonará al judío. Le llamará con sonsonete «el periodista Trotsky», al verle convertido en el ídolo de los soldados y de los obreros por sus arengas y discursos en lenguaje florido. Tornan a encontrarse en la aremetida a Varsovia, en otro campo de batalla. Buddenny es el general de Stalín, y Tukhachevski de Trotsky. El primero, para desoír las llamadas de Tukhachevski, se dirige hacia Lvov, a sufrir una aplastante derrota, mientras el general del Ministro de la Guerra, con sus tropas agotadas y deshechas por semanas de ofensiva, abandona el sitio de la capital polaca. La pelea de Stalín con Trotsky libró así a Varsovia de los Rojos.

El cargo de Stalín demuestra más lo eminente del personaje. Era cargo de entre los secundarios, y su Emi-

nencia lo transformó en el primero de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. En 1922 fué nombrado Secretario General del Partido Comunista. Largo el título, mas hasta entonces sin importancia mayor, y en prueba de ello, poco ambicionado. Los Jefes de la Revolución se pelean por el Comisariato de la Guerra o por cualquiera otra posición parecida. Stalin comprendió la importancia, o más bien, la creó. Como que el poder no pertenece en Rusia al pueblo, ni siquiera al Partido Comunista o a la masa de los militantes, sino a los Comités Directivos o *Politburo*, a los Consejos de los Soviets y de los Comisarios del Pueblo y a otros de la índole. Bastaba anular o retirar a los miembros más influyentes, para que el Secretario General quedara de árbitro de todos esos organismos. Como sucedió: altos funcionarios eran despachados sin aviso previo a Irkutsk, al Turkestán, con el pretexto de una comisión o de un cargo, y en su puesto aparecían otros, beneficiados con favor tan inesperado. A la muerte de Lenin, que estuvo postrado con la enfermedad de Marat, desde mayo de 1922 hasta el 21 de enero de 1924, estaba listo el sucesor. Trotsky en vano multiplicará la propaganda de la palabra y de la exhibición teatrales, pues se creía llamado, y todo el mundo creía, a recoger la herencia del Zar Rojo. Stalin, sin necesidad de moverse, con la calma y en el silencio que distinguen al gran Taciturno, ocupado en firmar y firmar remociones y cambios, a la hora precisa, se presentó y venció a su contendor y a quienquiera otro.

Posee en alto grado el sentido de la oportunidad. No es un doctrinario, sino un práctico. La Revolución, la entendió desde el principio como la administra ahora. Lenin la comprenderá como ocasión para desarrollar sus ideales: Stalin, para cumplir su ambición de dominar. Le importan un ardite las contradicciones. En las depuraciones sucesivas de los Camaradas de primera hora, ejecuta a unos, porque pretenden barrer con los campesinos, y a otros, porque les defienden. Principios, ideología, hermenéutica del Corán del Profeta, el libro de Marx y toda la biblioteca de Lenin, significan demasiado poco para quien tiene como principio y fin de su gobierno la de

ensa y sostenimiento de sí en el poder. Los simpatizantes con la Democracia Roja descubrirán en el Dictador tal o cual rasgo encantador, por lo menos, recomendable. A la vez, habrá comunistas rabiosos que le critiquen, y ante la nueva propaganda en que se halla empeñado cierto cristianismo tan dudoso como el democratismo ruso, pensarán que en breve su Eminencia, al paso con que camina en la senda de las «concesiones», se llegará al Vaticano en persona de su Embajador. A unos y otros Stalin mira con aquella mirada de asiático, inclinando su frente baja, en respuesta que nada dice fuera de la solemnidad de su desprecio, su íntimo sentimiento de que él no tiene por que anticiparse a los hechos, si ellos definirán su actitud.

Parece que en la guerra solamente, su inspiración la Oportunidad no ha hablado con la voz clara y sonora a sus dóciles oídos. A principios, firmó el pacto de no agresión con Alemania. Se le ofreció el plazo que necesitaba, para mezclarse después en la contienda a la que él precipitara a los occidentales. Mientras los germanos se batieran con los insulares del imperio o los imperios continentales, Stalin tendría tiempo para acabar de armar a Rusia y lanzarse luego a liquidar el peligro del Eje, sobre todo, del Japón. Alemania abrevió el plazo, y ahí está el Técnico de la oportunidad afrontando la dificultad de una colisión, esperada sí, pero impuesta antes de hora. ¿Se habrá equivocado su Eminencia? O mejor ¿le habrá engañado su ninfa, la Egeria tantas veces mencionada, y que no es otra sino su insuperable sentido realista?

Pero, me aparto de mi campo. Forzoso me es volver a las razones apocalípticas que se descubren en el sucesor de los Romanov. El epitome que antecede —en gran parte, tomado de Pierre A. Cousteau y Essad Bey— proclama con elocuencia el carácter de la Revolución personificada en el biografado, como la impostura más sustantiva que registró la historia. Y la impostura se desnuda de cualquier disimulo y embozo en la desproporción monstruosa que existe entre Stalin el hombre y Stalin el mandatario, más que ello, divinidad de un monoteísmo —si cabe el término— que en él adora el

único ídolo, que no admite otro dios más que él. El mote con que le saludara Trot-sky, llamándole Eminencia, de modo blasfemo, pero histórico, en fuerza del fetichismo de los Sindiós, podría cambiarse con este ótro: «Su Deidad el Mediocre».

Por cierto, Stalin no es el primer caso de la divinización de un tirano. Miserable es la especie humana, para que en las épocas de decadencia y en pueblos enfermos de primitivismo, no haya caído de rodillas ante la Crueldad hecha déspota. Los Césares de Suetonio y los que siguen, vivían entre el trono y el altar. Colegios de sacerdotes se establecieron para la liturgia del culto imperial. Pero, en fin de cuentas, esas apoteosis fueron de carnaval. Sus dioses tomaron más como distracción y tema de su locura, la adoración los fieles. Y éstos conservaban por lo menos la idea de la divinidad de ótros, si no modelos de las pasiones y vicios que encarnaban los Césares, por lo menos levantados, desde siglos hacía, al Olimpo de las viejas mitologías. En Stalin no se descubre el anormal. Es la seriedad de proceder frío y razonado. Admite con agrado todas las incensaciones de la servidumbre, no como farsa o teatralidad, sino como homenaje de una conciencia a ótra. La conciencia de él le dirá, quizás, que merece. Pero, aquí está el problema: la conciencia de Rusia, al menos de las gentes que aseguran representar al país, se ha despojado de toda idea de Dios, para ver en Stalin al que ve. No solamente la cumbre de todas las perfecciones intelectuales y morales, sino también físicas, al modo con que la superstición y más degradaciones ponderan hasta los rasgos fisonómicos de la estatua tosea, de la piedra o de la madera que labraron las propias manos inhábiles de esta clase de genuflexos.— La revista TIERRA SOVIETICA editó un poema en prosa a la «hermosa figura, a los grandes ojos luminosos, a la amplia frente del Incomparable», para terminar describiendo la silueta de Stalin «como un rayo de sol estival».

Se ha recurrido a diferentes explicaciones, ninguna de las cuales satisface a quien examina más de cerca la patología rusa. ¿Que el alma eslava es misteriosa y poco estudiada como la estepa de las lindes remotas? No ca-

be duda; pero, esa alma es humana como la de cualquier otra raza, y la mixtificación de la bondad de Stalin y de sus otras virtudes no es posible para un pueblo que ruge de hambre y primero debe obedecer al instinto de la vida, antes que a las voces de una mística de la destrucción y de la muerte. ¿Que en el oriente de Brahma, según refieren calificados viajeros, los prodigios de la catalepsia son tales, que se han visto personas arrolladas por los carros del dios en desfile, saltar de júbilo, sin embargo de presentar sangrantes las heridas del atropello? Se habla allí de casos aislados: en Rusia, de varias centenas de mil, de toda la organización del Sindiosismo. Además, para repetir la observación anterior, los poseídos de la orgía stalinista han sistematizado su concepción atea, para reconocer y proclamar este dios de carne y hueso en Stalin. Brahma es el mito invisible, que no puede ser corregido con los ojos del adorador; Stalin es el mito visible, que por poco que se fije en él la atención, se reduce al tamaño de Sosso el golfo cleptómano de Tiflis o de Koba el saltador del convoy de la Tesorería.

No hay duda que los rusos han reformado la racionalidad humana. Una prueba más de los orígenes darwinianos de la Revolución: abolieron como inútil esta facultad específica del linaje. No solamente en la religión, mas en cualquier otro terreno. Si creemos a la Policía de su Eminencia, los procesos no necesitan allá de acusadores ni testigos. Los reos, ellos se condenan. Confiesan espontáneamente sus crímenes, como confesaron Radek y sus compañeros. ¿Se imaginaban acaso obtener de esta guisa el perdón? Pero, el ejemplo de Zinoviev y los demás era demasiado reciente para que lo olvidaran: después de una brillante acusación contra sí mismos, fueron depurados sin misericordia. Y aquello de una droga para soltar la lengua de los sindicatos a gusto de los jueces, vale por propaganda de boletín de farmacia para exagerar los adelantos de la ciencia, que mal puede ir contra los principios del psicoanálisis, suplantando los datos de la subconsciencia. Parece que en la subconsciencia, según el freudismo, reposan ideas o como se las llame, que el individuo trata de ocultar a toda costa, aunque

a las veces le traicionan, y no historias tan bien tejidas como aparecen de los documentos aducidos por la Guepeu. Más plausible la explicación que apela al Código Soviético. La legislación de la Barbarie —léase: del animal superior— borró la familia, para establecer la responsabilidad familiar, pues el crimen de los hijos pagan los padres y viceversa, y el de los esposos, las mujeres. El soldado no abandona las filas, porque sabe que «su desertión pagan los suyos. Radek y más autoconvictos, confesando cuanto querían sus ejecutores, habrán tenido en cuenta a sus más íntimos parientes, para salvar siquiera a ellos de la omnipotencia del régimen admirable. Y los que rehusan la confesión espontánea, algunos, personajes distinguidos como para provocar un escándalo, «se suicidan», en romance, desaparecen misteriosamente, en forma más ejecutiva, según el método de la sevicia mongólica de los agentes del stalinismo. Así debió ocurrir con el «suicida» Tomski, en el proceso de los Dieciséis.

La apocalíptica del Bolshevismo parece que resuelve de modo decisivo la cuestión. Porque el Bolshevismo no es tanto la organización del asesinato, la estadística, para recordar la definición desvergonzada, pero cierta de un diplomático: «Matar uno se llama asesinato; matar cien mil, estadística». Aunque la carnicería en el imperio rojo no es en cifras estadísticas, sino astronómicas. La estampa aquella de Stalin contemplando con mal humor la altura del Gaurisankar en el Himalaya y a sus plantas la montaña de cadáveres, todavía más baja que esa cúspide de cerca de nueve mil metros de elevación, no fué caricatura. Tampoco el Bolshevismo es el terror de más de ciento y sesenta millones de acoquinados con el espanto de la policía y del espionaje al servicio del Sanguinario implacable. Ese terror está hecho de algo más profundo, es en suma la Revolución y su mística. Con más llaneza: tal como la Revolución apellidada Francesa invocó la razón para mofarse de ella en las mascaradas al Ser Supremo y al pontífice Maximiliano Robespierre, así la Revolución denominada Rusa y de filosofía occidental, apeló a la experiencia y al testimonio de los sentidos para definirse como se define: Revolución que

no tiene ojos para ver, ni siquiera olfato para oler. La quiebra más evidente de los Cinco Sentidos. Porque el dios del Sindiosismo es cosa de ver, oír, oler, gustar y palpar. Stalin está al alcance de cualquiera de estas comprobaciones. Sin embargo, su eminentísima Mediocridad es la Divinidad única de la Santa Rusia.

Averigüemos el léxico. Impostura o mentira es lo contrario a la verdad. La verdad es la ecuación del entendimiento o de la razón con la realidad. El Seudoracionalismo de la Revolución de los Derechos del Salvaje suprimió la razón y dijo contentarse con los sentidos. El Seudoempirismo de la Revolución de los Derechos del Animal no se contenta ya siquiera con lo que le dicen los sentidos. La verdad es Stalin, y solamente él. Textualmente: «¿Se puede acaso hablar o escribir sin conocer a Stalin? De ninguna manera. Nada se puede entender, ni nada escribir o hablar sin Stalin». Por boca de un redactor de *Izvestiya* habla toda la servidumbre del Amo. Por consiguiente, la impostura que mienta el Apocalipsis en los versículos relativos al Excarcelado, para el pueblo ruso es ésta: creen y profesan lo contrario, no siquiera a la razón, sino a los sentidos y a su afirmación más sencilla y obvia.

Y no se trata de deducciones, mas de hechos. Stalin como la verdad que pregonan sus esclavos, no es solamente el testimonio de ellos, sino el hecho objetivo y palpable. Por supuesto, la realidad Stalin ha sido creada por esa misma negación de los sentidos. No se encuentra en él ninguna cualidad para el dominio y la supremacía, tampoco para la sugestión de los mixtificados. Admirable oficinista y nada más. Taciturno y tenaz, pero rodeado de talentos superiores, de los cuales uno solo bastaba para desbaratar todos los planes y la táctica del contendor. Su talento es apenas el del secretario que vive entre documentos y papeles y se acostumbró a ordenarlos. Lenin comentó a Carlos Marx en volúmenes interminables; Stalin dedicóse a compilador de Vladimiro. Encerrado en el Kremlin, no es el solitario de Alamut, sino Iván el desconfiado de sus víctimas. No un Profeta o sugestionador por el estilo, sino el saltador de Georgia, que se esconde allí como en reducto de seguridad. Repe-

tiré hasta cansarme: José Stalin es la evidencia de la Mediocridad que revienta los ojos como un explosivo. Sin embargo, es también la Deidad que deslumbra a los fieles y los postra ante su altar como un rebaño de Moloc Baal, en nivel de segar con la hoz de la heráldica bolshevique.

Las demás contradicciones están de acuerdo con la tradición revolucionaria en el mundo y a través de las edades. Propiamente, una revolución consiste en la contradicción en serie. El stalinismo devolvió dos veces la tierra a los campesinos y dos veces les quitó. Mucho menos se podrá reclamarle consecuencia con el leninismo. Stalin sostiene que la construcción socialista es posible solamente en un país. Contra Lenin: «La victoria del socialismo es imposible en un solo país». El mismo Uliánov se traicionó, para que nadie se escandalice si le traiciona José. En vísperas de la Revolución de octubre de 1.917, Lenin lanzó su programa, resumiéndolo: «Supresión de la Policía; Supresión del Ejército permanente; y Supresión de la Burocracia». Ninguno de los cuales fué suprimido, sino confirmado y reformado para el servicio de la nueva tiranía.

La contradicción inexplicable e inadmisible es la persona misma de Stalin. La Revolución tenía que hacerse hasta dios en quienquiera, menos en el más mediocre de sus lugartenientes. Para conducir la humanidad en apretadas hileras a la guillotina, la Revolución de la Igualdad fué el abogado de Arrás. Para colocar la grey precita bajo el garrote de Iván, que para mayor facilidad de manejo se convirtió en martillo, la Revolución de la Fraternidad es el bandolero de Georgia.

Aunque no es contradicción. Es la dialéctica del hombre, casi más terrible que la dialéctica de Dios. Esta Revolución, antes que castigo de la Justicia infinita, es obra de la filosofía humana. Tan filosofía como la de la plaza de Jerusalén: el Preso señalado, cual diría el Evangelio, mas no Jesús el nombrado Mesías.

Capítulo Décimo Tercero .

MADE IN GERMANY



• **D**oir a gran número de obreros y campesinos de Stalinlandia, la electricidad no es invento del estadounidense Edison, sino del instaurador del Bolshevismo, de Vladimiro Uliánov. Como que Lenin consideraba la electricidad por condición indispensable para el establecimiento del sistema. Lo mismo opinaban sus epígonos: «El comunismo no será una realidad en Rusia, sino el día en que toda ella esté electrificada». De aquí las campañas inexorables de la purga a los ingenieros y técnicos por su ignorancia o su descuido en la implantación de las usinas. Y es tanta la veneración del pueblo a la electricidad, que la onomástica soviética, al par del nombre de Lenin y de Stalin para los varones, usa de la Electricidad para las niñas. Por su parte el régimen mantiene la equivocación, defendiendo con escoltas las grandes instalaciones, para que los curiosos no entren a comprobar la marca de fábrica de no pocas de esas maquinarias: *Made in U. S.*

Cosa igual ha ocurrido con el invento propio de Lenin, con el Bolshevismo. En Rusia y fuera del Paraíso-Infierno, la inmensa mayoría cree que la doctrina y los métodos le pertenecen al comentador de Carlos Marx, ju-

do alemán, autor del CAPITAL, del MANIFIESTO COMUNISTA, del PROLOGO A LA CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA por Engels, y del ORIGEN DE FAMILIA. No es éste el primer caso que registra la historia de las ideas, de un simple traductor que celebrizóse tanto como el autor, y más que él. Bien que Marx también tradujo a otros, verbigracia, a Malthus en aquello del materialismo histórico, y al ultraliberal Juan Bautista Say, en no mínima parte de la economía antiliberal. En la biblioteca de Lenin, pues el discípulo superó al maestro en la abundancia aplastante de los volúmenes que escribió, por honradez debería constar la razón o cita del país de importación, en inglés, para de esta manera hacer justicia a los otros dueños de la mercadería: *Made in Germany*. . . .

¿Por honradez? Pero, como acabo de decir, el mismo Carlos Marx principió por desconocer esta virtud asaz burguesa y se adjudicó la paternidad de ajenas tesis. Como que el hijo ingrato robó a su padre, el socialismo al liberalismo, el judío alemán a los británicos Smith y David Ricardo, porque la teoría marxista del valor no es sino versión de las disquisiciones del escosés y del londinense sobre la economía y sus problemas. De modo que, por lo que al Bolshevismo se refiere, la historia del pantalón y el sastre chino se ha repetido con graciosa exactitud, salvo una variante de poca monta. Un pantalón de corte y factura europeos cayó en manos de un cosedor del Celeste Imperio, que inmediatamente lo estudió y concluyó por encontrarlo como el originial que buscaba su inventiva. Por desgracia, el pantalón era bastante usado y llevaba en uno de los periles un vistoso remiendo. El Confusio de la aguja lo imitó tan bien, que hasta el remiendo reprodujo en el pantalón nuevo. . . . Son las fallas que se descubren en la copia marxista del leninismo bolshévique. La anécdota es absolutamente histórica: la trae César Cantú en su Historia Universal. Como la filosofía del marxismo, pantalón que de manos de los sastres ingleses pasó a las del remendador israelita, y de éstas a las de Vladimiro.

Mas la Doctrina Catástrofe no se presta para estas amenidades. El CAPITAL de Marx vale por una bomba

aplicada al eje de la esfera. Libro abstruso, en esto muy diferente del Corán de la Revolución anterior, del CONTRATO SOCIAL por Rousseau, como se ha observado con sobra de justicia, su eficacia revolucionaria está cabalmente en su carácter de ininteligible. Redactado en el estilo de Nietzsche, talvez, no habría producido tanto estrago. EL ANTICRISTO del anticristo de Roedken es mucho más satánico, y su influencia no corresponde a su nocividad, sin duda, porque es brutalmente claro, con perdón del vulgarísimo adverbio, para calificar con él el golpe de maza que el muy desdichado quiso descargar en la frente de Jesucristo Señor Nuestro, y descargó en el Superhombre, la criatura de esas blasfemias, que en la Guerra vuela en pedazos. La turba de los pisaverdes de la filosofía y también la ótra del vulgo no necesitan entender para admirar y sugestionarse hasta el hipnotismo. Cabría añadir, ni siquiera necesitan leer, como quiera que el noventa por ciento de los socialistas, pese a los laudable esfuerzos de vulgarización, no conoce ese libro empedrado de tautologías, dogmatismos y contradicciones, dizque, por ser la vía triunfal para el paso del Proletariado, «cadáver y asesino a la vez», según consta de más de una tesis, para aplicar al Mesías de Carlos Marx el nombre que con tanto acierto y con inimitable franqueza se dió a sí mismo y al intelectualismo eslavo, Herzen, en un pronóstico de 1.850 sobre la ruina de Occidente: «Por más que protestemos, por más que nos duela, pertenecemos al mismo medio que queremos destruir.... Somos al mismo tiempo el cadáver y el asesino, la enfermedad y el ayudante de la operación: no es ótra nuestra vocación».

Si en la economía y en sus cuestiones copió más o menos a los ingleses, en la filosofía o en aquello que él denomina así, Marx debe demasiado a su compatriota Hegel, para que él mismo lo confiese. Siquiera la terminología, puesto que en el fondo el marxismo, no sólo difiere del hegelianismo, sino que lo es opuesto. El sistema marxista arranca del llamado por el materialismo histórico: la materia se pertenece a la historia, solamente en cuanto es trabajada por el hombre. De aquí, aún el nombre de la teoría. Al transformar la materia con el traba-

jo, al hacerla entrar en la historia, el hombre se pone en contacto con su semejante. Al principio trabajaron unidos y armónicamente, mientras no se repartieron el trabajo, pues ese momento comenzó la oposición, último origen de la historia. Y ésta se desarrolla de contradicción en contradicción, o sea, la primera oposición trae consigo la segunda, la cual resiste a la anterior o la suprime, de modo tal, que esta cadena de contradicciones viene a constituir una ley en la marcha de la humanidad a través de las edades. Es la ley denominada dialéctica, de donde el otro apellido del sistema: materialismo dialéctico. Pero, el materialismo marxista invoca arbitrariamente la dialéctica de Hegel, desde que sostiene que en la base de la realidad y del ser, no está el pensamiento o la idea, como afirma el hegelianismo, sino la materia y su proceso.

Con razón, el socialismo no se da la molestia de estudiar al Profeta. Para saber que el trabajo ha creado el mundo, que no solamente ha vuelto histórica la materia, según es la audacia de estos filósofos del efecto sin causa, por lo que a la remoción de la Primera Causa mira; por cierto, no había necesidad de fatigar el cerebro. Y el lector debe tener en cuenta que he procurado aclarar un tanto esa germanía. Mucho menos hay compensación del esfuerzo que se gasta para oír al mismo logómaco cómo la verdad es inasequible para quienquiera, menos para los proletarios. ¡Que aprendan los burgueses aprendices de marxismo! Marx debió proclamarlo sin anteponer tantas premisas, con la solemnidad y con el aplomo con que llega a la última de sus conclusiones, uno como dinamitazo en los cimientos de la fábrica laboriosamente construída.

Por supuesto, la conclusión es de Lenin. Pero, es una de las más legítimas que se pueden deducir del CAPITAL y demás obras de Marx. Si la lucha de clases es la dialéctica de la historia; si por otra parte, el derecho de propiedad, por las condiciones en que se realiza y ejecuta, no es sino el soporte de la civilización, el Marxismo abrió su propia tumba. ¿El Comunismo o Marxismo no tiende a concluir la lucha de clases? Luego, ha concluido también la historia. A su vez, cambiadas las con-

diciones en que se efectuaba el derecho de propiedad, como quien añade, retirados los cimientos de la casa, ésta tiene de caer, o sea debe desaparecer la civilización fundada en ese derecho. Sin embargo, para los marxistas del bolshevismo, la casa queda en pie: la técnica de la producción continuará produciendo más y más los recursos de la economía en un Estado sin clases. ¿A quién servirán? ¿Al hombre, tan sólo para que subsista o se conserve en la tierra a la par del animal, que no tiene otra finalidad, o servirán para crear una nueva cultura? Afirman esto último los bolsheviques. Luego, si el Marxismo no busca en fin de cuentas sino la creación de otra cultura, dejó de ser materialismo, puesto que el materialismo histórico no admite como fin únicamente la materia.

Por poco que uno fija la vista en el fundador de la Internacional, desaparece el filósofo. Se presenta de cuerpo entero el propagandista. El socialismo hallábase suficientemente desacreditado con la dialéctica de los acontecimientos de la Comuna en París, para que el Profeta apelara a la ciencia para embozar al muy conocido. Es ésta la razón del gran aparato del libro, no menos que de su escandaloso apriorismo. Porque el materialismo histórico y el dialéctico de Carlos Marx tienen tan poco de materialismo, según lo demostrado en el párrafo antecedente como de histórico y de dialéctico. Son historias y lógica de su autor, que entre las pruebas más irrefragables de su tesis menciona la expansión del Cristianismo, la del Islamismo y de la Reforma, interpretándolas sistemáticamente como luchas de clase, y no en el sentido propio con que acaecieron esos sucesos. Este estilo y método conocen mejor los pregones de feria para el expendio de sus secretos a los oyentes alledados de tanta charla.

Y aún más que el propagandista en apuros, se delata el judío. Padre y Maestro de la democracia en su meta, la Revolución Comunista, Carlos Marx supo disimular su imperialismo de pura cepa alemana, pues en verdad fué no poco favorable al régimen dominante en su país. Pero, no disimuló su otro imperialismo, el de su raza, el mesianismo de Israel. Tan sólo hay que tradu-

cir la terminología marxista, para descubrir esta sinonimia en los mismos vocablos. Proletariado quiere decir allí Mesías. Lucha de clases: la eterna disputa entre Israel y los incircuncisos. El paraíso marxista: el reino de la paz y de la justicia que el judaísmo anuncia sin cansarse. Sin duda, así como despojó la dialéctica hegeliana de su contenido lógico, cual es la idea, para reemplazarlo con la materia, quitó al mesianismo judío su razón religiosa, para vestirla a la revolucionaria, con traje para no ser identificado tan fácilmente. Aunque en lo del reino se parece a no pocos de los profetas o videntes de sus propias visiones de calenturientos: el imperio marxista es el mesiánico de la abundancia de riquezas y honores y gastronomías, que con tanto lujo de pormenores describen los desconcertantes novelistas del género más fastidioso que en literatura se conozca.

¡Con qué fruición se complace Marx en trazar la semeblanza del Mesías, del Proletariado universal! Posee todas las virtudes. Es el incontaminado en medio de la corrupción, del inmenso y profundo charco en que flotan las demás clases de la humanidad, como los réprobos en aquel estanque de la pintura dantesca. Su frente cubierta con el sudor está hecha para brillar con los diamantes de la corona. Su diestra encallecida por el manejo de la hoz o del martillo, reclama el cetro.... ¡Lírico sobremanera, el israelita! Literato superior a Stalin, aunque opine lo contrario LA GACETA LITERARIA de Moscú, al aconsejar a sus lectores: «La lingüística y la crítica están en la obligación de estudiar el estilo de Stalin».... Con esa música, los explotadores de la Clase Obrera tienen de sobra para calmar el hambre de varios millones de proletarios, a quienes la Revolución arrastra en pos de esta promesa mesiánica de una soberanía que ni siquiera el pan obtiene de sus líderes.

Ese Proletariado marxista es tan histórico como el materialismo de la misma denominación. No ha existido que sepamos, sino en la mente de su cantor. Lo cual prueba hasta la saciedad que a Marx poco interesa la experiencia. El Marxismo es mística, fe religiosa, por su inspiración y sus métodos. Le importa subvertir el mundo, y por ello, nada se cuida de fundar en estricta ar-

gumentación, así sea materialista, pero histórica, su sistema, que se adelantó al descubrimiento de Nobel. Porque entre la dinamita y el marxismo hay más que la coincidencia del empleo para el mismo fin. La dinamita del griego: *dynamis*, fuerza— es la mezcla de nitroglicerina y una sustancia neutra o inerte: del Marxismo la fuerza es la filosofía del trabajo y la filosofía de lo Inerte, la de Hegel. En la dialéctica, le pide el nombre para contradecirle palmariamente. En el espíritu, no menciona al hegelianismo, mas lo reproduce con tal fidelidad, que la ortodoxia marxista de Lenin y la Revolución bolshevique está, con justicia, en la Lógica hegeliana al cual tratado el comentador Vladimiro puso estudiosas notas marginales.

El filósofo de Stuttgart es el verdadero Dictador de los tiempos modernos. Dietó las leyes de la Revolución y de los regímenes de ella derivados. En su doctrina, ciertamente, hubo más que para revolver en el caos el planeta, para subvertir la creación entera. Tal es la trascendencia de aquel como resumen que puede deducirse de todos sus volúmenes: «El Ser y la Nada se confunden». Sus demás teorías acerca del Espíritu, de la Historia y del Estado, son las ilustraciones gráficas de la triple fórmula: Tesis, Antítesis y Síntesis. El Ser en su último concepto es la Nada, porque el Ser es aquel Algo que todo lo abarca y designa, cielo, infierno, tierra, cuanto imaginarse puede, los millones y el cero, pues cuando de un objeto cualquiera se dice que es «algo» en general, prescindiéndose de cualquier cualidad determinada de ese «algo», en suma, de ese «ser». Por consiguiente, el Ser en este sentido generalísimo es el concepto que no tiene NINGUN contenido especial: esta falta de contenido es la Nada: luego, el Ser en postrer término es la Nada.

Al idealista no le importa pasar de uno a otro terreno, de lo objetivo a lo ideal para establecer la confusión entre el Ser y la Nada, cual si esta confusión de la mente y sistema hegelianos podrían existir en la realidad contra el principio de identidad y contra el mismo afirmante, que mal podía ser y no ser al mismo tiempo. Lo importante para Hegel era llegar a su conclusión

final panteísta: al Gran Todo, a la Gran Confusión, al universo como fusión de Dios con las criaturas, al nirvana indostánico, al nihilismo trascendental y místico. Porque no necesito recargar de citas este ensayo elementalísimo, para comprobar la verdad descubierta por más de un autor y manifestada con todo fulgor en la historia de las ideas, más aún en los hechos que contempla el mundo: la filosofía germana ofrece más de un parentesco con las teogonías y místicas de la India y del Oriente en general, y la Revolución bolshevique, a la par de las demás del Totalitarismo y sus derivaciones o sucedáneos, se ejecuta como invasión de esos pueblos contra el Occidente, que derribó, inconsciente, sus murallas, desde hace fecha, para el paso victorioso de esos últimos Bárbaros.

Por ello, la mística marxista no es sino la mística hegeliana. Mística de la Catástrofe. Hacia la sinonimia absoluta del Ser y la Nada. En verdad de verdades, los bolsheviques se condujeron hasta aquí como muchachos traviesos jugando a encender cartuchos de pólvora. Los Profetas les enseñaron algo mucho más serio. A colocar dinamita, no en los rieles de los ferrocarriles, en los palacios de los ricos, en los fastuosos monumentos de generaciones y generaciones idas, bajo el solio de los príncipes, sino allí donde está el punto preciso, en el trono del Creador, para que estalle como un vidrio roto en ciscos, no solamente el globo de la tierra, sino el más lejano de los astros y el Infinito..... Considerar de otro modo la cuestión es desconocer el valor de esa filosofía, la más alta que pudo concebir cerebro de hombre. Sería empequeñecer la Revolución, reducirla a la lucha de clases, cual sostienen sus autores.

La Revolución actual, por su filosofía y por su historia, no es lucha de clases o cosa parecida. Ni siquiera la colisión que acababa de subrayar, entre el Oriente y el Occidente. El Nihilismo, la bandera del Trabajo, el Proletariado universal son nombres apenas. Nominalismo necesario para hablar en humano y para hacerse entender de los enganchados por el único y verdadero Jefe. La Revolución es un pobre vocablo para la magnitud del propósito que la organizó y del fin que persigue. La Re-

volución es lucha gigantesca, no cabe duda; mas no entre razas y pueblos, entre naciones y continentes, entre regímenes y culturas, sino entre los dos Adversarios que vienen combatiendo desde el principio de la historia. El teatro es el mundo; pero, la Revolución no es de hombres con hombres. Los hombres desempeñan el papel de mercenarios en el Ejército del General en Jefe de la Ciudad Contemporánea por él movilizada. Porque la Revolución es la lucha del Adversario con Dios.

Me equivoqué al decir que la filosofía de la identidad del Ser con la Nada es humana. El Adversario se germanizó para la impostura en la Reforma. Para la Guerra, se germanizó en la Revolución de Hegel, de Marx y la comparsa de comentadores como Lenin. En el hegelianismo marxista sopla el aliento de una boca demasiado conocida, de aquella que se abrió como el primer grito de combate: «No serviré», y ahora fatiga los ecos con la convocatoria: «¡Proletarios del mundo, uníos!»... Ha progresado notablemente. La rebeldía se contentaba con muy poco. Destronar para reinar, por cierto, valía como un programa, pero mínimo, solamente para principiar. Destronar y matar al Antagonista era lo aconsejado.

¿A qué se unen los trabajadores? ¿A cantar LA INTERNACIONAL con letra de Eugenio Pottier?— ¡ARRIBA LAS CULATAS DE LOS FUSILES Y ROMPAMOS LAS FILAS, QUE EN BREVE SABRAN QUE NUESTRAS BALAS SON PARA NUESTROS PROPIOS GENERALES!... El himno ha pasado un tanto de moda, desde octubre de 1.917, cuando los desertores que llegaban por millares del frente roto en más de veinte partes, ensordecían las calles de la capital moscovita, lanzando a los oficiales vítores menos estrepitosos que las salvas de los marineros del *Potemkine* y de sus émulos los soldados que pasearon el cadáver de Dukhonine en la punta de las bayonetas, o de los otros del *Almaz*, que arrojaron los galones a las calderas del crucero. ¿Se reunirán a recibir el pan y la paz? Llegarán también a deshora, porque Stalin el Paternal no permite ya el clamor que Lenin y Trotsky dieron a repetir a los obreros contra el gobierno de Kerensky hasta derribarlo:

«¡Pan y paz!»....

No es la primera, ni será la última corrección que hace el Bolshevismo al Marxismo. La dialéctica del Maestro había enseñado que la técnica de la producción, la producción y la propiedad que de esa técnica dependen, establecerán la dictadura del Proletariado e instaurarán el régimen de la propiedad común. En otros términos, casi era innecesaria la Revolución, puesto que el acontecimiento tenía que producirse «con la misma naturalidad con que el fruto maduro cae del árbol». Los volshéviques no esperaron, más bien se adelantaron con premura a la implantación del socialismo en un país donde la técnica de la producción no había llegado al estadio que señalara el Profeta burlado, puesto que la Rusia de Lenin no acababa aún de salir del feudalismo. Ahora, el stalinismo interpreta LA INTERNACIONAL marxista en el sentido de una desesperada llamada a los Proletarios a la Guerra, sin que por ello prevarique dentro de la más estricta ortodoxia.

Y ¿qué es la ortodoxia? Su Infalibilidad José Stalin. Hace tiempo que Marx y el Marxismo fueron arrinconados en la necrópolis de los dioses muertos. El inglés Mac Donald lo proclamó: «El Socialismo catastrófico pasó a la historia como el Socialismo utópico». No cabe duda, como filosofías o sistemas por separado, pertenecen al pretérito. Como catástrofe y como utopía en una sola, pertenecen a la realidad que contemplamos.

Hégl Catástrofe y Marx Utopía se unieron estrechamente en el Bolshevismo para la Guerra, cuyas cornetas suenan como en el Apocalipsis, a los cuatro vientos de la tierra. ¡A pelear la última batalla y decidir si el Ser y la Nada se confunden, que el duelo es entre Dios y el Emperador de Satanápolis!

Capítulo Décimo Cuarto

TRES HITLER Y UNA SOLA ALEMANIA



NGELS definió el terrorismo: «La dominación de gentes aterrorizadas por ellas mismas». Lo que vale decir: los pueblos se crean sus tiranos. Y también sus dioses. Es el caso de Stalin. Y el Adolfo Hitler, Caudillo de la Alemania Racista, o mejor, de la Alemania sin epíteto.

Sin duda, hay que apresurarse a distinguir. Propiamente, del Zar Rojo no corre por el mundo sino una sola imagen, más o menos retocada, según el público al que está destinada. Porque el Stalin del frente único de las Democracias, para el mismo cristianismo de nombre, es también el Sanguinario, el Déspota de las depuraciones, aquel mismo que conocen y adoran los prosélitos del Kremlin. En cambio, Hitler, posee triple iconografía, o más bien, triple personalidad, puesto que cada una de sus estampas y cada grupo de los grabadores de ellas reclaman para sí la exclusiva de la verdad.

Hay el Hitler de los enemigos. Huelga advertir: el más falso de los tres. Un Dictador impopular que se sostiene en fuerza de la Gestapo. Un evadido de manicomio, que gobierna con una camarilla de paranoicos. Un vegetariano y misógino, que con esta norma de vida demues-

tra aún más su anormalidad. En cuanto al crisóstomo de los discursos electrizantes se explica por el Estentor de los gritos que no convencen, pero aturden, como necesita la turba para magnetizarse. En suma, como dijo alguien: dos sílabas que hasta el fin de las edades estremecerán de horror a la humanidad. Pues Hitler, y solamente él, es el responsable de la presente Guerra.

El segundo es de los neutrales. Aunque ¿se puede ser neutral respecto de quien atrae sobre sí las miradas del género humano?... Una lección de cuánto importa la obstinación y significa el hombre de una sola idea. El patriotismo exaltado hasta el fanatismo. El autor de *Mein Kampf*, que se trazó un programa y lo está cumpliendo. Un fenómeno de orden religioso, más que del político, que en la terminología correspondiente se llama mito. El hombre Mito como encarnación de su pueblo trabajado por la vieja ambición de dominar el mundo. Y la Guerra no ha sido desatada por él, sino que es un episodio de la anterior, de la que no terminó con el Tratado de Versalles.

El tercer Hitler es el de los alemanes. El Führer sencillo y bueno sin vicios ni virtudes heroicas en lo privado. Su virtud heroica, y ésta le basta, es su amor a su pueblo. Austero y enérgico sobremanera. Hijo del pueblo y de su pueblo, la Alemania de la posguerra, sedienta de justicia, cansada de buscar un desfacedor de entuertos, un vengador de las injurias recibidas de parte de las demás naciones y de los gobernantes y partidos que le precedieron. Pronto a atender los reclamos de los trabajadores y artesanos, en una palabra, de quien necesita de él. Cuando los subalternos cometen alguna injusticia o desacerto, las gentes del Tercer Reich exclaman: «¡A buen seguro, no lo sabrá el Führer, porque, de otro modo, no ocurriría esto!»

Sin duda, la caricatura peca de excesiva. Para hablar tan sólo de la impopularidad ¿cómo se concilia con el hecho referido por más de un testigo presencial, de nacionalidad francesa y antes de la conflagración, de que Hitler hablaba desde una tribuna separada del público por una sola hilera de guardas, mientras no pocos extraños se acercaban a menos de dos metros de distancia del ora-

dor, desde donde era demasiado fácil disparar, para que el impopular se salvara en tantas ocasiones? ¿Y la fuerza convincente de sus arengas estará solamente en la voz y el magnetismo de la muchedumbre, si académicos extranjeros, que fueron con ánimo prevenido a escucharle, se retiraron después de aplaudirle con el frenesí de todo el auditorio? Por lo demás ¿Alemania es el país de los *kulaks* para haberse dejado mixtificar en esta forma, si acaso Hitler no fuera la mixtificación que Alemania se creó de sí misma en un individuo?

Como pocos, el Führer es la víctima preferida de las frases hechas y los lugares comunes. Una de ellas, la frase de un exégeta germano del Tercer Reich: «Hitler es aquel a quien no se le puede definir». Pero, hay que usar de esta definición del Indefinible, tratándose de quien es el resumen más visible de un pueblo sometido al fenómeno sociobiológico que con tanto acierto observó Eduardo Helsey: «El Alemán, más que cualquier otro hombre en el mundo, se modifica radicalmente al entrar en colectividad». Si individualmente, aislado, el Alemán desafía a la psicología y a la crítica, en sus filósofos y más personajes representativos ¿cómo definir al que comprende en sí toda una serie de otros autores de las teorías, o más bién, de la teoría que personifica al que comprende, en fin de cuentas, a todo el pueblo y a toda la raza?

Porque Hitler es hombre Símbolo. Un estado de alma de su nación. El atavismo más remoto hasta las generaciones recientes, así como las influencias que desde el siglo pasado, a lo menos desde entonces de modo más visible, venían desarrollándose en las universidades y academias de la admiración y del proselitismo para el Irán, para la India y demás centros del turismo de los sabios de ultra Rin; han desembocado en este lago agitado por tempestades de mar. Hitler es nada y es todo a la vez, para condensar en la fórmula hegeliana el concepto de los neutrales que hablan de mito. Nada: la simple idea de su pueblo. Todo: esa idea convertida en una realidad, que no destruirán los adversarios de Alemania, a golpe de negaciones, sino que se destruirá por el proceso que en su creación y ruina siguen los mitos.

Si no pecara de inoportuno, por decir lo menos, habría para reírse de cierta expectativa en boga. Adolfo Hitler, dizque, pronosticó su fin, al princio de la Guerra. Bastaba para interpretar que no vería su derrota. Este Werther político, conforme le llamó La Varenne, no buscará refugio como Guillermo II, sino que se despedirá con un adiós sonoro: quizás, con un tiro de pistola, radiodifundido para más solemnidad desde la misma estación que trasmite su logomaquia. Cual si importara saber cómo concluirá la envoltura del Mito, si es lícito expresarse así, y no la sustancia de él, la Gran Alemania. Por cierto, nadie le vencerá a Hitler, como que nadie mata un mito, sino él mismo. El momento en que Alemania pierda su fe en sí, o si se quiere más concretamente, el instante en que el Führer haya dejado de ser lo que es actualmente, la Vieja y la Nueva Germania enardecidas por la mística de su grandeza y también por esa otra mística del éxito, será su fin....¿También el fin de la Guerra?

Tipo del soñador feliz. Diferente en esto de Bismarck, realista de la escuela de un positivismo de estirpe. En Hitler los sueños se vuelven realidad sin que necesite divagar en reflexiones y cálculos. El relámpago de aquello que se designa con el nombre de intuición, y el hecho se produce. Desde luego, es lo que aparece ante el público. Al comienzo de su carrera gubernativa el Führer hesitaba largas horas, y aun días, antes de dictar una orden. Se recordará el caso de la persecución a los Judíos: a la campaña oficial precedieron las del Partido Nacional Socialista y de las Secciones de Asalto, como que al Canciller le faltaba decidirse, mientras el Ministro trataba de ver el efecto que la novedad produjera en la opinión europea. El repentinismo de ahora se debe a los éxitos obtenidos. El CUNCTATOR de pasada época sabe que acertará, porque acertó ya tantas veces, para gastar un tiempo demasiado atareado en prolongadas meditaciones.

El éxito ha hecho de él lo que es. Un obsesionado de sí mismo. En el horizonte de los caminos por donde va, se diría que contempla proyectada su silueta, y en pos de ella se dirige. Si silueta, a su vez, no es sino la pro-

yección de su Alemania, la única que existe para él, en apariencia distinta de las otras que pasaron a la historia, pero sustancialmente la misma, la eterna, la de Arminio, la de Otón, la del Kaiser, la que hubiera sido con los mismos rasgos que ahora la distinguen, sin necesidad de Hitler, con cualquier otro, si acaso el Reich no hubiese estado constituido en República.

El proverbio latino recomendó la audacia para el éxito. La fortuna ha pactado alianza con el Führer por su audacia. Elevado al poder cuando más parecía retirarse de él, puesto que varias ocasiones fracasara en sus proposiciones al anciano Mariscal, hasta el 29 de enero de 1.933, día de la entrevista con Hindemburgo, que determinó el nombramiento de Canciller, debió sorprenderse él mismo de su ascenso. Lejos de acortar al sensible, la sorpresa le comunicó nuevo impulso. Debía probarse a sí mismo y se probó. Debía medir el alcance de sus facultades gubernativas y lo midió. El periódico berlinés, que al día siguiente del memorable acontecimiento, escribía: «Hitler está en el poder; pero, no cabe decir lo mismo de su Partido, del Nacional Socialismo» — iba a rectificarse muy presto. Las medidas que al Mariscal le parecían extremas, Hitler las implanta. Cuando muere, la revolución nacional socialista está hecha, ha subido al poder. De este modo se formó la conciencia hitleriana del éxito y para el éxito. Imperaba; todos le obedecían sin réplica, y el incontestado acostumbrose a saber que su voluntad era ley, y que la ley se ejecutaba con el aplauso del pueblo, de aquel que no acababa de festejar con entusiasmo indescriptible la presencia de su Jefe en la Cancillería.

¿Que la inteligencia del genio está por demostrarse? En efecto, hay quienes se han preguntado y se preguntan si Hitler es el inteligente que arrebató al país de las grandes inteligencias. Por cierto, el documento de MI LUCHA es ante todo el mensaje del autodidacto. Contiene páginas que no son modelo de redacción. Pero, aun sus enemigos reconocen el mérito. Un emigrado, cuyo libro fué prohibido en Alemania, afirma: «Por la suma de conocimientos allí manifestados, el Soldado de la Gran Guerra supera, no hay duda, a los que han cursado los

estudios de universidad». Pero, la cuestión no tiene de manera alguna la importancia que se cree. Con inteligencia o sin ella, Hitler es el genio que se ha constituido árbitro de Alemania. Un genio como él no ha menester demasía de talento.

Para repetir por centésima vez, Alemania se buscaba a sí misma y se encontró en el Führrer. La angustia de los trabajadores sin pan, de los desocupados condenados a la inanición; la cólera mal reprimida de quienes no se conformaban con una República instalada para sustituir al Monarca con un judío, primer Presidente de ella; la vergüenza de una derrota que era el golpe más rudo en la cabeza de la supremacía teutónica, en su ponderado militarismo; en fin, el ansia futurista y su fuerza colectiva vieron en él su sueño, el sueño de todos y cada uno de los alemanes. Le bastó comenzar para imponerse. Pocos meses antes de su nombramiento, provocaba aún cierta hilaridad el «tambor de Munich», como le llamaban al verle siempre a la cabeza de sus gentes, de aspirante a Canciller, cada vez más burlado en su tentativa de asalto. Más de trece años se pasó en intentar la entrada al Capitolio. Ni siquiera se acordaban del título con que le saludaban otra hora: «¡Asesino!».... En cuanto se demostró Führrer, Caudillo o Conductor, y fué desde el día siguiente de su ascenso, se uniformó la docilidad del rebaño.

¿Me he declarado quizás por el tercer Hitler? Estas páginas desprovistas de cualquier otra recomendación, se empeñan, a medida de las posibilidades de su autor, en traducir fielmente a los hombres y las ideas de la Ciudad Contemporánea. La apocalíptica de la actualidad, que aquí se estudia, no está en Adolfo Hitler, sino en su raza, en la lección de inmediato sentido que da la Alemania encarnada en él. La Alemania de la Revelación del reservado —del Episodio de la Torre—, renegó de Jesucristo Señor Nuestro, para erigirse con el Führrer en el Mesías de sí misma, en su Redentor y Destino, a través de las filosofías que desde la Reforma han trabajado tenazmente, con la técnica que les distingue, este Hombre y este Mito. ¡En la tierra donde se descubrió que todas las religiones eran fábula, como quisieron desde el pamba-

bilonismo hasta el comparatismo radical, Dios se ha encargado de probar la divinidad de su Hijo, dejando a su sola fuerza a la sabiduría humana, para que haga de un pueblo el más trágico de los mitos!

Larga la senda que recorrió la sabiduría germana, para llegar al punto de partida. De Wotan a Hitler, del dios de la magia de la Sangre y del Brazo conquistador a la mística del Racismo y de la Fuerza báltica. Más de cuatro siglos ha costado demostrar la ecuación etimológica que señalaba Fichte entre el Alemán y el primitivo u hombre por excelencia: DEUTSCH, POPULAR, PRIMITIVO. Para crearlo fué preciso, no solamente buscar sus restos en la selva y en los cementerios de las tribus prehistóricas de orillas del Danubio, sino recorrer los panteones de asia, de uno en uno, hasta levantar del polvo esta maravillosa criatura que pregonaba de la sangre pura y otras limpiezas como los materiales de que fué hecha.

Es un producto obtenido en concurso de padres, pues de generación se trata. El primero de ellos, el Apóstata de Eisleben, le comunicó el sentido de la orientación cual podría decirse, como quiera que orientó Alemania hacia el paganismo que ignoraron los mismos fieles de Wotan, Odín y Tor. Abolió el concepto de pecado. Causa suma gracia que a Hitler le hablen de moral, y que haya quienes se escandalicen de su conducta, que está dentro de la línea más ortodoxa del luteranismo más consecuente. Concluyeron las lamentaciones del eslavo Dostoiewsky. Lutero dejó de ser inconsecuente y se volvió tan franco como deseaba. La consecuencia y franqueza de Lutero es Hitler, que no se preocupa con las razones de la ética universal y erigió como único derecho el exclusivo del Estado, la idolatría de la autoridad laica, en primero y último término, él mismo. El Pastor Martín Niemöller, Jefe de la Iglesia Confesional o Unión de luteranos y calvinistas, debe de estar aprendiendo la lección que no aprendió en su homónimo, puesto que para el estudio más concienzudo y reposado, el Führer le declaró su «prisionero personal» por diez años. ¡Tiempo de sobra para profundizar el capítulo claro de la teología del maestro sobre el Libre Examen y la Libertad de su Iglesia libre—

como el Pastor allí preso!

Era suficiente este progenitor. Con Lutero, Alemania tuvo para plasmar su personalidad completa en Hitler. Sin embargo, creyó necesario recurrir a otros, entre los primeros, al Júpiter de Weimar. Con Goethe comenzó el superhombre de los demás de este híbrido —Claudel le pregunta con sarcasmo a Goethe: «¿Usted es un hombre?» Y Goethe contesta: «No, un superhombre... es decir, un pobre diablo». Grave injuria y grosero insulto a uno de los valores más representativos de Germania. Ese superhombre comprendió la cuestión como pocos. Por ello, si se merece el título. Se merece la veneración que se le profesa en las universidades teutónicas. Al oír su nombre todos caen de rodillas. Como quiera que Goethe descubrió el camino de buscar el modelo menos teológico, pero más encantador y gracioso que el hijo de su padre, el hombre forjado por Lutero. El Teólogo enseñó que el pecado era indiferente. El Poeta fué más allá: que el pecado era estético, pues a ello equivale la admiración de Goethe al paganismo clásico, si bien se le comprende, a lo que después se denominó el arte por el arte, con prescindencia absoluta de la moralidad del mismo.

Aunque la cuestión no era de corregir la idea del pecado, sino de arrancarla de raíz. La teología y la literatura habían procedido con escrúpulos. La filosofía vendría a concluir la obra. La ruta descubierta por el autor del FAUSTO, podía ser buena para colegiales. Otro era el sendero para los hombres de alguna edad. Los Clásicos de Grecia y de Roma eran demasiado occidentales, cual si se añadiera, decadentes, para haber pensado en otra cosa que en el alma, en la persona, en la responsabilidad, prejuicios que convenía amputar. A partir de la filosofía de Kant, de Fichte, de Schelling, de Hegel, el menos especialista observa uno como furor de la filosofía germana por destruir estos conceptos de responsabilidad y de persona. El idealismo y el panteísmo de esas escuelas no persigue en suma más propósito que el de expulsar aun del vocabulario esa «persona muy conocida y acreditada», cual se burlaba Schopenhauer del alma humana. Y en el mismo plan se inspiró la moda de la importación de los paganismos y filosofías asiáticos.

Fué la exhumación a la que me refería, como para extraer la cadaverina que habían de inyectar al vátago recién nacido en los laboratorios de semejantes alquimistas.

Mas la criatura no satisfizo aún a sus progenitores. Suprimido el concepto de responsabilidad y de persona, quedaba en pie el de Ser. Fueron a consultar allí donde descubrieran que el individuo humano no es sino «colonia de almas», o más bien, «agregado de tendencias y de instintos divergentes». Se les contestó que el Ser era la más triste de las vanidades: fenómeno, ilusión, engaño como el ótro del alma. Con lo cual se obtuvo lo propuesto: desterrar las nociones del bien y del mal y de aquella Esclava que tanto molestara al Doctor, de la Libertad, no sea que se atreviera también con los nuevos Doctores. De Kant a Keyserling, pasando por Hegel, Fichte, Shopenhauer, Hartmann y Nitzsche, para no mencionar sino a los principales, la India de occidente, cual con justicia se ha denominado Alemania, coincidió con la India de oriente. Las dos naciones metafísicas por excelencia, como diría Taine confundiendo metafísica con absurdo, según él mismo se encargó de añadir, se encontraron en la vía de las contradicciones para alcanzar la meta del Nirvana o de la Nada.

Si bien, no era la meta. El panteísmo no concluye allí. Después de establecer la identidad del sujeto con el objeto, le resta por examinar este último concepto. ¿Quién es Dios o el Ser supremo? La pregunta, hacía siglos que fuera formulada por los hindúes. Y respondida por ellos mismos: «No hay Buda fuera del corazón. Fuera de esta realidad única como es el corazón, todo es imaginario. El corazón es Buda y Buda es el corazón. Figurarse un Buda fuera del corazón de uno, imaginarse que se le ve en el exterior de sí mismo, raya en delirio. ... Cada uno es Buda para sí; cada cual es su propio Buda, y para alcanzar el término, no hay sino que reconocer la inmanencia en uno mismo de esta sola y única realidad». O con más concisión, sin las tautologías del monje Budhidharma en su discurso ante el emperador Leang--Wu--Ti, como dice textualmente el Rig Veda, primero de los cuatro libros sagrados de la India: EL MORTAL CREO AL INMORTAL. Para concluir con Miche-

let, el del entusiasmo vibrante por tal descubrimiento: «Conque no habrá lugar para superstición alguna. Si el Dios, olvidándose de su origen, se convierte en tirano y pretendiera entenebrece la fantasía con terrores serviles, el hombre podrá encararse: ¿Quién te ha creado? ¿No soy yo el que te saqué de la nada?»

Es ésta la aventura de Alemania, para emplear el vocablo con que Shopenhauer blasfemaba del Cristianismo, «aventura de Galilea», rabioso porque los misioneros iban a predicar en el Indostán. La aventura de Brahma en Hitler. Aventura que latía en el espíritu de la raza y del pueblo, desde Ottlieb de Estrasburgo, condenado por Inocencio III y precursor de los Hermanos del Libre Espíritu, que enseñaban que «no se puede establecer ninguna distinción entre Dios y los hombres». Como sus hermanos los del Libre Examen, que viajaron muy lejos para estudiar la filosofía «fresca como un sueño de la adolescencia», que Ruysbroeck, desde la Edad Media, profesara en la misma tierra del Rin: «La verdadera contemplación consiste en creer que Dios es la nada, y que para identificarse con El, al hombre no le queda sino el recurso de volverse nada».

Así se divinizó a sí misma la Alemania de Lutero y sus estupendos Filósofos. Se creó «inmortal» en el Führer, no por el proceso observado en el país de los mujics, sino cual convenía a la nación que inventó la Crítica. Stalin es el ícono mandado a tallar con premura: en madera de saltador, el Dios del terrorismo y la Guepeu, dos nombres de la organización de la servidumbre esclava o rebaño de la estepa bajo el knut, la sola y única igualdad del Comunismo —la igualdad de las correas de ese látigo. El Nabucodonosor germano es la imagen de su pueblo, trabajada despacio, corregida en cada centuria, en vista de los modelos más clásicos, hasta que se levantó de súbito en el Mito de carne y hueso como un reto al Dios de los cielos y a los hombres que pueblan el planeta.

Desafío al Altísimo, no hay duda. Aunque Hitler en cada uno de sus discursos invoque el sagrado nombre del Señor, él no cree sino en sí mismo y en Alemania. El Buda es consecuente con quienes le crearon. Porque el Führer

es mucho más grande que el de las invectivas de sus adversarios. A lo sumo, según estas pinturas, el Bárbaro de la antropofagia bélica sería más repugnante que el ótro del Kremlin. Y los católicos tendríamos para principiar a discutir la elección que se nos propone por los dos bandos, entre el Jefe del Marxismo bolshevique y el Jefe del Nacional Socialismo. Cual si cupiera elegir entre tipos, por cierto, distintos, pero ambos personificación del Hijo del Padre.

Y la Guerra, en el Apocalipsis como en los documentos mejor probados, no es tanto como se dice, obra de la Alemania de Hitler. Alemania podrá preguntar a Hitler: «¿Quién te creó? ¿No he sido yo la que saqué de la nada, del fondo de mis entrañas transidas de angustia?».... Pero, a Alemania, sería de averiguarle quién ha creado a ella, quién formó la Unidad Alemana, último origen del conflicto entre las Democracias y el Racismo. Pues, para hablar en histórico, la compactación de los antiguos principados que forman la Gran Alemania de la actualidad, su unión en un solo bloque, se debe a la Revolución Francesa y a la Gran Bretaña.

Bertrand de Jouvenel refiere. En los días de la conmemoración del Sesquicentenario de la Revolución de los ingleses en Francia, iba camino de Versalles, al asistir como simple curioso a las ceremonias y fiestas oficiales, cuando un anciano de levita usada, pasó a su lado y como dirigiéndose a él con un pequeño volumen que sacó del bolsillo, exclamaba: «Es Hitler quien debería presidir los festejos. Porque esta Alemania enorme de los ochenta millones de habitantes, de la que tanto se halla engreído el Führer, y que pesa abrumadora sobre nosotros, no hubiera él edificado, si no fuera por la Revolución Francesa»... Ese volumen que blandía el anciano, era LA UNIDAD ALEMANA por Pedro Benaerts, una demostración objetiva de cómo Prusia, que en 1.806 contaba apenas un cuarto de la población de Francia, suma ahora más del doble. Para reproducir textualmente el resumen magistral: «La unidad alemana no es en suma sino el resultado de una ruptura del equilibrio entre las tres fuerzas que había en el cuerpo germánico. Estas tres fuerzas eran Prusia, los Estados secundarios y Austria

Mientras se mantuvieron equilibradas, Alemania se vió neutralizada, incapaz para construir un Estado. El particularismo alemán fué absorbido con la formación del Zollverein en lo material, y políticamente, por la formación del Reich de Bismarck. El poderío austriaco fué eliminado de la Alemania económica por el Zollverein, acorralado dentro de sus fronteras, políticamente por la destrucción de la Confederación germánica, anulado con el desmembramiento Austria-Hungría. Todo lo cual no hubiera sucedido, si la Revolución del Ochenta y Nueve no hubiese abandonado la política que sostenía el equilibrio de las tres fuerzas germánicas, la política de Francisco I, de Enrique IV, de Richelieu y de Mazarino.

Por demás curioso, el Emperador de la Revolución, que montó en ella, como describen los yambos de Augusto Barbier, soñó con Hitler y llegó aun a pronosticar su aparición. Napoleón confesaba que uno de sus mejores propósitos fué el de constituir la unidad alemana: «Unos de los pensamientos que más acaricié fué la concentración de los pueblos unidos por la geografía, pero disueltos y reducidos a pedazos por las revoluciones y la política. Así se cuentan en Europa, bien que diseminados, más de treinta millones de Franceses, quince millones de Españoles, quince millones de Italianos y treinta millones de Alemanes: hubiera hecho de cada uno de estos pueblos un solo y único cuerpo de nación». Y añadía: «A buen seguro, si el cielo me hubiera hecho nacer príncipe alemán, a través de las múltiples crisis de nuestros días, hubiera gobernado esos treinta millones de Alemanes reunidos en una sola nación; y por lo que les conozco a los Alemanes, una vez que me hubieran elegido y proclamado, jamás me hubieran abandonado»... Convicción más clara aún en la profecía siguiente de la Alemania de Hitler: «Esta aglomeración o concentración de los treinta millones de Alemanes sucederá tarde o temprano por la fuerza de los hechos: está ya dado el impulso».

Por lo que respecta a la participación de Inglaterra en la Unidad Alemana, aparte de la política desarrollada en el continente para contrarrestar a Napoleón, los Liberales de Londres hicieron causa común con los de París para aplaudir la evolución progresiva de la Confede-

ración Germánica, creada a la caída del Desterrado en Santa Helena, por los treinta y nueve Estados de que constaba todavía Alemania. Y ¿las quiebras del Tratado de Versalles no se deben a la secreta, pero eficaz intención de Lloyd George, en buenas cuentas, de Gran Bretaña, que tuvo en mientes la supremacía de Francia en el continente, y para impedirla, se permitió no pocas condescendencias con el vencido? El más grande error de ese Tratado fué la desmembración de Austria a beneficio de la Alemania Una y Grande.

No me separo un punto de la historia. Dios se sirve del Adversario y de sus instrumentos para castigar a los pueblos. La República de los Derechos, en persona de los hombres y del régimen de la «Troisième», pagó ya sus delitos con la obra propia de la Revolución, con la Alemania por ella creada. El Judaísmo de Albión se queja del Monstruo hitleriano y racista. ¿No sería mejor meditar en silencio cómo la Francmasonería escocesa y de otros ritos de la Isla, que fomentó toda aquella filosofía de las universidades y academias de la otra orilla del Rin, educó al fin a los Alemanes para la Guerra?

Para volver al Führer, no existe sino uno solo. Y definido en la sola y única Alemania, cuyo destino apocalíptico es tan claro. Para seducir a las gentes que hay en los cuatro ángulos de la tierra, el Adversario se hizo Iscariote Segundo en el Agustino de la Nueva Revelación. Para arrastrar a los pueblos de la impostura a la Guerra, el mismo Adversario actualizó su presencia en el Mito de Adolfo Hitler.

Cualquier otro aspecto del Wotan racista induce al error en boga de un Caudillo Alemán como tuvo otros ese pueblo. No hay porqué equivocarse. Ríanse del católico, todos los profesores de historia y de filosofía de la historia. Esta historia contemporánea es luminosa de sencillez, para que la vean aun los que tienen ojos y no quieren ver. La Alemania de Straüss y de Drews, en contestación a la encuesta de Poncio, gritó, más fuerte que la vociferación de Gabbathá: «¿Ponerle en libertad a Jesucristo?....!Si Jesucristo ni siquiera ha existido!»....Lo veremos. Lo veremos. No importa cuándo. Lo importante

y de interés superior a cuantos otros dramas de Dios con el Adversario presenciaron las edades, superior aun al duelo de Jesucristo con la Bestia del Imperio Romano, es éste.

No tengo por qué ocultar mi admiración a Hitler, digo, a la Gran Alemania encarnada en él. Este pedestal es digno del Señor de los Señores y Rey de los Reyes: la cabeza de un Pueblo erguida más arriba de las estrellas, hasta el trono del Infinito, caída mañana bajo las plantas de Aquel que en el Mensaje de Patmos dijo: **ALLA VOY PRESTO, A PROBAR QUE SOY EL ALFA Y LA OMEGA, EL PRIMERO Y EL ULTIMO, EL PRINCIPIO Y EL FIN.**

Capítulo Décimo Quinto

EL MATRIMONIO DE EL PRINCIPE



MATRIMONIO morganático. **EL PRINCIPE** del florentino Nicolás Maquiavelo se casó con una plebeya, con la Revolución del **CONTRATO SOCIAL** de Juan Jacobo Rousseau.

De este modo se podrían definir los regímenes dominantes en los países llamados vulgarmente totalitarios. Aunque la fórmula peca, tal vez, de cómica contra la gravedad del sistema, subraya mejor su contenido histórico.

Sin duda, el Fascismo es la política de la autoridad, en tanto la Revolución es Democracia, y la Democracia es el gobierno del Señor Omnes, que en los años que presta su nombre para los estatutos de una República, hasta la fecha no sale de su menor edad y su dominio está en manos del Consejo de Regencia, de los pocos beneficiarios de aquella conquista o Derecho del hombre. Diferencias de vocabulario que los hechos se encargan de borrar. Porque aquellos títulos gloriosos de Libertad y de Soberanía Popular se escriben con la saliva de sus defensores y propagandistas, y la verdad, con la tinta indeleble de las víctimas de las oligarquías establecidas a nombre de la Voluntad General, mas en la práctica, repre-

tentativas de una Voluntad Particular.

El totalitarismo organiza el Estado como una penitenciaría. La cárcel dilata su espacio dentro de las fronteras del país. La comunidad nacional está sobre aviso de que es libre para pensar solamente aquello que piensa el Conductor y su Partido en el poder. Luego, el que se equivoca, no podrá quejarse sino de sí mismo. Lo cual acontece también en los presidios donde se leen Sufragio, Pensamiento y Palabra libres, y se halla amordazada la ciudadanía por la Ley que limita la expresión de tales garantías, para verificar la República, ciertamente, según la constitución de Maquiavelo, que enseñó la forma más eficiente de gobierno: engañar para imperar.

Aunque no se sabría decir de qué parte está el maquiavelismo, de los regímenes fascistas o de los democráticos. El vecino de Florencia cuidó sobre manera de la imparcialidad estricta, dando a los príncipes el medio de establecer su tiranía y a los pueblos el de evitarla. Contradicción que no pudieron resolver la teoría y la práctica revolucionarias, y que parece liquidada en los totalitarismos, que son verdaderos despotismos, pero a beneplácito de la nación y del pueblo. El Fascismo, pues se merece nuestra fe por sus declaraciones y realizaciones, ha creado el Príncipe que se le olvidó a Maquiavelo, haciendo un solo tirano del mandatario y los mandados.

Sin embargo, se trata de simples pormenores. Al unir sus destinos, el Príncipe y la Revolución no los tuvieron en mientes. Las nupcias se celebraron y el matrimonio resultó el matrimonio modelo que es por la armonía y el cariño fervoroso de la pareja, como el primer día del desposorio, por las afinidades, psicológicas del uno y de la otra. Más que por las afinidades por la razón de la vida misma. En efecto, en el léxico de los casados no se encuentra el vocablo de moral, mucho menos su concepto tradicional. La moral es aquello que le conviene e interesa al Príncipe. Y la Revolución nunca siguió otra norma, ni inspiró sus planes en otra dirección, más que en el provecho personal de sus usufructuarios. La estructura del Fascismo, sus ejecutorias plausibles de orden como consecuencia de su filosofía de la autoridad, es muy explicable y hasta justo que despierten la admiración de

quienquiera aborrezca la demagogia y la anarquía de las Democracias. Pero, la moral fascista es tan escandalosamente maquiavélica, que no necesita estudio para ser descubierta. Maquiavelo subordinó la moral a la política al establecer como valor supremo e incondicionado el poder nacional del Estado, su conservación y acrecentamiento. El Fascismo, con más entereza, no sólo subordinó la moral a la política, sino que prescindió en absoluto de la primera para erigir como único canon de sus acciones la política, el interés de la nación sobre cualquier otra consideración que se le opusiere.

No se diga, por lo que respecta a la religión y al Cristianismo. Vástago el más distinguido del Renacimiento, el Príncipe es una lección vívida de indiferencia en estas cuestiones. La voz de la sangre evoca en él más bien la antigua religiosidad de los Césares, la autolatría, la divinización de su persona en el Estado para el reclamo del culto que deben rendirle los súbditos, en término más adecuado, los fieles de esta nueva religión. Porque la política o sea el provecho del Príncipe—Estado suplantó de modo tal la ética, que sobre su triste cadáver levántose ella, no sólo como razón de gobierno, sino como deidad suma e incontestable. El Príncipe es Dios, para darle el apelativo que reivindica. ¿No es la meta de los fascismos? El ateísmo, la neutralidad en el terreno religioso, la frialdad sistematizada para con las Confesiones de cualquier credo que fueren, reservándose la exclusiva de la apoteosis para el Caudillo o Conductor del Estado divinizado también como él.

Sólo que se debe observar honradamente. La deificación del Príncipe es menos teatral y grotesca que la ideada por la Revolución. Una danzarina de la Opera, la muchacha Maillard, personificó la Diosa Razón en la ceremonia ilustrada por Anaxágoras Chaumette de rodillas y ensordecida por el comediante Monvel, predicador de turno, que ocupó la tribuna para gritar, desaforado: «Te insulto, Dios, y guardas silencio: luego, no existes».... El dios italiano y su colega alemán son un tantico más serios, como que la comedia sacrílega de la Revolución se culturizó en el Fascismo, o mejor, se volvió tragedia del mismo carácter. Repite el nombre augusto, se condu-

ce respetuoso con su Santidad el Papa, rinde homenaje al sacerdocio católico, siempre que no sea «político», cual dijera Hitler, como quiera que los tiempos de laicismo que vive el mundo, no toleran la farsa ridícula de la Revolución, que paseaba por las calles de París un asno revestido de casulla y con mitra mientras el MONITOR UNIVERSAL publicaba el proceso verbal de la apertura de la caja de las reliquias de Santa Genoveva, con el siguiente párrafo informativo: «Esta caja fué hecha, en 706, por el sedicente San Eloy, orfebre y obispo de París». Y arrojaron al fuego las «reliquias hediondas», junto con las de San Dionisio, para seguir de allí hasta las plantas de Robespierre y arrodillarse ante él y cantar: «Verbo eterno, Redentor del humano linaje, Mesías anunciado en las Escrituras»....

El Fascismo ha limado las asperezas del ateísmo revolucionario, cual si añadiera, ha educado a la esposa del Príncipe, enseñándole maneras que están más de acuerdo con la prosapia del ilustre consorte. De modo parecido tenía que educar al esposo. El Príncipe no hablará de interés privado, de su beneficio propio en la dirección del Estado y en el manejo de la opinión pública, sino que confundirá su interés con el de los asociados, resolviendo de esta guisa la dificultad con que tropezó el Florentino. La moral, la religión, el derecho y el poder del Estado le obligan al ciudadano a buscar el beneficio del Príncipe. Pero ¿quién le obliga a éste a no hacer del Estado un simple medio para su utilidad privada? Como observa acertadamente E. von Aster, no hay sino una solución: que el interés particular del Príncipe coincida con el interés del Estado. Y aquí está Maquiavelo, todo él: en el Estado tiene que existir una persona o una clase que de sí pueda decir que ella es el Estado. Lo cual dice el Fascismo: Hitler y el Nacional Socialismo son Alemania; Mussolini y los Camisas Negras son Italia.

Para llegar a esta fusión del Príncipe con el Estado o viceversa, fué preciso cambiar el concepto mismo de hombre, no solamente el de moral o de político. Si el Fascismo se hubiera detenido allí, en divinizar al César y su imperio, habría pecado de falta de originalidad, reproduciendo el antiguo paganismo, la fuerza como mono-

polio del Derecho. El Fascismo es una fuerza mucho más arrolladora. Allá donde no llegó el cesarismo, llegan, y triunfalmente, los totalitarismos, al último reducto de la defensa contra la tiranía. El paganismo amputó la personalidad humana en el esclavo, reduciendo a éste a mitad de hombre, como apuntó el verso homérico. El Fascismo acaba con esta mitad en sus esclavos, penetrando a su conciencia, matando la creación más estupenda del Evangelio de Jesucristo Señor Nuestro: la personalidad humana.

Y es ésta la equivocación de la disputa de preferencias entre los Fascismos y el Totalitarismo moscovita, cual si las víctimas de la pena capital hallaran consuelo en elegir el verdugo. Parece que no se trata de la ley de los gustos y los colores. Una y otra Dictadura, la del Fűhrer y del Duce, como la de Stalin, importan la misma filosofía del anticristianismo radical y persiguen el fin idéntico de la decapitación de la persona humana. Solamente que el Zar Rojo la ahoga en los charcos de sangre de las ejecuciones en masa, no contento con acosarla en los campos de concentración de los deportados y en aquellos otros campos de concentración de las usinas y talleres del trabajo en común. En tanto que el Alemán y el Italiano, con métodos mucho menos sangrientos, pero no menos eficaces, llevan adelante la Dictadura que no tuvieron empacho en definir como Dictadura sobre las cosas, no sobre los hombres.

En verdad, el hombre resulta cosa. En todo su rigor, la etimología de república, aun en el régimen económico, y no solamente en el político del Fascismo. Sin duda, el desarrollo y la técnica se merecen el aplauso que no hay porqué negar al sistema de la laboriosidad y de la honradez. Pero, en Roma como en Berlín, el Estado reglamenta los precios, socializándolos y nacionalizándolos, como dice la terminología correspondiente, en cuanto son calculados e impuestos al margen del mercado y según las exigencias políticas y económicas apreciadas directamente por los grupos responsables o Consejos de la materia. El verdadero dueño de la fábrica o industria no es el patrón, ni son mucho menos los obreros, sino el Partido que controla todas las actividades. Como que

el Fascismo ha cumplido el sueño marxista, la función social de la propiedad, y no mandan los empresarios, mas el régimen y sus representantes. También allí, en el campo de la economía, la persona humana, tan íntimamente ligada al concepto de la propiedad, pasó a la historia y descansa en paz. ¿En paz? Por cierto, las propagandas democráticas contra el Fascismo mienten: el artesano y el industrial alemanes, y en parte los italianos, no sufren la bienaventuranza mesiánica del paraíso ruso. Allí, en Moseovia, matan de hambre al Mesías o Proletariado. En Alemania y en Italia, el Mesías está sometido a un estricto racionamiento.

Pero, no es ésta la lección principal del Fascismo. La esposa del Príncipe no podía continuar con el presupuesto de la soltería, con el despilfarro y la cleptomanía de la Revolución. Como resume de modo inapelable Alberto Mathiez, historiador de izquierda, la Revolución de la Democracia ofreció a los especuladores la ocasión más brillante y concluyó por ser la operación hacendaria que no esperaron nunca los enriquecidos por ella. En cambio, el Fascismo es incorruptible como Robespierre. Los adversarios de Hitler callan por lo menos ante su desprendimiento: el Führer no percibe sino la mitad de su renta y pasa la otra a la caja del Partido. La lección del Fascismo es su constitución, la filosofía que de él se desprende y que ha rehabilitado cuantos otros despotismos infamaron la sociedad humana, inclusive el Terror de la Zarabanda y Bacanul, que bailó sobre los cadáveres de los guillotizados, como el canibal que hundiendo sus pies en el vientre del obispo de Mende, enredado en sus entrañas todavía humeantes, gritaba, según refirió un testigo ocular: «¡Así hay que teñir los falones en la sangre de los aristócratas!»

La Revolución trasciende a osario. Fué la manía del asesinato. Y en éste su sentido histórico es el ensayo de la despoblación, inspirado en el odio a la persona humana. Pero, la Revolución, si hizo mística del terror para los administradores de ella, que matándose quisieron eludir la suerte y el turno que les esperaba, no llegó a constituir mística para las víctimas. Por el contrario, el Fascismo no es la mística de la sangre, sino de la anulación

consciente de la personalidad de sus adeptos. Y aquí la mística fascista difiere de la revolucionaria: no tanto los jefes, mas la masa del Partido se halla poseída de esta mística de la destrucción personal. Para ser sinceramente fascista, el hombre se ha de negar a sí mismo. No por el proceso de la abnegación del cristiano, que se niega a sí mismo para crear en sí la persona superada y sobrenaturalizada, el nuevo hombre de la Teología de San Pablo. El fascista mata al hombre, para reemplazarle con el incondicional, más explícitamente, con la «cosa» en manos del Partido y de su Dictadura.

Huelga recordar. El Fascismo no es invento italiano. Los alemanes lo importaron para ellos y para sus vecinos, de la tierra del Superhombre y de la tierra del Paria. Porque estos dos opuestos, la criatura de la Fuerza y de su profeta Zaratustra y la criatura de la Abyección, crearon el fascista, mezcla sorprendente de energía y servidumbre. El Superhombre es el impulso para la acción, pero en masa; la violencia y el orgullo hechos dios en los jefes. El Paria es la abdicación de la conciencia en los súbditos. Como quiere uno de biógrafos, Benito Mussolini se inspira en Nietzsche, mas el Partido leerá los otros plagarios de la filosofía oriental en las copias y ampliaciones de aquel diálogo entre Mara y una religiosa, que es como el símbolo de la fe indostánica. El tentador le pregunta: «¿Por quién fué creada la persona humana?». Y ella contesta con la propia respuesta de Sakiamuni: ¿La persona humana?... Pero, la doctrina sobre su existencia es completamente falsa»... La política de la personalidad racional y del suicidio individual, persigue como el budismo la despersonalización para llegar al Todo, como único camino para la final bienandanza. La existencia es un mal y la personalidad un mal más radical todavía, repiten a orillas del Ganges, para despojarse de ellas y arrojarlas al torrente que desemboca en el gran océano de la felicidad y de la paz. A orillas del Tíber y del Rin no se expresan de este modo, pero concluyen allí, en la extinción del individuo para el logro de una vida ulterior perfecta en los cuadros del Partido, en el anonadamiento, en la gota de agua sumada a los tumbos hirvientes del mar incommensurable de la Nada, para hablar en búdico del

Fascismo, casi sin necesidad de cambiar los términos de una de las comparaciones favoritas de aquella religión.

Por supuesto, la diferencia de resultados de la una y de la otra religión desconcierta. El Fascismo es la religión del suicidio como el asiatismo, por su filosofía y sus métodos. Sin embargo, pocas veces se vió en el mundo una escuela de acción y de vida social más desarrolladas. El yogui es el asceta de la contemplación. El fascista es asceta, sin duda; pero, de aquellos de los cuales dijo de Maistre, que encerrados en una fortaleza, la hacen saltar. El Fascismo, no solamente ha reformado el concepto de Estado y su administración, sino que hizo saltar la última fortaleza que respetaron todas las revoluciones, la conciencia, y se instaló sobre sus ruinas como la Revelación de la salud nacional y de la particular de cada uno de sus miembros, igualmente.

Hay que considerar el espíritu del sistema, antes que su obra. No está lo pernicioso del Fascismo en sus grandiosas realizaciones. Sería preciso desconocer el criterio de evidencia para criticar en ese terreno al Duce o al Führer. Lo material de la empresa basta para inmortalizar a esos regímenes como los propulsores más beneméritos de la civilización. Pero ¿con qué idea lo ejecutan? ¿El Fascismo es meramente una nueva técnica de gobierno? No habría llegado al punto donde se halla. No es un materialismo, ni siquiera mixtificado de espiritualismo como el ruso. El Fascismo es el índice más claro del mundo contemporáneo, que no sufre tanto de la falta de lo sobrenatural, como observa Henri Massis, cuanto de espiritualidad desencadenada, del misticismo de que habla Chesterton: «Se nota una vuelta del misticismo, pero sin cristianismo. Ha regresado solo el misticismo y trajo consigo siete diablos peores que él». El Evangelio lo previó. Cuando el inmundo espíritu sale del hombre, anda vagando por parajes áridos, buscando lugar de descanso, y no hallándolo, dice: «Tornaréme a la casa mía de donde salí». Y llegando, la encuentra barrida y aderezada. Entonces vase, y toma consigo otros siete espíritus más malos que él, y entrando se avieciendan allí, y vienen a ser las postrimerías de aquel hombre peores que

los principios.

No hay porqué discutir. El Fascismo fué limpieza e higiene en los países donde se inauguró. Barrió los establos de Augías en naciones como la Italia del constitucionalismo liberal y de las Logias masónicas. También en Alemania comenzó por liquidar cuentas con los aguiluchos del imperio. Pero, barrida y aderezada la casa, entraron los Siete que parecen comprender el número de espíritus infernales que esa cifra quiere decir en la Escritura Santa: siete por la plenitud. Como que el Fascismo no es solamente el Príncipe de Maquiavelo, sino dos veces la Revolución de la Democracia, porque es la Revolución de la seriedad y del orden, cual si se añadiera, el manicomio y el presidio sueltos el Ochenta y Nueve se hicieron en él cordura y honradez.

Porque no es ótra la eminente superioridad del Fascismo. Por sus labios habla el más puro Anticristianismo; pero, habla en cristiano. Dificilmente se hará mejor elogio de la autoridad, de la justicia y demás dogmas del Catolicismo. Y no sólo por las fórmulas de enunciación del programa, mas también por varias de sus aplicaciones prácticas. Los grandes dechados del heroísmo de la virtud son propuestos, por lo que a Italia se refiere, a la juventud estudiosa. El Crucifijo preside las labores del aula. Habría para concluir con uno de los admiradores más valiosos del Duce, aunque enigmático, pues cuando apareció la obra titulada JEFES, Mussolini era ya el íntimo de Hitler, y ese alegato es del mismo autor de la DEFENSA DE OCCIDENTE, que en suma defiende la civilización de la embestida hitleriana: «La oposición entre el Cristianismo y el Fascismo no es sino teórica». Pero, la teoría es el espíritu del sistema, y en este espíritu sopla el Adversario, quien para más eficacia se cristianizó, desde luego, en apariencia.

La pareja increíble del Florentino y la Democracia es igualmente la empresa increíble de la descristianización de los pueblos, por cuanto el Fascismo, usando el lenguaje que anunció Jesucristo Señor Nuestro, idioma para embaucar, si fuese posible, a los mismos elegidos, se recomienda al panegrico de ciertos católicos, que nos hablan del milagro alemán y del italiano, en tanto prosi-

que la conquista que no intentó siquiera el Monstruo Septicéfalo. La Bestia—Imperio concretó su furia a barrer con el Cristianismo de la faz de la tierra. El Fascismo educa según las reglas de la zootecnia, para unir el Cristianismo al carro del Adversario.

En apocalíptico, se comprende mejor el Fascismo. Es el asedio del campamento de los santos y de la Ciudad amada. La Ciudad Contemporánea de la Reforma y la Revolución, del primer período que especificó la historia escrita en Patmos al hablar de la Seducción universal, llegó a los dos períodos sincrónicos de la Guerra entre los ejércitos del Gog y del Magog, y del Cerco del Cristianismo por los regímenes totalitarios.



Capítulo Décimo Sexto

EL EVENTRADO



ESTAMOS en el siglo de la revisión de las causas perdidas. Se generalizó la moda de rehabilitar a los grandes criminales de la historia, elevándoles a la categoría de mártires y de inocentes. Como decía un célebre abogado francés, no hay causas más interesantes, por el deporte que significan para los defensores y su público. Según era de esperar, el primero de los rehabilitados debía ser el Progenitor de la Democracia, el Eventrado de Hacedama.

Hace menos de tres años, en el Teatro—Francés de la capital de la infortunada nación, arrebató de entusiasmo a los espectadores la pieza del Pablo Raynal, intitulada PADECIO BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO. Alegato magnífico a favor de Judas de Cariot. Soberbio esfuerzo de camarada, que tan sólo de una falla adolece, cual observó uno de los concurrentes a la sala: defensa demasiado tardía de una causa que ha tiempos prescribió. De otro modo, Raynal vindicaba al Traidor, presentándole a lo sumo como equivocado digno de compasión, puesto que Judas, según el escenógrafo, vendió a su Maestro Divino sin quererlo, propiamente sin

darse cuenta de lo que hizo.... Una apostilla más a Ernesto Renán y a otros legatarios de la Sinagoga, que por salvar a ésta, inventaron todas estas fábulas, complicando más la responsabilidad del colegio de deicidas, al descargar sobre ellos hasta la iniquidad del epónimo.

Y como Raynal, los demás rehabilitadores del Iscariote hacen caso omiso de los textos históricos como los que más, referentes a él. No solamente de la traición pretenden vindicarlo, sino también del suicidio. Existe la donosa leyenda de un Judas que no murió en el Campo de la Sangre, sino que Destripado sobrevivió, y levantándose del suelo adonde cayó de cara, precipitado, y donde se reventó y se derramaron todas sus entrañas, conforme fué notorio a todos los habitantes de Jerusalén, para reproducir al pie de la letra el informe de San Pedro en los Hechos de los Apóstoles, fuese sin duda, a restablecer sus cuentas cerradas en un momento de apuro con los príncipes de los sacerdotes y los compradores del suicida. Un suicidio frustrado. Una tragedia que concluye en epílogo aun-risible, porque esto de que un destripado recoja sus entrañas y las vuelva al saco, para caminar apretando la barriga con ambas manos, sirve para ilustrar la farsa de la burla grosera ideada contra el ilustre Antecesor.

Aunque la farsa es la tragedia contemporánea. En verdad, el Eventrado de Hacéldama se sobrevivió, y con las tripas afuera, en suplicio dantesco, en el Democratismo de la apostasía, en los regímenes que traen su origen y filosofía del iscarotismo mejor definido. En la novena fosa del octavo círculo, vió Dante una infinidad de espíritus bendidos. Allí estaba Mahona, quien se abría el pecho y decía: «Mira cómo me desgarró» La herida iba desde la barba hasta la parte inferior del vientro; sus intestinos le colgaban por las piernas; se veía el corazón en movimiento y el triste saco donde se convierte todo cuanto se come.... Contempló luego un cuerpo sin cabeza, que andaba como los demás que formaban aquella triste grey: asida por los cabellos, y pendiente a guisa de linterna, llevaba en una mano su cabeza cortada, la cual miraba al Poeta y a su Guía, exclamando: «¡Ay

de mí»... Estampa la más fiel del infierno de Judas en el mundo de la actualidad, porque la Democracia muestra al aire los intestinos como Mahoma y en una mano la cabeza a modo de linterna, simbolismo del principio de autoridad, como el otro mutilado espeluznante.

La Democracia es el gobierno, no del Pueblo cuyo nombre invoca, mas del Traidor. Como quiera que la Soberanía Popular y los otros Derechos de la constitución democrática, nadie los inventó, ni siquiera formuló, sino el Segundo de los Iscariotes. Por supuesto, si de rehabilitaciones se habla, ambos a dos, Judas y Lutero, se vindicaron del sórdido interés ante los discípulos que les superaron por el mercantilismo y la explotación. Judas fué a devolver los treinta sicles, cual para descargar siquiera de ese peso de ciento ochenta gramos su conciencia agobiada por el de la infinita inocencia del Maestro. Los émulos, verbigracia, los grandes empresarios de la Revolución llamada Francesa, los últimos Iscariotes del Rojismo Hispano ¿sintieron alguna vez los escrúpulos del precursor? En cuanto a Lutero, su mejor biógrafo ha resuelto la cuestión: el Protestantismo no principió en la Querrela de las Indulgencias como disputa de ambición entre Agustinos y Dominicanos, sino que la discusión del valor teológico de las Indulgencias fué el principal motivo para la polémica del Doctor en Teología. Mientras que la Democracia nació del dinero y de esta profesión vive. Los ingenuos se figuran que la toma de la Bastilla y cuantas otras jornadas forman el calendario republicano en el orbe, se deben a movimientos generosos y espontáneos. Sin embargo, la historia y los documentos desmienten esta fábula de la generosidad, dando aun las cifras de las cantidades que recibían Mirabeau, Danton, Brissot, todo el Estado Mayor de la Revolución, excepto el Incorruptible; así como de las sumas que se repartían entre los Jacobinos y el populacho.

Democracia quiere decir Libertad. Pero, como entendió Judas y la sistematizó el Teólogo de él y de ella, Martín Lutero. El vecino de Cariot no se inspiró sino en el pensamiento del Sumo Pontífice y sus aláteres: habla que entregar a la muerte a Jesucristo Señor Nuestro, para que fuera libre el Pueblo. Lutero conclu-

yó: el hombre es tan libre, que se puede crear su propio Redentor y su propio Evangelio. Hay que confesar. La Democracia no dió estos rodeos, sino que firme puso el pie, sin fórmulas de teología, allí donde la Libertad se debía confundir con ella. Cual si dijera: «La Libertad es el Poder, y el Poder no viene de Dios, ni nadie lo administra a su nombre, sino que el poder viene del Pueblo, el pueblo soy yo», ¿Un simple ente de razón, como es el Pueblo, reclamaria contra esta usurpación? El Animal de las infinitas cabezas se calló y en medio de su vasto silencio alzóse el trono de la Libertad, esto es, del Poder, el cual es Democracia, y la Democracia es tan sólo el nombre de una entidad demasiado distinta. Por consiguiente, parece que las quejas contra la Libertad entendida y ejercida de esta manera no tienen el menor fundamento. La República modelo mal puede ser ótra, sino la que existe en todos los países del mundo sujetos al régimen democrático. La Voluntad General pero personificada en la Voluntad de quienes dicen representarla. Sin violentar el Evangelio, así Judas personificó la Voluntad General para la traición y el deicidio, como personifica el sistema republicano. Y de aquí, la Libertad considerada cual cumple considerarla, como mandato de esa Voluntad General, en Jerusalén como doquiera vige la Democracia, principia por atar con gruesa sogá las manos de Jesucristo Señor Nuestro a las espaldas. La Libertad de la Revolución, o más bien, la Libertad a la revolucionaria, para no especificar, puesto que la Libertad es una sola en el mundo, siguiendo el instinto de sus orígenes, la orientación de su destino, abre las cárceles y cierra los templos. Liberalismo dialéctico de los regímenes democráticos.

También la Democracia es Igualdad¹. La Rabia de la Igualdad, se podría añadir. Todo cuanto resalta sobre la vulgaridad y lo simplemente ordinario, debe ser arrasado. Los Grandes Antepasados fueron la envidia de la mediocridad y del fracaso, la furia de descubrirse lo despreciables que eran ante los valores sociales de la época. Abogados famélicos, lacayos despedidos, desenfrailados, periodistas estafadores, médicos sin clientela, tal como describe el cuadro de Felipe Henriot, formaron la plana mayor del Ochenta y Nueve. Robespierre fué el

versificador y el abogado chiflado. Collot de Herbois, otro blanco de las pifias populares. El abate Lebon anduvo quejoso de que le hacían esperar demasiado la mitra. La medicina no le sirvió a Marat, ni siquiera para su propia profilaxis venérea. Hebert había estudiado periodismo como estudiar cleptomanía. Y se levantaron sobre el pináculo de la fama. ¿No se debió su encumbramiento a que el Pueblo, que había visto de rodillas a los Reyes, les vió a sus nuevos Amos, desde esa postura en que le pusieron, con la cabeza caída para el tajo de la hoja de la igualdad geométrica?... En verdad, la Democracia es niveladora. Desaloja a los nobles de sus palacios y conduce de la mano a los criados a los sillones desocupados por los patrones. El vástago de veinte reyes ilustra las botas del zapatero. La meretriz escupe a la cara de las princesas. Y el matarife blande el estandarte de la República, una cabeza en la punta de una pica.

A propósito, la linterna estuvo de moda en aquellos días. Y en el infierno de Dante, el mutilado llevaba a la mano su cabeza como linterna. Servíase de sí mismo como de una lámpara, y eran dos en uno y uno en dos, como dice el Poeta. Para concluir: cómo puede ser esto, sólo lo sabe Aquel que nos gobierna. La Democracia es anarquía. Es el gobierno que principia por decapitarse para gobernar, por aquella su filosofía de la autoridad. ¿Quién manda en una República? ¿El Pueblo? Sus infinitas cabezas asoman por cierto en las de la hidra revolucionaria. Este régimen marcha, pero trunco. A la luz de los ojos de una cabeza asida de los cabellos, como el mandatario en el sistema democrático. Y por ello es de admirar que el mutilado, en cada paso que da, no ruede al suelo. Solamente Aquel que gobierna a los hombres, aun cuando los hombres buscaron su castigo, desconociendo la infinita soberanía de Dios, puede mantener en equilibrio, siquiera en apariencia y ocasionalmente, una democracia, que es el desequilibrio intrínseco.

Para volver a los Antecesores, uno y otro fueron el sentido de la igualdad democrática. El precio solo de la venta no explica toda la psicología de Judas. Antes bien, cedería él en mengua del buen negociante que era. Aquella suma valía un esclavo en las ferias de aquel tiempo,

y un esclavo inútil. Grande fué el interés de los magistrados por la captura de Jesús, para que con esos cinco dólares —tal el cambio de la moneda judía en moneda de las Grandes Democracias— se contentara el vendedor, si acaso no le hubieran urgido otras razones para el negocio. Cuantas veces oyó de la constitución del Reino y de sus principales dignatarios, supo que él no constaba en el puesto que se merecía. Luego, también la envidia, el sentimiento de su mediocridad le precipitó al de Carriol. No menos que al de Eisleben. El agustino comprendió que sería al cabo tan sólo una celebridad de claustro, y él deseaba mucho más. Por celebrizarse, por salir de su medianía, Lutero tomó el camino que le condujo a la más alta cumbre, no hay duda, más arriba del Iscariote, porque el Eventrado de la Reforma, para ahorcarse, escaló la cúspide que divide la historia en estos dos períodos: antes y después del Apóstata.

Aunque hablar de la Democracia como Libertad o como Igualdad vale tanto como divagar. La esencia de la democracia es otra. Es el Parlamentarismo, Corrupta absolutamente moderna, puesto que los modelos citados por los conquistadores del sufragio libre, no conocieron, si creemos a los historiadores para adultos, y no a aquellos otros que son para los que abren la boca ante las afirmaciones gratuitas de cualquier profesional de cuentos para nenes. El voto es la expresión de la Soberanía del Pueblo. Pues bien, Atenas no ejerció esta soberanía: en esa democracia había apenas un ciudadano por diez habitantes. Pierre Lasserre ha resumido a quien es maestro en la cuestión, a Fustel de Coulanges, historiador insuperado de la CIUDAD ANTIGUA: «La antigüedad no conoció, con el nombre de democracia, algo que se pareciera a lo que ahora llamamos soberanía popular. Bajo la denominación común de democracia, se realizaron entre los antiguos dos estados políticos muy distintos, que alternaron muchas veces entre sí, y de los cuales el uno constituía una reacción más o menos violenta contra el otro: primeramente, un gobierno de aristocracia militar y que sucedió a la antigua aristocracia de linaje; y en segundo lugar, un régimen de cesarismo fundado en la popularidad o en el terror y llamado ti-

ranía. Las tiranías nacieron de la revuelta del pueblo contra la oligarquía de los ricos, así como sucumbieron generalmente por las conspiraciones de la oligarquía desplazada. Jamás hubo gobierno efectivo de la muchedumbre. Fueron los ricos, los «burgueses», los republicanos de ese entonces, mientras que la plebe reclamaba el establecimiento de un poder personal».

Estuvo reservado a la Ciudad Contemporánea este mágico invento desconocido por la Antigua. Porque en las Asambleas y congresos se define la genuina Democracia. Libertad: no se diga, de pensamiento y de palabra, para proferir los absurdos que se les olvidaron a los tratadistas más eminentes de la necesidad hecha verbo, sino en primer término para degollar el derecho y saltar sobre el cadáver de la justicia. Igualdad: las curules son ocupadas por los desacreditados de todas las profesiones, y si alguien constituye una excepción, debe de ser por la atmósfera de la sala, por ese clima de vulgaridad, inmediatamente se suma al gregarismo que es función parlamentaria. Fraternidad: la de los duelos de oratoria que se prolongan a las veces bajo el signo del Marqués de Cabriñana, en el estadio de la ridiculez doblada de monotonía, puesto que quienquiera sabe de antemano el epílogo de esas colisiones. ¿Y los intereses del representado? ¿La música de la elección popular no es para entonada a todo pulmón por esos coristas de la garrulería?

Pecan de infantiles las imágenes de estilo contra el Parlamentarismo. Corazón de la Democracia, intestinos de ella y saco de lo que no se puede nombrar, como en el destripado del infierno dantesco, están a la vista de los ciegos en el régimen parlamentario. O más bien, en un parlamento se le huele a la Democracia, con perdón del lector. El ejemplo más edificante, el del Ochenca y Nueve, con ser viejo de ciento cincuenta y tres años, provoca todavía náusea, no a los delicados, mas a historiadores de narices tan calificadas para el caso como el colaborador de la HUMANIDAD, revolucionario por temperamento, Alberto Mathiez, que a modo de abreviadísimo resumen de todas sus obras sobre la Revolución escribió textualmente: «La corrupción parlamentaria explica en buena parte el retroceso y la pérdida de la De-

mocracia. Gran lección».... Víctor Hugo inflaba la oda para recomendar a la posteridad los «soberbios pies descalzos» de los soldados de la Primera República. ¿Por qué esa tropa estaba cubierta de harapos y mostraba deshechos en la primera jornada los zapatos de cartón? El himno se equivocó de destinatario. Debió ser para uno de los desnudadores y descalzadores del Ejército, para el judío Saghman, que se vestía de escarlata como un cardenal, y para invitar a sus amigos, mandó a comprar tres mil vasos de metal, pues que la plata alcanzaba para un regimiento de bebedores. La plata del Señor Omnes había pasado de las manos de la Asamblea a las del fulano, socio de los empresarios de uniformes y calzado para el Ejército.... Con razón, el más celebrado por su patriotismo, Jorge Jacobo Danton solía repetir hasta desgañitarse su famoso grito, así en los clubes como en el recinto legislativo: «¡Audacia, más audacia, más audacia todavía!» Era para ensordecen, de modo que nadie oyera aquel ruido que siempre sonaba a sus finos oídos, el del oro que recibía de los Judíos, de Inglaterra, del Duque de Orleans. El 26 de noviembre de 1789, el Embajador Francés en Londres le señaló como asalariado por la Gran Bretaña. Cuatro años después, era propietario de una casa en París y de una finca en el campo y vivía según la más estricta igualdad revolucionaria.... Y la Revolución concluyó en el escándalo que vino a dominar todo aquel período, con la corrupción parlamentaria que reventó como un absceso enorme en el asunto llamado de la Compañía de las Indias. Virtuosos diputados delataron el fraude. Su virtud se delató como búsqueda de postor. Hicieron bajar las acciones, para comprarlas ellos y luego revenderlas al décuplo. Danton, Camilo Demulins, Fabre de Englatine, Chabot, los Herbertistas, todos los más inmaculados patriotas, excepto Robespierre, se hundieron en ese charco. Y no fué otra la causa de la eliminación de Maximiliano, sino su incurrupción en medio de toda aquella banda de los que hacían honor a la Compañía de la bolsa.... O más bien, del saco del destripado que vió Alighieri....

En el Apocalipsis, es así la Democracia: corrupción que reclama el fuego del cielo y en la historia que ape-

lativo del Adversario es también Belcebú, que significa el Señor del estercolero, en otra de sus etimologías, la Ciudad Contemporánea convirtiéndose en la vasta Coprópolis de los regímenes democráticos.

De este modo, el Emperador administra su imperio. Para el Fascismo, los Siete de la Parábola evangélica. Para el Democratismo, el Jefe de la mención de los Fariseos. Belcebú, el Demonio de la inmundicia.



Capítulo Décimo Séptimo

REVOLUCION QUIERE DECIR
CATASTROFE



UNA etimología más. Las dos palabras, latina la primera y griega la segunda, significan exactamente la misma acción de voltear, de trastocar, de subvertir, en el sentido material de de este último verbo. Con más claridad y precisión, Revolución no es tanto el torrente arrasador, que saliendo de cauce inunda y derriba cuanto encuentra a su paso, sino que es más bien el terremoto, la revolución geológica, que remueve el subsuelo y lo superpone en la superficie, hunde las habitaciones y saca a flor de tierra los sepulcros. Imagen pálida de la Revolución que desarróllase en el mundo desde la Reforma.

Comenzó por Revolución Teológica. Los cimientos mismos de la Fe Cristiana fueron sacudidos. Desaparecieron los templos. Saltó en piezas el altar, y encima de sus ruinas el hombre se levantó con la única divinidad y sacerdote del nuevo culto. Porque con el Libre Examen y el Cristianismo de la Anarquía, sin sujeción a autoridad ni dogma alguno positivo, el Luteranismo no solamente protocolizó el cisma y la apostasía, sino que fundó una Religión Nueva en la acepción estricta de am-

bos vocablos. Religión: el Protestantismo creó su Dios, el propio individuo, pues no alteró tan sólo las relaciones del fiel con el antiguo Dios de los cristianos. Nueva: el politeísmo y otras religiones míticas, en postrer apelación, invocaban una revelación, por supuesto, falsa, y cimentáronse en la tradición: el Protestantismo es la Revelación de cada uno a sí mismo, y de manera infalible, como quiere la teoría de la libre interpretación de la Sagrada Escritura.

Luégo la Revolución Teológica se hizo Filosófica, y fué la Revolución de una nueva concepción política y social del hombre, la Revolución de los Derechos en Francia. Como que esos acontecimientos, en su significado más obvio, demostraron la íntima unidad entre el cristiano y el hombre, una Revolución eminentemente religiosa se manifestó en primer término como Revolución civil. Del Luteranismo de la creación de un Dios personal y de su sacerdote único, que era ese mismo Dios, el individuo deificado, se llegó a la conclusión, o mejor, a la premisa de la única autoridad, a la autoridad del Pueblo, según afirma el credo democrático, pero, en verdad, de cada uno de los asociados. De aquí, la Democracia es esencialmente anárquica: todos mandan, nadie obedece.

Sin embargo, no fué el fin. La Revolución Teológica y la Filosófica debían de coronarse con la Política y la Social, de las cuales la denominada Francesa no constituyera sino el primer ensayo. Lutero cambió al hombre en el Dios de su propia y personal hechura: Rousseau tornó al hombre en el único Soberano y Arbitro de sus destinos dentro de la sociedad: faltaba el hombre considerado a la vez como Dios y como Soberano en nombre de sí mismo, y este hombre es el que llena los ámbitos de la actualidad con el ruido de sus hazañas. La Revolución que estamos presenciando es las dos Revoluciones en una sola.

Hay que hablar más bien de Catástrofe. La Catástrofe no atacó únicamente los cimientos de la Religión y de la Sociedad, sino atacó al sujeto mismo de la fe y de la política. Por lo que se ve en lo exterior de la civilización contemporánea, parece que subsiste la forma de ella, y fueron suprimidos o modificados tan sólo los de-

talles. Sin embargo, al detener algo más la vista, bien se descubre el cambio radical de la civilización, porque ha desaparecido el concepto de ella y los principios que la sustentaban, y el civilizado no es el hombre de pasada época, mas un cadáver con facha de modernidad y con el espíritu más antiguo que sea dable suponer. Cadáver que anda y se mueve —antes que de «cadáveres del Cristianismo», como llaman a los pueblos occidentales los eurasiáticos, se debiera discutir del cadáver del cristiano que lleva en sí el hombre de nuestra edad.

La Catástrofe ha creado su nuevo tipo de hombre: el hombre—catástrofe. Mezcla incomprensible de abandono o abdicación de sí mismo y de frenesí para la acción, se subentiende, para la acción dentro de la línea de sus aspiraciones. Porque se ha establecido como conducta humana el nihilismo y la destrucción. Obra de la moral más íntima, de su aplicación a la práctica, es el espectáculo de una sociedad que busca de todos modos eliminarse en uno como suicidio colectivo. Moral de la desesperación y de la inconciencia y del vértigo, inspirada según dicen en propósitos futuristas, mas en la realidad inmediata e innegable, inspirada en la rabia contra el pretérito y en la idea del presente cual los vencidos conciben la derrota, no en las horas de la reflexión y de la calma, como oportunidad para corregir los yerros y emprender distinta ruta, sino al calor del instante, cuando el soldado acaba de arrojar las armas y solamente piensa en huir.

El hombre es la moral que practica. La moral contemporánea es demasiado pobre, para que no despierte la risa, más aún que la compasión. El superhombre, también el de Nietzsche, de la escuela más clásica de semejante alumno, pregona la fuerza, y es la debilidad acosada de espanto como una liebre. Uno de sus mejores amigos, Mahatma Gandhi, acusa a la cultura europea, en fin de cuentas, a la madre de aquella criatura, de quitar la virilidad a la juventud de la India. La acusación, no solamente revela el celo del apóstol de la cultura asiática, sino que responde en gran parte a la verdad. La cultura de Europa, su moral es la quiebra de lo humano, aun en el aspecto simplemente natural. Allí donde el

hombre actual tropezó con una dificultad del orden que fuere, retrocedió, declarándose impotente. Heroísmo, carácter, virtud, son otros tantos epitafios que se leen en las losas de este inmenso panteón donde yace la masculinidad como recuerdo de las generaciones idas.

Para medir el alcance de la moral como perfección del hombre, o siquiera el concepto de ella, en uno de los países que parecen contradecir más las aseveraciones del pesenista, basta averiguar en la Gran Democracia del norte por el hombre que buscaba Diógenes. Lo encontraron allí, hace algunos años. ¿Quién es él? O para formular la pregunta en estadounidense ¿quién es el más grande hombre de nuestros días? En las paredes de New York y de muchas otras ciudades de la Unión Saxonmericana se veía un retrato y la leyenda decía: *The greatest man in the World*. El retrato era de Gandhi en cuchillas. Conque, éste es el más grande de los contemporáneos: un Buda en esa postura de cansancio y tedio, como oriental sentado a esperar que la montaña se acerque al Profeta, pues el Profeta no irá hasta ella, según es la doctrina del líder indostático. El cartel fotografió al hombre, tanto como su obra, su ideal y método, la resistencia pasiva, que a la postre es la moral suprema de la época para cuanto se refiere a la conquista del bien y a la ampliación de la persona humana.

Se exalta el trabajo como recomendación de méritos ante la posteridad. ¿En qué siglos se construyeron monumentos más grandiosos de la actividad humana? Está empequeñecido el obrero de las Pirámides. Es muy poco decir: el artesano del siglo veinte rebajó a aprendices a los Cíclopes. Como observa Henri Massis, si la barbarie de la invasión al imperio romano olía a solva, la actual huele a máquina. ¿Y no es acaso la máquina un desplazamiento del trabajador, en suma, del hombre de la industria antigua, que a la misma edad del maquinismo sorprende con la maravilla de sus ejecuciones?— El lector tendrá para reírse de mi pedantería. No soy un fanático de la oposición al progreso contemporáneo, mas me limito a consignar las apreciaciones que los grandes maestros de la cuestión han formulado sobre el trabajo actual como expresión primeramente de su autor, del hombre.

El trabajo perdió gran parte de lo humano al convertirse en puramente mecánico. El hombre—máquina de los panegíricos, y no el hombre—habilidad de la historia de los genios, ahora desplazados de los talleres de la vulgaridad perfecta y en serie, como es el arte mecanizado en todos sus ramos y manifestaciones.

No hay necesidad de añadir que el trabajo delata la moral del empresario. No es sino el sentido, la iniciativa, la técnica de la Catástrofe. Cada día—valga la hipérbole por el paroxismo con que se excogitan más y más recursos para acelerar la destrucción y la muerte— el ingeniero multiplica las posibilidades para una eliminación de la humanidad en masa. ¿Solamente el ingeniero? Todos trabajan en vista de la matanza bélica, aun aquellos cuyo campo de acción es el de la paz y de la felicidad cantadas por Virgilio, puesto que también la agricultura concurre al presupuesto de la Guerra. Y me acordé de las Geórgicas para lamentar cuál cumple el anacronismo del poeta que comparó una ciudad con una colmena. La Ciudad Contemporánea es digna del gigantismo de sus habitantes, para que su elogio sea el de los insectos de la vieja edificación idílica de los hombres niños, cuando arrebató la admiración el Etna extendido en el mundo, un solo volcán y una sola fragua prontos a vomitar, no los rayos que fabricaba Vulcano, sino a las razas y los pueblos, disparándolos a las estrellas del cielo. Porque se modificó la encuesta de Arquímedes. No se busca el punto de apoyo para mover la tierra, sino el punto donde colocar la bomba que hará saltar este inútil pedestal de la humana especie.

Por ende, es ociosa la pregunta de los que averiguan por el fin de la contienda anglogermana. Mientras subsista la moral de la Catástrofe, la Guerra será el estado permanente de la humanidad, con treguas asaz artificiales como la última. La única paz posible es la del célebre dicho: *Ubi solitudinem faciunt pacem appellant*. Que el universo se convierta en un desierto vasto, y cesará este choque entre naciones y continentes. O mejor, la sola paz duradera será la de los sepulcros, la que se establezca sobre la tumba del hombre—catástrofe, puesto que él es la primera y postrer razón para la Guerra, y no el

espacio vital, cual asegura Hitler, o la defensa de la civilización y la autonomía de los pueblos invadidos, como replican por su parte los adversarios.

Este arquetipo de humanidad ha alterado las leyes de la vida y del espíritu. El Defensor del Occidente subraya con precisión: «En el vocabulario en boga, vida quiere decir ausencia de cualquier ley fija, la falta absoluta de orden y dependencia; y espíritu, la negación omnímoda de cuanto importa determinación o medida objetiva». Luego, la vida es este ejercicio continuo de la devastación, y su norma, la del ciclón—que allí se sosiega donde se deshicieron los vendavales que lo forman. Tanto más, cuanto que para más cabal cometido del sér viviente se despojó de la inteligencia como de algo supererogatorio, y se contentó con el instinto, que en fin de cuentas toma por la vida y su finalidad. Por instinto el hombre contemporáneo se orienta al desorden y de él se nutre. Y en nombre del espíritu reclama igualmente el desconcierto, en histórico, no menos que en apocalíptico, el desequilibrio, cual si cabría añadir, por paradójico que parezca, que el equilibrio del hombre—catástrofe es el desequilibrio de la Guerra. ¿Paradoja? Más bien, lógica del enlace de Hombre y Catástrofe.

Huelga filosofar cuando los ojos ven. Entre el hombre del siglo veinte y el hombre anterior a la Reforma, no solamente media la diferencia de cuatro centurias, sino una diferencia que podría decirse específica, desde cuando ha variado radicalmente la psicología del segundo. Un ciudadano de cualquiera de las capitales de Europa se parece más, en espíritu y en verdad, a un vecino de orillas del Nilo o del Eufrates, o de la ribera del Mediterráneo en la época pagana, que a sus connacionales de la edad de las Cruzadas. Y quién sabe, si por ventura las necrópolis más antiguas arrojaran sus muertos resucitados a la vida, cuál de las dos Ciudades discrepara más respecto de la Ciudad Cristiana, la Contemporánea o aquella ótra de hace milenios.

Comoquiera que la impostura con la cual el Adversario embaucó a las gentes que hay en los cuatro ángulos de la tierra, no paró en la creación del seudocristiano, mas se completó con logrado esfuerzo en el seu-

del hombre, la nueva especie de humanidad a la que acabo de referirme. El cristiano de Lutero es el Cristiano impostura. El hombre de la Revolución es el Hombre impostura. No sólo caricatura ridícula e insultante, sino ruda y enfática contradicción al hombre cual debe ser en la realidad. El Cínico encontró ocasión para chancearse con el bípedo implume de la definición de Platón. Con el definido y creado por los fundadores de la Ciudad Contemporánea, tendría para retroceder de asco.

¿Tan sólo mentira nauseabunda de hombre es la criatura de la Revolución o Catástrofe? No hay otro término con que designarle en el más rico de los idiomas. Fue el 3 de de septiembre de 1792. Por la mañana, a las siete, Hebert, Lhuillier y Cheppy se presentaron en una de las prisiones de París, en la Force, a juzgar a los allí detenidos, entre los cuales se contaba la cuñada de Felipe Igualdad, viuda del Príncipe de Lavalle, de cuarenta y tres años de edad. Le hicieron comparecer en su presencia y tras un simulacro de juicio le condenaron a muerte. Los verdugos le arrastraron a un callejón contiguo, y uno de ellos le dió un sablazo en la nuca, mientras otro se dedicó a ultimar a la princesa con una pesada maza de hierro. Cuando terminó su obra, grupos de gente entraron al calabozo, desnudaron a la víctima, para exponerle luego a las miradas del populacho. Quienes le cortaron los pechos, quienes le mutilaron los miembros, mientras otros separaban la cabeza del tronco y le arrancaban el corazón. Se formaron dos cortejos: el de la cabeza y del corazón de María Teresa de Lavalle. Los que llevaban la cabeza se dirigieron a un peluquero, para que la peinara a la aristócrata. El desdichado quiso huir de espanto; pero, con amenazas de muerte le obligaron a ejecutar la farsa. Cuando estuvo rizada y cubierta de polvo la cabeza, se organizó el desfile a la voz de uno que presidía, gritando: «¡Ahora sí, Antonieta podrá reconocerla!» En la punta de una pica la clavaron para ir a mostrar a la familia real, y gracias a la piedad del guardia municipal Mennessier, que no permitió que los presos salieran a la ventana, la familia real se ahorró semejante espectáculo. Ese momento el duque de Orleans se sentaba a la mesa con su favorita la Señora de Buffon

y con sus amigos, ingleses. La amiga, llevada de la curiosidad, salió a ver el cortejo y volvió exclamando, horrorizada: «¡Así pasearán algún día mi cabeza!». Felipe contempló la faz lívida de su hermosa cuñada, no dijo una sola palabra, llevó a los invitados del brazo, a comenzar el banquete, cual si nada hubiera visto. Entretanto, el desfile del corazón, conducido como enseña por un individuo que había hundido en él un garfio, para revolverlo en las acequias del trayecto, a la vez que profería las palabras más inmundas, llegó a una cantina. Aquí, el que llevaba lo acercó a las brasas y lo asó. En seguida invitó a un compañero y los dos se dedicaron a comer el corazón de la princesa con... toda naturalidad.— A las diez de la noche del mismo día, un hombre con un paquete bajo el brazo atravesó la desierta calle del Temple, con dirección al Club de los Jacobinos. Al entrar allí, saludó a los circunstantes y pidió la palabra. Dejó a un lado la cajita que llevara y subió a la tribuna. Habló con calor e hizo el elogio de aquellos que exigían «el cuchillo para quince cabezas». Era ésta la forma de demostrar mejor el patriotismo revolucionario. Por su parte, él había traído una pequeña muestra. Abrió bruscamente el paquete y sacó a lucir dos cabezas bien cercenadas. Engreído de argumento blandía en cada mano, con aplomo y solemnidad, reclamando la atención de la nutrida concurrencia, en estos términos: «Son éstas las cabezas de mi padre y de mi madre. Se las corté, porque no quisieron oír la misa de un sacerdote constitucional». La asamblea, presa de delirio, ensordeció la sala con los aplausos y por unanimidad decretó que ese botín del parricida fuera colocado a los pies de los bustos de Bruto y de Angkerstrom, asesino el primero de Julio César y el segundo de Gustavo de Suecia... ¡Mínimo honor para el héroe que había superado a ambos y oscurecido el brillo de los demás de esa memorable jornada, aun de los que en horas de la tarde quemaron a fuego lento a la Condesa de Parpignan y a sus dos tiernas hijas, la mayor de las cuales apenas de quince años, y se sirvieron sus carnes, invitando de ella a seis sacerdotes que para el objeto arrastraron de la prisión, y quienes, sin resistir a tamaño horror, se lanzaron, despa-
vori-

dos, a la piral....

De este modo se desarrolló el gusto de la sangre, hasta que la antropofagia de las revoluciones organizóse en grande con la Guerra. Porque la hecatombe denominada así, no es tanto la colisión de las razas y de sus opuestos intereses, ni siquiera la disputa de la hegemonía entre el Occidente y el Oriente, sino que es todo ello y mucho más, pero como oportunidad única para el hombre escatológico de desfogar la manía que le trae fuera de sí. Escatológico, puesto que con él termina, no una época, ni una civilización, sino más propiamente la humanidad del Adversario, que se actualizó en los continuadores de Judas y Barrabás, su doble encarnación y presencia, ahora como al principio.

El Apocalipsis concluye: Y BAJO DEL CIELO DE PARTE DE DIOS FUEGO, Y LOS DEVORO. Se podrá discutir sobre la calidad de este fuego; pero, el verbo devorar es de absoluta propiedad histórica. Con él se cierra el postrer capítulo de la Ciudad Contemporánea. Cual devorado por el fuego, el hombre de la apostasía y satanismo no dejará rastro de sí. En la profecía paralela de la Bestia y de los Bárbaros coaligados contra Jesucristo, la batalla remató en el montón de cadáveres para festín de las aves de rapiña. Mas esos huesos áridos debían de escuchar la voz del Señor y levantarse en los pueblos cristianos nacidos de las ruinas del Imperio. Del mundo de la actualidad no se alzarán sino las cenizas del incendio, barridas por los cuatro vientos. El texto del Vidente lo afirma en forma que no admite otro comentario.

En la Profecía como en la Historia, vienen los días de la Redención. Por la ley biológica, en el estricto sentido del epíteto, el Hombre Impostura no puede subsistir. Tiene de sucederle el Hombre Verdad, el del Evangelio. Y el Evangelio es Redención, y la Redención es creación. Para repetir literalmente la teología del Apóstol de ella, no solamente «rescata al hombre de la servidumbre de la corrupción, sino a la misma creación material, haciéndole partícipe de la libertad de la gloria de los hijos de Dios».

Judaslandia o Satanópolis, la Ciudad de los hijos de su padre el Adversario, llega a su fin. Se edificará en su

lugar la Ciudad de los hijos de Dios. Comenzará aquí abajo la Nueva Jerusalén —hombre, tierra y cielo nuevos, cual describen los últimos Capítulos de la Revelación de Patmos— al modo del crepúsculo del amanecer, cuando el sol se anuncia en el horizonte lejano con suave claridad entre las sombras postreras de la noche. El resplandor total será en la eternidad.

Resumiendo los Diez y Siete Capítulos que anteceden, cúpleme confesar mi atrevimiento incalificable. La exégesis de la Ciudad del Diablo viene a ser un alcance a LA CIUDAD DE DIOS por el máximo historiador de ella, San Agustín. Desde la terminología es agustiniana: *De sine debito Civitatis diaboli*, dice textualmente el penúltimo de los libros de esa estupenda filosofía de la historia. Válgame la buena intención de divulgar conceptos y opiniones del más auténtico catolicismo en réplica a cuanto fábula corre por el mundo, como una prueba más de los tiempos que pronosticó San Pablo, «cuando no soportan la sana doctrina, sino que, sintiendo comezón en los oídos, se dan a sí mismos maestros a montones según los propios apetitos».

De Civitate Dei, tan menospreciado como el Apocalipsis por el inmenso vulgo, que busca una hermenéutica de la historia más bien en LA DECADENCIA DE OCCIDENTE y otros tratados del más crudo materialismo, que ni siquiera responden a la fama que se les ha dado; es también de última actualidad, por el propósito que inspiró a su santo autor. No fué otro que el de rebatir la burda calumnias del Paganismo, que imputaba a la Religión Cristiana el desmoronamiento del Imperio. ¿Los pensadores de nuestra época no acusan al Catolicismo de la ruina del mundo contemporáneo?

Una impostura más del siglo de la seducción y del pecado. Jesucristo la desmentirá en la nueva edad anunciada por la Profecía de la Redención, como es el Mensaje de San Juan. Por ello, el Apocalipsis no termina con

el fin del mundo, como quieren tantos, sino con los tiempos en que se impondrá para el individuo y la sociedad la Divinidad de Jesucristo Señor Nuestro, o sea, con la demostración de cuanto es capaz su Evangelio de El.

**Mañana
será otro
Día**

Es sobremancera extraño que la doctrina más importante sea aquella que declara que la vida ordinaria es divina. La democracia es el más rudo de los evangelios; nada aterra tanto a los hombres como definir que todos son reyes. El cristianismo es el más rudo de los evangelios; nada espanta tanto a los hombres como decirles que todos son hijos de Dios.

Así como tomamos el círculo por símbolo de la razón y la locura, podríamos tomar la cruz como símbolo a la vez del misterio y la salud. Porque el círculo es perfecto e infinito por naturaleza, pero es fijo para siempre en sus dimensiones; no puede nunca ser más grande o más pequeño. Mas la cruz, aunque lleva en el centro una colisión y una contradicción, puede siempre extender sus brazos sin modificar su forma. La cruz abre sus brazos a los cuatro vientos: es un poste de aviso para los viajeros libres.

De entre todas las creencias sólo el cristianismo cuenta el coraje entre las virtudes del Creador. El coraje es casi una contradicción. Importa un deseo poderoso de vivir y toma la forma de una decisión de morir.

G. K. CHESTERTON.

Capítulo Primero

EL ESCANDALO





UE la definición mesiánica que de Sí mismo dió Jesucristo Señor Nuestro: Y BIENAVENTURADO ES QUIENQUIERA QUE NO SE ESCANDALIZARE EN MÍ. Y su Evangelio significó para el judaísmo el Mensaje del Escándalo, como para la gentilidad el Mensaje de la Estulticia. Tanto como su doctrina, la persona misma del inesable Maestro fué la piedra de tropiezo, cual dice escándalo en griego, desde entonces, como ahora, según la impiedad disfrazada de crítica resuelve en lo contemporáneo el problema de Jesús.

Los datos son idénticamente los mismos. El tribunal que avocó la causa no ha cambiado. La sentencia está pronunciada desde hace fecha, y en la actualidad asistimos a su ejecución. Parece que llega al fin, y en el desconcierto de la época deicida, domina la voz del centurión que grita: DE VERAS, ESTE HOMBRE ERA HIJO DE DIOS. Si bien tácitamente, los crucificadores, como el estadista que enumeraba entre los motivos de la presente catástrofe la quiebra religiosa y moral, reconocen la divinidad del Cristianismo, considerándola mani-

fiesta en el sismo social que revuelve los espacios, mientras permanece firme tan sólo la Cruz como escándalo de estabilidad y desafío.

Antes del día de la *parasceve*, Jesús sufrió la triple excomunión del Sanedrín. Por la primera que se llamaba *Niddui*, y duraba de ordinario treinta días, pudiendo renovarse dos o tres veces a discreción del tribunal, Jesucristo fué separado de la comunidad judía, de acuerdo con las penas que importaba esta excomunión menor: cuantos tenían relaciones precisas con el culpable, debían de mantenerse a la distancia de dos metros. El Evangelio alude al referir que por esa época el Maestro enseñaba en el pórtico de Salomón, contiguo a la puerta oriental y fuera del atrio de los gentiles, como alejado de los creyentes, guardando la SEPARACION que significa el término *Niddui*.

La excomunión de segundo grado era más grave y se denominaba *Chrerem*, en romance, ABANDONO. La dictaba un juzgado compuesto de diez miembros, por lo menos. El incurso venía a ser maldito: no podía vender ni comprar fuera de lo estrictamente necesario para la vida, y le estaba prohibido enseñar en público y asistir a la predicación en las sinagogas. Sin embargo, conservaba el derecho de que se valió Jesús, para llevar a su casa o a un lugar aparte a los discípulos, como leemos en los Evangelios, de la enseñanza en el mismo pórtico de Salomón, en el Cenáculo y en el Monte de los Olivos. Hay exégetas que señalan la observancia del abandono en el silencio del divino Maestro en la escena de la mujer adúltera: como Le estaba vedado enseñar, no dijo una palabra a los fariseos y escribas, sino que escribió en la arena. Cuando se fueron, levantó la voz para proclamar: YO SOY LA LUZ DEL MUNDO; EL QUE ME SIGUE NO ANDA EN TINIEBLAS, MAS ALUMBRARLE HA LA LUZ DE LA VIDA.

La tercera excomunión se designaba con el nombre de *Schammata*, en latín, *ibi mors*, en castellano, AHILA MUERTE, pues llevaba consigo la pena capital. Una vez pronunciada, entregaba al reo a la ejecución, que podía cumplir quienquiera. Es el anatema o la execración de que habla la Sagrada Escritura. Sólo el Gran Consejo podía

dictarla. Y era costumbre publicarla con fúnebre aparato, a la puerta, de las sinagogas, convocada para el objeto la asamblea al son de las trompetas. Al culpable no le quedaba más recurso que huir o dejarse matar. Ni siquiera sus cenizas se merecían piedad, puesto que nadie podía enterrarlas. Esta sentencia parece que fué acordada contra Jesús, desde el 28 de septiembre del año 33, según se desprende del Evangelio de San Juan. Ese día fueron a prenderle los criados del Templo, y aunque no se atrevieron a echarle mano, muy bien dieron a comprender la intención, que les había llevado, porque a la mañana siguiente el Señor les increpó con entereza, y por la tarde quisieron lapidarlo. Tras la curación del ciego de nacimiento, vuelven los fariseos con su propósito, razón por la cual Jesucristo se retira allende el Jordán, donde fuera bautizado por el Precursor. El 19 de febrero del año 34, fué confirmada la excomunión de cinco meses antes, en reunión celebrada en casa de Caifás, en el Monte de los Sepulcros, hasta que el Jueves Santo se pronunció de manera solemne y oficial el *Schammata*. La mañana del diecisiete de marzo, 13 del mes de Nisán, las trompetas de los levitas convocaron a los fieles a las puertas de las cuatrocientas sinagogas de Jerusalén, y en cada una de ellas el sacerdote leyó la sentencia, con voz pausada y sonora: «Declaráse separado del pueblo, en la vida y en la muerte, a Jesús de Nazaret, seductor y falso profeta». Así lo atestiguan el Talmud, y los Evangelios refrendan en forma tácil al relatar cómo Jesús pasó todo ese día fuera de la ciudad, y solamente al caer la tarde concurrió al Cenáculo, quizás en la parte alta de Jerusalén, a celebrar allí el convite de la Ley, que de este modo, rechazado por ella, se empeñaba todavía en cumplirla. Desde el momento del anatema, quienquiera podía prender al Excomulgado, no se diga, los príncipes de los sacerdotes. Sin duda, no dejaba de ser peligroso por la popularidad de Jesucristo Señor Nuestro; pero, el discípulo había resuelto la víspera la dificultad, ofreciéndose él a entregar al Maestro, sin ruido.

El Sanedrín se componía de setenta miembros. Por ese tiempo el presidente, o como se apodaba entre ellos, el Príncipe o NACI era Caifás. Aunque el verdadero di-

rector de la asamblea era su suegro Anás, vicepresidente o SAGAN, que para algo se apellidaba también Padre del Tribunal, para manejarlo a su antojo. Tres órdenes constituían aquel juzgado: los Sacerdotes o representantes del culto oficial, los Escribas o doctores de la interpretación de la Ley, y los Ancianos o jefes de las grandes familias de Jerusalén. Los más de ellos, ciertamente, se pertenecían al fariseísmo por el lustre de su hipocresía y por el respeto ostentoso a las tradiciones; pero en el fondo eran escépticos, como quiera que las divergencias de doctrina y de conducta entre Fariseos y Saduceos, conservadores y liberales en el vocabulario de la actualidad, desaparecían en el seno del Gran Consejo, para la administración política y judicial de Israel, y por otra parte, el saduceísmo había conquistado el corazón de los vocales de esa gerontocracia. No debían de ser modelos de honradez, cual querrian los críticos de los apóstrofes de Jesucristo a los de la casta, si el Talmud trae invectivas tan poco suaves como las siguientes: «¡Qué azote la familia de Simón Boetho! ¡Mal hayan sus lenguas! ¡Qué azote la familia de Anás! ¡Mal hayan sus silbos de víboras! ¡Qué azote la familia de Canther! ¡Mal hayan sus plumas! ¡Qué azote la familia de Fabil! ¡Mal hayan sus puños! Ellos son Sumos Sacerdotes: sus hijos tesoreros, sus yernos capitanes del Templo, y sus criados dan de palos al pueblo»... ¡Pintura moderna de una Corte demasiado digna de residenciar a Quien como abogado y defensa presentaba tan sólo su inocencia!...

El citado día, a la media noche, entró Jesucristo a la sala del Tribunal. En uno de los divanes que se acostumbran en oriente, con las piernas cruzadas, estaba sentado Caifás. Rodéabanle en simicreulo los demás Consejeros. El Reo se detuvo en medio, con las manos atadas a las espaldas y la frente inclinada, mientras en su torno agolpábanse los *soferim* o alumnos de los Doctores, la servidumbre de palacio, los criados del Templo, algunos curiosos y los testigos conducidos con premura. El Presidente declaró abierta la sesión, después de hacer constar que estaba presente el quorum reglamentario y que habían sido convocados oportunamente todos los miembros del juzgado. Preocupación laudable por las formali-

dades legales. Sin duda, la Ley prohibía juzgar de noche, después del sacrificio vespertino y en víspera de un día festivo. Además, consultó el caso del acusador que podía ocupar el asiento de juez y lo proscribió terminantemente. ¿Se inquietaría con ello Caifás, si era el intérprete oficial de todos estos cánones e invocaba como primer motivo para sus procedimientos el celo que le urgía por salvaguardar la fe de Israel, no solamente cuidar de ella, sino salvarla de los ataques de la nueva fe que predicaba el Taumaturgo de Nazaret?

Se comenzó por interrogar a los testigos falsos. Su deposición impacientó secretamente a Caifás: los desdichados no habían aprendido bien la lección. Hubo que apelar a otros, a Ananías y Acazías, nombres que ha conservado una respetable tradición. Era tal el atolondramiento por pronunciar una sentencia resuelta de antemano, que no se observó siquiera un pormenor tan sencillo, que en nada perjudicaba a los intereses del Tribunal, como era el de preguntar por separado a los testigos. Ambos dijeron la contestación que necesitaban los jueces: habían oído que Jesús afirmaba que podía destruir el Templo de Dios y reedificarlo en tres días. Aunque la acusación pecaba de ambigua. Debían repetirla como les enseñaron previamente: **ESTE DIJO: PUEDO DERROCAR EL TEMPLO DE DIOS, Y EN TRES DIAS EDIFICARLE.** Aun así, no había motivo suficiente para condenar a Jesús. A no pocos Consejeros la frase parecía dicha en el sentido que le dió su autor: Jesucristo habló de su cuerpo y de la resurrección de él. Caifás tradujo también del mismo modo en su interior, y por ello se apresuró a saltar sobre una prescripción más de la Ley, que mandaba desechar los testimonios insuficientes, no se diga, los contradictorios. Se decidió a preguntar él mismo al Acusado: **¿NADA RESPONDES A LO QUE ESTOS ATESTIGUAN CONTRA TI?** Y como la respuesta de Jesús fué el más estrepitoso silencio, el Sumo Sacerdote sintióse profundamente avergonzado por tan sereno reproche, no menos que por la poca habilidad de los contrarios para probar la blasfemia que atribuían al Señor. Se levantó del diván, bajó las gradas, cual para dirigirse contra el Reo y descargar la confusión que no podía ya

reprimir. Mas ese instante le asaltó una luminosa idea, digna de su talento rabínico: ¿aquella afirmación de edificar en tres días el Templo no valía por la declaración de un poder divino? Por tanto, era de averiguar al mismo Acusado si acaso se creía Dios, con lo cual toda la sala debía escuchar la contestación, y no sería necesario buscar más testigos. Se tranquilizó el Pontífice: dió con el modo de convencer a Jesús como impostor. Y según la Ley el impostor no podía ser absuelto. Con aire majestuoso, levantando al cielo la mano, pronunció Caifás la fórmula consagrada: **POR EL DIOS VIVO TE CONJURO, QUE NOS DIGAS SI TU ERES EL MESIAS, EL HIJO DE DIOS. Y añadió bajando profundamente la cabeza: QUE BENDITO SEA SU NOMBRE ...**Imprudente, sin duda, la pregunta, pero decisiva, como que hizo hablar al de los labios sellados. Su voz tranquila repercutió en la sala como la convicción hecha palabra, mientras los Sacerdotes, los Escribas y los Ancianos, cual movidos por un resorte, habían clavado los ojos en el rostro sereno de Jesucristo Señor Nuestro: **TU LO HAS DICHO: EMPERO YO OS DIGO QUE DE AQUI A POCO VEREIS AL HIJO DEL HOMBRE SENTADO A LA DIESTRA DEL PODER DE DIOS Y VINIENDO EN LAS NUBES DEL CIELO.** Saltó de júbilo el Pontífice. Esta respuesta esperaba. Triunfó su astucia. Frunciendo el ceño para disimular su íntimo sentimiento, se rasgó las vestiduras y clamó: **BLASFEMADO HA: ¿QUE NECESIDAD TENEMOS YA DE TESTIGOS? VED AQUI, AHORA HABEIS OIDO LA BLASFEMIA.** Y los Setenta, disparados de sus asientos, cayeron sobre el Señor, gritando a una sola voz: **REO ES DE MUERTE.**

Fué entonces la escena descrita por los Evangelistas por anticipado del Mesías, cual podrían llamarse los Profetas de los dolores y humillación de Él. Había que cumplir con la prescripción de los Rabinos, que ordenaban castigar al Reo como a villano. Los Sacerdotes, los Doctores y los Escribas Le abofetearon y cubrieron de saliva al Señor de la Majestad. Tras ellos, los *soferim* o alumnos del Sanedrín, los criados del Templo y los de Caifás, en suma, Israel no encontró bocas suficientes pa-

ra escupir al Mesías, ni manos de sobra para amaratar su rostro. No se hubieran cansado, si el Pontífice no hubiera mandado que condujeran al Reo fuera de la sala y Lo arrojaran en una pieza contigua, donde debía esperar que amaneciera para la ejecución de la sentencia del Gran Tribunal. A los jueces les quedó el remordimiento de no poder ejecutar ellos en persona la pena decretada por unanimidad. ¡Con qué satisfacción hubieran dado cuenta del Blasfemo, si no hubiese estado a pocos pasos el cuartel romano, y si en aquellos precisos días no hubiera venido de Cesarea el gobernador! El Sanedrín, a lo menos el grupo conocido con el nombre de Zelotes, no habría entregado a Jesús en manos de Poncio, ni abstuviérase de eliminar al Procesado, allí, en el Palacio de Caifás, si por ventura no mediaran estas circunstancias. ¿La Ley, tal vez? Fuera ése el modo mejor de explicarla, puesto que el Excomulgado no requería tantos formalismos como los que se habían observado con El, fuera de los pasados por alto.

Por la mañana estuvieron en la Antonia, residencia del procurador Pilatos. Se detuvieron a las puertas, ni siquiera se atrevieron a entrar al patio pavimentado de mármol rojo, no sea que se contaminaran con la proximidad de un gentil, los Puros, los fieles observantes de la *Mishna*, que tal cosa prohibía. Poncio conocía por su nombre y celebridad al Reo. Al verle en su presencia, preguntó secamente a sus conductores: ¿QUE ACUSACION TRAEIS CONTRA ESTE HOMBRE?... Como para desconcertar a los Sacerdotes, a los Escribas y a los Ancianos. No esperaban esta ocurrencia del gobernador, que los retrotraía al principio del proceso, anulando toda una noche de agitación y fatiga. ¿No debía Poncio limitarse a averiguar la pena que ellos querían fuera impuesta a Jesucristo, pues estaba ya juzgado por el Consejo? El apuro en que se hallaron les comunicó audacia: con aplomo le contestaron: SI ESTE NO FUERA MALHECHOR, NO TE LO HUBIERAMOS ENTREGADO. Pero, el procurador, con cierto dejo de ironía, como quien les daba a entender que bien comprendía el embarazo de ellos, y para vengarse de la altanería con que le respondieron, replicóles: TOMADLE VOSOTROS, Y SEGUN

VUESTRA LEY JUZGADLE. Nuevamente Poncio retardaba el juicio. Desconocía el procedimiento largo, que tanto les había costado. Mas la contestación era demasiado fácil: **A NOSOTROS NO ES PERMITIDO QUITAR LA VIDA A NADIE.** Y para situar la causa en su tribunal, se apresuraron a añadir: **A ESTE HALLAMOS REVOLVIENDO A NUESTRA GENTE, Y PROHIBIENDO DAR TRIBUTOS A CESAR, Y DICIENDO QUE EL ES MESIAS REY.**

De las dos acusaciones la primera era hasta ofensiva a Pilatos. Le suponían tan descuidado, y en la principalísima función de su cargo, que llegara a ignorar la existencia de un agitador que hubiera hecho propaganda contra el tributo debido al César. Y no menos risible: ¡los judíos de guardianes del tesoro y fisco de los romanos! Por ello, no hizo caso de semejante impostura y solamente por la segunda interrogó a Jesús: **¿ERES TU EL REY DE LOS JUDIOS?** El Silencio se hizo Voz serena y apacible: **¿DE TI MISMO DICES TU ESO, O TE LO HAN DICHO OTROS DE MI?** Poncio había preguntado por tener que responder a los que estaban afuera. La misma actitud del Reo le convenía de su inocencia. Por lo demás, sentía no sé qué malhumor con ese tumulto de acusadores, que tan de mañana le instaban a juzgar un caso resuelto por su sencillez, de una víctima del odio y las intrigas de quienes se dolataban a ojos vistas como feroces enemigos: **¿SOY YO ACASO JUDIO? LA GENTE TUYA Y LOS PRINCIPES DE LOS SACERDOTES TE HAN ENTREGADO A MI. ¿QUE HAS HECHO?** A lo cual repuso Jesucristo Señor Nuestro: **EL REINO MIO NO ES DE ESTE MUNDO. SI DE ESTE MUNDO FUERA EL REINO MIO, LOS SERVIDORES MIOS COMBATIERAN PORQUE YO NO FUESE ENTREGADO A LOS JUDIOS. MAS AHORA, EL REINO MIO NO ES DE ACA.** La respuesta despertó la curiosidad de Pilatos. Se trataba de un Rey de excepción. El procurador quiso que precisara esta definición de realza: **¿LUEGO REY ERES TU?** Jesús insistió: **TU DICES QUE YO SOY REY. YO PARA ESO NACI, Y PARA ESO VINE AL MUNDO, PARA DAR TESTIMONIO A LA VERDAD. TODO EL QUE ES DEL**

BANDO DE LA VERDAD, OYE MI VOZ. No cabía duda: lo que decía el Reo era tan extraño como su silencio. El procurador se sentía trasladado a una región insospechada de sublimidad y de misterio. Comenzó a temblar en la presencia de su interrogado. Y cual para disipar su naciente inquietud, se retiró lanzando una de aquellas frases que estaban en su ánimo de estoico: **¿QUE ES VERDAD?....** La educación del romano, su más profundo espíritu, todas las tradiciones de su pueblo y raza, en suma su vida entera se conmovía en desconocido sobresalto ante la mirada tranquila y luminosa de Quien invocaba la Verdad como el único alegato irrefutable a su favor. Era mejor salir otra vez a la tribuna y proclamar: **YO NO HALLO EN EL CAUSA NINGUNA.**

La plaza rechazó la proclama. La grito ensordecía. No era ya la voz de los miembros del Senedrín allí presentes, que se imponía para exigir el castigo del Malhechor, mas el estrépito de una catarata de rugidos golpeaba, se hubiera dicho, los muros de la Torre Antonia, y entre tantas voces se oía más claro el nombre del teatro donde el Alborotador había comenzado a sublevar al pueblo. Fué una indicación para el procurador, que él creyó salvadora. Puesto que el Reo era de Galilea, cumplía enviarle a Herodes, y de esta manera, Pilatos se congraciaria con el rey de Galilea, después de haber estado algún tiempo enemistado con él. Traslado Jesús al nuevo tribunal, congregó en su torno toda la corte del tetrarca. Magnífica ocasión para Herodes y sus áulicos, de conocer tan de cerca al de la fama arrolladora en toda Palestina. Tal vez, para defenderse, realizaría uno de aquellos milagros que arrebatában la admiración de los más indiferentes. Pero la desilusión pronto les enfureció. El Taumaturgo, no solamente negaba la demostración de su estupenda facultad, sino que callaba hasta el punto de no abrir sus labios, pese a la insistencia de quienes lo requerían. Se vengaron asaz tristemente para que su venganza no fuera digna de ellos. Colgaron de los hombros del Divino Rey una túnica blanca, traje de los candidatos al poder en Roma y de los reyes en oriente, para reírse de esta manera de su pretensión a la monarquía, como del sueño de un loco. Vestido de esta gui-

ta, provocaba mejor la hilaridad de la chusma de palacio y de aquella ótra de los curiosos de la calle que se apiñaba al paso del Escarnecido en el trayecto del palacio del hijo de Herodes el Grande, a la Antonia. Aunque esa vestidura se solía también revestir a los declarados inocentes en los tribunales, y de este modo, el tetrarca y su gente mandaban a decir al procurador que tampoco ellos habían encontrado causa alguna para la sentencia contra Jesucristo Señor Nuestro.

Al oír que regresaba el tumulto, Pilatos concibió cólera y despecho. No podía librarse de resolver una causa que tan enojosa le resultaba. Sin embargo, a fuer de buen romano y de estudioso de la diplomacia, supo disimular su coraje, y cuando llegaron los sanedritas con el Reo, les dijo: ME TRAJISTEIS A ESTE HOMBRE COMO QUE DESCAMINABA AL PUEBLO, Y VED QUE YO HABIENDOLE EXAMINADO EN VUESTRA PRESENCIA, NO HE HALLADO EN ESTE HOMBRE CRIMEN ALGUNO DE LOS QUE LE ACUSAIS. NI TAMPOCO HERODES, PUESTO QUE OS REMITI A EL, Y VED QUE NADA DIGNO DE MUERTE HA SIDO PERPETRADO POR EL... Admirable la insistencia de Poncio para declarar la inculpabilidad de Jesús. Propiamente, el juez se convirtió en el defensor del Reo. Solamente que uno y ótro, juez y defensor, estuvieron ganados al partido de los acusadores, por el miedo. Concluyó Pilatos, sintiéndose, tal vez, dentro de su alma, feliz de dar con el término de la mediación para apaciguar a los exaltados: ASI QUE, DESPUES DE HABERLE CASTIGADO, LE SOLTARE. Inútil conciliación: mientras el pagano pugnaba por redimir a la Víctima de manos de la rabia y la inquina de sus adversarios, los creyentes de la fe de Israel, del pueblo del Dios de la compasión para los desvalidos, no cedían un punto de su propósito. Respondieron con el más frío silencio a la propuesta del gobernador.

Ese momento culminó en el alma de Pilatos la lucha entre la inocencia del Señor y el miedo a los judíos. Derrotábase ya a favor de los energúmenos, cuando vino a su mente la costumbre de libertar un preso con ocasión de la Pascua. Haríales elegir entre Jesús y el

más odioso de los encarcelados de ese entonces: MAS ES USANZA VUESTRA QUE YO OS LIBRE A UNO EN LA PASCUA: ¿QUERÉIS, PUES, QUE OS LIBRE AL REY DE LOS JUDIOS? Nueva equivocación: hasta tres veces propuso Pilatos la Libertad de Jesucristo, y la plaza le aturdió con su rechazo, pidiendo a una sola voz la excarcelación de Barrabás: QUITA A ESTE, Y SUELTANOS A BARRABAS. En vano se enronquecía el gobernador: ¿QUE MAL, PUES, HA HECHO ESTE? NINGUNA CAUSA DE MUERTE HE HALLADO EN EL; POR TANTO, DESPUES DE HABERLE CASTIGADO, LE SOTARE. Hasta el último confesó el Juez inieuo y cobarde la santidad del Reo. Le iba a castigar únicamente por complacer con los acusadores. Estaban éstos demasiado furiosos. La plaza se estremecía con el estrépito: CRUCIFICALÉ, CRUCIFICALÉ. Los soldados de la escolta no comprendían qué pasaba al procurador. Debía darles orden para barrer con la multitud, y Pilatos vacilaba, enmudecía más bien ante la grito, hasta que optó por retirarse de la tribuna al interior del palacio.

Fué conducido Jesús a la columna de la flagelación. La soldadesca satisfizo de este modo su apetito de la sangre. Además, el procurador había advertido a los flageladores que azotarán al Reo para despertar la piedad de sus mismos enemigos. Había que dejarle apenas con vida, quizás de este modo se contentaran los sanedritas que reclamaban su muerte. Los soldados cumplieron a maravilla su cometido. Y por si algo faltara a tanta crueldad, añadieron la mofa más soez. Tejieron de espaldas una corona, se la pusieron en la cabeza, y Le revistieron un manto de púrpura. Se llegaban a Jesús, y decían: DIOS TE SALVE REY DE LOS JUDIOS. Y acompañaban con duras bofetadas sus palabras de sarcasmo, que eran directamente contra la Víctima, pero, se referían a la vez a los judíos, en cuyo odio distinguíanse los representantes del militarismo romano.

La chusma no abandonaba la plaza. Sus agitadores mantenían en ella la exasperación. Pilatos asomó nuevamente en la tribuna. Tras él apareció, sangrante, Jesucristo, llevado por la escolta, que ocupó la azotea. Se apagaron los últimos rumores, y seguro esta vez de al-

canzar su objeto, el procurador se dirigió a la muchedumbre: VED, OS LE TRAIGO FUERA, A FIN DE QUE OS CONVENZAIS DE QUE NO HALLO EN EL CAUSA NINGUNA Y señalando con la diestra ese harapo de humanidad, cubierto con el manto de púrpura y coronado de espinas, añadió: VEIS AQUI EL HOMBRE. Hubo un breve instante de vacilación por parte de la turba, cual si se inclinara a la conmiseración al ver al Reo bañado en sangre y con no pocos girones de carne pendientes. Pero, los sanedritas y sus criados controlaban cualquier movimiento y cuidaron de gritar a tiempo desafortadamente: CRUCIFICALE, CRUCIFICALE. El gobernador mal pudo reprimirse. Con gente semejante no valía ningún recurso. Había cedido demasiado, y era tarde para armarse de autoridad y absolver a Quien de ese modo era vindicado por la propia saña de sus adversarios. Con indignación y desprecio les replicó: TOMADLE VOSOTROS, Y CRUCIFICADLE: QUE YO NO HALLO CAUSA EN EL. Pilatos porfiaba por reconocer y proclamar la inocencia de Jesucristo, mas su cobardía había envalentonado tanto a los judíos, que con la misma entereza con que él les retaba a crucificar al Inculpado, le expresaron como un mandato irrefutable su voluntad resuelta hacia horas. NOSOTROS LEY TENEMOS, Y SEGUN LA LEY DEBE MORIR, PORQUE SE HIZO A SI MISMO DIOS.

El duelo a muerte no era entre Jesús y sus adversarios, sino entre éstos y Poncio. La última acusación confirmó la sospecha del Procurador. El que tenía a su vista, no era un simple reo de la enemistad de sus conacionales. Su actitud insólita de calma y superioridad Le revelaba como Hijo de Dios. Creció el temor de Pilatos, y en busca de una solución se volvió a Jesucristo, para preguntarle: ¿DE DONDE ERES TU? En el vocabulario del Romano equivalía a averiguar si el origen del Acusado no venía de más allá de la tierra, como de uno de aquellos inmortales con que había soñado la fantasía de los filósofos y poetas del imperio. El gobernador quedó pendiente de la respuesta. En sus miradas se podía leer la inquietud de su alma. Pero, Jesús no contestó una palabra. No era necesario que contestara. Pilatos tenía de sobra para proceder según su conciencia.

Y como el silencio se prolongaba, insistió el Procurador: ¿A MI NO ME HABLAS? ¿NO SABES QUE TENGO POTESTAD DE CRUCIFICARTE Y TENGO POTESTAD DE SOLTARTE? A estas palabras replicó Jesús: NO TUVIERAS CONTRA MI POTESTAD NINGUNA, SINO TE FUERA DADO DE LO ALTO: POR ESTO, QUIEN ATIEME ENTREGO, TIENE MAYOR PECADO. Subió de punto la intranquilidad del gobernador. La respuesta, lejos de desvanecer su temor de tratar con una encarnación de la divinidad, sugirióle nuevo misterio. Además, fué un aviso perentorio de su responsabilidad. Por ello, Poncio se desesperaba por la forma de absolver a Jesús, cuando nuevamente resonó en la plaza la gritería: SI A ESTE SUELTAS, NO ERES AMIGO DEL CESAR. TODO EL QUE A SI MISMO SE HACE REY, CONTRADICE AL CESAR. El populacho y sus dirigentes dieron con el argumento del fin. El Procurador, cual fulminado por una centella, apeló apenas a la ironía para vengarse de sus contendores: VED AQUI A VUESTRO REY. Sarcasmo inútil. Se oyó un rugido más espantoso que los anteriores: QUITALE, QUITALE, CRUCIFICALE. Y Pilatos reforzaba todavía su burla: ¿A VUESTRO REY HE DE CRUCIFICAR? Con lo cual los Sacerdotes, los Escribas y los Ancianos, que a decir verdad continuaban la sesión del Gran Consejo allí, en la calle pública, tuvieron para proclamar a nombre de Israel su representado oficial: NO TENEMOS REY SINO A CESAR. De esta manera, por la mañana del 14 de Nisán, 18 de marzo del año 32, (?) concluyó el proceso de Jesucristo Señor Nuestro, el momento en que Poncio Pilato pronunció la sentencia de crucifixión con la fórmula tradicional: *I, lictor expedit crucem!*: ¡VE, LICTOR, PREPARA LA CRUZ!... A las doce de ese día, más o menos, el judaísmo resolvió el problema del Enviado del Señor, mientras en la plaza y en las calles ensordecían aún los ecos de esa tempestad de voces y alaridos, para multiplicarse sobre el haz de la tierra habitada hasta el confín de los siglos.

El Sanedrín no creyó aún coronada su obra. Condujo el desfile de los crucificadores hacia el Monte de la Calavera. Los Sacerdotes, los Escribas y los Ancianos, mucho de ellos montados en mulas ricamente enjaezadas,

según era la usanza de cabalgar para los funcionarios y varones principales en oriente, en ocasiones como ésta, iban azuzando a la chusma para los muercas y groseros insultos a Quien caminaba lentamente bajo el peso del madero. Los soldados de la escolta encargada de la ejecución no dejaban de humillarles, atropellándoles, con el pretexto de retirar a la turba, pero efectivamente para expresarles su soberano desprecio, con el cual los representantes del oficialismo judío se sentían profundamente avergonzados, aunque superaba en ellos el gozo de su venganza con Jesucristo sobre cualquier otra consideración de la patria envilecida, de la religión profanada o de Dios blasfemado. Al cabo de los cuarenta minutos que separaban la Antonia del Calvario, cuando llegaron a la cumbre y se levantó al fin el patíbulo con la Víctima, repuestas las fuerzas de la fatiga de la ascensión, redoblaron los denuestos. Un motivo más exasperaba su cólera: el gobernador no quiso cambiar el letrero que mandó a colocar en la cruz. Roncos, los criados de Caifás y los mismos sanedritas no se cansaban de repetir: **EL QUE DEMOLIAS EL TEMPLO Y EN TRES DIAS LE EDIFICABAS, SALVATE A TI MISMO. SI ERES HIJO DE DIOS, BAJA DE LA CRUZ.** Hasta que les venció su furia, y ahitos de ella, resolvieron abandonar el Gólgota, tanto más cuanto que parecía comenzar la represalia del Crucificado. Las tinieblas ¿no eran, tal vez, el principio de la venganza de Jahvé, que en el fondo bien se temían los que habían invocado su santo nombre para condenar a Quien no cometiera más culpa que la de demostrar su filiación divina? No bajaron tranquilos a la ciudad, y el momento en que retumbó como un trueno la postrer palabra del Agonizante: **PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPIRITU**— no supieron donde esconderse de la ira del Señor, que al fin se desataba en el temblor de la tierra sacudida como una rama de árbol por la borrasca. Toda Jerusalén fué presa del Pánico. Las gentes corrían por las calles en busca de refugio. Los muros del Santuario se resquebrajaron, de modo que se podía pasar por la grieta. El velo del Templo se rasgó por la mitad. Doquiera se veían paredes agrietadas, columnas en tierra y enormes hendiduras, cual si el suelo

quisiera tragar a los espantados que tres horas antes abrían desmesuradamente las fauces para gritar: QUITALE, QUITALE, CRUCIFICALÉ.... El Escándalo había sido quitado, y el mundo temblaba en sus cimientos como un frágil castillo en ruinas, embestido por los elementos conjurados.

Ahora como entonces: Lutero besó en la mejilla a Jesucristo, saludándole: MAESTRO, LA PAZ SEA CONTIGO. La Enciclopedia exclamó por boca de su más digno pontífice: *Ecrasons l' Infame*. Expresión un tanto más franca que la de Caifás y los Sesenta y Nueve: HA BLASFEMADO: REO ES DE MUERTE. Los exégetas de Tubinga acusaron a Jesús como falso profeta y malhechor, cual sus antepasados ante Poncio. Sus alumnos, como Herodes y su corte, Le tuvieron por loco, según rezan hasta los títulos de esa clase de obras miserables, demasiado expresivas de sus autores para que los mismos del Sanedrín y la Sinagoga contemporáneos las tomen en serio, cual los vocadores de Gabbathá no hicieron caso ninguno de las burlas del tetrarca y sus áulicos. Los criados, más rabiosos que los congéneres de Jerusalén, no se contentaron con exigir la muerte de Jesús, mas quisieron que no hubiera existido siquiera. Fué el Cristo mítico de Drews y de sus rehabilitadores, los del comparatismo radical. Ministros como aquel de Francia, en 1.879, han perorado: «Un cadáver cierra el camino: el de Jesucristo; vamos a arrojarlo a la fosa».

La edad moderna levantó con premura en el patíbulo a Dios. Se dilató el caos de uno a otro extremo de la tierra. El Desafiado a probar su divinidad, demuéstrala en el oscurecerse del sol y en el estremecerse del orbe. Y en este crepúsculo de un mundo, como en la tarde de la Parascève, las estrellas brillan en la inmensidad de los cielos, sobre el sepulcro del Dios Escándalo, hasta que se encienda allá, en el horizonte de tercer día, el lucero matinal de la Resurrección.

Capítulo Segundo

LA ESTRELLA DE LA MAÑANA



S nombre de Jesucristo Redentor en el Apocalipsis. A renglón seguido de la pintura del Reino como ejercicio de justicia y de sanción, el Mensaje dice al Ángel de la Iglesia de Tiatira: Y LÈ DARE LA ESTRELLA DE LA MAÑANA—, para significar el clarear de la verdad del Evangelio, el alba de Aquel que es el sol sobre los caminos de los hombres por el resplandor de su doctrina. Y al fin de la Carta, como sello y rúbrica de su verdadero Autor, se lee: YO SOY LA ESTRELLA REFULGENTE Y MATUTINA.

El Desterrado tenía ante sus ojos la comparación. Desde su puesto de atalaya del futuro y de vigía de los mares hinchados de la historia y del tiempo, allí, en Patmos, miraba encenderse el lucero del amanecer en la entraña de la oscuridad profunda. Esa tenue claridad era apenas una mancha de luz en el horizonte. Pero, a medida que se alzaba la estrella, las aguas del ponto principiaban a teñirse de grana, y en la isla se dibujaban los contornos de las montañas, y la verdura que cubría su cima, iba limpiándose de sombras, como una esmeral-

da que la onda pasa lavando de arena en la playa. Tras la noche ensordecida por el reventar de los tumbos del mar Icario contra los acantilados, y cuajada de tinieblas como un abismo leuán plácida aquella hora suave de Patmos, la Poséida, según se traduce en romance el apelativo heleno de esa Espóradel Era el cuadro mismo de la vision del Vidente: el huracán de los siglos se aquietó a las plantas del Vencedor, el silencio floreció en derredor de su trono en las rosas del epinicio, y en la nueva edad se levantó como pórtico de oro la aurora para el paso de Jesucristo Emperador.

Aunque San Juan contemplaba más bien la estrella de la mañana del año treinta y dos, en Jerusalén, que estalló en el sol del huerto de José de Arimatea. Al aviso de Magdalena: **LLEVARON AL SEÑOR DEL SEPULCRO, Y NO SABEMOS DONDE LE PUSIERON**—, había corrido él, en compañía de Pedro. Ese momento rayaba el alba. Cuando llegaron al lugar, la mañana espléndida y riente había entrado hasta el sepulcro, y en el lecho donde fuera colocado el cadáver divino, en la nieve del sudario y de las sábanas salpicadas de sangre, irradiaba como en las flores de los vecinos rosales. Juan se acercó y vió las vendas por el suelo y el sudario de la cabeza plegado aparte. El Señor los había abandonado allí, como quien deja los vestidos al levantarse. Y Juan vió y creyó.

De esta manera fue la fe de los discípulos en la resurrección de Jesús, a guisa del despuntar del día que paulatinamente se transforma en el incendio total sobre los montes y los valles. No pecaron de entusiasmo por la noticia. No solamente Tomás, también los otros dudaron del aserto de los primeros testigos. ¿No era quizás un delirio de las mujeres, que aseguraban lo dicho por los ángeles y el encuentro con el mismo Señor redivivo? El historiador es asaz explícito: **Y PARECHERON A LOS OJOS DE ELLOS, DE LOS APOSTOLES, CUAL UN DE LIRIO ESTOS DICHOS, Y NO LES DABAN A ELLAS CREDITO**. El Escándalo de la Cruz había sumido en la noche a quienes no siquiera recordaban las reiteradas profecías del Maestro. Los enemigos, ellos sí, al primer testimonio se convencieron: se apresuraron a comprar para la

mentira burda a los guardas del sepulcro. Los amigos no dieron fe sino a sus ojos y a sus manos, mientras no palpar las marcas de los clavos y sondear la herida del costado.

Mucho menos aceptaron desde el comienzo el mensaje de la Resurrección como salud y redención del mundo. Con el milagro estupendo renacieron sus viejas ansias judías. Si dominábase el miedo al Sanedrín, y estrechábanse aún en la sombra, para no despertar la suspicacia del adversario, allí maduraban secretamente sus propósitos de reacción, en suma, de un mesianismo que sometería a su arbitrio de ellos a cuantos la víspera les habían señalado como cómplices del Crucificado. Cuando el Señor se despedía, camino de la ascensión a los cielos, esto mismo Le preguntaban: ¿VAS A REESTABLECER AHORA DE PRESENTE EL REINO DE ISRAEL? Solamente diez días después, cambiaron radicalmente de mentalidad. La mañana de la Pascua resplandeció en el pleno día de Pentecostés, y con Ernesto Lavisse la historia universal apunta esta fecha: «Yo, historiador, no sé qué ocurrió aquel día; pero, lo que sé muy bien es que entonces nació una humanidad que no muere. *Christus resurgens jam non moritur*». La humanidad del mesianismo de Jesucristo glorioso, pero a través de las humillaciones del Calvario; vencedor de la muerte y del pecado, pero a costa de su sangre; levantado de la tumba por su propia virtud y poder, para el dominio universal por la gracia y por el perdón, no por el despliegue de la fuerza y a golpe de cataclismos, cual soñaba del Mesías la éxegesis rabínica de moda en esa época. Si es lícito sintetizar de este modo la cuestión, el Jesucristo vengador de las esperanzas nacionales de los Apóstoles, apareció El que era, el Dios de la reconciliación, Conquistador de la paz y del amor.

Ahora bien; lo que acaeció en aquellos días, parece que se repita en los nuestros. Que se va a repetir punto por punto. La tiniebla del deicidio cubre la esfera. Los mismos católicos se envuelven en la confusión del escándalo de un Dios muerto en la conciencia del mundo por sus perseguidores. Los más, si creen en la resurrección de Quien surgirá del sepulcro para la demostración de su divinidad, han trazado ya el programa que Jesucristo ten-

drá que desarrollar en la inmediata edad. Propiamente, un programa de represalias y castigos, pues, a fe de ellos, no es ótro el contenido más claro de la Profecía de Patmos para la nueva época.

Sin embargo, la Profecía no es sino el Evangelio. El Mesías del futuro es el de ayer. No la catástrofe y la cólera desatadas para barrer con la humanidad, sino la misericordia y la salud de un Redentor. Toda la argumentación de esa clase de sancionistas se disipa como el humo de la inmensa pira en la que desearían ver desaparecer hasta el último hombre, ante el soplo del Espíritu del Señor.

Para limitarme a la tesis, no está próximo el fin del mundo. Antes han de amanecer los siglos de un nuevo Pentecostés. El Espíritu Paráclito descendió en forma de lenguas de fuego y consumió a la vieja humanidad. También de fuego habla el Apocalipsis, como remate y epílogo de la colisión del Gog y del Magog. Este fuego reducirá a cenizas esta vejez enferma de la peor peste, que puebla de uno a ótro confín el orbe. Y será así la victoria más digna de Dios.

En verdad, la Resurrección hubiera importado un golpe de teatro, con perdón del galicismo, si acaso se hubiera reducido a lo que pudo idearse en un principio la exigua fe de los Apóstoles, a una imposición del triunfo del Señor con el resplandor de sus apariciones y con el convencimiento abrumador que el Sanedrín y la Sinagoga tuvieron del hecho innegable. En buenos términos, aquello hubiera sido tan sólo motivo de alborozo para los fieles y de susto para los contrarios. El Resucitado se levantó a vencer. A pelear con el Adversario en el terreno de él, en las almas, en la sociedad, y por ende, Jesucristo redivivo fué su Reino extendido en la tierra, el Evangelio agrupando a las razas y naciones en torno de la Cruz. Sin duda, el Adversario recibió su fulminante derrota, allí, en la cima de la muerte de un Dios; pero, esta derrota mal podía satisfacer a los planes del Infinito, si acaso el derrotado hubiera arrastrado consigo la gran porción de la humanidad que Jesucristo redimió del paganismo.

De modo parecido será el porvenir. El mesianismo en

su expresión evangélica, de ninguna manera en la judía. El Señor, cuya divinidad se discutió hasta sujetarla a la prueba de la crucifixión, se erguirá, no a espantar a los deicidas y precipitar la fuga de los guardas del sepulcro, mas a coronar la victoria cual cumple a su majestad, redimiendo. Vociferen las lenguas del desafío: **SI ES REY, BAJE AHORA DE LA CRUZ, Y LE CREEREMOS...** El Rey de la corona punzante cierra apaciblemente los ojos, y anochece en la tierra, como si se apagara hasta el más pequeño lumínar en los cielos. Luego los abrirá, y la luz volverá al mundo.

Sentido obvio del Apocalipsis. Porque las mismas figuras allí empleadas explican, sin necesidad de forzar su interpretación, el drama de los tiempos en el concepto de la más pura ortodoxia católica. Me refiero exprofesamente a los capítulos postreros. Describen ellos la apoteosis del Vencedor. La batalla final se ha librado en la colisión de las gentes que hay en los cuatro ángulos de la tierra. Los catastrofistas querrían que aquí concluyan las edades, en el aniquilamiento de las huestes del Adversario y en la prisión de éste, de la Bestia y del Seudoprofeta lanzados al estanque del fuego y azufre. Entre tanto, Jesucristo celebraría su triunfo al modo de un general que no ahorró la vida de sus soldados, mas cubrióse de gloria por haber postrado al contendor, a costa de sus mejores tercios, que sembraron de cadáveres el campo. En lenguaje humano: una victoria a lo Pirro. Algo muy distinto dice el Libro y requiere la divinidad del Triunfador: el Adversario, la Bestia y el Seudoprofeta deben ser arrojados a la cárcel del abismo; pero, las naciones por ellos seducidas, tácitamente lo insinúa el sagrado texto, tienen que formar en el séquito de la ovación, para lo cual deben de ser redimidas.

Huelga aclarar que la parte aludida del Mensaje mira en primer término a la Jerusalén celestial. Pero, también al Reino en el tiempo, y de manera explícita en tal o cual versículo. En todo caso, la Ciudad del Vencedor es una sola. Y el canto entonado a grandes voces, como una tempestad de melodías que llenan la creación entera, no ensalza tanto la derrota del Adversario, sino que pondera la nueva faz que adquirió el universo:

Y DIJO EL SENTADO EN EL TRONO: HE AQUI, HAGO NUEVAS TODAS LAS COSAS.

Líbreme mi sincera sumisión humilde al magisterio infalible de la Iglesia, de incurrir en ciertas exageraciones adventistas. La Carta de la Redención no da lugar a figurarse un reinado personal de Jesucristo Señor Nuestro para los tiempos que se aproximan; pero, si sugiere que faltan todavía siglos para el juicio universal, y que este tiempo no será de las sanciones que exigen los escatólogos del terrorismo, sino que en él se desarrollará el Reino del Vencedor, la Iglesia adquirirá redoblado lustre y dominará en forma incontestable en la tierra habitada. El argumento principal, cabe repetir hasta la saciedad, es la divinidad del Señor: Jesucristo tiene de imponerse, no liquidando teatralmente a sus enemigos, sino al modo como anotó de la Iglesia el conde Alberto de Mun: «Hace diecinueve siglos, la Iglesia tiene aseguradas su venganza y su victoria. Su venganza está en rogar por los que le calumnian, le encadenan y le traicionan, y su victoria está en sobrevivirles».

Jesucristo sobrevivirá a los deicidas de su última crucifixión. El drama de la actualidad ha de tener por epílogo el de hace dos mil años: la eficacia de la Encarnación del Verbo, ó más bien, para recordar la propia palabra, la superabundancia de la gracia allí donde se colmó el delito. Cabalmente, el delito contemporáneo demanda un Redentor como El que llega. El Evangelio del Señor desenvolverá para el individuo y la sociedad su última virtud insospechada, y la Doctrina de la salud extenderá la mies de oro en los campos de lo visible, renovando la comparación del Maestro acerca del grano arrojado en el surco. Otra vez fué puesto Jesucristo bajo tierra: por segunda vez veremos brotar esta simiente de infinito.

La estadística de sus autores encuentra hasta exagerada la cifra de dos milenios para el Cristianismo. Según ella, el mundo debe acabar con este siglo. Se ha olvidado que el Cristianismo es el plan de su Fundador, y siendo Dios Jesucristo, para el cabal desarrollo de su idea, necesita uno como período de eternidad en el tiempo. Y puesto que la cantidad de años imaginable no se-

ría suficiente, en un milenio el Vencedor puede lograr en intensidad el empeño que se propuso.

¿En un milenio? ¿A quién ha revelado el Altísimo el término de las edades? Cualquier cálculo al respecto contradice palmariamente la afirmación más explícita de la escatología evangélica. El mundo puede durar veinte mil años más, como tan sólo veinte. Para los hombres de la edad postrera, los católicos de hoy bien podemos ser los primeros cristianos, separados apenas de los Apóstoles y los demás testigos de la Resurrección por dos mil años escasos. Reducido guarismo para la siembra y la cosecha de la Verdad, como una parcela demasiado estrecha para Aquel a quien el Hijo definió: *Pater meus agricola est*. Además, para tornar a la terminología apocalíptica, si la victoria del Adversario se prolongó tanto tiempo, y no precisamos aún cuándo concluirá ¿el triunfo de Jesucristo comprenderá únicamente el espacio exiguo para encarcelar al derrotado y castigar a sus aliados, retirándose el Vencedor, inmediatamente, a la sede de su imperio? Parece que los conquistadores humanos, aun ellos, no proceden de esta guisa: tomaron la plaza enemiga, y la transforman en la nueva ciudad de sus dominios. El mundo, que fué de Satanás, tiene de cambiarse en la Jerusalén del jeroglífico de San Juan, en la Nueva Tierra iluminada por el resplandor de la otra ribera: PORQUE LA GLORIA DE DIOS LA ILUMINO, Y LA LAMPARA DE ELLA ES EL CORDERO.

A propósito del plazo en boga para el acabamiento del mundo, entre las predicciones más citadas corre la de las Profecías atribuidas a San Malaquías. Establecen la lista de los Pontífices que gobernarán la Iglesia, dizque hasta el fin de las edades. Según esta lista, después de Pío XII, *Pastor Angelicus*, faltarían solamente cinco Papas: *Pastor et nauta, Flos florum, De medietate lunae, De labore solis, De gloria olivae*.... No es el lugar para un examen crítico de semejantes pronósticos. Me basta subrayar que se trata de un documento probadamente apócrifo. San Malaquías, monje del monasterio de Bencor, obispo de Conner, y por fin arzobispo de Armagh, en Irlanda, fue ciertamente célebre por su don profético. Pero, San Bernardo, que escribió la vida de su ilustre

amigo, muerto en Claraval, en sus brazos, no dice una sola palabra de tales profecías, no obstante de referirse a ótras del mismo autor. Sobre todo a la luz de una lectura detenida se descubre fácilmente el habilísimo y gracioso engaño: las profecías pertenecientes a los Pontífices hasta el siglo XVI, se les aplican demasiado llanamente, para que que no se delate su carácter de pasadas. En cambio, a partir de esa data, más o menos del año 1.590, cuatro siglos y medio después de la muerte de San Malaquías, cuando se cree que fueron compuestas estas Profecías de su nombre, por los partidarios del Cardenal Simoncelli, Gregorio XIV, requieren todo el ingenio de los exégetas para una interpretación no siempre uniforme. Desde luego, con pocas y brillantes excepciones, como la de los últimos Papas: *Crux de cruce*, *Lumen in coelo*, *Ignis ardens*, para no citar sino tres de las más acertadas. CRUZ DE LA CRUZ: Pío IX, que sufrió grandes contradicciones por la casa de Saboya, que tiene por armas una cruz. LUZ EN EL CIELO: León XIII, cuyo escudo llevaba un cometa de cola luminosa en un cielo sereno. FUEGO QUE ARDE: Pío X, que avivó la llama de la Eucaristía en el mundo.... Son coincidencias que no compensan fallas tan sustanciales como la cronología tan poco exacta del documento y el hecho de mezclar en él ocho antipapas a los Pontífices legítimos.

Capítulo Tercero

LA REDENCION POR COMENZAR



CN este pasaje de la Carta, el Desterrado debió acordarse vivamente. Hacia el fin del ministerio público, en una ciudad de Samaria, al dirigirse a Jerusalén, los vecinos no aceptaron a Jesucristo y a sus compañeros, y él, el Tonante, en unión de su hermano, pidió al Señor que hiciera descender fuego del cielo, para castigar a esas gentes. Por lo cual el Maestro reprendió a los hijos de Zebedeo: **NO SABEIS DE CUAL ESPIRITU SOIS. PORQUE EL HIJO DEL HOMBRE NO HA VENIDO A DESTRUIR ALMAS DE HOMBRES, SINO A SALVARLAS.**

¿Ha cambiado de espíritu el Señor? No permitió que fuera barrida una sola ciudad, y ahora ¿quiere que lo sea toda la tierra habitada? Con el Angel le manda este recado. Que clame a los cuatro vientos: **FUERA LOS PERRROS, Y LOS HECHICEROS, Y LOS IMPUDICOS, Y LOS HOMICIDAS, Y LOS IDOLATRAS, Y TODO EL QUE AMA Y OBRA MENTIRA.** El número de la plenitud: las siete clases de hombres que deben ser expulsados del Reino: la lista cabal de los ciudadanos del imperio romano en ese entonces.

Sin embargo, no existe la contradicción entre el Evangelio y el Mensaje. El Hijo del hombre tampoco esta vez vendrá a destruir almas de hombres, sino a salvarlas. El Médico enumera las enfermedades por curar. La dureza de los epítetos es el nombre de las pestes.

Aunque el apelativo de Médico no traduce el de Redentor. El primero trabaja en un organismo, si descompuesto y deshecho, alentado aún de vida. El segundo no encuentra sombra de vida, la infunde. Aun más, el Redentor supera en cierto modo al Creador, puesto que éste ejerce su omnipotencia con la nada, tomándola como punto de partida, y no como materia de su obra, cual el Redentor, que la misma nada convierte en la maravilla del sér, el pecado en salud, el hombre degenerado en el hombre nuevo. Es la teología de San Pablo: *In Christo nova creatura*. Con Jesucristo, con la redención, principió la nueva creación.

Tal era el problema de espeluznante sencillez, en esos días, como en los actuales. No era el de los declamadores que a fuerza de gritos quisieran levantar a los muertos con aquel falso dilema: RENOVARSE O MORIR. Falso, porque un difunto no es sujeto de renovación, y el hombre estaba entonces y está hoy deshumanizado, y la peor muerte es la disolución de su naturaleza. Mucho menos, la Revolución, en el sentido histórico y social del vocablo, resolvía el conflicto. Antes bien, lo agudizaba.

¡Cuán pobre título para una tesis como ésta! Uno de los más renombrados políticos de la Francia que se encargó de demostrar la verdad sospechada a medias por su autor, Tardieu llamó su libro: LA REVOLUCION POR REHACER. Como si la cuestión de ese país y del universo entero fuera ésa, la política. Es profundamente humana, radicalmente humana. Trátase de rehacer al hombre, de crearle. Para hablar en histórico, hay que redimirle.

La Redención, el Cristianismo es la humanización del hombre. Las dos últimas clases de la orden parentoria del Vencedor comprenden todas las demás: LOS QUE AMAN Y OBRAN LA MENTIRA. Jesucristo como salud del mundo es el instinto de su propia realidad y

medida para el hombre, su orientación de él en la vida y en la historia. El redimido es una ansia de verdad, una energía en continua conquista de su destino, que la revelación evangélica vino a señalarle en el cielo.

Esa manía de la mentira, cuando escribíase el Apocalipsis, se tradujo de manera característica por la manía de lo monstruoso. Un afán de evadirse de lo ordinario y de lo normal, para repetir el término —de lo humano. Una fuga sistemática lejos de la realidad. Fue la época de las estatuas colosales de los Césares. Se despreciaba la luz del día por gratuita. La extravagancia de un rico pagaba dos mil sestercios por sólo dos copas de cristal. Se apostaban ridículos, entre otras, quién bebía más en menos tiempo, y Tricongio debió su nombre y la admiración que le consagró Tiberio, al portento de haberse vaciado tres barriles de vino. Hubo razón de sobra para que el moralista resumiera esa cultura en la máxima de la época: GRAN PARTE DE LA LIBERTAD ESTA EN EDUCAR EL ESTOMAGO.

La cultura contemporánea no tiene porqué envidiar a la antigua. No solamente abolió la medida, sino también el apelativo de hombre. Su prototipo se apoda el Super, sin las dos sílabas restantes, que son un recuerdo asaz enojoso del pasado. No solamente huyó de la realidad, sino del tiempo. Habla el ilustre: «El presente y el pretérito son para mí insoportables; yo no podría vivir si acaso no fuera un vidente de lo que debe venir». Y de tal modo dió el salto al futuro, que el coloso se descuartizó.

Hablo sin sombra de ironía. Un estrépito de voces, todo un manicomio salió a las tablas. Y los locos soliloquiaban un solo monólogo, que se titula: *Also sprach Zarathustra*: ASI HABLABA ZARATUSTRA. Sería interminable escucharles. Vale más acercarnos al director de ellos, tan atacado de la manía de lo monstruoso como todos ellos juntos. En carta a Jorge Brandes, fechada en Turín, el 10 de abril de 1888, escribía Federico Nietzsche: «Gracias a mis instintos, soy en realidad una bestia valiente, hasta combativa. La existencia larga y difícil ha hipertrofiado un tanto mi orgullo. Pregunta usted si soy filósofo. No tiene importancia la cuestión».

Démosle el nombre que pide. Una bella bestia. Por supuesto, bella y valiente a fe de él. El gusto por lo teratológico se extremó tanto; hay que decir en serio, se ha educado de tal modo, que no ha menester buscar su derivativo a la romana, en los espectáculos del circo con las fieras más raras, pues encontró la fiera más inverosímil en el propio sujeto. Una fiera que hace consistir su bravura en la impotencia. Porque el Super es la debilidad con máscara de coraje. La piel es de león y el ánimo es de rata. Como un ratón, huye ante el esfuerzo. Erige en filosofía la debilidad, que no es otra la proclama del instinto y de la vida como supremas leyes de la acción. Cediendo al instinto y a las exigencias vitales, cede en fin de cuentas a las bajas funciones animales y a las mismas necesidades fisiológicas, cual observa justiciariamente Papini.

Lo más curioso en la afición del Super, el crítico de la Moral de los Esclavos, como llamaba Nietzsche al Cristianismo, no titubeó en escribir: «Aquel que quiera emplear libremente su dinero, debe fundar institutos según el tipo de los conventos». No cabe duda, deseaba organizar a los bravos. Un cenobio de Supers debía empuñecer a los modelos del admirador ditirámico de Julio César y de Napoleón Bonaparte.

Empresa digna del Cristianismo. La primera ocasión, se enfrentó con los *divi* y con las *divae* de una sociedad depravada, en cuyo seno una sola familia exhibió el más completo museo de criminología: Cayo murió degollado; Druso pereció de hambre; Británico bebió la copa envenenada; Agripina, provocó la lascivia de su propio hijo, fue ultrajada, ya cadáver, por el monstruo. Humano, demasiado humano, repetiría el que acusaba al Cristianismo de haber enfermado a los hombres. Otra vez va a enfermarlos de higiene y de racionalidad. Otra vez va a levantarse bajo el sol el hombre apocalíptico.

El de la Profecía y del Reino del Señor. Fuera los perros: el mundo fue la Ciudad de ellos, una vasta Cielandía, para emplear el vocablo mestizo que etimológicamente corresponde tanto a la humanidad del celuloide como a la del cinismo: a los perros suceden, aquellas fa-

lanjes de ciudadanos que el apóstata Juliano, llamándolos perros, señalaba a la admiración y al ejemplo de los paganos. Fuera los hechiceros, los impúdicos, los homicidas, los idólatras: convirtieron la vida en veneno de nigromancia, en fango, en una orgía de sangre y de prostitución: el Cristianismo la convierte en limpieza y en amor. Sobre todo, fuera los que aman y obran la mentira: el Paganismo fue propiamente histrionismo, así como la moral y la filosofía del presente chillan como el albayalde recargado en la máscara de un bufón, para repetir la expresión textual del principal de ellos: el Evangelio es la conciencia emocionada del heroísmo, que no declama, pero ejecuta.

También al católico moderno reemplazará el apocalíptico. Porque es forzoso confesar: esta vez, la deshumanización del hombre, en cierta especie de individuos, produjo el híbrido que alienta en gran porción de los cristianos actuales, mezcla increíble de la fe con el amor y con la práctica de la mentira. Tienen que ser redimidos en primer término. La nueva Redención futura comenzará por ellos, por crear la persona que desapareció en la hipocresía y en la farsa.

No cabe imaginarse la humanidad de mañana como una prodigiosa sociedad de ángeles. No asegura esto el Apocalipsis. El porvenir se nutrirá de hombres, pero dotados siempre de voluntad, por consiguiente, sujetos a la quiebra de la misma. La Redención restablecerá la energía de la voluntad; pero, aquí y allá subsistirán quienes ilustren el misterio insondable de la predestinación. Solo desaparecerá por completo la monstruosidad del católico doblado de amante y artesano de la mentira.

En suma, el asunto se resuelve en la tesis de la predestinación tan acaloradamente discutida en las escuelas de Teología. ¿El número de los que se salvan es corto? Traslada la cuestión al terreno del Apocalipsis ¿la historia de la humanidad se compendiará de este modo, en varios siglos de perdición de los pueblos y de los individuos, condenados a desaparecer en los tumbos de una catástrofe por prolongarse durante toda la eternidad?

Los principios son de evidencia deslumbradora, para que la consecuencia no se oponga a la contestación de

los terroristas. Primeramente, la teología apocalíptica, porque lo es la de San Pablo, sostiene con sobra de rotundidad: *Deus vult omnes homines salvos fieri*: DIOS QUIERE QUE TODOS LOS HOMBRES SEAN SALVOS. En segundo lugar, a quienes replican que esa voluntad de Dios no deja de respetar su obra, la constitución del hombre creado libre para el bien o para el mal, cumple recordarles que por lo mismo el pecado no es solamente algo objetivo, sino algo esencialmente subjetivo. Solamente Dios puede medir el grado de culpabilidad del delincuente. Y si la doctrina tomista, hablando de la predestinación individual, sin duda, y estudiando el caso de los pecadores al parecer obstinados, concluye: *Et ita videtur quod nullus in statu viae sit obstinatus in malo*: Y POR ENDE PARECE QUE NADIE, MIENTRAS VIVE, ESTA OBSTINADO EN EL MAL—, ¿no será lícito afirmar que la humanidad contemporánea, para hablar en bíblico, el hombre del pecado, no está de tal modo obstinado en su crimen, que al golpe de la justicia, como es la catástrofe que revuelve la tierra, no despierte a la misericordia del Señor y se redima?

El primero de los pecados, el mismo pecado del deicidio, tiene su excusa en la Sagrada Escritura. No solamente la palabra de Jesucristo en la Cruz: PADRE, PERDONALES, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN; pero, también San Pedro y el Apóstol de las gentes descargan de ese peso a los crucificadores. El primero: SE QUE POR IGNORANCIA LO HICISTEIS, EXACTAMENTE IGUAL QUE VUESTROS PRINCIPES. Y el segundo: SI LE HUBIERAN CONOCIDO, NO HUBIERAN CRUCIFICADO JAMAS AL SEÑOR DE LA GLORIA.

Nadie dudará que la gran masa de los deicidas contemporáneos pecó por ignorancia. La justicia de Dios bien puede darse por satisfecha con el cataclismo que desataron los mismo culpables. La misericordia del Redentor se reservará, como la primera vez, el futuro para desmentir las predicciones más afirmadas de los sancionistas.

Sañaron ellos con el hombre escatológico: criatura del crimen y del pánico, puesta en fuga hacia el abismo por

los truenos y relámpagos de la ira de Jahvé. Mas se adelanta el hombre apocalíptico: el legionario que forma en la apoteosis del Vencedor a su entrada a la gloria.

Capítulo Cuarto

EL NUEVO MUNDO



CONVENDRIA distinguir. Si no me equivoco, la Parusia o Segundo Advenimiento del Señor, según el Apocalipsis, tendrá dos momentos: el de la Redención, que estoy describiendo, y el del Juicio. En otros términos, el reinado social de Jesucristo precederá al fin del mundo, no sabemos con cuánto tiempo. Solamente que los milenaristas añaden algo que no se lee en la Profecía, al defender el reinado material y la presencia visible del Vencedor en la tierra. Desde luego, me refiero al milenarismo espiritual, único acreedor a mención.

Y en apoyo de la distinción podría citar uno de los más sabios comentarios, el del Siervo de Dios Bartolomé Holzhauser, que en su clásica interpretación dividió en siete las edades de la Iglesia. Estaríamos en la quinta edad: desde la Reforma hasta los tiempos de un poderoso Monarca y gran Papa, que abrirán la sexta época, la de la restauración de la gran monarquía y del triunfo del catolicismo, hasta la aparición del Anticristo, que cierra los siglos en la séptima edad de su hegemonía, hasta la segunda venida de Jesucristo. Aparte de esta exé-

gesis del Anticristo, que en mi falibilísimo concepto, sin separarme un punto de la más estricta ortodoxia, no tiene nada de apocalíptica, pues con la derrota del Adversario y su encarcelación en el estanque de fuego y azufre concluye en el Libro el imperio del mal en el mundo, lo demás pertenece también a la historia.

El venerable Holzhauser murió el 20 de mayo de 1658. Sin embargo, su descripción de la quinta edad copia nuestra última actualidad: «En el curso de la quinta edad, los católicos serán oprimidos por los herejes y los malos cristianos. Habrá calamidades universales y guerras tremendas. Los reinos serán convulsionados; los tronos destruidos; los principios socavados. Mediante conjuraciones se fundarán repúblicas: la Iglesia y sus ministros serán despojados. Pero, a la sexta edad, de improviso ocurrirá, por obra de la omnipotente mano de Dios, tan maravillosa mutación, que nadie puede figurársela. Aparecerá un grande y santo Pontífice, y un poderoso Monarca, enviado de Dios, pondrá término al universal desorden. Sujetará todo a su poder y mostrará un ardiente celo por la verdadera iglesia de Cristo. Todas las herejías serán relegadas al infierno de donde salieron: el imperio turco será quebrantado y las naciones adorarán a Dios en la verdadera fe católica y romana. Reinará entre los hombres el amor, la concordia, la paz y la felicidad. El Gran Monarca dominará casi todo el mundo, como patrimonio suyo. Con la ayuda del Señor libertará la tierra de tristezas, ruinas y males. El hará que pueda celebrarse un Concilio que será el mayor de todos los habidos, para dar término a muchas tribulaciones. Hará cumplir sus decretos y Dios le bendecirá y pondrá todas las cosas en su mano».

No cabe la menor duda. Apocalípticamente y a la luz de los textos paralelos de la Sagrada Escritura sobre el Segundo Advenimiento de Jesucristo, mañana será otro día. El Reino del Señor, suspirado en los tiempos apostólicos, al extremo que los vecinos de Tesalónica lloraban, desolados, la muerte de sus deudos, con la idea de que ya no verían el Gran Día, ciertamente, inauguróse con la Iglesia, desde aquella misma época; pero, esta vez adquirirá cumplimiento cabal, de modo que el pretérito

cristiano vendrá a ser apenas una pálida imagen de ese futuro. El Vidente lo vió: Y VI CIELO NUEVO Y TIERRA NUEVA. La antigua esperanza no se engañó. Florece en el alborozo del Príncipe de los Apóstoles, en su Segunda Epístola. hace diecinueve siglos: ESPERAMOS CONFORME A SUS PROMESAS DE EL, NUEVOS CIELOS Y NUEVA TIERRA, DONDE HABITARÁ LA JUSTICIA.

La justicia, no es ótra la definición del Reino. Así como el hombre envejecido de vejez patológica va a desaparecer en cenizas, consumido por el incendio de la caridad, y la tierra quedará limpia de él, las ruinas de la iniquidad, democracias, imperios, totalitarismos, serán aventadas, y en su puesto se alzará la gran fábrica, armonía y solidez, elegancia y brillo. Su arquitecto es Dios. La piedra angular, aquella que retiraron ayer de los cimientos de la sociedad, los artesanos de los castillos del fraude: Jesucristo.

Reino, monarquía, fábrica: solamente nombres para expresar de alguna manera en humano el gobierno que regirá el mundo. Sin duda, las dos potestades, la celestial y la temporal, no se confundirán en una sola, en el sentido de que se suprima el poder civil y permanezca solamente la Iglesia. Se completarán mutuamente, como el alma y el cuerpo en el organismo humano. La Edad Media, que fue una demostración palmaria de las posibilidades del Cristianismo, para recordar una de las más hermosas y apropiadas definiciones de esa edad, nos sirve de ilustración. Hacia una Edad Media camina la humanidad. El Cristianismo, de la demostración de su capacidad para lo social y lo político, pasará al hecho tangible y al empeño logrado. Como entonces lo espiritual predominó sobre lo material, mañana, la Iglesia será el espíritu del régimen público, y la autoridad civil, su ejecución cumplida.

Con perdón de la comparación tantas veces repetida. Al modo como el Cristianismo, en el mundo pagano, del hombre viejo forjó el nuevo, y en la actualidad, no hará de otra materia el ciudadano del futuro, así elaborarán de los mismos regímenes del presente el del porvenir, redimiéndoles de lo depravado, fundiéndoles en aquel go-

bierno que Holzhauser llamó la Gran Monarquía. O si prefiere Santiago Maritain, ~~es~~ será la Democracia que pide en su CREPUSCULO DE LA CIVILIZACION: un humanismo integral y una democracia orgánica, que se deben colocar bajo el signo doctrinal de Santo Tomás de Aquino, y que se inspiran en una concepción teocéntrica, como respeto real a la dignidad del hombre, no en un individuo abstracto, intemporal, inexistente, sino en cada persona concreta y existente y en el contexto histórico de su vida.

En efecto, Santo Tomás esboza del régimen por surgir la idea que puede guiarnos a su conocimiento. Denominó a los detentadores de la autoridad, vicarios de la muchedumbre. Hacen las veces de ella en la administración de la cosa pública. Cumplen las órdenes de ella para el ejercicio de sus derechos y la imposición de sus obligaciones. Propiamente, el mandatario es el súbdito. Para hablar en evangélico, es el siervo siempre listo a obedecer.

El Doctor de la Democracia por fundarse glosó tan sólo las palabras de Jesucristo en la disputa de los Apóstoles sobre preeminencia y categorías en el Reino. Explícitamente al Reino se refirió el Maestro. Como que urge concluir: su estatuto político delineó allí. Díjoles a los contendores: LOS REYES DE LAS GENTES LAS SEÑOREAN, Y LOS QUE TIENEN IMPERIO SOBRE ELLAS SON LLAMADOS BIENHECHORES; PERO, NO ASI VOSOTROS; SINO QUE EL MAYOR ENTRE VOSOTROS SEA COMO EL MENOR, Y EL QUE MANDA COMO EL QUE SIRVE. Incontestable la sinonimia en cristiano: reinar es servir. Por ende, el primero de los monarcas de la universalidad firma: *Servus servorum Dei*. La Encarnación es el Hijo de Dios como servicio a los hombres. Traducción fiel de su nombre de Emmanuel: JAHVE CON NOSOTROS, se subentiende, PARA SERVIRNOS. La Redención es la actualización de Jesucristo Servicio: Y YO ESTOY EN MEDIO DE VOSOTROS COMO EL QUE SIRVE.

Tras el Estado Bestia, que así se apoda en apocalíptico el Estado Poder o Fuerza, se erige el Estado Servicio. Al concepto liberal y socialista del régimen de la

comunidad sucede el concepto que transforma el universo. No tan sólo el concepto, la realidad del gobierno como beneficencia. Los mandatarios no serán en el nombre los Evérgetes, a los que aludió Jesucristo: en romance, benefactores. No era ésa sino un sarcasmo añadido al verdadero nombre de Ptolomeo: en castellano, el Guerrero— la Guerra, última razón de los reyes, para recordar la leyenda de los monarcas de Francia en sus cañones: *Ultima ratio regum*.

El liberalismo fue la individualización del poder. Erigió a cada individuo en soberano. De aquí, lógicamente, la Democracia Liberal es anarquía y demagogia. El socialismo quiso hacer de la sociedad un solo individuo, para darle a ella el poder. No es otra la pretensión imposible de socializar el poder, encomendándolo a un Secretario. Pero, las palabras están al arbitrio de sus usurpadores, no las realidades históricas, reguladas por principios cuya dialéctica es independiente de la voluntad, no se diga, de las pasiones de los hombres. Necesaria y fatalmente, las dos democracias, también la Socialista, tenían que dar en el vórtice hirviente del más feroz egoísmo, cual es la sirte en que encalló la nave del Estado.

El egoísmo comprende todos los problemas sociales y políticos de la actualidad. Para volver a Maritain, la democracia fallida y el humanismo frustrado proceden de la inspiración antropocéntrica del mito rusoniano. Materialismo, ateísmo, anarquía disimulada en estatismo, hasta las dictaduras tenían que ser la fatalidad de esa premisa. Un dictador es la cumbre enhiesta del antropocentrismo. El César encarna la divinidad cananea del Moloc Tragahombres.

No se han dado dos momentos históricos tan parecidos como el romano y el contemporáneo. Para circunscribir el paralelo a la sola cuestión del egoísmo, la beneficencia antigua y la filantropía a la democrática o a la totalitaria, disimulan demasiado candorosamente su cometido, para que alguien se engañe. En tiempos de Trajano y de sus sucesores, se establecieron los célebres *alimenta*: el imperio prestaba a los agricultores una suma inferior al valor de sus tierras, el interés que cobraba

dedicábalo a la subsistencia de los niños de los municipios italianos. ¿Piedad con los pequeños ciudadanos? De ninguna manera: el problema de la natalidad inquietaba al César, y tenía que estimular en esa forma la producción de futuros reclutas para su ejército. De modo similar se explican la *frumentatio* y el *congiarium*: por la primera se repartían mensualmente a cada persona cuarenta y cinco kilogramos de trigo, y por el segundo, sal, aceite, vino, ropa y dinero, pero a los hombres, no a las mujeres, ni a los niños, y entre los hombres, únicamente a los vecinos de Roma. Historiador tan abonado de la Beneficencia pública en el mundo romano como E. Remy, analiza: «El emperador era el dueño del mundo, mas lo era gracias a la población romana. No hay como resistir al descontento de quinientos mil ciudadanos, cifra de los ciudadanos libres, únicos beneficiarios de ese socorro, si el hambre les arrastra a los peores excesos. La vida romana, con las fiestas, y fuera de ellas, con el callejeo cotidiano, ofrecía a esa muchedumbre de desocupados la ocasión de manifestar su cólera y de lanzarse a los levantamientos revolucionarios. De aquí, la alimentación de ese populacho urbano era la condición «sine qua non» de la seguridad del emperador. Con el pueblo de los municipios, honrado y pacífico, podía portarse indiferente; los sufrimientos de él no comprometían el poder del César». — ¿No es ésta misma la filosofía de los servicios de asistencia pública en los regímenes liberales o socialistas? Se atiende de preferencia a ciertas clases, porque constituyen el secreto de la estabilidad del potentado. Los asilos y las obras de protección a la infancia se organizan como entonces, para el cuartel y para el campo de batalla. El pobre no se merece atención, a no ser que su hambre moleste.

Quienquiera de los filántropos del exhibicionismo capitalista suscribiría de buen grado la observación de Plauto: *Illud quo dat perdit, et illi producit vitam ad miseriam*. Con toda llaneza: SOCORRER AL DESVALIDO EQUIVALE A PERDER EL DINERO Y A PROLONGAR SU VIDA PARA LA MISERIA. Se debe favorecer a la comunidad, no al individuo, porque la primera retribuye. Por ello, antotaba Davis, otro de los analistas de la cues-

tión: «Los romanos estimaban en muy poco al mendigo; las aclamaciones de la plaza inflamaban a los semidioses de la plutoeracia». El rico era generoso, mas para comprar la turbamulta de los clientes, como se llamaban los ciudadanos suficientemente acomodados para vestir la toga blanca y formar en su cortejo por las calles. Los haraposos obligaban a taparse las narices a los mismos moralistas como Epitecto: EL POBRE ES UN POZO INFECTO; SOLO VERLE PROVOCA NAUSEA. Y por boca de Horacio, la tercera parte de la humanidad escupía en el rostro de las otras dos, que con su envilecimiento sostenían la dignidad de la primera, según la estadística de Alfredo Bernard: *Pauperies immunda procul*.—¿Difiere acaso el concepto que los elegantes del día se crearon del pobre? El pobre no es un hombre por redimir, sino por eliminar. Por aseo y por higiene, aun por simple ornato urbano, se debe acabar con el pauperismo. A lo menos, tal es la opinión de los maestros de la filantropía, de los yanquis.

El Cristianismo recogerá otra vez a los arrojados al margen de la vía triunfal del egoísmo. Serán los primeros invitados al Reino. La caridad allanará los obstáculos que encuentre a su paso la justicia. O más bien, la pica de la justicia abrirá la senda a la Caridad, gloriosa Emperatriz que arrastrará en su séquito a los príncipes del Reino, los proletarios.

A propósito, corre entre innumerables católicos el error de que Jesucristo Señor Nuestro vino a redimir a los hombres, tan sólo en lo sobrenatural y para el cielo. Por tanto, los desheredados de la fortuna deben de resignarse a su suerte. Sin embargo, la historia de la Iglesia prueba lo contrario. Con la caridad, en las asambleas apostólicas, movilizó la riqueza. Con los monjes y los ascetas de la Edad Media, desarrolló la agricultura, fomentó las artes manuales y mejoró las condiciones de la vida para los artesanos, desmintiendo una de las socorridas acusaciones al Catolicismo como religión de países secundarios por su doctrina de la renunciación a lo temporal y a las comodidades de la existencia. Cual desmiente también ahora, al interesarse por la cuestión obrera, no sólo en su aspecto moral, sino igualmente en el económico. Los

comentadores originales del Evangelio, a que alude el P. Bruno Ibeas, ellos enseñan que los bienes que constituyen la vida, como la riqueza, el placer y los honores, son males del alma y, por consiguiente, hay que despreciarlos. La Iglesia enseña que el Catolicismo es revalorización de la vida, equilibrio de valores: primero, lo espiritual; después, lo sensible o temporal.

Para lo eterno y para lo temporal fuimos redimidos por el Restaurador de la especie humana. El mundo se renovará, aun por la distribución de los haberes. Propiamente, no habrá pobres ni ricos, como no los hubo en la primitiva comunidad de Jerusalén, o en la copia más viva del dulce Evangelio del Señor, en el franciscanismo de Asís y de Padua. Lo cual no asuste a los del hambre sagrada, como llamó el poeta a los hambrientos de oro: *Auri sacra fames*. Los que hoy tienen hambre y sed de justicia saciarse han sin violencia, porque la caridad cambiará el corazón de los ricos, y entenderán al fin que el mejor valor del dinero es el placer de darlo a los pobres.

Al hombre apocalíptico corresponde la sociedad apolítica. Al hombre de la verdad, el régimen de la Justicia y de la Caridad, palabras hoy, realidades mañana. No sospechamos siquiera su oclosión, al modo como en la simiente no se adivina la maravilla del árbol y de sus flores y frutos. Del Arbol que contempló el Vidente: UN ARBOL DE VIDA QUE LLEVA DOCE FRUTOS, DANDO CADA MES SU FRUTO, Y LAS HOJAS DEL ARBOL PARA MEDICINA DE LAS NACIONES.

Capítulo Quinto

EL GRITO



EL Mensaje de la divinidad del Señor y de la redención y salud de las gentes debía concluir de este modo. Porque así como en el Cuarto Evangelio Jesucristo es el pan del cielo en la travesía del desierto, aquí, en el Apocalipsis, es el río de agua viva, claro como el cristal; el árbol cuyas hojas sanan a los pueblos y a las razas; la luz del sol que disipa para siempre las tinieblas de la noche.

Triple símbolo; pero, su sinonimia con el Evangelio no puede ser más cabal. Hablando del desierto y del maná, sobre todo, al día siguiente de la multiplicación de los cinco panes, Jesucristo Eucaristía tenía que proclamarse así: YO SOY EL PAN DE LA VIDA. Cuando acaba de describirse la tierra como el paraíso de la nueva humanidad y como la playa donde amanece el sol de la otra ribera, aun el estilo exigía esta clase de ilustraciones eucarísticas: el manantial de agua viva y cristalina que surte a vida eterna, como que el Vidente repite el diálogo que el biógrafo refiere del Maestro Divino con la mujer de Samaria; el árbol, no el del jardín de las delicias, sino el de la vida para el nuevo Adán de la

nueva creación, que con el hombre redimido comienza; la lumbre de la mañana, como aquella de las miradas de Jesús el momento en que hizo sacramento en el pan de la última Cena la afirmación que había sostenido en el atrio del templo, con ocasión de la iluminación profusa que en la fiesta de los Tabernáculos se acostumbraba en memoria de la nube reluciente que guió a los israelitas a través del desierto: YO SOY LA LUZ DEL MUNDO: EL QUE ME SIGUE, NO ANDARA EN TINIEBLAS, SINO QUE TENDRA LA LUZ DE LA VIDA.

El Desterrado es el poeta de la luz. La cantó en la aurora: el Evangelio, que se abre en el alba deslumbradora del Verbo: Y EL VERBO ERA DIOS. EN EL ERA VIDA, Y LA VIDA ERA LA LUZ DE LOS HOMBRES, Y LA LUZ EN LAS TINIEBLAS LUCE. La canta ahora en el atardecer: el Apocalipsis, donde la tarde de los tiempos se incendia con la alborada de la eternidad y se revela la faz de Jesucristo tras los velos de la Eucaristía: Y NOCHE NO HABRA YA, NI HAN MENESTER LAMPARA NI LUZ DE SOL, PORQUE EL SEÑOR DIOS LUCIRA SOBRE SUS SIERVOS.

Patmos viene a ser un altar de la Eucaristía. El Discípulo que reclinó la cabeza en el pecho del Maestro, recuesta aquí al hombre apocalíptico sobre el corazón de Dios, y el confín de las edades se envuelve en la apacible claridad del Reino, que destella el níveo candor de la Hostia y el sol de media noche de Belén. Como que el Apocalipsis resuena con el himno entonado por la muchedumbre de la milicia celestial en la Casa del Pan: GLORIA EN LAS ALTURAS A DIOS Y SOBRE LA TIERRA PAZ EN LOS HOMBRES DEL BENEPLACITO. Judaslandia, el imperio de las sombras, se transforma en la nueva Jerusalén, resplandor del diamante y de las perlas preciosas de la Jerusalén invisible. La tierra fue noche, como en el relato de la última Cena: PUES EN HABRIENDO AQUEL TOMADO EL BOCADO, SALIO INMEDIATAMENTE; Y ERA DE NOCHE. Sobre lo cual observó San Agustín: TAMBIEN EL QUE SALIO ERA NOCHE. La tierra es ahora un vasto Cenáculo iluminado en la sonrisa inefable del Señor— LA CIUDAD SAN-

TA DE JERUSAIEN, QUE BAJABA DEL CIELO DE PARTE DE DIOS, TENIENDO LA GLORIA DE DIOS: EL LUMINAR DE ELLA SEMEJANTE A UNA PIEDRA PRECIOSISIMA.

No cabe siquiera discurrir. El Reino en apocalíptico es la epifanía de Jesucristo en el mundo. Se verificó ya la Profecía, según el plazo más de tres veces repetido en los versículos finales: CATAD, QUE VENGO PRONTO, pues Jesucristo se manifestó en la Iglesia de los mártires, ejército vestido de blanco, como les llama la Liturgia, y en esos primeros siglos cristianos que aun a la vista del historiador profano irradian el fulgor de la Eucaristía. Como se cumple ahora con los Congresos Eucarísticos Internacionales, que agitan la bandera de la paz, y no el estandarte del Dios de los ejércitos y de la vindicta de Jahvé, y que traen por mensaje el saludo del Señor resucitado al presentarse en medio de los discípulos: LA PAZ SEA CON VOSOTROS. En los Congresos Eucarísticos se adelanta la Ciudad del futuro, la nueva Jerusalén, que en romance se traduce por la Ciudad de la Paz.

Se dijera que el nacionalista judío condensó en este nombre de Jerusalén todo el júbilo del desquite de su patriotismo por la caída y ruina de la metrópoli de su pueblo. ¡Con qué fruición repite el apelativo de la Capital entonces arrasada por el Conquistador romano y reducida a un montón de escombros, tan anónimo, que años después, cuando Jerusalén se llamó Elia Capitolina, en la época de Diocleciano, un mártir dijo que era oriundo de Jerusalén, y ninguno de los asistentes supo dónde estaba situada esa ciudad! El Rey de los siglos por venir le restituirá doblado su esplendor. Los siglos se precipitan. Parece escucharse en su carrera el latido del pecho anhelante del Vidente, como de quien escala a paso apresurado una elevada cima. El Angel le llevó hasta allá, a la cumbre de un monte alto y grande, para enseñarle desde allí la Ciudad santa, la Jerusalén restaurada y reconstruida y refulgente, y a que viera cómo con la luz de ella andaban las gentes, y los reyes de la tierra llevaban a ella su gloria y su honor.

Roma en el Apocalipsis es pintada en toda la pu-

janza y magnificencia de su poderío. Como que el Desterrado muestra en la Ciudad adversaria, la digna contendora de su raza de él. Para cantar la elegía de la nueva Babilonia, el Hijo del Trueno agiganta la voz. Aturde los ecos con el alarido y con los ayes. Convoca a todos los vecinos de la tierra habitada para el llanto a la caída de Roma. ¡Que vengan los reyes, los que con ella retozaron y pecaron, a plañir contemplando la humareda del incendio de ella! ¡Que acudan los mercaderes de oro y de plata, de piedras preciosas y de perlas, de lienzo muy fino y de púrpura, de sirgo-y-de-grana, de toda madera de fino olor y de toda alhaja de marfil y de toda alhaja hecha de madera de sumo precio, de bronce, de hierro y de mármol, de cinamomo y de especies aromáticas, de ungüento oloroso y de incienso, de vino y de aceite, de harina de flor y de trigo, de ganados, de ovejas y de caballos, de carros, de esclavos y de almas de hombres! Por el miedo de la tortura de ella se quedarán lejos; pero, desde allí, con todo piloto, con todo el que a lugar navega, con los marcantes y con cuantos en la mar tienen su granjería, dirán planteando: ¡AY! ¡AY DE LA CIUDAD GRANDE, LA QUE SE VESTIA DE FINISIMO LINO, Y DE PURPURA, Y DE GRANA, Y SE ENGALANABA DE ORO, Y PIEDRAS PRECIOSAS, Y PERLAS, PORQUE EN UNA HORA FUE DESOLADA TANTA RIQUEZA!

Con diez legiones, con sesenta mil hombres de las tropas romanas de Siria y de los contingentes aliados, Vespasiano y Tito invadieron la Judea. Después de arrasar poblaciones enteras como la de Jotapat en Galilea, el ejército asedió Jerusalén. El diecisiete de Julio del año setenta, Tito, que había quedado él solo al mando de los sitiadores, tomó la ciudad. El diez de agosto del mismo año,, fué reducido a cenizas el templo. Cuando Tito contempló a Jerusalén sembrada de cadáveres y de escombros, según relata Flavio Josefo, sus ojos se inundaron de lágrimas.— San Juan debió acordarse cuando escribía la Revelación. Y el Vidente paga así su tributo a la emoción del Conquistador: se diría que también él, a la vista de Roma derrumbaba por la sanción de Dios, llora el llanto de su piedad por la Vencida.

Y otra página del mismo historiador judío parece leerse en la Carta. Los vencedores de Jerusalén celebraron en Roma la fiesta del triunfo como pocas veces hicieron los romanos con otras victorias. Una apoteosis gigantesca. Cual si esa pompa arrastrara toda la gloria de la nación judía atada al carro de Vespasiano y de Tito. Antes de que amaneciera se puso en marcha el cortejo. Propiamente, no hubo persona que se quedara en su casa sin admirar el espectáculo. Desfiló el ejército que actuara en la guerra. Para reproducir textualmente siquiera una línea de esa crónica, se vieron allí una infinidad de obras de oro, de plata y de marfil y cantidad de telas de púrpura y de lino, recamadas de oro y de piedras preciosas, de modo que ese concurso semejaba un ancho río desbordante de cuanto de más fúlgido puede figurarse la fantasía. El cortejo concluyó en el templo de Júpiter Capitolino, adonde entraron los emperadores, a recibir la noticia de la muerte del general enemigo. En efecto, Simón de Goria, halado con una cuerda al cuello, fue degollado cerca del Foro, como para representar en persona de él la ejecución de todo el pueblo judío.— En el Apocalipsis, Jerusalén vence a Roma y unce al carro de la victoria a la Reina de las naciones. O más bien, en la pompa que arrastra Jesucristo Rey desfila Jerusalén como el botín del Conquistador. Como en el triunfo romano, más luciente, brilla la pedrería de la metrópoli en el jaspe, en las esmeraldas y en el oro de la pintura que hace el Desterrado, mientras en un rincón de los abismos es ejecutado Satanás, el General vencido.

En la ovación referida las aclamaciones ensordecían los espacios. Como atruenan las últimas frases de la Carta. El Apocalipsis se convierte en una cinta sonora. El momento en que el Vidente corona la cúspide de las edades y contempla la marcha triunfal de los escuadrones del Reino y al Emperador, no acalla más el estrépito de su ansia y comienza como a gritar. En verdad, de esta guisa termina el Mensaje: el Desterrado puso el pie en la cumbre de la montaña adonde le condujo el Ángel, y se volvió una gran voz, una voz en la que retumban todos los clamores y resonancias, la agonía y el dolor, el amor y el júbilo, todos los ecos de la tierra, de enci-

ma de ella y de bajo ella, el pretérito y el futuro más remotos. Esa voz asciende a la altura y recoge el hosanna de los cielos: Y EL ESPIRITU Y LA ESPOSA DICEN: VEN. Y QUIEN OYE, DIGA: VEN. Recorre de un extremo a ótro los abismos y también allí parece despertar como alarido de la desesperación hecha esperauza, la plegaria por la venida del Redentor, volviéndose el estampido de aquel reto: AL QUE AGRAVIA, AGRAVIE TODAVIA, Y EL SUCIO, ENSUCIESE TODAVIA. Porque toda suciedad es poca para la limpieza que hará de ella el régimen de Aquel que viene. Porque la tierra es como el ponto alborotado por la borrasca en medio de la noche profunda, cuando el grito de los náufragos, se diría que salva el bramido de las olas y busca quien le oiga en la playa distante: así se levanta de ese islote del mar Icario la voz de los náufragos del piélago hinchado de los siglos procelosos: ¡VEN, SEÑOR JESUS!

Lo más apocalíptico del Apocalipsis está ahí, en el grito del fin. Lo más actual del Evangelio de la actualidad. Nunca como ahora resonó el clamor por un Redentor. Los mismos mesianismos falsos dan voces llamándole. La misma angustia del ateísmo es reclamo de El. La Angustia Contemporánea está henchida de Jesucristo, cual dijo de la Ley Antigua, en frase intraducible, un autor de los primeros tiempos del Cristianismo: *Lex Christo gravida erat*. El Señor lo prometió: que tornaría cuando más necesario había de ser: luego, lo cumplirá. Este infierno se merece su presencia: los réprobos de la Justicia deben ser los elegidos de la Misericordia. Este conflicto es digno de El, porque tan sólo un Dios puede resolverlo.

Y ¿a qué Le llama de este modo el Vidente? Otra vez el Apocalipsis concuerda con el Cuarto Evangelio, como un recuerdo emocionado y delicadísimo. En Betania, las hermanas y los amigos de Lázaro Le dijeron: SEÑOR, VEN Y VE. El Desterrado no ha olvidado cómo Jesucristo acercóse a la tumba y tembló todo El, a manera de una lágrima, sobre el cadáver del amigo. Ruega que venga y vea el mundo en descomposición. Jesucristo se estremecerá de dolor y resucitará al putrefacto cuatro siglos largos, desde la Reforma hasta nuestros días.

El grito rueda como una tempestad. Cuanto más pasan los días de la espera, cual la tromba en los mares o en la planicie, esa voz se agiganta y multiplica. Hasta que subirá más allá de las nubes, y como un golpe de maza dado en el cristal de los cielos, golpe de la infinita miseria del infinito miserable que es el hombre contemporáneo, hará estallar el empireo en la aurora de la nueva Redención.

El Apocalipsis es la afirmación mejor sostenida de nuestro tiempo, clara y enfática como un hecho: JESUCRISTO VIENE. Solamente cabe averiguar el plazo. Aunque el mismo Señor lo advirtió: NO ES DE VOSOTROS CONOCER TIEMPOS O MOMENTOS OPORTUNOS QUE EL PADRE SE HA RESERVADO EN SU PODER.

El Libro de la Catástrofe es el Manual del Perfecto Optimista. Se cierra con la visión serena de El, que viene. Y el mundo, cuya historia está escrita del Génesis al Apocalipsis, de la primera a la última palabra de Dios a la desesperación de los hombres, concluye como principio, con la promesa del Redentor de culpables: DICE EL QUE ESTAS COSAS ATESTIGUA: SI, VOY PRESTO. AMEN: VEN, SEÑOR JESUS.



ERRATAS

Suplicamos al lector que se digne de corregir algunas faltas tipográficas que se han escapado en esta edición. Aquí anotamos solamente aquéllas que alteran o pueden alterar el sentido.

<u>PÁGINA</u>	<u>DICE</u>	<u>LÉASE</u>
25	que atañían	que no atañían
35	de la formación	de la fornicación
141	el Techo del Cielo	el Techo del Mundo
156	doblada	doblaba
166	despojara	despojará
168	el Protestantismo	al Protestantismo
169	que se revuelca	en que se revuelca
184	conciencias	coincidencias
195	un hombre	un nombre
223	en cinta	encinta
248	su característica	es característica
259	que acabo de aludir	a que acabo de aludir
268	al Vástago	el Vástago
272	se sobrevinieron	se sobrevivieron
307	del llamado por el	del llamado por él
309	no admite	admite
311	dinamita del griego	dinamita—del griego
317	Y el Adolfo Hitler	Y el de Adolfo Hitler
351	de la necesidad	de la necesidad
352	del cielo y en la historia que	del cielo. Y en la historia, como que
357	con la única divinidad	como la única divinidad
360	en cuchillas	en cuclillas
364	Engreído de argumento	Engreído del argumento,
374	<i>Chrercem</i>	<i>Chrercem</i>
385	Mucho de ellos	Muchos de ellos
404	Agripina, provocó	Agripina, que provocó
406	<i>salvos fiere</i>	<i>salvos fieri</i>
416	<i>quo dat</i>	<i>quod dat</i>

BIBLIOGRAFIA

Aunque el carácter de estas páginas es de mera vulgarización, en gracia de los lectores que quisieran verificar tal o cual aserto que les pareciere demasiado personal del autor, me permitiré citar siquiera las principales obras que me han servido para la presente tesis.

Los textos de la Escritura Sagrada pertenecen: los del Antiguo Testamento, a la traducción francesa de De Vence o a la Biblia Poliglota de F Vigouroux, y los del Nuevo Testamento, a la versión española del texto griego por el Rdo. P. Juan José de la Torre S. J.

En cuanto al texto del Apocalipsis, he seguido la edición crítica de D. Eberhard Nestle: *Novum Testamentum Graece et Latine, Editio decima, Stuttgart, 1930.*

SAINTE BIBLE, en latin et en français, avec des notes littérales, critiques et historiques, des préfaces et des dissertations, tirées du Commentaire de dom Augustin Calmet, abbé de Senones; de l'abbé de Venice, et des Auteurs les plus célèbres, pour faciliter l'intelligence de l'Ecriture Sainte.—Tome Premier: *Discours préliminaires*: Dissertation sur le partage des descendans de Noé.—Tome Quinzième: *Ezechiel*: Dissertation sur Gog et Magog.—Tome Dix-Neuvième: *Prolegomenes du Nouveau Testament*: Dissertation sur les caractères du Messie suivant les Juifs; sur les faux Messies; sur les signes de la ruine de Jérusalem.—Tome Vingt-Troisième: *Suite des Epîtres de Saint Paul*: Dissertation sur l'Antechrist.—Tome Vingt-Quatrième: *Apocalips*., *Chronologie Sacree*, *Geographie Sacree*: Dissertation sur les sept ages de l'Eglise.

L'Apocalipse.—Edition abrégée par le R. P. Lavergne, O. P.

Les Prédications de L'Apocalipse.—Marc Dal Medico.

Interpretation de L'Apocalipse.—Barthélemi Holzhauser.—Ouvrage traduit du latin et continué par le Chanoine De Wuilleret.

Prælectiones Biblicæ ad usum Scholarum.—A. R. P. Hadriano Simón. C. SS. R.—Vol. II.

Jesus Christ: Sa Vie, sa Doctrine, son Oeuvre.—Par Ferdinand Prat, S. J.

Saint Paul.—F. Prat, S. J.

La Théologie de Saint Paul.—F. Prat, S. J.

La vie de Marie Mere de Jesus.—Francois-Michel Willam, Docteur en Théologie.—Traduit de l'Allemand par l'Abbé René Guillaume.

L'Evangeli de Jesus-Christ.—Par le P. M.-J. Lagrange des Frères Prêcheurs.

Evangile Selon Saint Luc.—Par le P. M.-J. Lagrange des Frères Prêcheurs.

Jesuchrist: Sa Personne-Son Message-Ses Preuves.—Par le P. Léonce de Grandmaison de la Compagnie de Jésus.

Christus-Manuel D'Histoire des Religions.—Par Joseph Huby.

L'Etude comparee des Religions.—Essai Critique par H. Pinard de la Boullaye, S. J.—I vol: *Son Histoire dans le monde occidental.*—II vol: *Ses methodes.*

Jesus Messie- Le Thaumaturge et le Prophete-Conferences de Notre-Dame de Paris-Annee 1931.—H. Pinard de la Boullaye.

Jesus, Fils de Dieu-Conferences de Notre-Dame de Paris.—H. Pinard de la Boullaye, S. J.

L'Eglise de Jésus.—Par l'Abbé Paul Buysse.

Jesus devant la critique: son existence, sa mission, sa personnalite.—Par l'Abbé Paul Buysse.

La Pasión-Ensayo Histórico.—Por el Rdo. P. M. J. Ollivier, O. P.—Traducción del francés por el Dr. D. Joaquín Torres Asensio.

— — —
Autodefensa de Judas y de Pilatos.—Paul Claudel.

Martin Luther: Sa vie et son oeuvre—Par Hartmann Grisar S. J.—Traduit de l'allemand par l'Abbé Ph. Mazoyer.

Martin Luther.—Funck-Brentano.

Historia de la Filosofía.—Ernest von Aster.

Vies et doctrines des grands philosophes a travers les ages.—F. Palhoriés.

La Revolution Francaise.—Pierre Gaxotte.

Une enquete aux pays du levant.—Maurice Barrés de l'Académie Française.—2 Vol.

Bolivar et la Democratie.—Marius André.

Prólogo del Quijote y otros ensayos.—La tristeza de Bolívar.—Monseñor J. V. Castro de Silva.

Los testigos de la Pasión—Giovanni Papini.

El Crepúsculo de los Filósofos.—Giovanni Papini.

La vie d'Attila.—Par Marcel Brion.

Defense de l'occident.—Henri Massis.

La decadencia de occidente: Bosquejo de una morfología de la historia universal.—Oswald Spengler.—Traducción del alemán de Manuel G. Morente.

M. Staline a-t-il Trahi?—Pierre-A. Cousteau.

Staline.—Essad Bey
Staline: Aperçu historique du bolchevisme.—Boris Sou-
varine.

Un Français Moyen a la découverte de l'Allemagne Hi-
tlérienne—Grande Enquête—L'Homme et le régime.—Henri Clau-
det.

Chefs.—Henri Massis.

Essai d'une somme catholique contre les sans-dieu.—Sous
la direction d'Ivan Kologrinof.

Artículos de Revistas y Periódicos:

Lucien Rebatet: *La révolution et les Juifs.*

Alain Laubreaux: *Le 14 Juillet du Major de l'Immen-*
sité.

Raymond Anclaret: *G. K. Chesterton et la Révolution*
Française.

Philippe Henriot: *Dans la Galerie des grandes ancêtres-*
la grande peur du 30 Juillet 1789—les bouffons de la Repu-
blique—de quelques 14 Juillet—ce lundi, 3 septembre 1792.—
le D. froque d'Arras.

Georges Cattaui: *L'imposture Hitlerienne et les mites*
des Germains.

C.—J. Gignoux: *Karl Marx.*

Bertrand de Jouvenel: *L'unité Allemande, oeuvre de*
la Révolution Française.

Pierre Gaxotte: *Le mécanisme des élections de 1789.*

Robert Brassillac: *Comment «les grandes ancêtres» ont*
pratiqué la corruption parlementaire.

Edouard Helsey: *Hitler et les Allemagnes.*

La Varende: *Le myte d'Hitler.*

Jacques Maritain: *Le Crépuscule de la Civilisation.—*
Conférence au Théâtre Marigny.

De la Justice Politique.—Conférence.—26 Janvier 1940

Emile Dermenghem: *Des Propheties dites de Saint Ma-*
lachie.

Etienne Borne: *Le travail et Nous, Chrétiens.—Solu-*
tions de doctrine et résolutions d'action.

Daniel Rops: *Témoins du Christ.—Note sur Témoins du*
Christ par M. Marc Escholier.

NIHIL OBSTAT

Christophorus Sanchez, S. J.

Censor

Conchae, a. d. XII Kalendas Junias MCMXLII

—

IMPRIMI POTEST

DANIEL EPISCOPUS

Conchae in Indii, a. d. XV Kalendas Julias,
MCMXLII

INDICE

Prólogo	Pag. 5
---------------	--------

LIBRO PRIMERO

EL EVANGELIO DE LA ACTUALIDAD

Capítulo I

La Nostalgia del Señor

Fecha del Apocalipsis.—La emoción escatológica de la generación apostólica.—Apocalípticas judías y paganas. El fin del mundo y la respuesta del Apocalipsis a la espectación de los contemporáneos. Pag. 23

Capítulo II

El Drama Epico

Carácter del Apocalipsis: el concepto de drama épico en la lucha del Protagonista con el Adversario.—Pri-

mer Período de la Lucha: el Mesianismo de Israel y los imperios de la época precristiana.—Segundo período: la Serpiente—el Farisismo y la Sinagoga: condenación de Jesucristo S. N. y persecución a los primeros cristianos.—Tercer Período: el imperio de la Bestia: persecuciones romanas: invasión de los Bárbaros a occidente.—Combate final: el Adversario en persona organiza la batalla: triunfo del Protagonista, toma de la Ciudad del Adversario y establecimiento de la Capital del Vencedor... ..Pag. 31

Capítulo III

La Calumnia

Acusación de Loisy y de la escuela escatológica.—El Apocalipsis y el Nuevo Testamento: Segunda Carta de San Pablo a los de Tesalónica: el fin del mundo y los Sinópticos: las Profecías del Monte de los Olivos.—El Apocalipsis y los Profetas escatológicos del Antiguo Testamento.—La oración de los primitivos cristianos.... ..Pag. 43

Capítulo IV

Prohibido para intelectuales

Mitólogos y mutiladores.—Antisemitismo del Apocalipsis.—Apocalipsis quiere decir Revelación.—Quiénes son los destinatarios del Apocalipsis.—La Clave de la interpretación apocalíptica.....Pag. 53

Capítulo V

El Primero y el Último

División del Apocalipsis en siete partes: Prólogo—Mensajes a las Siete Iglesias—Edad Precristiana—Edad Antigua: la Sinagoga y el Imperio Romano—Edad Media—Edad Moderna—Epílogo.—La Edad Precristiana o Premesiánica: Jesucristo S. N. en el Apocalipsis, del Capítulo Sexto al Duodécimo.—Los Cuatro primeros Se-

los: los Cuatro Jinetes.—El Quinto Sello: la falange de los mártires del Antiguo Testamento.—El Sexto Sello: la justicia de Dios juzga los siglos premesiánicos al fin de los tiempos.—El Séptimo Sello: los Siete Angeles y las Siete Trompetas: los Dos Testigos—la Ley y los Profetas..... Pag. 63

Capítulo VI

El Monstruo Septicéfalo

La Edad Antigua en el Apocalipsis: los Cinco Jeroglíficos: el Dragón de las siete cabezas y de los diez cuernos—la Bestia de las siete cabezas y de los diez cuernos—la Bestia de los diez cuernos—la tercera Bestia de las siete cabezas y de los diez cuernos—el Seudoprofeta.—El drama de la Bestia: ataca a la Mujer: se encarna en el Imperio Romano: la cifra de la Bestia.—El Cordero y los predestinados de Israel: jeroglífico del Juicio particular.—Las Siete Copas de la ira del Señor.—La caída de Roma: los Siete Reyes de la explicación del jeroglífico del Angel al Vidente: el anarquismo de San Juan.—La invasión de los Bárbaros Pag. 75

Capítulo VII

La Edad Enorme

La Edad Media en el Apocalipsis: la encarcelación del Adversario durante mil años: el triunfo de los Descabezados.—Milenarismos: judío—heterodoxo—ortodoxo.—Caracteres apocalípticos de la Edad Media: reinado de Jesucristo S. N.—Humanismo cristiano—instituciones y Santos medievales: la Caballería..... Pag. 93

Capítulo VIII

El Expresidlarlo

La Edad Moderna en el Apocalipsis: Seducción y convocatoria del Gog y del Magog a la Guerra.—El fuego que descenderá a devorar a los combatientes.—El An-

ticristo: en el concepto de San Juan—en el de San Pablo.—El Anticristo existe ya.—El Juicio universal.....Pag. 105

Capítulo IX

El Evangelio de la Inmaculada

El Apocalipsis como Mensaje de la Inmaculada Concepción.—El nombre de María Santísima: en el Génesis—en el Cuarto Evangelio—en el Apocalipsis—entre los primeros cristianos.—El Capítulo XII del Apocalipsis: jeroglífico del alumbramiento de Belén—embestidas del Dragón a la Mujer—la persecución de la Sinagoga a María Virgen—el triunfo de la Mujer—María Santísima en el Cuarto Evangelio y en el Apocalipsis: breve epítome de filosofía de la historia: la imagen de las CatacumbasPag. 119

Capítulo X

Geografía Contemporánea

El realismo en el Apocalipsis.—La profecía de Ezequiel sobre el Gog y el Magog: a qué pueblos corresponde este gentiilicio.—Gog y Magog en el Apocalipsis: los antiguos Escitas: Tártaros, Moscovitas, tribus del Danubio y del Cáucaso.—Etimologías de Gog y de Magog: del mongol (?)—del hebreo—interpretación de San Jerónimo.—El Apocalipsis y el eurasiatismo.—Patmos: mirador donde el Vidente completó la geografía de la humanidad.....Pag. 135

LIBRO SEGUNDO

SATANAPOLIS—LA CIUDAD CONTEMPORANEA

Capítulo I

Los Antepasados

Cómo Lutero superó a Judas.—Los precursores de Lutero: el monumento de Worms.—Guillermo de Occam

y Lutero.—Herejes alejandrinos: Arrio y Nestorio.—El Protestantismo: reacción del germanismo: iscarriotismo perfectoPag. 151

Capítulo II

El Doctor Tragedia

El caso clínico y psiquiátrico de Martín Lutero: el novicio de Erfurt—el sacerdote el momento de la Misa—el Teólogo.—Una receta para el Doctor.—El Episodio de la Torre.—La Nueva Teología: su explicación por la psicobiografía del Fundador: Impostura: negación de la divinidad de Jesucristo S. N. y de la redención de los hombresPag. 163

Capítulo III

Fray Revolución

El vocabulario de la Revolución y Lutero.—La Libertad en el concepto de Lutero.—Lutero y Erasmo de Rotterdam.—La proclama del Libertador: *De servo arbitrio*.—Lutero y la Guerra de los Campesinos.—El Lacayo de los Príncipes y el Señor Omnes.—El voto democrático.—La mentira útil y necesariaPag. 175

Capítulo IV

La historia del tintero y otras manchas

La demoniología de Lutero.—Los *Paliques de mesa* y las apariciones del Diablo a Lutero.—Las escenas de Wartburgo: el perro negro—el estruendo de las gradas.—La serpiente de Coburgo.—Cómo el Diablo evitó el tinterazo.—Lutero ve en Eisleben al Diablo y...llora.—La veracidad de Lutero acerca de estas «historias»...Pag. 189

Capítulo V

El Régimen del Mayor de la Inmensidad

Lutero y la razón: la Cortesana del Demonio en

la Revolución Francesa.—El fenómeno revolucionario y la filosofía de la Revolución: quiebra de la Razón.—La mascarada de la diosa Razón fué contra la Razón.—Diario del Mayor de la inmensidad.....Pag. 199

Capítulo VI

La Revolución Francesa ¿fué Francesa?

La toma de la Bastilla.—Chesterton y la Revolución Francesa.—Los modelos de la Revolución.—La Masonería inglesa y la Revolución.—Voltaire, Montesquieu, Rousseau, no fueron originales.—La Declaración de los Derechos del hombre.—La parte de Alemania en la Revolución.—Estados Unidos en la Revolución.—La parte más definida del Satanismo en la Revolución: latrocinio y anticlericalismo: «Nada: vamos a colgar un cura» ...Pag. 213

Capítulo VII

La Legión

Los hombres de la Revolución: el Poseso del Demonio Muchedumbre.—Mediocridad de los Grandes Antecesores: Juan Jacobo—Marat—Robespierre—José Lebon—Collot de Herbois.—«¡Mata, mata!...».—Hacia una estadística de las víctimas del Terror.....Pag. 227

Capítulo VIII

Alamut: la Escuela del Crimen

El Invisible visible: Presencia del Adversario en la Masonería.—La Revolución del 89: movimiento masónico—equipo masónico—métodos masónicos.—Las elecciones a la Convención: los clubes masónicos.—La Masonería y la Orden de los Asesinos.—Alah—Amut: Hasán—ben—Sabá.—Los jardines de Alamut.—la fortaleza de la Ciudad Contemporánea.....Pag. 243

Capítulo IX

El Libertador Apocalíptico

Simón Bolívar: Libertador por libertar.—Arrepenti-

miento de Bolívar.—El Scudobolívar.—Cómo la Libertad mató al Libertador Bolívar.—Treinta mil pesos para el huésped incómodo.—Felicitación por la muerte de Bolívar.—Don Quijote y Don Simón: la prueba de los azotes.—La gloria como servicio.....Pag. 257

Capítulo X

La Compañía

Judas y Barabás.—El Hijo del Padre—Jesús y el Hijo del Padre—Barrabás.—Barrabás en los Evangelios.—Barrabás en la leyenda.—La Revolución Francesa: Judas: el Liberalismo.—La Revolución Rusa: Barrabás: Socialismo y Comunismo.—Aportes del Judaísmo a la Revolución Rusa.....Pag. 267

Capítulo XI

Los Caras Torvas

Los apelativos gentilicios en la antigüedad: etimologías—etimología de Bárbaro.—Geografía de los Hunos y su aparición en la historia.—El concepto de barbarie en la actualidad.—Civilización y cultura.—El bolshevismo en el concepto de Lenin.—Los Derechos del Salvaje sustituidos a los Derechos del Hombre.—Darwin: filósofo de la Revolución actual.—La Guerra a la animal....Pag. 279

Capítulo XII

Su Eminencia el Mediocre

Sosso: jefe de los «kintos»—iuega a la revolución con los pequeños popes.—Brillante principio de carrera: asalto a una transferencia de la Tesorería de Petersburgo a Tillis.—En las cárceles del Zarismo.—Cómo su Mediocridad se hizo Eminencia.—Comisionado de Guerra.—Secretario General del Partido Comunista.—Vulgarísimo político, pero eminente oportunista.—Amigo ayer, enemigo hoy de Alemania.—Carácter apocalíptico de Stalin: la adoración de los Sindiós.....Pag. 289

Capítulo XIII

Made in Germany

Carlos Marx: pseudónimo de liberales ingleses.—*El Capital* de Marx y *El Anticristo* de Nietzsche.—Plagiario de Hegel.—Porqué el materialismo de Marx se llama histórico y también dialéctico.—Las contradicciones marxistas.—¿Filósofo?: charlatán de feria y judío ciento por ciento.—El Proletariado universal y el Nuevo Mesías.—Dinamita y Hegelianismo.—Socialismo Catástrofe y Socialismo Utopía.....Pag. 305

Capítulo XIV

Tres Hitler y una sola Alemania

Triple iconografía de Hitler.—El hombre Símbolo: el concepto hegeliano del Ser y de la Nada en el Fuehrer.—El secreto de Hitler.—¿Hitler es un genio?—Cómo Alemania se encontró en el Fuehrer.—Desde Wotan a Hitler, a través de Lutero, Goethe, Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche y Keyserling.—Cómo la India de Occidente copió a la India de Oriente.—Quien creó la Unidad Germana: profecía de Napoleón: Hitler, criatura de los Ingleses.—En el país del Christumythe, el Mito de la Alemania Racista.....Pag. 317

Capítulo XV

El Matrimonio de El Príncipe

Los Totalitarismos: matrimonio morganático de *El Príncipe* de Maquiavelo y de la Revolución—Democracia.—Ateísmo fascista—La fusión del Príncipe con el Estado: anulación de la personalidad: Fascismo y Bolshévismo.—Dictadura sobre las cosas: la economía totalitaria.—La Revolución, el Fascismo y el odio a la persona humana.—Mussolini y Hitler: importaciones del Indostán.—Los Siete peores y la casa limpia.—Léxico cristiano y conducta diabólica.....Pag. 333

Capítulo XVI

El Eventrado

La leyenda de la supervivencia del Suicida de Halcédama.—El hendido del infierno de Dante.—El principio de autoridad en el democratismo.—Democratismo e Iscariotismo: Libertad—Igualdad—Parlamentarismo: edificante corrupción de los Ilustres Antecesores.—Belcebú, Señor de Coprópolis. Pag. 345

Capítulo XVII

Revolución quiere decir Catástrofe

Triple Revolución y una sola Catástrofe: Revolución teológica—filosófica—social—política.—El hombre de la Catástrofe.—Modelo en cuclillas.—Los Cíclopes mirmidones y el hombre-máquina.—Sentido y técnica de la Catástrofe: la Guerra.—Hacia una superación del hombre de la Revolución. Pag. 357

LIBRO TERCERO

MAÑANA SERA OTRO DIA

Capítulo I

El Escándalo

El escándalo de Jesús en la actualidad contemporánea.—La triple excomunión del Sanedrín: Separación—Abandono—Anatema.—El proceso de Jesús ante Caifás: el grito de la Enciclopedia: Ecrasons l'Infame.—Ante la servidumbre del Pontífice: la escuela de Tubinga y sus alumnos.—En el tribunal de Poncio: la conjuración de los poderes civiles.—En la corte de Herodes: Drews y más mitómanos.—La noche de la Parasceve y el caos y la conmoción del siglo Pag. 373

Capítulo II

La Estrella de la mañana

El lucero matinal de Patmos y el lucero de la Resurrección.—La nueva mentalidad cristiana comenzó en Pentecostés: hacia un nuevo Pentecostés.—Fin de un mundo.—El fin del mundo no está cerca.—Las profecías de San Malaquías.....Pag. 391

Capítulo III

La Redención por comenzar

El espíritu del Hijo del hombre.—No la Revolución está por rehacer, sino el hombre.—Redención y humanismo: hacia la creación de un nuevo tipo de humanidad.—Paganismo antiguo y Paganismo contemporáneo.—Las Siete Clases de Expulsados del Reino.—Allí donde abundó el Delito, sobreabundará la Gracia.....Pag. 401

Capítulo IV

El Nuevo Mundo

Antes del Juez, el Rey: el Segundo Advenimiento del Señor y la nueva sociedad.—El Régimen de mañana: ni monarquía, ni democracia, mas la autoridad como servicio de la comunidad humana.—Egoísmo viejo y Caridad nueva.—El Redentor integral: redimidos en la tierra y para el cielo: ni capitalistas, ni proletarios.—El hombre - apocalíptico.....Pag. 411

Capítulo V

El Grito

Epílogo del Apocalipsis.—La Eucaristía y el Reino.—La Capital del Vencedor: Ciudad de la Paz.—El nacionalista judío en la descripción de la caída de Roma y en la apoteosis de la Nueva Jerusalén.—El final del Apocalipsis y la afirmación más sonora de estos días.....Pag. 419

Este libro fue impreso
en los Talleres Gráficos
de la

Editorial Austral

de los hermanos
Levallos García

Presidente Borrero 164
Apartado de correos 208

Queneá - Ecuador

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley